

MY DARK ROMEO

WALL STREET JOURNAL BESTSELLING AUTHORS

Parker S. Huntington
L.J. Shen

Sinopsis

*Mi cuento de hadas se convirtió en una fábula.
Tintado con alquitrán y sellado con lágrimas.*

De las autoras bestseller del Wall Street Journal L.J. Shen y Parker S. Huntington llega una explosiva historia de matrimonio de (in)conveniencias... entre un Romeo oscuro y una Julieta reticente.

Se suponía que iba a ser un beso inofensivo en un pulcro baile de debutantes.

Un momento clandestino con un apuesto desconocido.

Pero a diferencia de su tocayo, mi Romeo no es impulsado por el amor.

Lo incita la venganza.

Para él, soy una pieza de ajedrez. Una ventaja.

La prometida de su rival.

Para mí, él es un hombre que merece veneno.

Un príncipe oscuro con el que me niego a casarme.

Cree que aceptaré mi destino.

Bueno, planeo reescribirlo.

Y en mi historia, Julieta no muere.

¿Pero Romeo? Él perece.

Nota del autor: My Dark Romeo es la primera novela en el mundo Dark Prince Road.

A todas las chicas deseosas de casarse con un multimillonario gruñón y torturado... Este no es para ustedes.

Contenido

[Sinopsis](#)

[CONTENIDO](#)

[Soundtrack](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[EPILOGO](#)

“Así, con un beso, muero”.

WILLIAM SHAKESPEARE, ROMEO Y JULIETA

Soundtrack

Starphucker — **Beauty School Dropout**

heartbreak honeymoon — **Mad Tsai**

I'm Not Sorry — **Dean & Eric Bellinger**

Lover Like Me — **CL**

Take What You What — **ONE OK ROCK ft. 5 Seconds of Summer**

favorite crime — **Olivia Rodrigo**

WE MADE PLANS & GOD LAUGHED — **Beauty School Dropout**

Wedding Dress — **TAEYANG**

Strawberries and Wine — **Jaylon Ashaun**

Easier — **5 Seconds of Summer**

End Game — **Taylor Swift, Ed Sheeran, & Future**

HABIBI (MY LOVE) — **Faouzia**

Control — **Halsey**

Born Without a Heart — **Faouzia**

The Happiest Girl — **BLACKPINK**

Crush — **Yuna & Usher**

Oceans & Engines — **NIKI**

Si Fueras Mia — **D.O.**

Lay Your Head on Me — **Crush**

Time — **The Rose**

Die for You — **Beauty School Dropout**

Bonnie & Clyde — **YUQI**

Prólogo

Dallas

Siempre asumí que mi vida era una novela romántica. Que entre mis páginas anidaba un “felices para siempre”.

Nunca se me ocurrió que me había equivocado de género. Que podría ser una historia de terror. Un escalofriante thriller.

Entonces Romeo Costa irrumpió en mi mundo, arrancándome las gafas de color de rosa.

Me trajo oscuridad.

Me mostró la fuerza.

Y lo que es más importante, me dio la lección más cruel de todas: hay belleza en cada bestia. Espinas en cada rosa. Y una historia de amor puede florecer, incluso del cadáver del odio.

1

Dallas

—Oh, Señor, no estaban fanfarroneando, ¿verdad? Realmente está en la ciudad. —Emilie se aferró a mi muñeca, las uñas de féretro hundiéndose en mi carne morena.

—También Oliver von Bismarck. —Savannah extendió el brazo—. Que alguien me pellizque.

Lo hice con gusto.

—Ay, Dal. Deja de ser tan literal.

Me encogí de hombros, fijando mi atención en el catering que teníamos al lado. La verdadera razón por la que había aparecido en el baile de debutantes de esta noche.

Tomé una cáscara de pomelo cubierta de chocolate de una bandeja de cristal y la aplasté entre los dientes, saboreando el néctar agrio y amargo.

Dios no era un hombre.

Tampoco una mujer.

Probablemente, Dios era un trozo de fruta cubierto de Godiva.

—¿Qué hacen aquí? Ni siquiera son del Sur. —Emilie le robó a Sav el programa de debutantes y le abanicó la cara—. Y desde luego no vienen para conocer mujeres. Ambos son solteros empedernidos. ¿No dejó Costa a una princesa sueca de culo entero el verano pasado?

—¿En vez de a una princesa sueca de culo parcial? —pregunté en voz alta.

—*Dal.*

¿Dónde estaban las natillas portuguesas?

Me prometieron natillas portuguesas.

—Dijiste que habría *pastéis de nata*. —Tomé un premio de consolación (melopita) y se lo mostré a Emilie—. Me lo merezco por volver

a confiar en ti.

Sus ojos de halcón me atraparon metiendo dos rosquillas polacas en la bolsa. —Dal, no puedes esconder eso en tu Chanel. Arruinarás la piel de becerro.

Sav metió un puño frenético en su bolso, sacando un tubo de pintalabios. —He oído que von Bismarck está en la ciudad para comprar Le Fleur.

El padre de Jenna era el dueño de Le Fleur. Fabricaban sábanas de percal para hoteles de cinco diamantes. En octavo, Emilie y yo nos escapamos de casa y dormimos en su sala de exposiciones durante una semana antes de que nuestros papás nos encontraran.

—¿Para qué necesita Le Fleur? —A continuación, tomé un kanafeh, todavía de espaldas a las criaturas míticas por las que mis mejores amigas habían perdido colectivamente la cabeza.

A juzgar por los susurros urgentes que nos rodeaban, no eran las únicas.

Emilie le arrebató el Bond nº9 a Savannah, aplicándose una generosa capa en los labios. —Trabaja en hoteles y hostelería. Es dueña de una pequeña cadena llamada The Grand Regent. Puede que hayas oído hablar de ella.

The Grand Regent empezó como un exclusivo complejo turístico al que solo se podía acceder por invitación, antes de hacer metástasis en más sedes que el Hilton. Así que deduje que Pomposo Von-Pantalones-Extravagantes no andaba escaso de dinero.

De hecho, la obscena riqueza generacional era la entrada tácita al evento de esta noche.

El 303º Baile Real de Debutantes de Chapel Falls era una glorificada exposición canina que atraía a todos los multimillonarios y megamillonarios del estado.

Los padres hacían desfilar a sus hijas criadas en cotillón por la Ópera Astor con la esperanza de que actuaran lo bastante bien como para ser cortejadas por hombres de su mismo nivel impositivo.

Yo no había venido aquí a buscar marido.

Antes de mi nacimiento, papá ya me había prometido a alguien, lo que me recordaba el anillo de diamantes que llevaba en el dedo anular.

Eso siempre me pareció algo con lo que lidiar en un futuro... hasta que me topé con el anuncio oficial en las páginas de sociedad hace dos días.

—He oído que Romeo está decidido a convertirse en director general de la empresa de su padre. —Señor, Sav seguía hablando de él. ¿Estaban pensando en escribir la Wikipedia de ese hombre?—. Ya es multimillonario.

—No solo multimillonario. Un megamillonario. —Emilie tocó un diamante marquesa de su brazalete Broderie, su señal de póquer—. Y no es de los que se lo gastan todo en yates y retretes de oro o en financiar proyectos autocomplacientes.

Sav les echó una mirada desesperada a través del espejo. —¿Crees que podamos ser presentados?

Emilie frunció las cejas. —Aquí nadie los conoce. ¿Dal? ¿Dallas? ¿Estás escuchando siquiera la conversación? Esto es importante.

La única situación grave que había presenciado era también la falta de galletas.

De mala gana, fijé los ojos en los dos hombres que se interponían entre la espesa multitud de chiffon de seda y recogidos congelados.

Ambos medían al menos 1.90m. Una estatura imponente que les hacía parecer gigantes que intentaban apretujarse en casas de muñecas.

Por otra parte, nada en ellos era convencional.

Sus similitudes terminaban en la altura. En todo lo demás eran opuestos árticos.

Uno era de seda y el otro de cuero.

Si tuviera que adivinar, el clon de Ken de carne y hueso era Von Bismarck.

Rubio, de mandíbula cuadrada y arreglado con raídos bigotes de barba incipiente, parecía algo que solo un ilustrador de Walt Disney podría esbozar.

El príncipe europeo perfecto, hasta los escandalosos ojos azules y la estructura de tipo romano.

Seda.

El otro hombre era un auténtico bárbaro. Amenaza decantada en un traje Kiton.

Llevaba el pelo oscuro con un corte de caballero, recortado hasta la sumisión. Todo en él parecía cuidadosamente elaborado. Intencionadamente diseñado para suministrar dosis letales directamente al torrente sanguíneo de una mujer.

Pómulos afilados, cejas espesas, pestañas por las que me arriesgaría a ir a la cárcel y los ojos grises más fríos que había visto hasta la fecha.

De hecho, sus ojos eran tan claros y helados que decidí que no tenían nada que hacer con sus rasgos italianos, por lo demás bronzeados.

Cuero.

—Romeo Costa. —La voz de Savannah se curvó de anhelo cuando él pasó a nuestro lado, dirigiéndose hacia la mesa reservada a los VIP—. Dejaría que me arruinara tan completa e impresionantemente como Elon Musk destruyó Twitter.

—Yo dejaría que me hiciera cosas atroces. —Emilie jugueteó con el diamante azul de su cuello—. Ni siquiera estoy segura de qué, pero aun así me dejaría hacer de todo, ¿saben?

Era un problema. Ser unas chicas sureñas vírgenes que van a la iglesia y se rigen por la Biblia en pleno siglo XXI.

Chapel Falls era conocida por dos cosas:

1) Sus asquerosamente ricos residentes, la mayoría de ellos propietarios de conglomerados de empresas georgianas de alto nivel.

Y **2)** por ser extremada y anticuadamente conservadores a la hora de recluir a sus hijas.

Aquí las cosas funcionaban de otra manera.

Prácticamente, todas nosotras no pasamos de darnos unos besos a escondidas antes de casarnos, a pesar de que todas rozábamos los veintiún años.

Mientras mis bien educadas amigas mantenían sus miradas discretas, yo no tenía ningún problema en echar un vistazo fijamente.

En tanto un nervioso anfitrión los conducía a su mesa, observaron su entorno. Romeo Costa con el desapego insatisfecho de un hombre que ha tenido que cenar un festín de basura de callejón; y Von Bismarck con una jovialidad divertida y cínica.

—¿Qué haces, Dal? Pueden ver que estás mirando fijamente. —Savannah casi se desmaya.

Ni siquiera miraban hacia nosotras.

—¿Y? —Bostecé, tomando una copa de champán de una bandeja que rondaba por mi periferia.

Mientras Sav y Emilie charlaban un poco más, me puse en marcha y pasé por delante de las mesas del banquete, repletas de dulces importados, champán y bolsas de regalos.

Hice la ronda, saludando a compañeros y familiares lejanos aunque solo fuera para acceder a las bandejas del catering en el extremo opuesto de la sala. También buscaba a mi hermana, Franklin.

Frankie estaba aquí en alguna parte, probablemente prendiendo un pequeño fuego al tupé de alguien o perdiendo la fortuna familiar en una partida de cartas.

Si a mí me tachaban de vaga, con falta de ambición y abundancia de tiempo libre, ella era la *banshee*¹ designada en el hogar de los Townsend.

No tenía ni idea de por qué papá la había traído aquí. Apenas tenía diecinueve años y le interesaba conocer hombres un poco menos de lo que me interesaba a mí masticar agujas sin esterilizar para ganarme la vida.

Pavoneándome con mis Louboutin de edición limitada —cinco pulgadas, terciopelo negro y tacones finísimos como agujas, hechos de perlas apiladas y cristales de Swarovski—, ofrecí sonrisas y besos soplados a todo el que se cruzaba en mi camino hasta que me topé con otro cuerpo.

—¡Dal!

Frankie me rodeó con los brazos como si no me hubiera visto hacia cuarenta minutos, cuando me había hecho jurar guardar el secreto después

de que la sorprendiera metiéndose chupitos de Clase Azul en el sujetador acolchado.

Los bordes de plástico de las botellas en miniatura se clavaron en mis tetas mientras nos abrazábamos.

—¿Te lo estás pasando bien? —La coloqué en su sitio antes de que se volcara como una cabra—. ¿Quieres que te traiga agua? ¿Advil? ¿Intervención divina?

Frankie olía a sudor.

Y a colonia barata.

Y a hierba.

Señor, ayuda a papá.

—Estoy bien. —Agitó una mano, mirando a su alrededor—. ¿Has visto que hay aquí un duque de Maryland?

—No creo que la monarquía exista en los Estados Unidos, hermanita.

Que el apellido de Von Bismarck sonara inventado no significaba que fuera de la realeza.

—¿Y su amigo superrico? —Me ignoró—. Es traficante de armas, así que es divertido.

Solo en su universo un traficante de armas sería algo divertido.

—Sí, Sav y Emilie sonaban tan entusiasmadas que estaban dispuestas a luchar con un puma. ¿Los conociste ya?

—No exactamente. —Frankie arrugó la nariz, todavía inspeccionando el salón de baile, probablemente en busca de quien la hubiera hecho oler como un bebé con oopsie en la parte trasera del coche de un traficante de drogas—. Supongo que quien los invitó quería causar una buena impresión, porque en su mesa hay galletas especialmente preparadas por el amado panadero de la difunta reina. Traído directamente desde Surrey. —Me mostró una sonrisa torcida—. Robé una cuando nadie miraba.

Se me estrujó el corazón.

Quería tanto a mi hermana.

También quería *matarla* ahora mismo.

—¿Y no robaste una para mí? —casi chillé—. Sabes que nunca he probado el auténtico shortbread² británico. ¿Qué te pasa?

—Oh, ahí todavía hay muchas más. —Frankie hundió los dedos en su peinado recogido, masajeándose el cuero cabelludo—. Y la gente hace cola para hablar con esos imbéciles como si fueran los Windsor o algo así. Simplemente ve allí, preséntate y toma una casualmente. Hay una montaña de esas.

—¿Galletas o gente?

—Ambas cosas.

Levanté el cuello por encima de su cabeza.

Tenía razón.

Una fila de invitados esperaba para besar los anillos de aquellos dos hombres.

Como no me importaba rebajarme por algo sabroso, marché hacia el grupo de gente que rodeaba la mesa de Costa y Von Bismarck.

—... desastroso plan fiscal que crearía un caos económico...

—... seguramente, Sr. Costa, debe haber una rampa de salida para todo este gasto. No podemos seguir financiando estas guerras...

—... ¿es cierto que carecen de armas tecnológicas? He querido preguntarlo...

Mientras los hombres de Chapel Falls parloteaban para dejar a estos dos en coma y las mujeres se inclinaban para presumir de escote, yo me entremezclaba entre la espesa multitud, con los ojos puestos en el premio: una bandeja de tres pisos llena de apetitosas galletas.

Primero planté la mano en la mesa.

Aquí no hay nada que ver.

Luego me acerqué más a las delicias británicas, la pieza central.

Mis dedos rozaron un cuadrado cuando una voz mordaz se dirigió hacia mí.

—¿Y tú eres?

Venía de Cuero.

O, mejor dicho, de Romeo Costa.

Estaba recostado en su silla, mirándome con toda la amabilidad de un cocodrilo del Nilo.

Dato curioso: consideraban a los humanos parte habitual de su dieta.

Doblé las rodillas con floritura. —Lo siento. ¿Dónde están mis modales?

—En la bandeja de galletas no, eso seguro. —Su voz era seca y desinteresada.

De acuerdo. Un público difícil.

Pero *intenté* robarle las galletas.

—Soy Dallas Townsend, de la familia Townsend.

Le dediqué una cálida sonrisa y le ofrecí la mano para que me la besara. La miró con repugnancia, ignorando el gesto.

Totalmente desproporcionado con mi supuesto delito.

—¿Eres Dallas Townsend? —Un matiz de decepción empañó su rostro divino. Como si hubiera esperado algo totalmente distinto.

Que esperara algo era una exageración.

No nos movíamos en los mismos círculos. De hecho, estaba segura al noventa y nueve por ciento de que aquel hombre solo se movía en cuadrados. Era un tipo de filo cortante.

—Desde hace veintiún años. —Miré las galletas.

Tan cerca y tan lejos.

—Mis ojos están aquí arriba —dijo Costa.

Von Bismarck soltó una risita y agarró el cuadrado más grande, posiblemente para fastidiarme—. Es encantadora, Rom. Toda una mascota.

¿Encantadora? ¿Mascota?

¿Qué quería decir?

Con mucha reticencia, arrastré la mirada a lo largo de la mesa, desde las galletas hasta la cara de Romeo.

Era tan guapo.

También tenía los ojos muertos.

Se inclinó hacia delante. —¿Estás segura de que eres Dallas Townsend?

Me di un golpecito en la barbilla. —Hmm, ahora que lo pienso, me gustaría cambiar mi respuesta por Hailey Bieber.

—¿Se supone que esto tiene que ser gracioso?

—¿Se supone que esto es serio?

—Estás siendo obtusa.

—Tú has empezado.

De todos los rincones de la mesa brotaron jadeos.

Romeo Costa, sin embargo, parecía más indiferente que ofendido.

Volvió a sentarse, con los antebrazos apoyados en los asideros de los asientos. La postura —y su traje Kiton perfectamente confeccionado— le conferían el aura de un rey terso con ganas de guerra.

—Dallas Maryanne Townsend. —Barbara Alwyn-Joy se apresuró a intervenir. La madre de Emilie era carabina del evento. Ella, como el resto, se tomaba el trabajo demasiado en serio—. Debería hacer que tu padre te escoltara fuera de este salón de baile ahora mismo por hablarle así al señor Costa. Esta no es la manera de actuar de Chapel Falls.

La manera de Chapel Falls haría que todas las pelirrojas de la ciudad ardieran en la hoguera.

Hice ademán de bajar la cabeza, trazando con el dedo del pie la forma de una galleta redonda sobre el mármol. —Lo siento, señora.

No lo sentía.

Romeo Costa era un idiota.

Tenía suerte de que tuviéramos público, o se habría topado con la versión no filtrada de mí.

Me giré, a punto de salir de allí antes de causar aún más commoción y de que papá cancelara mi tarjeta de crédito.

Pero entonces, Costa tuvo que volver a hablar.

—¿Señorita Townsend?

Bieber, para ti.

—¿Sí?

—Es conveniente una disculpa.

Giré sobre mis talones y lo fulminé con toda la ira que pude reunir. —Estás drogado si crees que me disculp...

—Quería decir que yo debería disculparme.

Se levantó y se abrochó la americana con una mano.

Oh.

Oh.

Docenas de ojos se movieron entre nosotros.

No estaba segura de lo que pasaba, pero creía que mis posibilidades de conseguir esa galleta se habían multiplicado por diez.

Además, era requerido reconocer su aptitud para mostrarse controlado y seguro de sí mismo, incluso cuando pedía disculpas. Disculparme siempre me hacía sentir impotente.

Costa, en cambio, trataba una disculpa como una herramienta para catapultarse aún más en la jerarquía de los humanos. Ya parecía una especie totalmente distinta de sus compinches.

Anudé los brazos sobre el pecho, ignorando todo lo que me enseñaban las clases de etiqueta, como de costumbre. —Sí, estaría abierta a eso.

No esbozó ninguna sonrisa.

Ni siquiera me miró.

Más bien me atravesó con la mirada. —Te pido disculpas por dudar de tu identidad. Por razones poco informadas, pensé que serías... diferente.

Normalmente, le preguntaría quién le había dicho qué, pero necesitaba cortar por lo sano y salir corriendo antes de que mi boca me metiera en más problemas. Había una razón por la que la mantenía mordisqueando algo el ochenta por ciento del tiempo.

Además, no podía mirar directamente a aquel hombre sin sentir que mis piernas estaban hechas de pudín instantáneo.

No me gustaba lo mareada que me ponía.

Ni cómo se me sonrojaba la piel allí donde posaba sus ojos.

—Hmm, seguro. No pasa nada. Nos pasa a los mejores. Disfruta de la velada.

Y me dirigí a mi mesa.

Por suerte, papá pasó la cena de muy buen humor, hablando de negocios con sus amigos. Bárbara no debió de cumplir su amenaza con aletargantes, porque poco después del cuarto plato, me dio permiso para bailar.

Y bailé.

Primero, con David, de la iglesia.

Luego, con James, del instituto.

Y por último, con Harold, de una calle más allá.

Me hicieron girar, me sumergieron a escasos centímetros del suelo de mármol e incluso me dejaron dirigir algunos valses.

En conjunto, casi recuperé la confianza en que la velada fuera un éxito. Hasta que Harold inclinó la cabeza cuando terminó nuestra canción y yo me dirigí a mi asiento.

Porque cuando me di la vuelta, Romeo Costa estaba allí de nuevo.

Como un demonio invocado.

A unos cinco centímetros de mi cara.

Dulce Madre María, ¿por qué el pecado tiene que ser siempre tan tentador?

—Sr. Costa. —Me pasé la mano por la clavícula desnuda—. Me disculpo, estoy algo mareada y agotada. No creo que pueda...

—Yo tomaré el mando. —Me levantó, con los pies flotando sobre el suelo, y empezó a bailar el vals conmigo sin mi participación.

Hola, bandera roja del tamaño de Texas.

—Haga el favor de bajarme —le pedí con los labios fruncidos.

Me agarró por la cintura y el contorno de sus músculos me envolvió. —Por favor, deja la fachada de señorita. He visto actuaciones de Olivia Wilde más convincentes.

Auch.

Recordaba claramente haber querido blanquearme los ojos después de ver *The Lazarus Effect*.

—Gracias. —Aflojé los músculos, obligándolo a sostener todo mi peso o dejarme flácida sobre el mármol—. Ser un miembro respetable de la sociedad es sinceramente agotador.

—Fuiste a mi mesa a por las galletas, ¿verdad?

Tal vez cualquier otra chica lo negaría entre dientes. Resulta que me gustaba la idea de que supiera que él no era la principal atracción para mí.

—Sí.

—Estaban espectaculares.

Eché un vistazo a su mesa por encima del hombro. —Todavía quedan algunas.

—Muy perspicaz, Srta. Townsend. —Me hizo girar con la aterradora pericia de un bailarín de salón de competición. No estaba segura de si sentía náuseas porque se movía demasiado deprisa o porque me encontraba en sus brazos—. ¿Supongo que no te interesará también champán para acompañar? Oliver y yo acabamos de conseguir una botella de Cristal Brut Millénium Cuvée.

Aquello costaba trece mil dólares por botella.

Por supuesto, me quedé boquiabierta.

Intenté igualar su tono deslucido. —A decir verdad, creo que una copa sería el acompañamiento perfecto para las galletas de mantequilla.

Su rostro permaneció impasible y quieto.

Señor, ¿qué hacía falta para arrancarle una sonrisa?

Me di cuenta de que la gente nos miraba fijamente.

Se me ocurrió que el Sr. Costa no había bailado con nadie más que conmigo. Eso me inquietó.

Savannah y Emilie habían mencionado que no estaba aquí para conocer a nadie, pero también me habían dicho que las vacas pardas hacían leche con chocolate cuando estábamos en preescolar.

Estaba claro que eran una fuente de información poco fiable.

Me aclaré la garganta. —Hay algo que deberías saber. —Me miró a través de sus ojos grises, su expresión me decía que era imposible que yo supiera algo que él no—. Estoy comprometida, así que si quieres cortejarme...

—Cortejarte es la menor de mis intenciones.

Mientras hablaba, me fijé, por primera vez, en la bolita de chicle aplastada entre sus incisivos.

Menta verde, por el olor que desprendía.

—Gracias a Dios. —Me relajé en el vals—. No me gusta rechazar a la gente. Es una manía, ¿sabes?

No me encantaba la idea de casarme con Madison Licht, pero tampoco la odiaba.

Lo conocía de toda la vida. Como hijo único del compañero de universidad de papá, aparecía durante las vacaciones y en alguna que otra cena.

Todo en él era adecuado.

Adecuadamente atractivo.

Adecuadamente rico.

Adecuadamente educado.

Y con todo y todo, toleraba mis rarezas. Además, sus ocho años de más le dababan el brillo de un hombre mundano y experimentado.

Habíamos tenido dos citas, en las que dejó claro que me dejaría vivir mi vida como quisiera. Una rareza entre las parejas concertadas de Chapel Falls.

Romeo Costa me miró como si fuera una caca en llamas en su puerta a la que tuviera que pisotear.

—¿Cuándo es la boda? —Su voz era una burla envuelta en terciopelo.

—Ni idea. Probablemente cuando me gradúe.

—¿Qué estudias?

—Literatura inglesa en Emory.

—¿Cuándo te gradúas?

—¿Cuando deje de suspender los semestres?

Una sonrisa amarga le rozó los labios, como si reconociera que aquello debía divertirle. —¿Qué te parece?

—No me gusta.

—¿Qué te gusta, *aparte* de las galletas? —Parecía seguirme la corriente solo para que no me marchara.

No tenía ni idea de por qué.

No parecía que le gustara mucho mi compañía.

Aun así, lo pensé de verdad, ya que no tenía que concentrarme en procurar bien los pasos. Él hacía todo el trabajo por nosotros.

—Libros. Lluvia. Bibliotecas. Conducir sola por la noche con mi lista de reproducción favorita de fondo. Viajar, sobre todo por la comida. Pero las cosas históricas también son decentes.

Chapel Falls me conocía como la chica que se pasaba el día reciclando el dinero de papá en bolsos de lujo, frecuentando restaurantes de lujo y buscando todas las novelas decentes del Cinturón Bíblico³.

Era bien sabido que no poseía aspiraciones dignas. Pero las habladurías no habían acertado del todo.

Tenía un deseo secreto.

Un deseo escondido que, por desgracia, exigía un hombre para cumplirse.

Más que nada, quería ser madre.

Parecía tan sencillo. Tan alcanzable. Y, sin embargo, se requerían pasos importantes para tal objetivo, ninguno de los cuales me había acercado a conseguir en la estirada Chapel Falls.

—Eres muy franca.

No lo dijo como si fuera algo bueno.

—Eres muy curioso. —Dejé que me arqueara, incluso cuando eso nos acercaba—. ¿Qué te gusta a ti? —pregunté al cabo de un rato, porque era lo más educado.

—Pocas cosas. —Nos hizo girar en círculos, pasando por delante de una Savannah boquiabierta—. Dinero. Poder. Guerra.

—¿Guerra? —exclamé.

—Guerra —confirmó—. Es un negocio lucrativo. Y estable. Siempre hay una guerra en el mundo o países que se preparan para ella. Es extraordinario.

—Para los políticos, quizá. No para la gente que sufre. Los niños que ensucian sus camas de miedo. Las víctimas, las familias, los afligidos...

—¿Eres siempre así de rígida, o te has guardado este discurso de concurso de belleza especialmente para mí?

Después de quedarme muda por su idiotez, respondí: —Todo para ti. Espero que eso te haga sentir especial.

Chasqueó el chicle.

Qué caballeroso.

No.

—Nos vemos en la rosaleda dentro de diez minutos.

Todo el mundo sabía lo que pasaba en la rosaleda.

Fruncí los labios.

¿No había estado aquí los últimos cinco minutos?

—Acabo de decirte que estoy prometida.

—Aún no estás casada. —Volvió a mirarme mientras corregía la secuencia de la frase. Alardeando—: Este es tu último hurra antes de casarte. Tu momento de debilidad antes de que sea demasiado tarde para probar algo nuevo.

—Pero... no me agradas.

—No hace falta que te agrade para hacerte sentir bien.

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré fijamente, con las pupilas desorbitadas. —¿Qué me ofreces con exactitud?

—Un indulto de este evento entumecedor para la mente.

Otra vuelta.

Más tornadas.

O tal vez fuera por esta conversación.

Mantuvo la voz baja y uniforme. —Discreción total garantizada. Diez minutos. Llevaré las galletas y el champán. Lo único que tienes que llevar es a ti misma. De hecho... —Hizo una pausa, echándose un vistazo—. No me importaría que dejaras tu personalidad en la mesa.

Se separó de mí a mitad del baile y me dejó plantada en el suelo.

Mi mente daba vueltas mientras observaba su espalda al alejarse. No entendía lo que acababa de ocurrir.

¿Me acababa de ofrecer un rollo?

Parecía horrorizado por nuestra conversación. Pero tal vez ésa era su actitud por defecto. Glacial, reservado y despreocupado.

Una parte de mí pensaba que debía aceptar su oferta. No hasta el final, claro. Quería salvaguardar mi virginidad. Pero unos cuantos tanteos en la oscuridad no me vendrían mal.

No era como si Madison se quedase en casa, trabajando en nuestro álbum de recortes de pareja.

Sabía a ciencia cierta que salía por todo D.C., disfrutando de breves romances con modelos y socialités. Mi amiga Hayleigh vivía enfrente de él y me hablaba de las mujeres que entraban y salían de su piso.

Ni siquiera estábamos juntos. Hablábamos por teléfono una vez al mes para “conocernos”, a petición de nuestros padres, pero eso era todo.

Un hombre como Romeo Costa era un acontecimiento único en la vida.

Debía aprovecharme de ello.

De él.

Y quizá él podría enseñarme algunos trucos. Algo con lo que impresionar a Madison.

Además... galletas de mantequilla.

En cuanto papá se dio la vuelta para hablar con el señor Goldberg, corrí hacia el baño. Me agarré con los nudillos blancos al borde del lavabo de piedra caliza dorada, parpadeando ante el espejo.

Solo son unos besos.

Ya lo has hecho antes con muchos chicos.

Él era tan novedoso, tan maduro, tan sofisticado, que ni siquiera me importó que fuera francamente mezquino. Seamos realistas: el Sr. Darcy no era exactamente digno de desmayo hasta el último veinte por ciento del libro.

—No pasará nada malo —le aseguré a mi reflejo—. Nada.

Detrás de mí, un inodoro tiró de la cadena.

Emilie escapó de una cabina, frunciendo el ceño mientras se acomodaba a mi lado para lavarse las manos.

—¿Fumaste lo mismo que le dio el camarero a tu hermana? —El dorso de su mano enjabonada se elevó hasta mi frente—. Estás hablando sola.

Esquivé su contacto. —Oye, Em, ¿has conocido a Romeo Costa?

Sacudió la cabeza, haciendo un mohín. —Él y Von Bismarck son las principales atracciones. Siempre rodeados de manadas de gente. Ni siquiera pude hacerle una foto. Te vi bailando con él. Qué suerte. Mataría por tener esa oportunidad.

Se me escapó una risa temeraria y sin aliento.

Sacudí la cabeza.

—¿Adónde vas? —gritó tras de mí.

A hacer algo salvaje.

2

Dallas

Que aquello pudiera ser un error no se me ocurrió ni una sola vez mientras esperaba, encaramada en el banco de piedra detrás de los rosales.

El cálido aliento del verano se aferraba a la crujiente noche, residuo húmedo que pesaba sobre las rosas en plena floración.

Romeo Costa llegó tres minutos y treinta y cuatro segundos tarde.

Sin embargo, de algún modo, sabía que vendría.

Me mordí el labio para contener la risa. La adrenalina corría por mis venas.

Cuando el crujido de las hojas penetró en los gorjeos de los grillos y los zumbidos de los coches lejanos, enderecé la columna. Los rasgos impecables de Romeo aparecieron a la vista, iluminados por la elegante sombra azul de la luna.

Era aún más hermoso en la oscuridad más pura. Como si estuviera en su hábitat natural, jugando en su campo.

Fiel a su palabra, sostenía una botella de champán abierta por el cuello en una mano y un puñado de cuadrados de galleta metidos dentro de una servilleta en la otra.

—¡Mi tesoro! —gruñí con voz de Gollum, extendiendo los dedos.

Me miró con la contemplación aburrida de un hombre acostumbrado a rechazar a las *fangirls*, antes de darse cuenta de que me refería a las galletas, no a él.

Me metí un cuadrado entero en la boca, eché la cabeza hacia atrás y gemí. —Qué buena. Prácticamente puedo saborear Londres.

—Surrey —me corrigió, mirándome como si fuera un jabalí con el que tuviera que luchar—. ¿Te gusta el sabor de las ruinas antiguas y el estiércol?

—Aguafiestas.

Por alguna razón que se me escapaba, parecía realmente descontento de pasar tiempo conmigo, aunque había sido él quien inició este encuentro.

—Vayamos a un sitio discreto.

Era más una exigencia que una sugerencia.

—Nadie nos encontrará aquí. —Hice un gesto con la mano—. Llevo asistiendo a este baile desde que tenía dieciséis. Conozco todos los rincones de este lugar.

Sacudió la cabeza. —Algunos camareros vienen aquí a fumar.

Romeo no debía de querer que lo vieran conmigo tanto como yo no quería que me vieran con él. Yo era una chica provinciana y tonta para su reputación de magnate multimillonario.

Suspiré, espolvoreando migas de galleta sobre el adoquín. —De acuerdo. Pero si crees que voy a llegar hasta el final contigo, estás muy equivocado.

—No me atrevería a suponerlo. —Puntuó el oscuro murmullo dándome la espalda, marchando hacia el otro lado del patio.

Parecía que huía de mí, no que me guiaba. No obstante, lo seguí, masticando mi tercera galleta.

—¿Qué te ha hecho venir a la rosaleda? ¿Las galletas o la proposición?

—Un poco de las dos cosas. —Me chupé los dedos—. Y el hecho de que apuesto a que Madison no se me es fie... —Me detuve.

No debía hablar mal de mi prometido, aunque me hiciera guarradas. No estábamos oficialmente juntos. Ni siquiera nos habíamos besado.

No es que estuviera celosa. Me importaba un bledo con quién saliera antes de que fuéramos pareja de verdad.

—La curiosidad mató al gato —enmendé.

—Tu gato sobrevivirá. Aunque tengo la tentación de dejarlo en un estado menos que impecable.

¿Mi gato? ¿Se refería a mi vagi...?

Oh. Mi. Dios.

Mi cuerpo, que no había recibido el memorándum de que se suponía que a los dos no nos gustaban los imbéciles engreídos, sintió un hormigueo en lugares que normalmente olvidaba que existían.

—Eres terrible —le informé alegremente—. Vas a ser mi error favorito.

Se detuvo en una ondulante colina verde situada en la parte trasera del teatro de la Ópera. Parecía bastante apartada, con una pared oscura a nuestra derecha.

Romeo me pasó la botella de champán. —Bebe.

Me la llevé a los labios y bebí un quinto. —No eres un maestro de la seducción, ¿no?

Se apoyó en la pared, con las manos metidas en los bolsillos delanteros. —La seducción es un arte que rara vez tengo que practicar.

El líquido espumoso corrió por mi garganta, frío y fresco.

Tosí un poco y le pasé la botella. —Qué humilde.

Dio un trago generoso, con el chicle aún en la boca. —¿Eres virgen?

—Sí. —Miré a mi alrededor, preguntándome de repente si merecía la pena. Estaba bueno. Pero también era un poco cerdo—. ¿Y tú?

—Casi.

La pregunta había sido una broma, así que tardé un rato en registrar su respuesta.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. —¿Qué te parece? Hay sentido del humor bajo todo este hielo.

—¿Has pensado hasta dónde quieras llevar esto? —Me devolvió la botella, dos tercios vacía.

—¿Puedo decirte cuándo parar?

—Por mi breve historia contigo, mi suposición es que no pararás hasta que no solo hayas perdido tu virginidad, sino que también hayas perdido la virginidad de todas las demás chicas bien educadas de este código postal. Acordemos mantener intacto tu himen.

Alguien tenía que mejorar su lenguaje obsceno.

—Me parece bien. ¿Eres de Nueva York?

—No.

—Entonces, ¿de dónde...?

—No hablemos.

Deee. Acuerdooo.

Aquel hombre no iba a figurar en mi historial de ligues más agradables, pero era el más sexy a miles de kilómetros, así que lo dejé pasar.

Nos pasamos el champán de un lado a otro hasta que se vació. Sentía el cuerpo como un cable en tensión, zumbando de expectación.

Por fin, *por fin*, dejó la botella en el suelo, se apartó de la pared y me tomó la barbilla entre el pulgar y el índice, inclinando mi cabeza hacia arriba.

Mi corazón dio un salto mortal y se hundió en la boca del estómago, donde se convirtió en lodo.

Por primera vez, sus ojos brillaron con una cálida aprobación. —He conocido a agentes de Hacienda más simpáticos que tú. Pero te concedo una cosa. Está usted deliciosa, señorita Townsend.

Me quedé con la boca abierta. —¿Cómo sabes que...?

Pero no llegué a terminar la frase porque escupió el chicle en la hierba y me hizo callar con un beso abrasador.

Su boca estaba caliente y olía a hoguera, a perfume caro y a menta. Me absorbió toda la lógica y me dejó mareada.

Sentí su cuerpo fuerte, duro y extraño. Me amoldé a él, envolviéndolo como un pulpo.

Sacó la punta de la lengua, separando mis labios. Cuando los abrí con avidez, su satisfacción resonó en mi estómago.

Me acarició la nuca para profundizar el beso. Su lengua estaba ahora totalmente dentro de mi boca, explorando el terreno como si conquistara cada centímetro.

El mordisco de frescor de su chicle me llenó. Sabía delicioso, aplicando la presión justa.

Sin más, sus duras palabras y su exterior pétreo se fundieron en pasión, fuego y una promesa depravada de cosas que no sabía si podría soportar.

Me palpitaba el lugar entre las piernas.

Intenté recordar si alguna vez me había sentido así. La respuesta, deprimente, era *no*.

Era un territorio completamente nuevo. Aguas inexploradas en las que quería zambullirme.

Gemí en su boca, tiré de las solapas de su chaqueta y mi lengua persiguió la suya. Me daba igual lo que pensara de mí. Nunca volvería a verlo.

Mis manos recorrieron sus mangas, agarrando el costoso material y los tendinosos músculos que había debajo. Era atlético y corpulento sin parecer voluminoso.

Señor, era hermoso.

Frío, suave e imperial como el mármol.

Como si alguien hubiera insuflado el alma suficiente a una estatua romana para que se moviera, pero no la suficiente para que sintiera.

Mientras nos devorábamos mutuamente, me pregunté si podría sentir cada una de las crestas de su paquete de seis. Le palpé los abdominales. Podía, sí.

Espera a que Frankie se entere. Iba a llorar de calentura.

Romeo me empujó contra la pared, enroscando dos veces mis mechones oscuros alrededor de su puño, como las riendas de un caballo. Jaló, inclinando mi cabeza hacia arriba y profundizando nuestro beso.

Su enorme erección se clavó en mi muslo, palpitando de calor y necesidad. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Vaya, vaya. —Su agarre se tensó. Sentí que se dispersaba, que las paredes que lo rodeaban se resquebrajaban un poco—. Estás hecha para la corrupción, ¿verdad, galleta?

¿*Acaba de llamarme... galleta?*

—Más. —Le arañé el traje.

No sabía lo que pedía. Lo único que tenía claro era que sabía y asentaba mejor que cualquier postre. Y que se acabaría en unos minutos. No podía permitirme estar fuera demasiado tiempo.

—¿Más qué? —Su mano ya había serpenteado por la hendedura de mi vestido.

—Más... no sé. Tú eres el experto aquí.

Me agarró el culo. Un dedo índice se deslizó bajo el elástico de mis bragas de algodón, hundiéndose en mis nalgas.

—Sí. Sí. Eso. —Rompí nuestro beso, mordiéndole la barbilla, mi inexperiencia sangrando en el encuentro cuando no podía evitarlo—. Pero... de la otra manera. Por delante.

—¿Seguro que quieres perder la virginidad con los dedos de un desconocido que te ha regalado galletas?

—No los metas, entonces. —Aparté la cabeza, frunciéndole el ceño—. Limítate a rodear... ya sabes, el marco.

Metió la mano entre las piernas, cubrió mi centro caliente con la palma y apretó con fuerza. —Debería follarte aquí y ahora por esa boca tan lista que tienes.

Era la primera vez que este artero hombre del Atlántico Medio decía palabrotas y, de algún modo, sabía que era una ocasión excepcional para él.

Arqueando la espalda, me clavé en su mano, buscando más contacto. —Mmm, sí.

Me acarició la raja a través de las bragas, dibujando un óvalo a su alrededor con el dedo sin llegar a tocarla. Tal vez fuera porque su contacto era pausado, fugaz y estaba diseñado para volverme loca, pero mis bragas se humedecieron.

Dulce tortura, era increíble.

—¿Tu boca siempre te mete en líos? —Terminó de besarme y pasó a volverme loca acariciándome el coño, mirándome con abierta irritación.

Hombre raro.

Un hombre muy raro.

Pero no lo bastante raro como para que me alejara de lo que estuviera ocurriendo entre nosotros.

—Siempre. Mamá me dice que si moviera las piernas tanto como la boca, sería olímpica... *Ahhh*, qué rico se siente.

Su dedo se hundió en mi raja, enroscándose sobre mi clítoris, y luego se retiró tan rápido como llegó. Para mi horror, oí mi humedad cuando separó mis labios vaginales.

—Hazlo de nueva cuenta. —Me acurruqué en su cuello, exaltada por su olor—. Pero hasta el fondo.

Él gimió, seguido de lo que yo estaba segura que era un áspero susurro de “*qué desastre*”.

Oye, nadie le estaba apuntando con una pistola a la cabeza.

—¿Te estás divirtiendo siquiera? —Empezaba a pensar que se arrepentía de todo aquello.

Incluso a través de mi neblina lujuriosa, me di cuenta de que parecía más irritado que excitado. Es decir, su polla larga como una pierna me decía que no estaba sufriendo, pero parecía muy disgustado por encontrarme atractiva.

—Extasiado. —Su voz destilaba sarcasmo.

—Puedes chuparme los pezones si quieres. He oído que es excitante.
—Me llevé la mano al pecho encorsetado, tirando de la tela.

Su mano se apresuró a agarrar la mía y me ahuecó las tetas, manteniéndolas vestidas. —Qué generosa eres, pero paso.

—Son muy bonitas, te lo juro. —Intenté tirar con más fuerza para mostrárselas.

Su agarre se tensó en torno a mi mano. —Me gustan las cosas mías. Ocultas a la vista. Para mi entretenimiento privado.

¿Suyas?

Me puse sobria. — *¿Tuyas?*

Justo entonces, la pared contra la que nos habíamos apoyado se derrumbó.

La anfitriona del baile estaba de pie en un podio, sosteniendo un mando a distancia para lanzar fuegos artificiales.

Y nosotros estábamos sobre el podio.

Dios mío.

Esto no era una pared.

Era una cortina.

Y delante de nosotros estaba sentada toda la lista de trescientos invitados al baile.

Todos boquiabiertos, con los ojos muy abiertos y críticos.

Vi a papá inmediatamente.

En cuestión de nanosegundos, su piel aceitunada se volvió color cáscara de huevo, pero sus orejas se tornaron cada vez más rojas. Un par de pensamientos se filtraron finalmente en mi cerebro empañado por la lujuria.

En primer lugar, papá iba a cancelar todas mis tarjetas, desde la Amex hasta la de la biblioteca.

Y por último, me di cuenta de lo que todo el mundo estaba viendo.

A mí, en brazos de un hombre que seguro que no era mi prometido.

Su mano metida entre mis piernas a través del vestido.

Mi pintalabios estropeado. Mi pelo hecho un desastre... y sabía a ciencia cierta que le había dejado unos cuantos mordiscos de amor visibles.

—Chica. —Era Frankie desde las profundas fauces de la multitud—. Mamá te va a castigar hasta que tengas cuarenta años.

La multitud prorrumpió en una algarabía excitada. Las linternas de los teléfonos me atacaron la cara mientras me tambaleaba hacia atrás, apartando a Romeo Costa.

Pero él no se dio por enterado. El psicópata fingió protegerme, colocándose detrás de él. Su tacto era descuidado y frío. Una actuación.

¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—... arruinada para todos los demás hombres de este código postal...

—... pobre Madison Licht. Un tipo tan bueno...

—... siempre ha sido problemática...

—... un imán de escándalos...

—... espantoso sentido de la moda...

Vale, esto último era una mentira descarada.

—P-p-papá. No es lo que parece. —Intenté alisar mi Oscar de la Renta y golpeé a Romeo en el pie con mi tacón de aguja, liberándome por fin de su agarre.

—Por desgracia, es exactamente lo que parece —contradijo Romeo, adentrándose en el escenario y tomándome por el codo para que me uniera a él.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—El secreto se ha desvelado, mi amor.

¿*Su amor?* ¿*Yo*?

Hizo ademán de limpiarme el vestido de diseño con la mano que hacía unos segundos tenía entre las piernas. —Por favor, no llamen a mi Dallas una mujer arruinada. Simplemente cedió a la tentación. Como señaló Oscar Wilde, no es más que humana.

Sus ojos permanecieron duros.

Duros como los de papá.

¿*Nada más que humana*?

—Por qué hablaba como un extra de *Downton Abbey*? ¿Y por qué decía que estaba arruinada?

—Debería matarte. —Mi padre, el gran Shepherd Townsend, se abrió paso a hombros entre los cuerpos para llegar al escenario—. Corrección: *te mataré*.

Me recorrió un pánico blanco y frío. Realmente no estaba segura de si me hablaba a mí, a Romeo o a los dos.

Tenía las yemas de los dedos tan congeladas que ni siquiera podía sentir las. Temblaba como una hoja al viento otoñal.

Esta vez sí que me había liado.

Ya no se trataba de suspender asignaturas al azar, sermonear a alguien cuya opinión buscaban mis padres o comerme por accidente la tarta de cumpleaños de Frankie.

Yo sola había arruinado la buena reputación de mi familia. Empañé el apellido Townsend hasta convertirlo en escombros de habladurías y condenas.

—Shep, ¿verdad? —Romeo desasió la mano que no me envolvía y comprobó el Patek Philippe que llevaba en la muñeca.

—Es Sr. Townsend para ti —gritó papá, ahora en el escenario con nosotros—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Veo que hemos llegado a la parte de negociación de la noche. —Costa me echó un vistazo, como si intentara decidir cuánto quería pujar por mí—. Sé que Chapel Falls tiene una política de “lo rompes, lo compras” cuando se trata de sus hijas solteras debutantes.

Sus palabras chocaron con mi piel, dejando furiosas marcas rojas dondequiera que tocaran.

Ahora que nadie podía oírnos, ya no fingía que éramos pareja y hablaba con papá como un hombre de negocios. —Estoy dispuesto a comprar lo que he roto.

¿Por qué hablaba como si yo fuera un jarrón? ¿Y qué demonios me estaba proponiendo exactamente?

—No estoy rota. —Lo empujé, a medio camino de la ferocidad. Su abrazo solo se tensó en respuesta—. Y no soy un producto que se pueda comprar.

—Cállate, Dallas. —La respiración de papá era agitada y pesada. Un sudor como nunca había visto en él le corría por las sienes. Se introdujo entre nosotros como si no pudiera confiar en que ninguno de los dos se lanzara a una nueva sesión de sexo. Y finalmente, Romeo me soltó—. No estoy seguro de lo que me propone, Sr. Costa, pero esto no han sido más que unos besos en una noche de borrachera...

Romeo levantó la mano para detenerlo. —Sé cómo se siente el coño de su hija, señor. Y también a qué sabe. —Se lamió la yema del pulgar, sin romper el contacto visual con papá—. Puede intentar salirse con la suya hasta que se le ponga la cara azul. El mundo se tragará mi versión. Ambos

lo sabemos. Su hija es mía. Lo único que puede hacer ahora es negociar un trato decente.

—¿Qué está pasando aquí? —Barbara se interpuso entre la multitud
—. ¿Hay alguna propuesta?

—Más vale que haya una propuesta —advirtió otra persona.

—Ni siquiera sabía que se conocían —gritó Emilie—. De lo único que ella hablaba era del postre.

La vergüenza me tiñó la cara de rosa.

Lo único que me mantenía en pie era el profundo conocimiento de que nunca dejaría ganar a este hombre horrible.

Mi ira era tan conmovedora, tan tangible, que saboreé su acidez en la boca. Recubría cada rincón, goteando en mi organismo como un veneno negro.

Papá bajó la voz, dirigiéndose a Romeo con todo el odio que poseía.
—Le prometí mi hija a Madison Licht.

—Ahora Licht no la tocará ni con un palo de seis metros.

—Lo entenderá.

—¿Lo entenderá? —Romeo arqueó una ceja—. Dejando a un lado el hecho de que a su prometida la sorprendieron con los dedos metidos en el vestido delante de toda su ciudad natal, estoy seguro de que sabe que somos acérrimos rivales en los negocios.

Damas y caballeros, el hombre que al parecer quiere casarse conmigo.

Es de suponer que Edgar Allan Poe no se revolvía en su tumba, preocupado por si le bajaban del pedestal de Gran Poeta.

—Eh. Esta es mi hija, y yo...

—Se la regaló a un gilipollas acomodado, que seguro que la va a tratar como a un mueble barroco. —No había alegría en la voz de Romeo. Tampoco victoria. Dio la noticia como un malhumorado dios griego que decide el destino de un simple mortal—. No hay ninguna diferencia entre lo que yo le ofrezco y lo que Madison Licht pone sobre la mesa, aparte del

hecho de que yo pronto valdré veinte mil millones de dólares, y la empresa de él ni siquiera es pública todavía.

Todo el peso del mundo se me vino encima cuando comprendí dos cosas:

1) Romeo Costa había sabido exactamente quién era yo cuando llegó a este baile. Me buscó. Me atrajo. Se aseguró de tener mi atención. Siempre fui su objetivo. Al fin y al cabo, él mismo lo había dicho: Madison Licht era su enemigo y quería arruinarle las cosas.

Y 2) Romeo Costa era tan cabrón que se casaría conmigo a pesar de hacer desgraciadas a todas las personas implicadas en esta unión, solo para fastidiar a mi prometido.

Ex prometido, más bien.

Me abalancé sobre él, golpeándole el pecho con las palmas de las manos. —No quiero casarme contigo.

—El sentimiento es mutuo. —Se acercó a mi tacto ardiente, me tomó la mano izquierda y deslizó el anillo de compromiso de Madison fuera de mi dedo—. Además, una tradición es una tradición. Toqué; arruiné. Saluda a tu nuevo prometido. —Romeo examinó el anillo apretado entre sus dedos, poco impresionado—. Esto apenas cuesta dieciséis de los grandes.

Lo arrojó a la multitud, y unas cuantas chicas poco honorables intentaron atraparlo.

Se me fue el aire de los pulmones.

Romeo examinó a mi padre con una perfecta cara de póquer, seguro de que, a pesar de mi temeridad, no me atrevería a desafiar la orden del patriarca si decidía que debíamos casarnos.

No.

No, no, no, no.

—Papi, por favor. —Me precipité hacia él, enlazando mi brazo con el suyo.

Se apartó bruscamente de mi contacto, frunciendo el ceño ante sus mocasines, luchando por regular la respiración. Mis mejillas punzaron de rechazo, como si me hubiera golpeado.

Mi padre nunca había sido tan cruel conmigo.

Quería llorar.

Nunca lloraba.

El mal tenía un rostro. Era impresionantemente bello... y pertenecía al hombre que acababa de convertirse en mi futuro marido.

—¿Por qué no hablamos de esto lejos de miradas indiscretas? —Papá miró a su alrededor, agotado y dolorido. Probablemente también había empañado aquella gala para él, igual que había empañado mi futuro—. Sr. Costa, preséntese inmediatamente en mi casa.

Romeo Costa me pasó el brazo por el hombro al pasar, sin sortear mirarme en lo más mínimo.

—Arruinada por las galletas. —Se metió un chicle en la boca mientras su imponente figura descendía por el escenario—. Cómo han caído los poderosos.

3

OLLIE VB: @RomeoCosta, ¿qué se siente hacer estallar tu cereza del escándalo? Bienvenido al club, hijo. Tenemos aperitivos. Y a la familia Kennedy.

ROMEO COSTA: www.dmvpost.org/Heredero-de-Von-Bismarck-pillado-intimando-con-esposa-del-gobernador-de-Georgia

OLLIE VB: Llámame papá y puede que te transmita mis habilidades.

ZACH SUN: Destrozar un hogar no es una habilidad.

OLLIE VB: Díselo a Rom. Acaba de romper un compromiso, una reputación y un futuro en un lapso de diez minutos. El alumno ha superado al maestro. [*Shia LaBeouf ovacionado GIF*]

ZACH SUN: ¿Dónde está ahora Rom?

OLLIE VB: En su casa, probablemente quemando los recuerdos de su infancia y ahogando a sus mascotas.

ZACH SUN: Si tuviera corazón, se me rompería por ella.

OLLIE VB: A juzgar por la bronca que le echó, si algo se va a romper aquí, será el espíritu de tu chico a finales de mes.

4

Romeo

Un millón de Dallas Townsends bailaron un vals en mi cerebro, sus tacones puntiagudos acuchillando cada recoveco.

Abrí los ojos.

La habitación se balanceaba de un lado a otro como si me hubiera metido de polizón en un barco que se hundía.

—No deberías haberte terminado ese Pappy Van Winkle tú solo, amigo. —La energética voz de Oliver resonó desde las profundidades de un retrete—. Compartir es cuidar.

Zach *timó* desde la distancia. —Por última vez, Von Bismarck, esa modelo de Agent Provocateur no quería un trío.

Siseé en una sedosa almohada del hotel Grand La Perouse, arrepintiéndome de todas las decisiones que me habían conducido a aquel infierno.

Espoleados por un descubrimiento de última hora, los tres habíamos llegado a Chapel Falls media hora antes del baile.

Ocupábamos la suite presidencial de cuatro dormitorios. No tanto porque disfrutáramos de la compañía mutua, sino porque sabíamos que algún imbécil la había reservado antes del baile.

Alegrarse de la miseria ajena era uno de los placeres más pequeños de la vida.

Uno que yo me permitía a menudo.

Oliver entró en la habitación, con la boca envuelta en un puro apagado.

—Necesitabas anestesiar el dolor. Borrar el recuerdo de meterle el dedo a una jovencita delante de los mejores de Fortune 500. —Se puso un polo al hombro—. Por cierto, la cuenta ascendió a cuarenta de los grandes solo en alcohol y puros. Deberíamos dedicarnos a organizar bailes de

debutantes. Al mundo nunca le faltarían jóvenes privilegiadas necesitadas de maridos multimillonarios.

La idea de volver a perder el tiempo así me repugnaba. —Convertirías el lugar en un garito de juego y engendrarías a unos cuantos bastardos antes del primer vals.

Se dejó caer en el borde de mi cama, subiéndose las botas de montar. —Sí, al juego. No, a los bastardos. Siempre empaqueto mi carne. Sin guante, no hay amor.

Teniendo en cuenta que veía a las mujeres como una cinta transportadora de agujeros calientes en los que aparcarse durante la noche, dudaba que Oliver estuviera familiarizado con la noción de amor.

Hizo una pausa, con los labios arqueados alrededor del puro. —No todo el mundo es lo bastante escrupuloso como para practicar tu método de garantizar que no haya hijos ilegítimos en la línea del trono.

Zachary Sun, alto, ágil, odiosamente genial y tan disponible emocionalmente como una roca, entró en mi habitación con el portátil metido bajo el bíceps. —¿Cuál es el método de Rom?

Ayer había optado por quedarse en el hotel.

Su presencia en el baile habría sido superflua.

Solo de pensar que su hijo se casara con una sureña, a la señora Sun le daría un ataque al corazón. Ninguna mujer vulgar podría convenir a su linaje de vieja alcurnia, que se remontaba a la dinastía Zhou⁴.

—Hay un agujero por el que nunca folla, y es por el que salen los bebés. —Oliver soltó el dato con una alegría innecesaria.

Zach frunció el ceño, probablemente recordando mi pasado. —¿Recientemente o nunca?

Compartíamos la misma visión del mundo: que el oxígeno que proporcionaban los menguantes bosques de la Tierra era un privilegio desperdiciado por los humanos.

En contra de mi buen juicio, había hecho una excepción en mis treinta y un años de vida. De lo que acabaría arrepintiéndome.

Y de forma espectacular.

—Lleva abstinentemente el tiempo suficiente para ser considerado un virgen renacido. —Oliver se encogió de hombros dentro de una americana para montar—. Por no decir... un perdedor.

Si se suponía que aquellas palabras debían ofenderme, erraron su objetivo por unos tres mil kilómetros.

Las mujeres no me interesaban.

Tampoco la gente en general.

Zach me observó con asombro y confusión a partes iguales. —¿Cómo es que nunca supe eso de ti?

—Te habrás perdido mi anuncio de tres meses en la portada del *New York Times*. —Vacié una botella de agua de un trago y me puse un chicle de menta en la punta de la lengua—. ¿Qué hora es?

—Me alegro de que preguntes. —Oliver encendió su puro y aspiró con fuerza. Una columna de humo salió de la punta ámbar—. Ya es hora de que te recuerde lo que ocurrió anoche. El incidente que precedió a que te bebieras una botella entera de brandy con la esperanza de morir envenenado por el alcohol al volver de casa de los Townsend.

Tiré de golpe la botella a la papelera. —Ten tu momento bajo el sol. Dime lo mal que se vio desde fuera.

—No se vio tan mal. —Zach dejó el portátil sobre la mesa delante de mi cama—. ¿Extraño? Sí. ¿Escandaloso? Como pretendías. Pero parecías un buen tipo intentando conquistar a una chica. Al menos en los vídeos difundidos por todo TikTok y YouTube, muchos de ellos virales. Lo llaman la proposición del siglo.

Oliver silbó. —Tienes tu propio hashtag.

Nunca había montado un escándalo en toda mi vida, y desde luego no me gustaba formar parte de uno ahora. Sin embargo, el fin justificaba los medios.

Lo había hecho.

Había robado a la prometida de Madison Licht y la había hecho mía.

El pequeño cretino siempre acababa los eventos con una cazafortunas menor de edad, que creía que podía quedarse con él más de una noche.

Imagínate mi sorpresa cuando, hace dos días, Oliver le oyó hablar poéticamente del cuerpo delicioso, la cara perfecta y el pelo exquisito de su prometida.

Por una vez en su miserable vida, parecía que no había mentido.

Me froté la barbilla. —¿Era al menos tan guapa como la recuerdo?

—Exquisita. Un beso de chef. —Oliver se llevó los dedos a los labios —. Además: apenas pubescente. ¿Es siquiera legal, Rom?

—Legal. —Un valle en forma de diente en la punta de mi barbilla onduló sobre las yemas de mis dedos. La pequeña zorra maníaca me había mordido y dejado una marca—. Lleva al menos dos años en la universidad.

Tres o más, si no exagero con lo de suspender los semestres. No entendía cómo se podía suspender Literatura Inglesa, pero dejémoslo en manos de aquel fantasma arrastrado por el infierno.

—Zach, cuando te digo que esa mujer estaba lívida... —Oliver sacudió la cabeza. Le salía humo de las fosas nasales como a un dragón maligno—. Estuvo a punto de matarlo a puñaladas. Creo que lo único que la detuvo fue la posibilidad de avergonzar aún más a su familia.

Afortunadamente, Dallas Townsend albergaba una línea roja.

A juzgar por nuestra fugaz presentación, era la única.

Me costaría conjurar a una mujer tan pintoresca como ella. Permanecía en constante sexta marcha, pasando de robar comida a hablar como si fuera una concursante de la Maratón de Boston.

Su sola cara me daba ganas de tomarme cuatro Tylenols y beberlos con brandy.

Si hubiera conocido su personalidad antes de adquirirla como mi nueva inversión, habría preferido oír a aquel bruto pálido hablar de ella durante el resto de su patética vida antes que casarme yo con ella.

Oliver se dio una palmada en la rodilla, riendo. —La hizo pasar un infierno.

—Estoy seguro de que se vengará de la misma manera cuando se casen. —Zach tecleó en su portátil, interesado solo a medias en la conversación—. ¿Qué pasó después de que llegaras a su casa?

Me apoyé en el cabecero de la cama, masajeando el pie que mi futura esposa había perforado con su tacón. —Su padre la envió a su habitación. Luego cerramos un buen trato. Voy a derramar dinero de donaciones en sus organizaciones sin ánimo de lucro durante los próximos cinco años y le presentaré a algunas personas a las que quiere lanzar negocios.

¿Y para qué?

Podía contar con una mano el número de veces que vería a Dallas Townsend después de la ceremonia nupcial y me sobrarían dedos.

—Bueno. —Oliver se subió los guantes de cuero marrón por los dedos y arrojó la colilla del puro por la ventana—. Por mucho que disfrute recitando la noche en que Romeo arruinó su vida, tengo caballos que ver y mujeres que corromper.

Zach enarcó una ceja oscura. —Cualquier mujer que sea tan tonta como para acabar a tus órdenes ya ha sido completamente empañada.

Oliver suspiró. —Es verdad.

Zach arrugó la nariz. —¿No te aburres?

Mientras que Oliver amaba a todas las mujeres, Zach no encontraba ni una sola que estuviera a la altura de sus irracionales ideales. De hecho, la Sra. Sun organizaba citas semanales con herederas del ABC de empresas navieras, mineras de cobre y de software.

Su pasatiempo favorito era rechazarlas por motivos absurdos, como demasiado guapa, demasiado lista, demasiado rica, demasiado caritativa y, mi favorito personal, demasiado parecida a él.

—Dejaré de perseguir rabos cuando me muera. —Oliver se puso en pie, deslizando la cartera y el teléfono en una elegante bolsa de mensajero de cuero. Frunció el ceño—. En realidad, ni siquiera entonces los gusanos estarán a salvo de mi libido. Ahora, si me disculpas, voy a aprovechar al máximo este agujero de mierda antes de partir, y no se me ocurre mejor forma de pasar el tiempo que no con ustedes.

Con Oliver fuera para hacer del mundo un lugar peor, Zach y yo nos miramos fijamente.

Sobre el papel, teníamos mucho en común.

Una única entidad nos motivaba.

El dinero.

Zach tenía en su haber dos salidas multimillonarias en aplicaciones desarrolladas por él mismo. Mientras tanto, yo reinaba en la empresa de mi padre como director financiero, incursionando en fondos de alto riesgo e inversiones de alto nivel por diversión. Desde que me licencié en el MIT, había triplicado los ingresos de Costa Industries.

Éramos reservados, calculadores, pragmáticos e impasibles ante las expectativas de la sociedad. Nuestros padres nos presionaban para que nos casáramos. Y harían todo lo posible por llevarnos al altar con la futura madre de sus nietos.

Pero nuestras similitudes terminaban allí.

A diferencia de Zach, yo no poseía ni un solo nervio en todo mi cuerpo. Por no hablar de la integridad, un concepto que me parecía tan mítico como las sirenas. Hacía cosas atroces y aun así dormía como un bebé por las noches.

Zach, en cambio, era auténticamente decente. No importaba mucho, ya que el noventa y nueve por ciento de la población le resultaba difícil de digerir por carecer de la inteligencia suficiente.

—Entonces. —Zach no levantó los ojos de la pantalla—. ¿Crees que desarrollarás una conciencia y dejarás en paz a la pobre chica?

Giré los pies hacia el suelo y planté los codos sobre las rodillas, clavándome las palmas de las manos en las cuencas de los ojos. —No.

—¿Por qué no?

Existían un millón de razones, pero solo una importaba. —Porque era de Madison, y él no se merece nada bueno en su vida.

—Entonces, es buena.

—¿He dicho buena? Quería decir insufrible.

—Un gran elogio.

—Insufrible es un elogio, en lo que a ella respecta. La mujer podría llevar a un monje al asesinato.

—Interesante. —No le pareció interesante. No le parecía ni remotamente estimulante nada que no fuera dinero, tecnología y arte—.

Aún no te había oído tan apasionado por una mujer, en un sentido o en otro, desde que Mo...

—No pronuncies su nombre. En cualquier caso, Dublín y yo estaremos casados solo sobre el papel.

¿Se lo decía a Zach o a mí mismo?

—Dublín, ¿eh? —Arrancó la mirada de la pantalla solo para lanzar verme con lastima—. No subestimes el poder del papel. Se hace dinero con esa mierda.

—Veinticinco por ciento de lino. Setenta y cinco por ciento de algodón —corregí.

No es que no lo supiera.

—Cheques, entonces. ¿Qué sabes de ella?

No mucho.

Después de lo de ayer, no me picaba la curiosidad, por no decir otra cosa.

Seducirla había sido más fácil que quitarle un caramelo a un bebé. Irónicamente, *quitarle* un caramelo era algo que no creía posible sin perder un brazo.

—Es guapa, loca, y preferiría comerse sus propios globos oculares antes que casarse conmigo.

Zach me congratuló con su agua electrolítica. —Haré palomitas.

—No seas tan engreído. Eres el siguiente en la fila.

—Pero la fila es larga. —Hizo clic en su ratón, desviándose ya de la conversación hacia su trabajo—. Y se me da muy bien dar largas.

5

Romeo

El día avanzaba como una noche de terror.

A un ritmo insopportable.

Zach atendía una tras otra las conferencias telefónicas para su inminente adquisición de acciones. Oliver se dedicó a montar caballos de carreras y a recibir sexo oral, posiblemente al mismo tiempo.

Mientras tanto, yo devoraba pechugas de pollo y coles de Bruselas, lavaba el regusto amargo con café Chicory y me aprovisionaba de chicles, exigiendo la marca Mastika al conserje.

Cuando ya no pude retrasar más lo inevitable, salí del hotel para comprar un anillo para la pesadilla de mi existencia.

Era muy importante que Dallas llevara un anillo de compromiso al menos tres veces más grande que el que le había regalado su ex prometido.

Esto no tenía nada que ver con ella y sí mucho que ver con asegurarme de que Madison quisiera apuñalar sus propias pupilas cada vez que ella lo enseñara en público.

Y si resultaba demasiado pesado para sus delicados dedos, tendría que apañárselas. No era como si alguna vez los hubiera puesto en práctica y funcionaran de verdad.

Había oído rumores.

Mi futura esposa era excesiva, notoria e incomparablemente perezosa.

Mientras la encargada de la tienda registraba el importe de dos millones de dólares del extracto de mi tarjeta ilimitada, junto con el cuantioso seguro que lo acompañaba, mi teléfono zumbó con una llamada entrante.

Madre.

Pulsé aceptar, pero no la agracié con palabras reales.

—¿Y bien? —preguntó Romeo Costa padre—. ¿Cómo va todo?

Dejémosle a mi padre el no saber sobre lo que medio Internet ya había hecho memes.

Era lamentable, por no decir desmañado, que me hubiera convertido en una sensación de las redes sociales por arruinar el honor de una joven en un baile de debutantes.

De hecho, para gran agradecimiento del Departamento de Defensa, había cumplido treinta y un años sin una sola mancha.

Le había dado a Dallas Townsend mi primer escándalo; ella me había dado su futuro. No parecía un intercambio equitativo y era la primera vez en mi vida adulta que salía perdiendo en algo.

Todo por una chica que entraría corriendo en la furgoneta blanca de un desconocido si eso significaba que podía hacerse con un caramelo.

—Chapel Falls es precioso. —Le arrebaté la bolsa turquesa de los dedos a la dependienta y salí a la acera—. ¿Qué tal están?

—Romeo, Dios mío. —Un tono claramente horrorizado se adelantó, aprovechando la llamada. Sin duda, mi madre apretaba sus perlas características mientras hablaba—. No te envié a Sidwell Friends, al MIT y a Harvard para que aprendieras la horrible jerga sureña.

—Tampoco me enviaste a Sidwell Friends, MIT y Harvard para que fuera un simple Director Financiero en la empresa de tu marido, y sin embargo aquí estamos.

Todos sabíamos que me merecía el puesto de Director de Operaciones, que actualmente ocupaba la otra pesadilla de mi existencia, Bruce Edwards.

Mi padre ignoró mi indirecta. —¿Has encontrado novia? Recuerda, Romeo: sin novia no hay Compañía.

Ah. El quid de mi problema existencial.

Toda la razón por la que me encontraba en este húmedo infierno en primer lugar.

Lo ideal habría sido simplemente deshonrar a la chica Townsend y enviarle a Madison unas cuantas fotos de su sangre virgen en mis sábanas egipcias como recuerdo.

Sucedió que mis padres me habían dado un ultimátum a principios de semana: encontrar novia y sentar la cabeza, o el puesto de Director General iría directamente a Bruce Edwards.

Bruce era el subproducto de una endogamia de primer nivel de Massachusetts. Nueve años en la Academia Milton, cuatro en Phillips Andover y dos títulos de Harvard.

Él y Senior compartieron el mismo dormitorio en Winthrop House, con dieciocho años de diferencia. Ambos se iniciaron en el Porcellian Club, donde el bueno de Senior fue su mentor de antiguos alumnos.

Aunque no corría ni una gota de sangre Costa por las inútiles venas de Bruce, una afrenta a siglos de tradición nepotista de los Costa, Romeo Costa padre se consideraba demasiado honorable para olvidar a sus juniors de Harvard.

Así pues, Bruce era, para mi gran disgusto, un fijo en nuestras vidas.

Tenía la exasperante costumbre de referirse a mí como Junior en cada oportunidad pública. Hacía ocho años, incluso había empezado a dirigirse a mi padre como Romeo en lugar de Sr. Costa por la mera justificación de asignarme el apodo.

Al parecer, también estaba en la misma habitación que mis padres.

Su voz profunda y enervante tranquilizó a Senior. —Romeo, Mon. —Mon, no Mónica, como si fueran compañeros de golf—. Los niños maduran más despacio hoy en día. Quizá Junior no esté preparado. Ni para el matrimonio ni para el trabajo.

Esto.

Por eso prefería los números y las hojas de cálculo a los seres humanos.

Sabía que Senior medio esperaba —quizá incluso deseaba— que abandonara su reto y me quedara soltero.

Lo único que Bruce tenía que yo no tenía era una esposa. Una cosa tímida llamada Shelley.

No había nada abiertamente malo en Shelley, aparte de su gusto por los hombres. Tampoco había nada abiertamente bueno en ella.

Era como el pan blanco de los humanos. Tan insípida como una pechuga de pollo sin condimentar e igual de seductora.

—No voy a entregar una de las empresas más rentables de Estados Unidos a un soltero sin alma al que la mitad de la empresa tiene demasiado miedo de acercarse.

Mi padre se equivocaba.

Era precisamente mi falta de alma lo que me convertía en el candidato perfecto para el trabajo de entregar armas pesadas en manos de gobiernos dudosos y repúblicas bananeras.

No es que le importara mi estado civil.

Solo le importaba una cosa: la continuidad del linaje Costa.

—Vamos, Romeo. —Bruce volvió a meterse en la conversación—. Esto no puede ser bueno para tu tensión arterial.

El hermano de Bruce dirigía una empresa farmacéutica goliat que hacía que Pfizer pareciera David, así que a menudo fingía preocuparse por la salud de Senior.

La verdad era que los dos queríamos al hombre muerto. Y ambos nos hacíamos los simpáticos para sucederle en el puesto de director general antes de que estirara la pata.

Bueno, yo jugaba limpio.

Bruce tenía la lengua tan metida en el trasero de mi padre que me sorprendía que no le hiciera cosquillas en las amígdalas.

Senior hizo caso omiso de Bruce y siguió despotricando. —Sobre todo con Licht Holdings respirándonos en la nuca.

Licht Holdings —lo has adivinado— pertenecía al padre de Madison Licht. Una empresa de defensa rival que ganaba popularidad entre los peces gordos de Washington D.C.

Sin duda, al llamarla defensa, lo que realmente quería decir era armas.

Mi familia fabricaba un volumen extraordinario de armas y vendía la mayoría de ellas a los Estados Unidos. Cañones submarinos, armas de fuego guiadas de precisión, sistemas robóticos armados, ondas de choque taser, misiles hipersónicos.

Si podía matar a miles de personas de un solo golpe, probablemente lo fabricábamos.

La guerra era una industria rentable.

Mucho más que la paz.

Lo siento, Tolstoi. Aunque la idea es encomiable.

—En realidad, he encontrado a la indicada. —Suspiré con disgusto al recordar que mi supuesta elegida probablemente estaba en ese momento cambiándose el nombre, falsificando un pasaporte y huyendo a un país sin leyes de extradición.

—¿Ah, sí? —Mónica jadeó emocionada.

—¿Lo hiciste? —preguntó Senior con escepticismo.

—¿Lo conseguiste? —Bruce sonó como si le hubiera metido un misil balístico por el culo.

—Efectivamente. —Llamé a un Uber para que me llevara a la residencia de mi futura esposa, ya que este infierno ni siquiera tenía servicio de coches—. Estoy deseando que la conozcan.

—¿Cómo es? —Seguramente, las perlas de los dedos de Mónica se retorcían con su impaciencia.

—La orgullosa propietaria de un pulso y un vientre, sus dos únicos requisitos.

No es que vaya a utilizar ese útero suyo.

Mónica soltó una carcajada encantada. —Rom, a veces eres muy burdo.

Un Uber Lux se detuvo en la acera. El Range Rover del año pasado. Necesitaba salir de Chapel Falls pero ya.

Me deslicé en la cabina del vehículo, ignorando el contacto visual que el conductor intentaba imponerme. Lo único que haría el día de hoy aún más incómodo era una conversación trivial con un desconocido.

—¿Cuándo vamos a conocer a la chica? —Si dependiera de Mónica, Dallas llegaría a su puerta mediante envío Prime en dos horas.

—Tan pronto como sea humanamente posible.

Necesitaba destruir cualquier posibilidad de que Bruce se convirtiera en una alternativa viable a mí como director general. Eso, por desgracia, significaba unas cuantas horas más en un espacio reducido con Dallas Townsend.

Mónica estuvo a punto de estallar de alegría. —Aww. ¿De verdad te hace tanta ilusión presumir de ella?

Me quedé mirando por la ventana. —A reventar.

—Junior... Cristo, chico. —Y entonces supe que Bruce había encontrado uno de los vídeos virales de anoche—. Mon, Romeo, creo que deberían ver algo. ¿Se acuerdan de Clinton Brunswick, del Pentágono? Su mujer le reenvió un vídeo a mi Shelley. Lamento hacérselos saber, pero no me sentiría cómodo sin abordarlo, ya que Junior hizo un terri...

Esa fue mi señal para colgar.

Mientras cortaba la llamada y veía pasar Chapel Falls en toda su gloria de pueblo pequeño, pensé que casarme con la chica Townsend no era tan mala idea después de todo.

La dejaría que se ocupara de sus propios asuntos: ¿compras? ¿Almuerzos? Solo volvería a entrar en su vida periódicamente para llevarla a eventos de etiqueta o a cumbres importantes en las que tuviera que parecer un respetable padre de familia.

Probablemente regresaría a Chapel Falls al cabo de uno o dos años y envejecería sin gracia, pasando el tiempo ahogada en extravagancias materialistas y cotilleos sin sentido para adormecer el sabor de su propia inutilidad.

Yo volvería a mi vida normal en Potomac.

A mi trabajo. Mis amigos. *Mis planes*.

Al cabo de unos años, diez o doce, cuando el ardor de convertirse en madre la abrasara de verdad, consideraría la posibilidad de concederle el divorcio. Dependiendo de lo útil que me resultara para entonces.

Aunque firmaría un acuerdo prenupcial.

Aquella mujer no valía ni la mitad de la fortuna Costa.

Sí, decidí. *Casarme con la chica Townsend será un incidente anecdótico en mi vida, no un momento crucial.*

No importaba lo ruidosa que fuera.
Mi silencio siempre sería más estridente.

6

Romeo

Parecía apropiado que una mansión de galletas albergara a mi novia obsesionada con las galletas.

Con su nueva capa de pintura blanca, sus contraventanas negras, sus columnas imperiales y su puerta de color rojo vivo, la casa colonial de antes de la guerra podría aparecer en las páginas de *Southern Living*.

En el balcón del segundo piso, dos mecedoras se balanceaban por la fuerza de quienquiera que las hubiera ocupado hacia unos segundos. Eso confirmó mi sospecha.

Galleta había esperado mi inminente llegada para reclamar mi nueva adquisición.

A ella.

Había jugado con la idea de darle todo el fin de semana para que se despidiera de su familia y amigos, sobre todo para aliviarme de su agobiante existencia.

Pero era mejor acabar cuanto antes.

Shep Townsend abrió la puerta vestido de domingo. Por supuesto, acababan de volver de la iglesia.

Nada gritaba más “cristiano devoto” que ser sorprendido con la mano de un desconocido entre los muslos.

—¿Es aceptable el anillo? —Me arrebató la bolsa de joyas de las manos, abriéndola de un tirón—. Porque no permitiré que humilles más a mi hija.

Puede que yo fuera un ser humano deplorable por arrastrar a su hija a patadas y gritos al matrimonio, pero él era un capullo de primera por permitirlo.

Y por haberla emparejado en un principio con Madison Licht, que era una bolsa de ETS enfundada en un traje de graduación.

Abrió la caja del anillo.

Las cejas se le subieron a la cabeza y tragó saliva. —Esto servirá.

Pasé a su lado sin reconocer sus palabras y examiné el vestíbulo. Mi futura esposa no aparecía por ninguna parte.

Una versión más pequeña y ceñuda de ella (su hermana pequeña, supuse) estaba al pie de la escalera, agarrada a las barandillas, observándome como una criatura del bosque a punto de abalanzarse sobre su presa.

Miré mi Rolex. —¿Dónde está Dallas?

—Arriba, descansando. —La ex Miss Estados Unidos, Natasha Townsend, salió de la cocina con un respetable vestido de guinga y me miró con odio.

Por suerte, Dallas había heredado la cara de su madre y no la de su padre.

—¿De qué?

Seguro que la chica no tenía una agenda muy apretada.

No tenía *ninguna* agenda.

—Deja de acosarla. Atrapas más abejas con miel. —Shep me puso una mano en el brazo y me condujo al salón—. Ayer mismo la deshonraste, acabaste con su compromiso y la obligaste a casarse. Necesita tiempo para asimilarlo.

Nunca se me había ocurrido que Dallas Townsend fuera un personaje tridimensional con necesidades, deseos y motivaciones.

Desde mi punto de vista, parecía una niña preciosa, malcriada y petulante, acostumbrada a salirse con la suya.

Una que alimentaba una obsesión algo malsana por la comida.

Me invitó a sentarme en la cabecera de la sala, frente a la sorprendida familia de Dallas. —Dile que baje ahora mismo. Tenemos que discutir los planes.

La pequeña Townsend se adelantó. —¿Por qué no vas a gritar...?

—Ve a buscar a tu hermana, Franklin. —Los labios de Shep se torcieron hacia abajo—. Y lávate la boca con una pastilla de jabón justo

después.

Con un movimiento de cabeza, Franklin huyó de mi periferia. Shep permaneció de pie. También su mujer.

Ambos me fulminaron con la mirada.

Saqué mi maletín de cuero y empecé a extender sobre la mesa los papeles que mi novia tenía que firmar. —Una taza de café estaría bien. Sin azúcar, sin leche, sin saliva.

Los ojos de la Sra. Townsend se desorbitaron. Al final, la hospitalidad sureña venció a su resentimiento.

Se escabulló hacia la cocina. Muy seguro que rezó rápidamente a Jesús para pedirle que me provocara un infarto precoz y mortal.

Shep se apoyó en el respaldo de una silla. —¿Hiciste esto para vengarte de Madison o porque tu padre te obliga a casarte?

Me limpié la pelusa invisible del traje, marcando con una “x” todos los lugares en los que Dallas tenía que firmar. —Era una situación de dos pájaros y un tiro.

Se sentó y entrelazó los dedos sobre la mesa, con los labios apretados. —Mi hija es muy especial.

Luchando contra una mueca, murmuré: —Todas lo son.

—No —insistió—. Dallas no se parece en nada a lo que has visto y conocido. Te lo aseguro. —Si me dieran un céntimo por cada vez que un padre orgulloso intentaba venderme a su hija basándose en sus méritos... bueno, seguiría siendo multimillonario—. Cuando te enamores de ella, asegúrate de que no le guardas rencor por ello.

Así que el delirio era algo que corría en esta familia.

Por suerte, no necesitaba el ADN de Dallas.

Miré a mi alrededor, aburrido. —Haré lo que pueda.

—Lo digo en serio. —Se le desencajó la mandíbula—. Sé que ahora no lo sientes así, pero mi hija es totalmente irresistible. No ha habido un solo hombre en esta ciudad y en la siguiente que no se haya ofrecido por ella. Espero que, cuando conquiste tu corazón, tenga la cabeza fría para romperlo. Igual que tú estás rompiendo el suyo.

—Eso sí que lo consiguió.

—No está enamorada de Madison Licht.

—¿Cómo lo sabes?

—Aunque no soy un experto en relaciones, estoy bastante seguro de que me habría costado más de treinta segundos de vals convencerla de que meterle los dedos era una buena idea si estuviera locamente enamorada.

El hombre no dejaba de hacer muecas cuando mencionaba mi encuentro sexual con su hija.

—Sin embargo, no cabe duda de que le tiene cariño.

—A mí también me tendrá cariño —espeté.

Ni siquiera quería que me tuviera cariño. Simplemente odiaba la idea de perder contra Licht.

Shep se echó hacia atrás. —Eso está por verse.

Mi novia interrumpió la extraña conversación, entrando en el salón con una bata de satén verde oscuro. Su pelo castaño le caía por los hombros hasta la cintura.

Una oleada de alivio erosionó mis pulmones. Dallas Townsend era realmente una belleza. Incluso más impresionante de lo que recordaba. Con unas pestañas largas y rizadas, unos eminentes ojos color avellana y unos labios almohadillados.

Ah, bueno.

Supuse que era justo que, por el precio que había aceptado pagar, la arruinara de verdad y genuinamente.

El coito estaba descartado, pero se me ocurrieron algunas ideas. Sin duda tardaría dos minutos y una bolsa de Skittles en hacerlas realidad.

Galleta me miró con abierto desdén, aún de pie.

—Mi amor —dije—. Cómo me habrás echado de menos.

—¿Qué quieres?

Que Bruce y Madison mueran.

Y que te sometas a un trasplante completo de personalidad.

—Fletaremos en un avión hacia Potomac dentro de tres horas.

—Que te vaya bien. Saluda a Pomoso Von-Pantalones-Extravagantes de mi parte. —Me robó la magdalena del plato que me había dejado Natasha y se la terminó en dos bocados.

Dallas Townsend, damas y caballeros.

Poseía la mitad de modales y el doble de belleza que cualquier mujer que hubiera conocido. Lástima que una personalidad tan insufrible estuviera unida a un rostro tan despampanante.

—Te vienes conmigo.

—Ah. —Frunció los labios, pero no discutió.

—Ve a hacer la maleta.

Giró hacia su padre, mordiéndose el labio. —¿Tengo que hacerlo?

Él asintió.

Ella resopló.

Estupendo. Iba a casarme con una mujer que tenía doce años mentales.

—Créeme, Dal, tu madre y tu hermana tampoco me lo perdonarán.

—Pero es impropio que me vaya a vivir con él antes del matrimonio.

Apilé nuestros papeles prenupciales, ya aburrido de esto. —Todo el mundo sabe que ya probé la mercancía.

—No has probado nada. —Giró la cabeza para mirarme—. Apenas me tocaste, y tú y yo lo sabemos.

Saberlo y admitirlo eran dos cosas distintas.

Esperar honestidad de mí era tan ridículo como esperar lealtad de una prostituta.

—Tienes dos horas para recoger tus cosas. —Forcé el contacto visual directo, levantando la pila de papeles—. Después firmarás este acuerdo prenupcial. Yo esperaré aquí.

Se encogió de hombros.

Entrecerré los ojos. Por lo poco que sabía de ella, no aceptaba bien las instrucciones, sobre todo las mías.

Tenía en la punta de la lengua advertirle de las graves consecuencias que tendría si no cumplía mis órdenes.

Entonces me di cuenta de que ya no necesitaba seducirla. De engatusarla para que entrara en mi esfera.

Ya estaba firmemente atrapada en mi telaraña. Golpeando y resistiéndose, pero pegada en su sitio.

La próxima vez que hiciera una estupidez, lo pagaría.

No hay mejor lección que la experiencia.

Romeo

Los residentes de la casa de los Townsend no se contaban entre mis rabiosos admiradores, por no decir otra cosa.

Consideraban descortés echarme, pero desde luego no ofrecían ningún entretenimiento.

Con mi prometida encerrada en su habitación, me invitó a recorrer la casa de su infancia.

Era impresionante, aunque aburrida.

O eso pensé hasta que llegué al final del pasillo.

La biblioteca.

Presintiendo el santuario de Galleta, entré.

Estaba en lo cierto.

Olía a ella. Un aroma que reconocí del baile de debutantes. A polvos de talco, rosas en flor y mujer trastornada.

Pasé el dedo por los lomos mientras recorría los libros, aplastando chicle entre los dientes para aliviar cierta molestia. Estaban agrietados, el cuero maltratado.

Era evidente que Galleta no era delicada con las cosas que apreciaba.

Tenía un carácter caprichoso, un temperamento de goliat y una lengua capaz de rebanar metal. No podía imaginármela con alguien como Licht, que era la respuesta humana a un rábano.

Dallas era una lectora versátil. Los géneros variaban. Desde romances a thrillers. De fantasías a misterios detectivescos.

Lo único que destacaba era el hecho de que era la orgullosa propietaria de los trece libros del mundo de Henry Plotkin. Una serie superventas que incluso yo conocía.

Giraba en torno a un joven mago que aprendía a utilizar la magia para transportar a sus seres queridos fallecidos de vuelta a la tierra de los vivos.

Henry Plotkin y la poción mística.

Henry Plotkin y la chica que se atrevió.

Henry Plotkin y la Varita Mágica.

Seguro que la última sonaba mejor en la cabeza del autor.

—No toques eso. —La mordacidad de su voz azotó la habitación.

Agarré el libro por principio y me di la vuelta para encontrar a Franklin delante de mí. Marchó hacia delante, arrebatándomelo. Sus ojos hinchados me decían que se había pasado la última hora llorando.

—Dal es una gran fan de esta serie. Se pasa toda la noche fuera de las librerías en Nochebuena para comprar los nuevos libros cuando salen a la venta. Nadie puede tocarlos. Nadie. Ni siquiera yo. —Devolvió el libro a su sitio y giró hacia mí—. Tengo una proposición para ti.

—No me interesa.

—Tómame a mí, no a ella. Seré tu novia... tu mujer... tu *lo que sea*.

—Puso los ojos en blanco—. Soy fuerte. Puedo soportarlo. Y nunca te aburrirás conmigo.

Franklin era una versión menos refinada de su hermana.

No tan hermosa.

No tan tentadora.

Y, probablemente, no tan temeraria.

También era claramente una chiquilla. Aunque no poseía ninguna moral de la que hablar, poner mi polla en la boca de una estudiante de instituto era mi límite.

—Tu oferta no me atrae. —Deslicé una mano hacia el bolsillo delantero—. Ya tengo en mis manos más Townsend de los que deseo.

—Por favor. —Salió como una exigencia en lugar de una súplica. Se irguió, mirándome fijamente a los ojos. Me pregunté de dónde habían sacado su carácter las hermanas Townsend, porque seguro que no era de papá—. Encajamos mejor, tú y yo. Yo soy más pragmática, ella es más...

—¿Desquiciada?

Mostró los dientes. —Poco práctica.

Apoyé un hombro en la estantería. —Solo hay un problema.

—¿Sí?

—No soy pedófilo.

—Primero, tengo diecinueve años, imbécil. Segundo, no quieres casarte con ella. Confía en mí.

Tenía que reconocerle una cosa: era lo bastante lista como para no apelar a mi corazón, probablemente intuyendo que no tenía uno.

—¿Y por qué?

—Porque está enamorada de Madison.

Eso me llamó la atención.

A diferencia de su padre, supuse que Franklin hablaba de esas cosas con Dallas. También recordé que Galleta se quejó de la infidelidad de Madison.

La estudié, casi interesado por una vez. —¿Es así?

—Sí. —La ira chamuscó sus ojos—. Tómame. Estoy libre.

—También: no apta.

—Nunca te querrá.

—Intentaré seguir adelante.

Su exigencia se metamorfoseó en una súplica desesperada. —*Romeo*.

Entró en mi espacio y me pasó la mano por la corbata. Sus dedos se detuvieron justo encima de mi ombligo, y solo porque se la arrebaté antes de que me tocara los huevos.

Antes me seduciría un sándwich de huevo podrido que esta niña.

Franklin se inclinó aún más, apretando su pecho plano contra la parte superior de mi vientre. —Deja que te demuestre...

Retrocedí y la dejé caer sobre la alfombra, boca abajo.

Gimió, con la boca a centímetros de mis mocasines. —Cabrón enfermo.

Utilicé la punta de mi mocasín para apartar su teléfono de una patada. El aparato giró sobre sí mismo.

En su pantalla parpadeó la aplicación de grabación.

Un montaje.

Muy *One Tree Hill*.

Franklin se puso en pie. Un ceño profundamente fruncido se estampó en su rostro. —¿Sabes una cosa? En realidad, me alegro de que te cases con ella. No parará hasta arruinarte la vida.

—Eso sí me lo creo.

Separó los labios, preparándose para lanzar más diarrea verbal, pero el tono de llamada de mi teléfono me informó de que habían pasado las dos horas de Galleta.

—Ve a llamar a tu hermana.

—No soy tu secretaria, cara de culo. Ve tú a buscarla.

Sería un disgusto.

Salí de la biblioteca y subí por la escalera de caracol hasta el segundo piso. La habitación de Galleta estaba al final del pasillo.

Llamé a la puerta. —Se acabó el tiempo.

No hubo respuesta.

En lugar de repetir todo el proceso otra vez —sabía que no cedería—, empujé la puerta. Si estaba indecente, bien. Nada que no me hubiera ofrecido antes.

Pero Galleta no estaba desnuda.

Tampoco lloraba histéricamente en un montón de emociones, encaramada al alféizar de una ventana como una damisela en apuros.

De hecho, dormía plácidamente en su cama matrimonial, todavía en bata, con *Cheaters* reproduciéndose en la televisión.

Un solo ronquido le sacudió los hombros.

Me faltaron las palabras.

Por primera vez en mi vida, se me ocurrió que mi vocabulario podía ser insuficiente.

Huelga decir que Dallas no había metido ni una sola cosa en la maleta. Ni siquiera había una maleta a la vista.

Como si presintieran la inminente tormenta, Shep y su mujer se materializaron en su puerta.

Shep aferró el marco. —Recuerda, Costa, la miel atrae a más abejas.

Bailé un vals hasta la cama de Dallas, posándome en su borde. Su pelo (grueso y ondulado e imposiblemente suave) enmarcaba su rostro.

Hice patinar los nudillos sobre su columna. Ella se agitó y la piel expuesta se le puso de gallina. Un suave gemido se escapó de sus labios.

—Despierta, despierta, Galleta. —Mi voz se deslizó sobre su piel como terciopelo—. Es hora de despedirse.

Estaba tan desorientada que, por una vez, siguió las instrucciones y abrió los ojos. Entonces la pequeña sonrisa serena de su rostro se transformó en un ceño fruncido.

Pero no rompí el personaje.

Tomé su mano de debajo de las sábanas y le coloqué el anillo de compromiso de 20,03 quilates, talla esmeralda, en el dedo. —¿Dormiste bien?

A mis espaldas, Shep soltó una exhalación aliviada.

Dallas me miró con escepticismo, ignorando el anillo. —Supongo que sí. Aunque es una mierda que me haya despertado.

Créeme, cariño, yo también estoy decepcionado.

—Nuestro avión sale dentro de cuarenta minutos. Deberíamos irnos enseguida.

—Vale. —Se levantó y el edredón le rodeó la cintura—. Deja que haga la maleta...

—Lo siento, Galleta. Como te dije antes, tenías dos horas.

—Deja de llamarle Galleta. Tengo un nombre.

—Uno discutiblemente más ridículo.

—Colega, te llamas Ro...

—No me llames colega.

—Dios. Bueno, vete. Voy a hacer las maletas.

—Te vienes conmigo ahora mismo o retiro mi oferta de compromiso.

Sus ojos llameaban. —¿Crees que eso es una *amenaza*?

—Desde luego. —Me levanté y saqué el móvil del bolsillo para llamar a un Uber—. Si me retracto ahora, serás una chica arruinada y mancillada, sin perspectivas de matrimonio con un sueño respetable. Una infame por dejarse manosear por un desconocido en un baile, solo para ser abandonada por dos hombres en veinticuatro horas. ¿Cómo crees que le sentará eso a tu familia? ¿Tu reputación? ¿Tus objetivos vitales?

No respondió.

Comprendía la gravedad de su situación.

La agarré por el codo y la acompañé escaleras abajo. Con suavidad, pero con firmeza.

Salió al pasillo dando tumbos, ya totalmente despierta. —Al menos déjame vestirme.

—Estás perfecta tal como te encuentras, *querida*.

Yo valoraba la puntualidad. Mi mujer ni siquiera conocía la definición. Otra razón más por la que nuestro matrimonio sería miserable.

No habría tiempo para firmar el acuerdo prenupcial. Podríamos hacerlo cuando llegáramos a Potomac, supuse.

—Necesito ropa. Necesito ropa interior. Necesito...

—Mejor gestión del tiempo. En cuanto a todo lo demás, tendrás una tarjeta de crédito y acceso a centros comerciales e Internet. Sobrevivirás.

Para mi consternación.

Bajamos las escaleras. El Uber llegaría en cualquier momento.

Galleta giró en dirección contraria, intentando dirigirse al armario de los zapatos.

La atraje hacia mí. —Los rumores estaban equivocados. No eres perezosa en absoluto. Cuando te incentivan, eres una bola de energía.

Se encaró conmigo, echando humo. —No me iré de aquí sin zapatos.

—¿Te apuestas algo?

—Deja que mi hermana se ponga los zapatos. —Franklin galopó hacia nosotros, agitando los puños en el aire.

Hizo llover aquellas manitas en bolas sobre mi pecho.

No sentí nada.

—Tuvo dos horas para ponerse los zapatos. Eligió ver *Cheaters*.

El señor y la señora Townsend revoloteaban ante el rellano, discutiendo.

Natasha se cubrió la cara con las manos y sollozó. —Oh, Shep, ¿a quién le importa nuestra reputación? Deja ya esta tontería.

Él le dio unas palmaditas en la espalda. —Sabes tanto como yo que Costa es su mejor opción en este momento.

—Ahora sí que te odio.

Galleta se arrojó a los brazos de su madre. —No te preocupes por mí, mamá. Estaré bien.

—Oh, cariño.

Más lamentos, abrazos y teatro en general.

Aparté la mirada.

No porque me incomodara la producción de *Jerry Springer*, sino porque quería ver por la ventana si había llegado el Uber.

Había llegado.

Probablemente Oliver y Zach ya estaban en el avión.

—Hora de irse.

Galleta giró hacia mí. —¿Puedo llevarme al menos un libro para que me haga compañía durante el vuelo?

No pude evitar fijarme en que tenía la cara seca y estoica. Toda su familia lloraba detrás de ella, pero ella no había derramado ni una lágrima.

Sentí una extraña punzada de respeto.

Abrí la boca para decir que no, pero me di cuenta de que intentaría entablar conversación si estaba aburrida. —Elige un clásico. Ya tienes la cabeza llena de tonterías.

Se apresuró a ir a la biblioteca y regresó un minuto después con *Anna Karenina* metida bajo el bíceps.

Galleta hizo un último intento de recuperar sus zapatos, pero la tomé en brazos y me apresuré a salir por la puerta, depositándola en el Uber antes de que pudiera seguir portándose mal.

El conductor puso el coche en marcha y se apartó de la acera cuando el vehículo chocó contra algo.

O, mejor dicho, contra alguien.

Sonaba grave. ¿Qué les daban de comer a los gatos callejeros en Georgia?

—¡Frankie! —Galleta bajó la ventanilla, sacando medio cuerpo del coche—. ¿Estás bien?

Franklin golpeó el capó con las palmas de las manos, deteniendo el coche. —¡Toma! —Empujó una pequeña maleta por la ventanilla—. De ninguna manera iba a dejar que te fueras sin ellos.

Así que, después de todo, Dallas había conseguido escapar de aquel infierno con ropa y ropa interior.

Galleta abrazó la maleta contra su pecho. —¿Están todos dentro?

Franklin asintió. —Todos. Ordenados por fecha de publicación.

—Menos mal.

—¿Qué?

—Henry Plotkin te mantendrá a salvo. —Franklin apretó la mano de su hermana—. Casa Dovetalon para la victoria.

Mi novia se pasó el viaje al aeropuerto abrazada a su maleta, con los ojos en todas partes menos en mí.

Aquella mujer era una agente certificada del caos.

Y ahora Oliver y Zach verían con lo que yo tenía que lidiar.

Nunca lo superaría.

Dallas

Parecía que mi futuro marido utilizaba la boca exclusivamente para mascar chicle y cabrearme.

Cuando no hacía lo segundo, se dedicaba a lo primero, contentándose con pasar todo el trayecto hasta el pequeño aeropuerto en silencio.

A mí me parecía bien.

A juzgar por la forma en que se mofó de mi maleta llena de libros de bolsillo de Henry Plotkin, rompió mi regla cardinal: Nunca confíes en alguien con mal gusto para los libros.

Cuando llegamos, el reluciente Gulfstream G550 de Romeo esperaba en la pista. Nos metimos en un carrito de pasajeros, que nos condujo el corto trayecto que separa el hangar de la pista.

En la escalerilla del avión, recogió mi pequeña maleta y subió los escalones, ignorando que iba descalza.

Me vengaría de él.

Pero primero tenía que encontrar mi sitio en Potomac.

Ya tenía un plan.

Conocía a alguien allí.

A *Madison*.

En realidad, nunca habíamos roto el compromiso. No oficialmente.

Esta mañana, mi padre había llamado a su padre para informarle de la cadena de acontecimientos (omitiendo, obviamente, partes poco halagüeñas). Los Licht insistieron en que lo entendían, prometiendo que seguían queriéndome.

Madison era enemigo de Romeo.

Podríamos vengarnos de él juntos.

Cuando entré en el avión, me recibió un grupo de hombres. Pasamos por delante de la cabina, donde dos atractivos treintañeros hablaban de una elección de los Ravens. El capitán y el copiloto.

En la cabina, Oliver Von Bismarck descansaba en un sofá color crema, bebiendo cerveza importada y viendo algo en su teléfono.

Su rostro era serafín, casi querúbico. Con un mohín rojizo y ligeros rizos enroscados alrededor de las orejas y la frente.

Qué apropiado era que el diablo se hiciera pasar por un ángel perfecto.

Aunque la proposición de Romeo fue la noticia más importante del baile de debutantes, la fábrica de rumores hizo girar historias sobre Oliver metiéndose en las faldas de al menos tres divorciadas locales.

Al mismo tiempo

Otro hombre alto y guapo, vestido con el uniforme informal de niño rico: caquis planchados, camisa de vestir y chaqueta polar, estaba sentado detrás de una mesa compacta, manteniendo una conversación de negocios por teléfono.

Tenía un atractivo de perro de presa. El de un hombre cuya atención todos ansiaban cuando entraba en una habitación.

—Oliver, Zach, esta es mi prometida, Dallas. —Romeo hizo presentaciones desdeñosas, sin molestarse siquiera en acercarse individualmente a cada uno de sus amigos—. Dallas, Oliver y Zach.

Oliver levantó la mano en un gesto de saludo. Zach me envió una sonrisa tan impaciente e impersonal que podría confundirme con una criada que le facilitara el servicio de habitaciones.

Romeo se acomodó en un sillón reclinable. —Ponte cómoda. El despegue es dentro de diez minutos.

Así lo hice, negándome a parecer intimidada. Me ayudó que hubiera una tabla de embutidos.

Filas de galletas de mantequilla adornaban un plato de cristal junto a ella. Aparté la bandeja. Por razones obvias, me resultaba bastante desagradable.

—¿Te han ofendido las galletas, Dover? —Oliver señaló una cesta de aperitivos importados que tenía delante—. Es tota tuya.

Primero Galleta. Ahora Dover. Encantador.

Quise ofrecerle educadamente el dedo.

Entonces vi patatas fritas con gambas y abandoné mi dignidad más rápido que la chica que había convertido a Jesucristo en un mono en el *Ecce Homo*.

Había vaciado la mitad de la bolsa cuando la aguda voz de Romeo cortó el silencio. —Señorita Townsend, ¿se alimenta usted o su vestimenta? Hay un momento y un lugar para engullir el sustento de un pueblo con la boca abierta. Te sugiero que te abstengas de dar rienda suelta a tus malos modales durante tu estancia en Potomac.

—¿O qué? —Puntué mi pregunta con una patata frita, lanzándola más allá de mis labios y rechinándola entre mis muelas tan fuerte como era humanamente posible.

—O te encontrarás en una posición miserable bajo el escrutinio de los viperinos medios de comunicación del DMV.

—Ya me he encontrado en una posición miserable. Contigo. La primera vez que nos vimos. Delante de todo Chapel Falls.

—Por lo que recuerdo, disfrutaste cada segundo. —Ladeó la cabeza y sacó del bolsillo una lata rectangular de color negro mate.

—Debes de haber drogado las galletas.

—Me corrijo. Tienes talento. Malinterpretaciones deliberadas.

Fruncí el ceño. —¿Cuándo me has acusado de no tener talento?

Oliver echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. —Esto es fantástico. Resulta que, después de todo, Bruce no tendrá que matarte para conseguir tu trabajo. Tu mujer hará el trabajo por él.

¿Bruce?

Intercambiar notas con el hombre que quería matar a mi futuro marido me pareció una idea estupenda, pero antes de que pudiera pedirle un apellido, pasaron a hablar de acciones.

Con eso, me llevé la bolsa de patatas fritas a los labios e incliné la cabeza hacia atrás, acabándomela hasta la última migaja.

Romeo desenvolvió un nuevo paquete de chicles y transfirió cada cubito a su recipiente de hojalata con dedos hábiles, formando una hilera perfecta y recta. Luego ofreció un trozo a cada uno de sus amigos, olvidándose de mí.

—¿Y yo era la que tenía malos modales?

Miré por la ventana, intentando encontrar algún resquicio de esperanza en mi situación.

Cualquier cosa.

En primer lugar, haríamos unos bebés preciosos. Nada que saliera de su esperma y mis óvulos podía ser menos que una perfección estética.

En segundo lugar, por lo que había averiguado, ni Romeo ni yo maldecíamos. Nuestro hijo saldría del vientre materno hablando como un duque del siglo XIV, con suerte sin misoginia.

Y tercero... no había tercero.

Señor, incluso lo segundo era una mierda.

Me desplomé en el asiento, abatida.

Tras el despegue, Zach me habló primero. Romeo parecía estar tecleando correos electrónicos en su teléfono, y los ronquidos de Oliver llegaban desde el sofá.

—No eres suicida, ¿verdad? —No parecía que le importara de verdad, pero el hecho de que me lo preguntara me hizo sentir aliviada.

Al menos *alguien* reconocía lo horrible de mi situación.

Me encogí de hombros. —Asesina, más bien. ¿Por qué deberían castigarme a mí por el mal comportamiento de Romeo?

—Potomac es bonito.

Lo fulminé con la mirada. —¿Qué tiene de bonito?

—Su proximidad a Nueva York, sobre todo.

Eso le valió una risita.

—¿Por qué Zach no podía obligarme a casarme?

—¿Y qué tenían los hombres altos, morenos y guapos con la capacidad emocional de una uña encarnada?

—No la animes, Zach —advirtió Romeo—. Cuando empiece a hablar, será imposible detenerla.

Como mi futuro marido estaba totalmente en contra de tenerme cerca, me levanté y me metí en la cabina. Siempre había querido visitar una. Al crecer, mis padres pensaban que era descortés asomarse al interior solo porque siempre volábamos en primera clase.

Me deslicé más allá de la puerta. —¿Les importa si echo un vistazo?

—En absoluto. —El copiloto congratuló—. Soy Scott.

—Y yo soy Al. —El piloto me saludó con dos dedos.

Exploré el pequeño espacio, los numerosos botones, las espesas nubes blancas que atravesábamos, rodeados de una noche de tinta.

—Puedes sentarte a mi lado siquieres. —Scott se apartó para dejarme espacio—. Es un poco estrecho, pero puedes apretujarte.

Dudé.

Mamá no lo aprobaría. Era impropio sentarse tan cerca de un hombre.

Entonces recordé que estaba prometida para casarme con el mismísimo Segador de Corazones, y ser inapropiada era mi nuevo objetivo de por vida.

—Claro. —Me deslicé hasta su asiento, pegada a su costado.

Me incliné, inventariando el conjunto de botones y pantallas. Un mapa iluminaba su costado.

Mis dedos revolotearon por una consola central llena de pequeños interruptores. —Parece una nave espacial.

—Bonita, ¿eh? —Oí su sonrisa.

Al soltó un suspiro impaciente. Tenía la sensación de que a Al no le gustaba que su copiloto se mostrara tan cercano a mí.

Scott hizo un gesto con el pulgar hacia su derecha. —Espera a ver la vista desde mi ventanilla. Debajo hay un sólido manto blanco de nubes.

—Quiero verlo. —Me incliné sobre su cuerpo y miré por el frío cristal.

Tenía razón.

Unas nubes esponjosas se enroscaban unas sobre otras, espesas y densas como la nieve.

—Vaya —exhalé—. Es increíble.

Otra cosa asombrosa era cómo me apretaban las tetas contra el regazo de Scott en esta posición. Su cara estaba en mi pelo. Me di cuenta de que albergaba rabia sexual contenida por el encuentro de ayer con mi querido prometido.

Nunca terminó el trabajo.

Estaba a punto de enderezarme para volver a sentarme cuando la puerta de la cabina se abrió de golpe.

Por supuesto, era Romeo.

Y, por supuesto, desde su posición, parecía que se la estaba chupando a Scott. Mi cabeza en su regazo, todo mi cuerpo ocultando su mitad inferior.

A pesar de las eternas ganas de cabrearlo, no quería que pensara que había llegado *tan* lejos.

Me enderecé, encontrándome con la mirada de Romeo.

Como siempre, su expresión era resignada y muerta.

Un silencio obstinado llenó el pequeño espacio.

Scott lo rompió primero.

—Sr. Costa, puedo asegurarle que no es lo que parece...

—Cariño. —Romeo me sorprendió rodeándome la parte baja de la espalda con la mano y atrayéndome hacia su pecho. Sonrió, pero no parecía divertido en absoluto. Parecía como si alguien hubiera esculpido aquella sonrisa con una navaja suiza—. ¿Disfrutando de la cab... bina?

Dios mío, realmente pensaba que le había hecho favores sexuales a Scott.

Bueno, seguro que no me iba a derrumbar intentando explicar mi comportamiento.

Scott y Al estaban ahora de pie, mirándole expectantes.

Sonreí, ignorando la mandíbula apretada de Romeo. —Sí.

—¿Sí? —Entrecerró los ojos, esperando una disculpa, una explicación, cualquier cosa.

—Lo he disfrutado mucho. Gracias, chicos. —Con una sacudida de pelo, salí de la cabina, tan digna como se podía estar descalza y en bata de casa.

Romeo se quedó unos minutos mientras yo merodeaba por la cafetería, comiendo guisantes con wasabi. Oliver y Zach compartían una partida de ajedrez en un rincón, sin prestarme atención.

Unos cincuenta paquetes de chicles de lujo formaban pilas militantes a lo largo de la mesa.

¿Qué pasaba con la fijación oral de mi prometido?

Quizá tuviera mal aliento. Un efecto secundario de estar lleno de mierda.

De repente, unos dedos ásperos y cálidos me rodearon la nuca por detrás. Aspiré mientras mi futuro marido me inclinaba la cara hacia arriba para encontrarme con sus osos grises escarchados.

Se alzaba sobre mí, con el pecho al ras de mi espalda.

Pensé que comentaría lo que había pasado en la cabina, pero me sorprendió diciendo: —¿Puedo recordarle, señorita Townsend, que su padre le confiscó todas sus tarjetas después de que la pillaran montándome los dedos? Tu capacidad para comer, ducharte, vestirte y dormir bajo un techo depende únicamente de mi buena voluntad. Gobiérnate en consecuencia.

—¿Has terminado? —Bostecé—. Me gustaría sentarme y leer mi libro

—Y tengo justo el lugar donde ponerte.

Recogió el ejemplar de *Anna Karenina* que había dejado sobre una mesa y me guio hasta su sillón reclinable. Lo seguí, confusa, mientras se sentaba y me entregaba el libro.

Enarqué una ceja. —¿Quieres que me quede de pie?

Negó con la cabeza, me tomó de la mano y empezó a bajarme entre sus piernas.

Mis ojos se desorbitaron.

¿Me obligaría a servirle delante de sus amigos? ¿Me obligaría a hacerle sexo oral como castigo por lo que creía haber visto con Scott?

Por el rabillo del ojo, vi la mano congelada de Zach, con una torre en ella, flotando sobre el tablero de ajedrez. Oliver también miraba boquiabierto a Romeo como si se hubiera vuelto completamente loco.

Me daba igual que me echara del avión.

Me negaba a hacerlo.

—No. —Intenté liberarme de su agarre, pero en lugar de empujarme hacia su regazo, me giró hasta ponerme de cara a la pared.

Mi trasero aterrizó en el suelo, entre sus muslos.

—Aquí. Ahora puedo vigilarte.

—No he hecho nada con Scott —dije, aunque me había prometido a mí misma que no lo haría.

La ira ancló mis pulmones, lastrándolos hasta que no pude respirar bien.

Romeo se hundió hacia mí, sus labios rozaron la concha de mi oreja por detrás. —¿Crees que tengo la impresión de que le has chupado la polla al copiloto? Si así fuera, lo habrían arrojado del avión por la puerta de emergencia. Ahora lee tu libro y finge ser una mujer semirespetable.

No tenía sentido pelearme con él ahora.

Necesitaba llegar a Potomac, recalcular y contraatacar.

Durante el resto del vuelo, me senté metida entre las piernas de mi futuro marido como un perro leal. Mi pelo caía sobre sus muslos.

Sentía su mirada clavada en mi cara. De vez en cuando, su mano se dirigía a la coronilla de mi cabeza, acariciándome el pelo, recordándome que no era más que una mascota para él.

Lo detestaba con cada célula, cada átomo, cada molécula de mi cuerpo.

Sus amigos permanecían en un silencio sepulcral que podía oír cada vez que tragaban saliva.

Seguro que a Romeo le encantaba verme degradada así. De rodillas, en el suelo, leyendo *Anna Karenina* con la cabeza gacha.

Él seguía enviando correos electrónicos en su teléfono, pero de algún modo sabía que toda su atención estaba puesta en mí.

Treinta minutos después, el avión bajó preparándose para el aterrizaje.

—Galleta.

Otra vez *ese* apodo.

—¿Imbécil?

Oye, era de buena educación corresponder.

—Hace tiempo que no leo *Anna Karenina*, pero estoy seguro de que me acordaría si Anna y el conde Alexei se dedicaran a elogiar la perversión.

Mi espalda se puso rígida.

No dije nada.

Sentí que Romeo se inclinaba hacia abajo hasta que su barbilla rozó el borde de mi clavícula. Clavó la mirada en el libro, con su mejilla barbuda pegada a la mía, y empezó a leer.

—... introdujo la polla en su coño empapado, empujando solo hasta la mitad, volviéndola loca de deseo y placer. Dentro y fuera. Dentro y fuera. “Por favor”, suplicó ella. “Por favor, necesito que me llenes. Cada centímetro duro de ti”. “Solo las chicas buenas son recompensadas” afirmó el apuesto desconocido, bajando la mano hacia su regordete trasero. “Y tú has sido muy, muy mala”.

En primer lugar, aquel hombre podría narrar libros románticos y forrarse si lo de perpetuar una Tercera Guerra Mundial no funcionaba.

En segundo lugar, era increíblemente tonta por reconocerle eso.

Era un ser humano terrible. ¿A quién le importaba que tuviera una voz sexy y una mandíbula con la que podría cortar queso?

Romeo me arrancó la tapa dura de entre los dedos. Me giré para mirarlo.

Le había quitado la sobrecubierta, revelando un libro completamente distinto bajo la cubierta de *Anna Karenina*.

Frunció el ceño. —*¿Papi lo sabe mejor?*

Se lo arrebaté de las manos. —Es una obra de arte.

—Es obsceno.

—¿Qué crees que hizo Anna con Alexei? Lo mismo. Solo que fuera de página.

—Sí. Seguro que Tolstoi cortó la escena de las bolas anales durante la edición final.

—Puede que sí.

Llegados a este punto, discutía con él por puro deporte.

También era el *único* deporte que me apetecía practicar.

Oliver soltó una media tos, media carcajada por detrás de mi hombro. Zach se pasó la mano por la cara. Juraría que vi cómo se le movían los labios detrás de ella.

La bravura floreció en mi pecho.

—Deja de desafiarme —advirtió Romeo.

—Pues deja de ser imposible. No me dejas respirar.

—Eso sí que es una idea.

—No es culpa mía que hayas decidido casarte con una mujer a la que no soportas solo porque estés enfrascado en un concurso de meadas con Madison. Nunca pedí nada de esto. Ni por ti, ni por él, ni por nada.

Increíblemente, esto penetró en su entumecimiento.

Su mandíbula, habitualmente tensa, se aflojó un poco.

Se echó hacia atrás, dejándome por fin un poco de espacio. —Sigue leyendo tu libro y deja de hablar.

—Me duelen las rodillas en el suelo —mentí. Estaba perfectamente cómoda, pero una idea brotó en mi cabeza—. ¿Puedo sentarme en el sillón reclinable que hay junto a la cabina?

—Por supuesto que no.

—Romeo. —La voz de Zach era afilada como una cuchilla, escalofriante contra su aspecto por lo demás sano—. Corta el rollo.

Las fosas nasales de mi futuro marido flamearon. —Siéntate en mi regazo.

Consideré la posibilidad de desafiarlo, pero se me ocurrió una idea mejor. Con un suspiro exagerado, me puse de pie y aparqué el culo en su regazo.

Sus amigos siguieron mirando.

Quizá debería haberme sentido cohibida, pero no lo hice.

Nada de esto era culpa mía.

—¿Mejor? —Ni un ápice de preocupación cubrió la voz de Romeo.

Resoplé en respuesta.

No se merecía mis palabras.

Durante los siguientes treinta minutos, me moví y me estiré en su regazo, fingiendo buscar una postura cómoda, frotándome contra su entrepierna.

Se puso duro y se hinchó debajo de mí hasta que sentí como si estuviera sentada sobre una tubería de agua.

—Deja de moverte. —Apenas raspó la orden gutural.

—Solo intento ponerme cómoda.

Levanté la cabeza y eché un vistazo a Oliver, que sonrió de oreja a oreja. Me sentía como *Bugs Bunny*, sacando de quicio a Elmer, pero de alguna manera saliéndome con la mía.

—¿Tan duro puede ser? —exclamó Romeo.

—Oh, créeme, *muy* duro.

Oliver se echó a reír a carcajadas.

Incliné un poco la cabeza para observar la reacción de Romeo. Parecía dispuesto a rodearme la garganta con los dedos y estrangularme.

Esperé a que me dijera que abandonara su regazo.

Pero las palabras nunca llegaron.

Sabía que perdería nuestro jueguecito si me decía que me fuera.

—La amo, Rom. —Von Bismarck dio una palmada lenta desde su asiento—. Si tú no te casas con ella, lo haré yo.

—Deberías casarte con Oliver. —Todo lo que salía de la boca de Zach sonaba a propuesta de negocios—. Es más guapo, en general más agradable y más rico que Dios.

—Por favor. —Oliver hizo un gesto con la mano—. Todo el patrimonio neto de Dios no llega ni a lo que yo pago anualmente a Hacienda. ¿Pero yo tengo ese tipo de seguidores y aprecio? No.

—Me uniré a tu secta —me ofrecí.

—De algún modo, no lo dudo.

Zach inclinó la barbilla hacia abajo, mostrando a Romeo una sonrisa burlona. —Bueno, ¿quién sabe? Da Nang resultó ser un éxito.

Esperé una reacción de mi nuevo prometido.

No hubo ninguna.

Actuó como si yo no existiera.

Ahora, si tan solo pudiera seguir su deseo y desaparecer.

Dallas

Mi alivio cuando aterrizamos podría resolver una crisis humanitaria.
Posiblemente obra de mi futuro marido.

Durante los últimos treinta minutos, no pude concentrarme en una palabra de mi libro.

A veces, cuando leía, me daba cuenta de que era más feliz en un mundo que no era el mío. Esta vez, sin embargo, lo único feliz era la erección de Romeo meciéndose bajo mi trasero.

No había ningún tipo de amor perdido entre nosotros. La lujuria, sin embargo, estaba ahí perdida, encontrada y suplicando ser convertida en sexo sucio.

Cuando el avión se detuvo por completo, la azafata abrió la puerta.

—Estamos esperando el coche. —Dirigió su soleada sonrisa a Romeo, el dueño del jet—. No deberían tardar más de unos minutos.

Al y Scott salieron de la cabina, de pie junto a ella.

Saboreé el peligro antes de que ocurriera. La tensión crepitó en el aire como un látigo.

Romeo se puso en pie, haciéndome caer sobre su cálido sillón reclinable en el proceso. Se acercó a Scott, alto y amenazador y, francamente, aterrador.

A Scott se le desencajó la cara. Retrocedió un paso y chocó contra la puerta de la cabina.

—Señor. —Levantó ambas palmas—. No sé qué cree que ha pasado entre su prometida y yo, pero puedo asegurarle...

Sin mediar palabra, Romeo lo tomó por el cuello y lo arrastró hasta la oquedad que antes ocupaba la puerta del avión.

Tiró a Scott de brúces al suelo, peligrosamente cerca de la salida abierta. Su cabeza quedó en el aire mientras el resto de su cuerpo se agitaba sobre la madera.

Mi futuro marido presionó su mocasín entre los omóplatos de Scott.

Se me atascó un grito en la garganta.

¿Qué estaba haciendo?

—Toca a mi prometida de cualquier forma, incluso respira en su dirección, de hecho... y te libraré de tu pésima excusa de columna vertebral.

Las palabras eran frías, tranquilas e insensibles.

—¡Aow! —Scott se retorció debajo de él—. Mi espalda.

Por una vez, la serenidad pura se instaló en las facciones de Romeo.

—Dime que lo entiendes y podrás volver a tu miserable existencia.

Oliver frunció el ceño ante lo que parecía una uña rota en su mano, por lo demás impecable. —Por Dios, Costa. ¿Quién se ha meado en tu sopa de guisantes?

Zach marcó rápidamente a la asistente de Romeo, imperturbable, como si se tratara de un domingo más. —Hola, Cara. Llama a Hayward o a quien Romeo tenga contratado ahora.

Pausa.

—Agresión, de todas las cosas.

Otra pausa.

—No, no me interesa una cita a ciegas con tu sobrina, pero gracias por la oferta.

Por fin, el nudo de mi garganta se aflojó.

Solté un grito.

Romeo ni siquiera me dedicó una mirada.

—Se lo prometo —balbuceó Scott—. Juro por mi vida que no volveré a mirarla.

—Te creo. —Romeo retiró el pie de la espalda de Scott, poniéndole boca arriba con la punta del zapato—. Porque estás despedido, con efecto

inmediato.

Todo el mundo en el avión se quedó en silencio.

Ni siquiera yo encontraba las palabras adecuadas.

La culpa me consumía. Esto le había ocurrido a Scott por mi culpa y mi desconsideración.

Mi necesidad juvenil de fastidiar a mi prometido.

—Pero su padre me contrató...

—Mi padre no está aquí ahora y morirá pronto. Yo mando.

No supe cuánto tiempo pasó, pero al final Al sacó a Scott a rastras, llegó el coche y Zach y Oliver avanzaron en mi dirección.

Oliver me dio un golpecito en el hombro. —Vamos, Davenport.

Ni siquiera tuve energía para corregirlo.

Cuando Zach pasó junto a Romeo, sacudió la cabeza. —En los veintinueve años que te conozco, no te he visto perder los nervios ni una sola vez. Esta noche te he visto hacerlo tres veces.

Romeo lo fulminó con la mirada. —Si tienes algo que decir, dilo, Sun.

Zach se sacudió el hombro vestido de cachemir. —Una imagen vale más que mil palabras, pero tu cara solo dice una cosa: *azotado*.

10

Dallas

Un silencio absoluto se suspendió en el aire.

Percibiendo el ambiente sombrío, Jared apagó la radio clásica y levantó la mampara del Maybach S600.

Por supuesto, Romeo tenía chófer.

Y, por supuesto, su chófer llevaba un uniforme de tres piezas, adornado con una gorra negra y guantes de cuero.

Romeo parecía muy aficionado a tratar a todos los que le rodeaban como si tuvieran la profundidad de un personaje de Los Sims. Consideraba a las personas como marcadores de posición que existían únicamente para hacer avanzar su trama personal.

Miré por la ventanilla, viendo pasar los coches a toda velocidad, sabiendo que perdería el control si discutíamos.

Una matrícula de Washington D.C. me guiñó un ojo: *impuestos sin representación* impresos en negrita. Rompió el último hilo que mantenía a raya mi ira.

Hablando de almas gemelas.

Pagué un alto precio por un error y no tenía voz propia.

Si solo pudiera llorar de rabia. Encontrar algún tipo de alivio. Pero Romeo Costa no se merecía mis lágrimas.

Demonios, no se merecía *ninguno* de mis fluidos corporales.

Finalmente, giramos hacia una calle interminable bordeada de recortados setos privados e hileras de imponentes puertas dobles que ocultaban a la vista docenas de mansiones.

Parecía lógico que el tirano que estaba a mi lado viviera en la bien llamada calle del Príncipe Oscuro.

Unos minutos más tarde, apareció un imponente conjunto de verjas de hierro. Un camino de cuatrocientos metros flanqueado por cerezos en flor guiaba el Maybach hasta la casa de Romeo.

Tal vez casa no fuera la palabra adecuada para describir una villa italiana de 30.000 pies cuadrados, extendida sobre diez acres de propiedad histórica anterior a la Guerra Civil.

Seis dormitorios, doce cuartos de baño, dos piscinas y un viñedo privado. Lo había buscado en Zillow con mi teléfono en cuanto mis ojos se posaron en la gigantesca estructura.

Cuando pasamos junto a la primera docena de árboles, Romeo recordó por fin mi presencia. —Debido a los riesgos que entraña mi trabajo, hay cámaras de seguridad instaladas por todas partes, por si estás planeando tu gran fuga.

No lo estaba haciendo.

Principalmente porque no tenía adónde ir.

Mi padre nunca me aceptaría (no se lo haría a Frankie, de todos modos) y me negaba a marcharme antes de vengarme por todas las cosas que Romeo me había hecho.

Decidí no contestarle.

Apretó la mandíbula. —Se pasó de la raya.

—*Lo pisaste.* —Me esforcé por evitar que me temblara la voz—. ¿Por qué tienes que humillar tan duramente a todo el que se te cruza? Es un rasgo tan impropio.

—No elegimos nuestros rasgos. Simplemente los soportamos.

Era evidente que tenía suficiente equipaje para llenar el carrusel de un aeropuerto, pero me negué a seguirle la corriente. Ninguna excusa podía indultar su comportamiento, fuera cual fuera su trasfondo.

Cuanto más nos acercábamos a su mansión, más podía ver de ella. Una exuberante vegetación rodeaba la mansión al estilo Potomac.

La propiedad albergaba terrenos separados para el personal. En el extremo opuesto, un taller de ingeniería estaba enclavado entre el linde de un pequeño bosque y todo un edificio de seguridad.

Y yo que pensaba que mi familia era acomodada.

—Borra esa expresión tuya —exigió Romeo.

Realmente le molestaba todo lo que yo hacía.

O no hacía.

—¿Qué expresión?

—La que planea manchar todos los muebles de mi casa como represalia.

Ni siquiera se me había ocurrido.

Prefería llevar a cabo mi venganza con delicadeza. Pero desde luego no le tranquilizaría.

—No prometo nada.

—Vas a ser un dolor de cabeza, ¿verdad?

—¿Un dolor de cabeza? —Ladeé la cabeza—. Me has secuestrado, psicópata. No voy a ser un dolor de cabeza. Voy a ser, como mínimo, un tumor cerebral mortal.

Dicen que el destino no es más que las consecuencias de nuestras decisiones. Pues bien, yo planeaba ser lo peor que el destino le tenía reservado.

—De acuerdo —dijo—. Escoge uno.

—Theo James —dije sin perder el ritmo—. Por si alguna vez lo conozco.

—No te estaba dando carta blanca con un famoso. —El rostro de Romeo se ensombreció. Claramente horrorizado por mi respuesta—. Me refería a un deseo. —Me escrutó la cara, como si ya se arrepintiera de haber extendido una rama de olivo—. Una cosa puedes pedirme. Te la concederé. Sin preguntas.

Le miré de reojo. —¿Cuál es el truco?

—Tienes que prometerme que te comportarás.

Nunca me portaría bien.

Pero mi ira tampoco me permitiría mantener la boca cerrada.

Una sonrisa amarga esculpió mis mejillas. —¿Quieres saber lo que deseo?

Su ceño fruncido me dijo que la respuesta era *no*.

El Maybach se detuvo ante las puertas dobles de la finca. Me enfrenté a él, con la mirada clavada en la suya, sin pestañear.

—Mi único deseo es que mueras en mis brazos, Romeo Costa. Quiero verte cuando exhales tu último aliento. Sentir cómo tu piel se vuelve fría y sin vida bajo mis dedos. Mi deseo es presenciar cómo tus fosas nasales luchan por moverse mientras consumes oxígeno por última vez. —Hice una pausa, llevándome la mano al pecho—. Quiero verte sufrir por todo el desconsuelo que me causaste. Y no hay nada ni nadie que desee más en esta vida.

11

Dallas

El karma debía de estar en una pausa para comer, porque habían pasado veinticinco minutos desde que deseé que mi prometido cayera muerto, y no obstante seguía muy vivo.

Igual que mi ira, mientras yo misma arrastraba mi equipaje hasta el umbral de la puerta, esperaba a que Romeo terminara una repentina llamada de negocios y me debatía entre derribar su puerta con la pala que había visto apoyada en el invernadero.

Al final, escuché a escondidas al hombre con el que pronto compartiría un hogar.

Me senté en el último escalón y observé a Romeo, con el codo sobre la rodilla y la barbilla apoyada en la palma de la mano. El sol se abría paso a través de una nube blanca como el malvavisco, derramando los primeros rayos de sol a medida que el alba trepaba por el cielo.

La luz rodeó a mi prometido.

Por un momento, pareció un ángel.

Luego abrió la boca.

—El envío requiere seguridad adicional. No tengo que decirte que la actividad entre los rebeldes armados se ha disparado en los últimos meses.

Hizo una pausa.

—¿O sí?

Armas.

Hablaban de armas.

Los bocadillos importados que había comido en el avión se me revolvieron en las tripas.

—Arruina esto y te aseguro que tu próximo trabajo requerirá un delantal y amplios conocimientos sobre el manejo de una freidora

industrial.

Romeo cortó la llamada y se volvió hacia mí, de nuevo sobresaltado y molesto por mi existencia. —Hettie está en la cocina, por si necesitas comida. Si hay que arreglar algo, puedes localizar a Vernon por el interfono. Comprendo que te resulte difícil, pero abstente de causar estragos en mi propiedad. En la ciudad, de hecho.

—Sí, porque yo soy la destructiva entre nosotros. —Me levanté, quitándome el polvo de la bata de dormir—. Hermano, te ganas la vida vendiendo *muerte*. ¿A quién intentas engañar?

—La próxima vez que me digas *hermano*, te confiscaré el teléfono, la televisión y los aperitivos. Te comportarás de acuerdo con tu pedigrí.

—Soy una persona, no un golden retriever. —Luego, antes de que se me olvidara, añadí—. *Hermano*.

Un músculo de su mandíbula amenazó con salirse de su piel. —¿Ha terminado, señorita Townsend?

—No he empezado. —Aferré el asa de mi maleta—. Vendes armas al mejor postor...

—Eso es objetivamente incorrecto. No siempre es al mejor postor. —Ya parecía aburrido de esta conversación—. Infortunadamente. El patriotismo es la raíz de la mayoría de las disputas geopolíticas y es demasiado dicotómico para los individuos completos.

Eso ni siquiera estaba en inglés, así que me negué a responder a su argumento.

—Proporcionas a los ejércitos los medios para matar a la gente —le expliqué, como si fuera un niño pequeño—. Y lo haces por dinero.

—No es por dinero.

—Si no es por dinero, ¿entonces por qué?

No contestó, avanzó hasta la puerta principal e introdujo el código. —4-8-1-0-4-3-2-4-1-5. El código rota una vez a la semana.

—¿Esperas que me acuerde de eso?

Llegados a este punto, necesitaba construir un arca para salvarme de ahogarme en sus tonterías.

—Hay un catre en el cobertizo, por si se te olvida.

No cedí, negándome a cruzar las puertas sin recuperar al menos parte de mi dignidad. —Hagamos un trato.

—Un trato requiere que cada parte posea una ventaja. Yo sé lo que tengo. También sé lo que tú *no* tienes. ¿Qué podrías intercambiar?

Su mirada impasible recorrió mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies descalzos.

Resistí el impulso de cubrirme, cerrando de golpe la puerta para ocupar mis manos. —*Eso no*. Mi cuerpo es un templo.

—Y tú ensucias este templo con tres toneladas de comida basura azucarada y con sabor artificial cada tres horas.

A juzgar por su elogiosa crítica de mí, sospeché que quería que fuera más refinada.

Me negaba.

Si tenías que cambiar para que te aceptaran, para empezar, no necesitabas a esa persona en tu vida. Porque no era contigo con quien quería estar. Era su versión de ti.

No habría ningún universo en el que cediera a las expectativas de Romeo Costa.

Una risa áspera me subió por el pecho. —Crees que tienes el poder en esta relación, ¿verdad? Pues, *maridito*, te equivocas. Somos iguales.

Una sonrisa feroz subió por sus mejillas. —¿Iguales? A una mujer sin objetivos en la vida. Sin sueños de los que hablar.

—Sí que tengo sueños.

Un bebé.

Bueno, bebés.

En plural.

De algún modo, sabía que eso le parecería indigno.

Y se equivocaría.

Todos los sueños son dignos. Aunque sea diminuto e insignificante para una persona, puede ser imposible para otra.

Romeo esperó a que me explayara.

No lo hice.

Llenó el silencio con, como era de esperar, más tonterías. —No es prudente enfadar al hombre que tiene tu destino en la palma de su mano, señorita Townsend. Considera este consejo como mi segundo regalo para ti.

—¿Segundo?

—El primero fue cuando te ahorré toda una vida de burlas. Dallas Licht suena como el nombre de una clínica de enfermedades de transmisión sexual.

¿Creía que esto iba relacionado con Madison?

No era el caso.

Ni siquiera me gustaba Madison. En realidad, no.

Pero tampoco quería a Romeo.

—Bien. ¿Quieres saber cuál es mi deseo? —Avancé hacia él, clavándole un dedo en el pecho—. Que dejes tu trabajo.

—Dame una buena razón.

—Porque lo que haces me repugna.

—Lo que hago financiará tu existencia. Al menos hasta que tu fondo fiduciario entre en funcionamiento. —Romeo volvió a marcar el código de la puerta—. Y podrás continuar tu vida como siempre. Sin responsabilidades. Sin un propósito.

La adrenalina de mi cuerpo se desplomó, quemando mi energía con ella.

Pivoté, dándome cuenta de que no ganaría esta discusión. —¿Zach está soltero?

—Irrelevante. No te tocaría ni con una pistola apuntándole a la cabeza.

—No pasa nada. Nunca me han gustado las armas. —Me lamí los labios, sonriendo—. Está bueno.

—Es incapaz de cualquier emoción que no sea aburrimiento.

—Al menos es cordial al respecto. Seguiría siendo una mejora con respecto a ti.

Ignoró mi puya y empujó la puerta para abrirla. —Entra y busca una habitación donde alojarte. Cualquiera que no sea la principal. Esa es mía.

—Qué territorial. ¿Por qué no meas en la alfombra, para marcar tu terreno?

—El único cabreo que hay eres tú cabréndome a mí. Te sugiero que trabajes tus habilidades de simpatía durante el tiempo que esté fuera.

—Espera. ¿Adónde vas?

Era difícil seguir el ritmo de lo que estaba pasando. Intenté reunir mi ingenio como si fueran canicas esparcidas por un suelo liso.

—Se llama trabajo. —Se dio la vuelta, bajando los escalones de vuelta al coche, que había dejado en marcha—. No estarías familiarizada con el concepto.

—Son las cinco de la mañana.

—La guerra nunca se detiene. Hace estragos a cualquier hora del día.

Me quedé con la boca abierta. —No puedes hablar en serio.

—No puedo hablar *más* que en serio, Galleta. Olvidé mencionarlo: no tengo sentido del humor.

En aquel momento, hambrienta, helada y confusa, deseé morir de verdad.

—¿Me vas a dejar aquí? —No sabía por qué lo había preguntado. Ya sabía la respuesta.

Sin mirar atrás, Romeo cerró de golpe la puerta de su Maybach.

Su respuesta llegó en forma de humo de tubo de escape y una tenue estela de risa oscura.

12

Dallas

El impulso de huir a Chapel Falls me electrizó los talones.

¿A quién le importaba si provocaba un escándalo?

Hacía tiempo que la palabra había perdido su significado desde que papá la utilizaba para describirlo *todo*. Desde el incidente del flan hasta aquel asunto del viaje familiar a Aspen.

Realmente, si quería que lo tomara en serio, tenía que ser más selectivo en su solicitud.

Entonces recordé a mi hermana y a mi madre.

Podría sufrir si eso significaba que *ellas* no lo hicieran.

Acurrucada en una lujosa cama con dosel, di vueltas en la cama durante horas hasta que el edredón, antes mullido, se deshizo debajo de mí.

Sola, en una habitación que olía diferente, parecía diferente y se *sentía* diferente, una crisis nerviosa debería haber sido inevitable.

Pero *nunca* lloré.

Según mamá, había salido de su vientre sin una sola lágrima, ni siquiera cuando la enfermera me pellizcó.

Echaba de menos a Frankie, a mamá y, con lástima, incluso a mi menesteroso padre. Tanto que sentía los pulmones como si se hubieran deformado en una máquina de pinball, y cada respiración rebotaba en ellos con una punzada aguda.

Izquierda. Derecha.

Izquierda. Derecha.

Y *aun así*, no podía llorar.

El reloj de la mesilla marcaba las doce y media del mediodía.

Llevaba en la cama desde que Romeo me dejó en su puerta y me fui directamente al segundo piso, eligiendo la habitación más alejada de la

principal.

Ni siquiera podía soportar compartir código postal con él, pero esto tendría que bastar.

Con los ojos entrecerrados, conté ovejas.

Cuando eso no funcionó, conté las formas en que haría pagar a Romeo.

Finalmente, caí en un sueño tranquilo.



Las balas brotaron de la mordaza de una ametralladora, haciendo vibrar el aire.

Bum.

Bum, bum.

Con la respiración entrecortada, esperé a que uno de ellos llegara a su destino. El corazón marchito de la bestia que me había capturado.

Bum.

Bum, bum.

Mis ojos se abrieron de golpe, el sudor me corría por las sienes. Estrellas blancas se agitaron en mi visión.

El reloj de la mesilla marcaba las doce y media del mediodía. Pasaron segundos hasta que me di cuenta de que había dormido todo un día.

Miré a la puerta como si fuera a revelarme al culpable que me había despertado antes de la mejor parte de mi sueño.

Otro golpe sacudió su marco.

La luz brumosa de la tarde se colaba por las cortinas burdeos de mi nueva habitación, calentándome la piel.

—Adelante. —Tiré de la manta hasta mi barbilla.

Un hombre curtido, con ropas embarrassadas, entró deambulando. La suciedad le manchaba la mejilla, y un mechón de pelo blanco le brotaba del cuero cabelludo en todas direcciones.

Llevaba la sonrisa fácil y genuina de alguien que no albergaba segundas intenciones.

—Hola, querida. Soy Vernon. —Se detuvo a los pies de mi cama—. No tengas miedo. Tengo una nieta más o menos de tu edad. No soportaría pensar que me teme.

Subí más la manta. —¿Por qué estás aquí?

—Soy el jardinero del Sr. Costa. —Me miró con descarado interés—. Pensé en presentarme, ya que nuestros caminos se cruzarán. Hay cena en la cocina. Hettie prepara tres comidas al día. También aperitivos.

—Gracias.

Vernon seguía sin moverse.

Seguía sin mostrar la cara.

Seguro que se había dado cuenta de que algo iba mal. De que no estaba aquí por voluntad propia.

—Romeo es un incomprendido, pero un hombre fenomenal. —Se mordió el labio—. Un alma hermosa y complicada. Una vez que se abra.

—No tengo intención de hacer que se abra.

A menos que se refiriera a trincharlo con un cuchillo para carne.

Vernon vaciló.

Por fin sacó una rosa blanca del bolsillo trasero y la dejó sobre mi mesilla. También tenía las uñas manchadas de suciedad. Este pequeño detalle me pareció extrañamente tranquilizador.

—¿Conoces a Venus et Fleur?

Asentí con la cabeza. —Es un tipo de rosa que dura un año.

A mamá le encantaban. Todas las fiestas las regalaba a vecinos, familiares y amigos.

A Vernon se le iluminó la cara. —Una rosa puede vivir hasta treinta y cinco años con los cuidados y las condiciones climáticas adecuadas. ¿Has

pensado alguna vez lo triste que es que la mayoría no aguanten el invierno?

Negué con la cabeza.

Me preocupa más no durar hasta el otoño.

Sintiendo que había perdido mi atención, Vernon se aclaró la garganta. —Me dedico a cruzar flores. Conseguí combinar dos especies de rosas para crear algo bastante notable.

Me incorporé, apoyando la espalda en el cabecero. —¿Cómo de notable?

¿Veneno?

El atractivo de ofrecer una venganza lenta y cadavérica debería haberme aterrorizado. Normalmente no era tan violenta.

Por Romeo, haría una excepción.

—Ahí está. —Una sonrisa de alivio se dibujó en el rostro de Vernon. Tenía la sensación de que no estaría tan contento si tuviera línea directa con mis pensamientos—. Esta rosa puede vivir seis meses sin una pizca de sol ni de calor. Puede que incluso más. El tiempo perfecto para enamorarse.

Mi excitación salió volando de mí, hundiendo los hombros y nuablándome la cara. —Nadie se enamora en este lugar.

—Que no lo planees no significa que no vaya a ocurrir. —Vernon inclinó la cabeza—. Toma mi rosa como ejemplo. Puede sobrevivir a las condiciones más duras y seguir floreciendo. Quizá tú también puedas.

Me mordí la lengua.

No tenía sentido arremeter contra el pobre hombre.

Vernon dio un paso atrás sin volverse. —Bueno, si el Sr. Costa te da problemas, ya sabes dónde encontrarme. Encárgate de esa rosa por mí, ¿quieres?

Cuando se marchó, aparté la manta de un puntapié y tomé la rosa, dispuesta a partirla por la mitad.

Enamorarme, mi culo.

Tendría suerte de no caer en depresión.

Solo cuando mis dedos envolvieron su delicada espina dorsal me di cuenta de que yo no era Romeo, que había aplastado una flor bajo su talón en la rosaleda.

No quería matar algo hermoso solo porque podía hacerlo.

Y la rosa era realmente bonita. Blanca como la nieve, con pinchazos en forma de hoz adornándola.

—No es culpa tuya. —Suspiré, hablándole a la flor—. Tienes razón.

Con un gemido frustrado, entré en el cuarto de baño, tomé un recipiente de hisopos y lo llené de agua fresca.

Metí la rosa en él y lo coloqué en la mesilla de noche.

La rosa podía vivir.

Aunque *mi* vida hubiera terminado.

13

Dallas

Las jaulas no están hechas de barrotes. Están hechas de pensamientos, expectativas y miedo.

Mi cita favorita, ahora arruinada por Romeo Costa, que convirtió a Henry Plotkin en un mentiroso.

La jaula en la que *Romeo* me atrapó era un palacio corintio hecho de plazas empedradas, pavimentos antiguos y todo chapado en oro. Un hogar limpio y ordenado. Con un suelo tan impecable que se podía comer en él.

Cuando me quedé sin habitaciones que explorar, me deslicé hasta el jardín y me empapé de los últimos rayos de sol del cielo, metida entre frondosos arbustos de lilas.

Después, me retiré al interior para recorrer cada rellano, pasillo, rincón y esquina.

El inquietante silencio hizo que se me erizaran los pelillos de los brazos.

Silencio absoluto, total.

Hasta el punto de que no oía nada.

Ni el piar de los pájaros, ni el zumbido del aire acondicionado, ni el zumbido de los electrodomésticos.

Cada pared debía de estar acolchada por dentro. Qué oportuno que mi futuro marido, el que tenía gruesas e irrompibles capas de hielo alrededor del corazón, protegiera su casa exactamente igual.

No me extraña que me odiara.

Tenía cero inhibiciones, llevaba el corazón en la manga y, como decía a menudo papá, se me podía oír desde la mayoría de los estados de Norteamérica.

Hacia las seis de la tarde, mi estómago rugió, recordándome que llevaba casi cuarenta horas sin comer. No desde que Romeo me obligó a

subir a aquel avión y me di un atracón de queso, galletas saladas y patatas fritas con gambas.

Era hora de explorar la habitación más importante de la casa.

Cuadrando los hombros, desfilé hacia la lujosa cocina del chef. De las ollas y sartenes de la cocina salía un ligero olor a comida cocinada.

Puse una mano sobre una tapa, *todavía caliente*, y miré dentro.

Se me desencajó la cara.

—Ugh.

¿Coles de Bruselas y pechuga de pollo?

Sabía que aquel hombre no tenía corazón, pero ¿acaso carecía también de papillas gustativas?

—¿Algún problema?

La voz era tan alta en comparación con mi reciente existencia silenciosa, que di un respingo.

Girando, me encontré cara a cara con una mujer.

Hettie, supuse.

Menuda, incisiva y no más de unos pocos años mayor que yo, no era en absoluto lo que había esperado.

Aunque odiaba a mi futuro marido, no podía evitar sentir un poco de pánico ante la idea de que alguien tan encantador rondara por su casa a todas horas del día.

Te puso literalmente entre sus piernas y te acarició la cabeza.

Debería estar deseando que estos dos se enamoraran.

Fruncí los labios y me acerqué a la nevera. —No hay problema.

¿Por qué las puntas de color rosa intenso de su pelo rubio me parecían tan chulas?

¿Y por qué su anillo en los labios me hacía desear uno para mí?

A mamá le daría un infarto.

Hettie arrugó la nariz. —Entonces, ¿por qué ese *ugh* cuando abriste la tapa? ¿Es que mi comida no es lo bastante buena para su majestad?

—Seguro que está buenísima. —Abrí la nevera de golpe—. Pero quiero algo reconfortante. Y esto es...

Resopló. —¿Terrible?

Giré la cabeza para mirarla.

A pesar de mi humor sombrío, una sonrisa se dibujó en mis labios. —Iba a decir sano, pero... ¿coles de Bruselas? Chica, qué duro.

Soltó una risita. —Échale la culpa a Romeo. Su dieta es muy estricta. Es todo avena, proteínas magras y verduras de hoja verde las veinticuatro horas del día. Ese pavo real que luce un paquete de seis.

Así que sabía que tenía un paquete de seis.

Una mecha de interés se encendió en mí.

—¿Eso es todo lo que le preparas?

Contratar a una chef personal para que te hiciera pechuga de pollo y coles de Bruselas todos los días era como ir a una tienda Chanel a comprarte esmalte de uñas.

A menos que hiciera algo más que cocinar.

—¡Sí! —Hettie levantó los brazos y se recostó en el taburete que había reclamado. Su camiseta recortada de *Joy Division* se levantó, dejando al descubierto unos abdominales planos por encima de sus vaqueros ajustados—. Es terrible. Acepté este trabajo directamente de Le Cordon Bleu. Pensé que no me costearían el alquiler y que me pagarían mucho, así podría ahorrar y devolver mis préstamos de estudios. Pero es dolorosamente aburrido hacer comida sana y sin grasa.

¿Había encontrado a mi alma gemela?

Quizá estaría dispuesta a envenenarlo lentamente.

Hice una nota mental para sumergirme en algunos libros de misterio sobre asesinatos en busca de inspiración.

Cerré la nevera, mareada por la perspectiva de tener a alguien que realmente hablaba y se comportaba como si viviera en la misma época que yo.

Era como una amiga de casa, pero más guay.

Y más mundana.

Y probablemente se acostaba con mi prometido.

—¿Crees que podemos hacer algo más?

Enarcó una ceja. —¿Qué tienes pensado?

—Patatas fritas con trufa, asado de cerdo envuelto en bacon, ñame confitado y pan de mono. —Me lamí los labios—. Ya sabes, solo como ejemplo.

Hettie se puso en pie, literalmente a la altura del desafío.

En lugar de preparar la comida ella sola, me repartió las tareas. Mientras cocinábamos, me habló de sí misma. Que era de Brooklyn, que había viajado por todo el mundo en una gira gastronómica y que mataría por otra ronda.

Hablabía de Romeo con respeto y curiosidad. Como si fuera un *puzzle* sin resolver del que aún esperaba encontrar todas las piezas.

Hettie deslizó el pan de mono en el horno de vapor. —Entonces, ¿podemos abordar el tema del elefante en la habitación?

Apuñalé un boniato que debía cortar en cubitos. —De acuerdo.

—Hmm... ¿quién demonios eres? —Se rió—. ¿Qué haces aquí?

¿Romeo no se lo había dicho?

En realidad, ahora que lo pensaba, tampoco se lo había dicho a Vernon.

Añadí su escasa capacidad de comunicación a mi interminable lista de cosas que me disgustaban de él.

—Soy... bueno, supongo que soy la prometida de Romeo.

Levantó las cejas. —¿*Supones*?

—¿Alguna vez se puede estar segura cuando se trata de hombres como él?

Hettie sirvió las patatas fritas con trufa en una cesta acolchada con papel de cocina y me indicó que probara una. Tomé una y me la metí en la boca.

Cielo.

—No pareces muy sorprendida. —La estudié, robándole otra patata frita—. ¿Es algo normal? ¿Que Romeo traiga prometidas a casa?

—No. —Hettie se chupó la miel del pulgar—. Pero su padre no paraba de insistir en que se casara, así que supuse que acabaría ocurriendo. Solo esperaba algo... *diferente*.

—¿Una novia por correspondencia?

Resopló. —Chica, ese hombre tiene mujeres haciendo cola en su puerta las veinticuatro horas del día. A estas alturas es una molestia. ¿Puedes rociarlas con agua o algo?

A pesar de mi buen juicio, solté: —¿A quién se dirige normalmente?

Hettie frunció el ceño, poniendo la mesa con dos platos. Estaba compartiendo la comida conmigo.

Unas estúpidas mariposas revolotearon por mi caja torácica.

—En realidad, nunca lo he visto con novia. Pero las mujeres que suelen colgarse de su brazo durante los eventos son un poco estiradas, supongo. Faldas lápiz y abonos para la ópera. Apenas dicen una palabra, y desde luego no comen patatas fritas trufadas. No es que deba importarte. Nunca las trae a casa. —Señaló a su alrededor—. Supongo que le asusta demasiado que ensucien la casa o algo así.

Lo archivé como información crucial. Tenía la intención de ser especialmente ruidosa, inculta y hortera solo para fastidiar a mi pulcro prometido.

Nos zampamos la comida, que estaba deliciosa.

Gemí, ganándome una sonrisa de Hettie.

—Qué bueno, ¿verdad?

Asentí.

Era lo único decente de este sitio.

Dallas

Para mi gran decepción, Romeo no estaba aquí para admirar mi obra.

Había manchado su sofá bicentenario restaurado con salsa francesa mientras veía la televisión de pago. Ni siquiera me gustaba el boxeo, pero *me gustaba* malgastar su preciado dinero.

No había planeado estropear su casa.

De verdad.

Nunca fue mi intención. Entonces vi lo terriblemente limpia que estaba y no pude evitarlo.

¿Dónde demonios estaba?

No tenía a nadie a quien preguntar. Ni siquiera tenía su número de teléfono.

Lo que sí tenía era su tarjeta Centurion, que había encontrado en la isla de la cocina, junto con una tarjeta de presentación de un chófer.

Como estaba segura al cien por cien de que el cabrón no había hecho una parada aquí, deduje que la escurridiza Cara era la responsable de este trozo de humanidad.

Por una cuestión de principios, no compré nada ponible. Seguí haciendo cabriolas con mi bata de dormir, aunque empezara a oler.

Hettie arrugó la nariz, abandonando su infructuoso intento de borrar mi mancha. —Arriba hay una lavandería.

—Ya lo sé. —Hice girar el tenedor en espiral, revolviendo los fideos pappardelle—. ¿No tienes hambre?

—Cené contigo hace dos horas. —Sus ojos siguieron la salsa arrabbiata mientras salpicaba mi bata, seguida de la tapicería de lana—. ¿No te preocupa que Romeo enloquezca cuando vea —hizo girar el dedo— todo esto?

—No.

—¿Están peleados?

Si esto es una pelea, la Segunda Guerra Mundial fue una disputa entre vecinos.

Percibiendo mi estado de ánimo, se levantó y volvió con una cara botella de champán. —Podemos emborracharnos para olvidar nuestros males.

Me metí pasta por la garganta. —Entonces, ¿puedo seguir recordándolos mañana, pero con resaca?

—Buena observación.

A medianoche, Hettie me dejó sumida en mis pensamientos.

La furia violenta eclipsó el alivio de no tener que lidiar con Romeo. ¿Cómo se atrevía a encerrarme en su mansión y seguir viviendo su mejor vida de villano?

En lugar de un prometido con quien descargar mi ira, todos los objetos de su dormitorio y despacho estaban a mi merced.

No dejé piedra sin remover en mi intento de descubrir más cosas sobre el hombre que había entrado en mi vida con un esmoquin caro y la había puesto patas arriba solo porque le convenía.

Me pasé toda la noche rebuscando entre los papeles de su estudio, yendo punto por punto y poniéndolos en orden no cronológico, solo para meterme con su psique.

Cuando el sol se puso, había aprendido algunas cosas sobre mi futuro marido:

1) Era excepcional, alarmante y *detestablemente* bueno ganando dinero. Su talento para convertir un céntimo en un benjamín era incomparable.

2) Durante los últimos meses, Senior le había presionado para que se casara a cambio del puesto de director general de Costa Industries, tras la inminente jubilación de Senior.

3) Los intercambios de correos electrónicos poco amistosos y escuetos entre Romeo y su padre también incluían duras palabras sobre la

familia Licht. Los Costa estaban intimidados, y yo era su forma de subir la apuesta en la batalla.

Satisficha de haber hecho mella en mi investigación, pasé por la cocina para inhalar los gofres de arándanos y nueces de Hettie antes de retirarme a mi habitación a echar una siesta.

A la noche siguiente, me senté hombro con hombro con Hettie, sorbiendo té Chai que había traído de Darjeeling.

—¿Suele dormir fuera de casa?

Frente a nosotros, un segmento de las noticias bailaba en la pantalla. Algo sobre una banda de descarados ladrones a plena luz del día, que asaltaban restaurantes y tiendas de lujo, robando a los más ricos del DMV.

—Normalmente no. —Hettie se hundió en los cojines—. A veces, cuando trasnocha de verdad, se queda en su ático de Woodley Park. Pero no le gusta que su horario se desajuste. Le gusta que sus comidas sean siempre las mismas.

Así que... Romeo tenía un apartamento en Washington D.C. Otro dato que seguro que resultaba útil.

—¿Por qué? —Hettie sonrió, chocando nuestros hombros—. ¿Echas de menos a tu barco de ensueño?

Si por barco de ensueño te refieres al Titanic, entonces... todavía no.

No le había confiado a Hettie la naturaleza de mi relación con Romeo. Aunque no hacía falta ser licenciada en neurociencia para sumar dos más dos.

Sonréí ante su pregunta. —Estoy deseando volver a verlo.

Esta parte ni siquiera era mentira.

La próxima vez que me encontrara con Romeo, le recordaría mi existencia.

En voz alta. Desordenadamente. Y sin disculpas.

Dallas

Solo había una cosa peor que despertarse de un sueño tranquilo... y era ser despertada *bruscamente* de un sueño tranquilo por un harén de hombres de mediana edad, blancos y privilegiados, con suficientes barbillas entre ellos para esculpir a otra persona de tamaño natural.

—¿Es ella? —No reconocí la voz.

—Penosamente.

Aquella escueta respuesta solo podía pertenecer a una persona.

Abrí los ojos.

Efectivamente, dos hombres que no conocía se cernían en el extremo de mi cama junto a otro hombre que conocía pero que deseaba no conocer: mi prometido.

Me incorporé, me apoyé en el cabecero y me froté los ojos, bostezando.

Si había esperado que Romeo estuviera despeinado e inquieto por haber pasado varias noches fuera de casa, estaba muy equivocada.

Parecía tan fresco como el chicle que mascaba, con un traje gris claro impecable, una camisa de vestir azul empolvado y un reloj Panerai.

Miró el reloj. —Son casi las seis de la tarde.

Me llevé una mano a la clavícula. —Dios mío, sabes leer la hora. ¿Qué otras cualidades distintivas se ocultan en ti, tesoro mío?

La mirada que me lanzó podría congelar el Ártico a su estado anterior al calentamiento global.

Miré entre sus dos acompañantes.

Ya sabía quiénes eran. Papá me había enviado un mensaje sobre ellos. Un mensaje que quedó sin respuesta, a pesar de las frecuentes súplicas de que le devolviera las llamadas.

Volví a hundirme en el colchón, cerrando los ojos. —Bueno, esto ha sido divertido. No olvides apagar la luz al salir.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Durmiendo.

—¿En medio de nuestra conversación?

—¿Es esto una conversación? —Me subí el edredón hasta los hombros—. Como seguro que recuerdas, una vez me acusaste de no tener sueños. No se puede soñar sin dormir. —Bostecé, despidiéndolos con un gesto de la mano—. Bueno, me voy a perseguir mis sueños. Adiosito.

Romeo me quitó el edredón de encima. —Este es Jasper Hayward, mi abogado. Y él es Travis Hogan, tu abogado. Vamos a firmar un acuerdo prenupcial esta noche.

Se acercó a las ventanas y abrió las cortinas con un movimiento brusco. Incluso la puesta de sol me chamuscó los ojos encapuchados.

—Me has contratado un abogado. —Salí de la cama en mi camisón de seis días, pavoneándome hacia él—. Qué amable de tu parte. Seguro que tendrá en cuenta mis intereses.

Romeo me miró con desprecio. —Tu padre ha aprobado el contenido del acuerdo esta mañana. Ten por seguro que está a la altura de los acuerdos prenupciales habituales.

Sus palabras eran tan reservadas y cuidadosas que quise zarandearlo. Agarrarlo por el traje y sacudirlo hasta que sus inhibiciones rodaran por el suelo como monedas de un céntimo.

—Relájate, cariño. Confío en ti. —Avancé hacia el carrito de las bebidas, sirviéndome unos dedos de whisky de la jarra, sabiendo que él no lo aprobaría—. Hasta ahora, no me has hecho nada malo.

Si el sarcasmo fuera veneno, ya estaría muerto cinco veces.

—Bebiendo durante el día. —Frunció los labios—. ¿Me atrevo a preguntar si es un hábito tuyo?

Podía contar con una mano las veces que había bebido en mi vida, habiendo crecido bajo unas normas religiosas tan estrictas.

Pero él no necesitaba saberlo.

Suspiré, dando vueltas a la bebida. —Relájate. Podría ser peor. Podría ser una cocainómana. —Bebí un sorbo—. Por desgracia, la coca no huele a nada. ¿Te lo puedes creer? Han sido quinientos dólares que nunca recuperaré. Con suerte, me irá mejor con el crack.

Jasper tosió entrecortadamente. Travis le dio una palmada en la espalda, mirando a cualquier cosa menos a mí.

A juzgar por la mirada desapasionada de Romeo, sabía que había empezado a arrepentirse de verdad de su decisión de casarse conmigo, igual que yo sabía que ya era demasiado tarde para echarnos atrás en el acuerdo.

—Ponte ropa. —Sus ojos catalogaron todas las manchas que había adquirido en Potomac—. Pareces un basurero.

—¿Ropa? —Fruncí el ceño, haciéndome la tonta—. Pero, cielo, no tengo ropa. ¿Recuerdas que tuvimos que llegar corriendo al aeropuerto para poder estar juntos? No tuve tiempo de hacer la maleta.

—La tarjeta de crédito que te di no era de adorno.

—¿No lo era? —chillé, abriendo mucho los ojos—. Pero queda tan bonita en la mesa de la cocina. En cualquier caso, estaba demasiado ocupada suspirando por ti como para usarla.

Los dos abogados nos miraron confundidos.

Jasper reajustó su maletín. —¿Quieren un momento?

—Sí —ladró Romeo al mismo tiempo que yo levantaba la copa en el aire, anunciando—: ¿Un momento? Me encantaría estar toda una vida a solas con este chico de ensueño.

Jasper y Travis huyeron, lanzándose miradas incómodas.

Con Romeo y yo solos en aquel espacio reducido, me sentí más pequeña.

No tan valiente. Sin embargo, di un paso adelante, acercándome a él. Cuanto antes se diera cuenta de que haría de su vida un infierno en la Tierra, antes me soltaría.

—¿Dónde estabas, cielo? —Añadí un marcado acento georgiano que sabía que lo volvería loco, y levanté la mano para arrastrar el vaso húmedo por su mejilla—. Quería que revisáramos los folletos de la boda. Estoy pensando en peonías como flores. Con purpurina. Te quedaría muy bien un

traje de lentejuelas. Verano en Portofini. Para honrar tu herencia italiana, ya sabes.

—*Portofino*. —Me arrebató el whisky de la mano, deslizándolo entre mis pechos. Deliciosos escalofríos recorrieron mi piel—. La ceremonia tendrá lugar a finales de mes en el patio trasero de Von Bismarck, y la lista de invitados ya está cerrada, comisariada por nuestras dos familias. —Sus palabras cortantes y ásperas me marearon. Había una fecha. Y un lugar—. Te concedo tus peonías... y tus lentejuelas. Si crees que un mal traje me desviará de mi plan, es que no has prestado atención.

Inclinó el vaso hacia abajo, dejando que unas gotas de whisky corrieran entre mis pechos, se deslizaran por mi vientre y desaparecieran en mi ropa interior a través de la bata.

Era erótico, enloquecedor y exasperante a la vez.

Respiré con más fuerza para que las puntas de mis pezones rozaran su pecho cada vez que exhalaba.

—Estoy impaciente —me ahogué.

—Bien. Aquí tienes otro acontecimiento para adular. Vendrás a casa de mis padres poco después de que firmemos el acuerdo prenupcial, donde te portarás lo mejor posible, lo que, para ti, posiblemente signifique utilizar cubiertos y abstenerse de oler el trasero de la gente a modo de saludo.

Lo miré con todo el odio del mundo, temblando de rabia. Su total indiferencia me desquició. Era el hombre más frío y mezquino que jamás había conocido.

Sus ojos pasaron de mi cara a mi camisón. Se me hinchó el pecho. No llevaba sujetador y se me erizaron los pezones por el subidón de adrenalina.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? —Un destello sádico brilló en sus ojos pálidos—. Una criatura tan básica.

A través de la tela satinada, pasó el borde escarchado del vaso sobre el apretado capullo, levantando el teléfono hasta su oreja con la mano libre.

No podía moverme.

Ni siquiera podía respirar.

La sensación era tan intensa e increíble que todo mi cuerpo se convirtió en arcilla. Con ese simple contacto, sentí como si poseyera cada

centímetro de mí.

El calor se arremolinaba bajo mi ombligo. Sentía los pechos pesados, llenos y sensibles, suplicando que los ahuecara y jugara con ellos.

—¿Cara? —Romeo dibujó un círculo perezoso alrededor de mi pezón con el vaso.

Resistí el impulso de pegarme a él. De suplicarle por más.

Por millonésima vez, maldije a mi padre por mi educación protegida. Si hubiera sido menos inocente en estas cosas, Romeo no tendría un control tan fuerte sobre mí.

—Dirígete a la Galería Tyson y tráeme todas y cada una de las prendas para mujer de la última temporada de Yves Salomon, Celine, Burberry y Brunello Cucinelli. Talla pequeña.

Dejó el whisky y se acercó a mí.

Toda su caliente palma cubrió mi pecho derecho. —Talla de sujetador: 32B.

En el clavo. Maldita sea.

Me agarró por la cadera y me hizo girar de espaldas a él. Sentí sus ojos clavados en mi culo.

Su mano se deslizó por detrás por debajo de la bata y me acarició una nalga desnuda. —Talla de pantalón: cuatro.

—Seis, idiota.

Un extraño cosquilleo entre las piernas me hizo zumbar la piel de expectación. Se me pasó por la cabeza la idea de resistirme, pero sabía que, si lo hacía, tal vez nunca volviera a explorar este placer.

Cara dijo algo que no pude descifrar a través del teléfono.

Ardía de vergüenza. Estaba hablando con otra mujer mientras jugaba con mi cuerpo como si fuera su juguete personal, y pese a eso me gustaba demasiado cómo me hacía sentir como para dejar de hacerlo.

—Bota corta para pantalones. Tiene la altura de un enano de jardín.
—Romeo me pellizcó un pezón, haciendo que se me doblaran las rodillas.

Reprimí un gemido. Tenía la clara sensación de que se burlaba sexualmente de mí solo para demostrarme que podía. Otro de sus juegos de

control.

Apretó su erección contra mi culo, me estrujó el pecho y arrastró la mano desde mi pezón hasta mi cuello, tomándolo e inclinando mi cabeza hacia él. —¿Cuál es tu número de zapato, Galleta?

—Mi número? Ni siquiera podía recordar mi segundo nombre con su polla palpitando entre mis nalgas.

Piensa. Ya lo sabes.

—Seis punto cinco. —Mi voz salió gruesa y áspera.

Me soltó la garganta al instante, retrocediendo, completamente indiferente a mi cuerpo. Mi disposición hacia él. —Seis coma cinco. Ten la amabilidad de entregar todos los objetos en un plazo de dos horas. El tiempo es esencial.

Cortó la llamada.

Giré sobre mí misma para mirarlo, decepcionada por dejarlo tocar mi cuerpo como si fuera un instrumento. Otra vez.

—¿No había aprendido nada del baile de debutantes?

—Esta noche te presentarás ante mi familia como una dama educada y sensata. —Tomó el Macallan M por el cuello, confiscándolo—. Si consigues que piensen que, de hecho, eres apta para el matrimonio, te recompensaré como corresponde y te liberaré de tu frustración sexual reprimida.

—¿Quieres decir que lo que acabas de hacer es chantajearme para que me porte bien y podamos acostarnos esta noche?

El daño que me produjo su última frase me chamuscó las mejillas.

Realmente pensaba que sería su muñequita sexual solo porque los trucos que utilizaba en mi cuerpo provocaban mi curiosidad.

Puso cara de desaprobación.

Señor, qué engreído.

—Aún no estamos casados, señorita Townsend. A lo que me refería era a favores orales.

—¿Favores orales? —Arrugué la nariz, al darme cuenta de que hablaba como si acabara de salir de las gastadas páginas de un romance

histórico. Resultaba que ése era el género que menos me gustaba—. ¿Y por qué hablas como si hubieras huido del reparto de *Bridgerton*?

No tenía sentido decirle que esta noche no habría lecciones de oralidad, ni cena cordial, ni prometida conveniente.

—A nuestros abogados se les debe estar acabando la paciencia. — Bebió un sorbo de whisky directamente de la botella—. Francamente, a mí también.

No te preocunes, cariño, pensé al pasar junto a él, negándome a parecer angustiada. *Cuando acabe contigo, huirás y punto*.

16

OLLIE VB: ¿Cómo se está adaptando Delaware?

ROMEO COSTA: Dallas.

OLLIE VB: ¿Qué programa le gustaba a mi abuela?

ROMEO COSTA: No vamos a jugar a Jeopardy, niño mediocre. Se llama Dallas.

ZACH SUN: Eso es bastante desafortunado para ella. Pero no tan desafortunado como casarse con tu culo.

OLLIE VB: @ZachSun, de acuerdo. Esa chica debió de estar en el Judenrat⁵ en una vida anterior para merecer este tipo de karma.

ZACH SUN: La mano derecha de Mussolini.

OLLIE VB: *La mano pajera de Mussolini.

Romeo Costa ha abandonado el chat.

Ollie vB ha añadido a Romeo Costa al chat.

ZACH SUN: ¿Te sigue dando suficiente mierda para cubrir el hemisferio norte?

OLLIE VB: Nunca dejaré de ver la imagen de Romeo poniéndose azul cuando ella meneó el culito en su regazo. Movimiento de perra jefa.

ZACH SUN: O cuando Rom montó en cólera después de que ella se tirara al copiloto. Su autocontrol se evaporó más rápido que un pensamiento en el cerebro de Ollie.

ROMEO COSTA: No se tiró al copiloto. Solo estaba siendo problemática. Mocosa es toda su personalidad.

OLLIE VB: ¿Has consumado ya tu compromiso?

ROMEO COSTA: ¿Conoces las costumbres humanas? No hay nada que consumar hasta el matrimonio.

OLLIE VB: Vaya. Eso es un no rotundo.

ROMEO COSTA: Un caballero no besa y lo cuenta.

OLLIE VB: Imbécil, por favor. Deja la farsa de caballero. He conocido consoladores más honorables que tú.

ZACH SUN: @OllievB, ¿has conocido consoladores? ¿Social o íntimamente? ¿O ambas cosas?

ROMEO COSTA: No puedo creer que casi dos décadas de educación en los mejores establecimientos de Estados Unidos me hayan hecho considerarlos mejores amigos.

OLLIE VB: Te haré saber que soy una jodida delicia y un amigo de primera. Y me complace demostrártelo.

¿Te la enseño?

ROMEO COSTA: Bromea una vez más y te cortaré personalmente la polla y te la daré de comer, bocado a bocado, hasta que te atragantes.

ZACH SUN: Hissy fit nº2 debidamente registrado y recogido en el acta de la reunión. La mujer te ha convertido en un simio.

OLLIE VB: ... ¿Eso es un no?

Romeo

Las señales de advertencia parpadeaban brillantes y ruidosas, retándome a hacerles caso.

Sucedió que estaba tan contento observando el rubor dorado, el cuello tentador, los pechos llenos y la belleza macabra de mi novia, que bajé la guardia.

Tenía un aspecto delicioso, incluso con el camisón manchado. Tan dolorosamente joven, inocente y viva. Acariciarle los pechos era como verter tinta sobre la nieve recién caída.

Como el pecado perfecto.

Corromper lo incorrupto.

El acuerdo prenupcial pasó sin pena ni gloria. Galleta repasó cada palabra, anotó su nombre en las líneas de puntos una docena de veces y escuchó, asintiendo siempre que era oportuno.

Era la primera vez que daba muestras de racionalidad.

Esa debería haber sido mi primera advertencia.

Su agresividad volvió en pleno apogeo cuando nuestros abogados se marcharon y Cara llegó para dejarnos un trillón de trajes nuevos.

Galleta se empapó de Cara, de cincuenta y siete años y con una banda nupcial. Sus hombros se hundieron.

Mi novia tenía la cara de póquer de un cachorro ansioso.

—Esta ropa es un insulto para los ojos de todo el mundo. Va a parecer que estoy jugando a disfrazarme de sesentona. —Dallas arrojó vestidos de cachemira y rebecas tejidas a mano sobre la madera mientras elegía un conjunto para la cena.

Mi temperatura corporal se disparó. Despreciaba el desorden y todo en ella era desordenado.

Cara revoloteaba alrededor de Dallas, empujándole diferentes prendas. Hettie se unió a la fiesta y se partía de risa cada vez que Dallas ponía a prueba la paciencia de Cara.

Sospechaba que se habían hecho amigas rápidamente en el tiempo que había pasado en mi ático de Woodley Park. No me importaba. Era bueno que Galleta tuviera a alguien con quien hablar.

Porque esa persona no sería yo.

Sin embargo, no me entusiasmaba tener un asiento de primera fila en aquel retablo.

Cara levantó un vestido a cuadros. —¿Qué tiene de malo este vestido?

Dallas sopló una pedorreta como un niño pequeño, con el único fin de irritarme. —Parecerá que estoy a punto de lanzarme a un monólogo sobre cómo no he visto a mi amante en ochenta y cuatro años.

Hettie, que había captado la referencia al *Titanic*, se tiró al suelo, agarrándose el estómago con cada carcajada.

Una nerviosa Cara se plantó un puño en cada cadera. —Este es el decimosexto vestido que te pruebas, jovencita. Es un vestido estupendo. Un clásico. Cuesta una fortuna. No oí ninguna queja cuando Romeo se lo compró a su exnovia...

No terminó la frase, pero fue suficiente para pintar el disgusto en la cara de Galleta.

—Bueno, en *ese* caso, puede casarse con ella.

No, gracias.

Preferiría a Dallas antes que a Morgan todos los días de mi maldita semana.

Tras cuarenta minutos de aquel espectáculo, arrebaté un vestido de las manos de Dallas. —Si no vas a elegir un conjunto, yo lo haré por ti. ¿Me atrevo a sospechar que nuestros gustos son diferentes?

Una violenta mirada envolvió sus mejillas. —Quiero que me dejen en paz. Fuera todo el mundo.

Con mucho gusto.

Esperé en el vestíbulo, pegado a mis mensajes.

OLLIE VB: De todas formas, ese sofá necesitaba una reforma.

ZACH SUN: Siento decírtelo, pero te has casado con la versión femenina y virginal de Oliver.

ROMEO COSTA: Zach, cariño, ¿seguro que estás haciendo líneas de código y no líneas de coca?

A mi lado, Hettie silbó. —Santa. Mierda.

Me guardé el teléfono en el bolsillo y levanté la cabeza. Galleta descendía por la escalera, recordándome por qué la había robado.

Por primera vez en mi vida, me arrepentí de mi norma de no tener sexo.

Imaginé que ver a aquella mujer inexperta e ingenua retorciéndose debajo de mí mientras le arrebataba la virginidad marcaría toda mi década, si no toda mi vida.

Mi futura esposa tenía un aspecto sensacional.

Un amplio escote salía disparado por el corpiño de su vestido de oro macizo. Su diminuta cintura se balanceaba al caminar, guiando la cola que le llegaba hasta el suelo. Llevaba un moño suelto en la cabeza, con mechones oscuros enmarcándole la cara.

Era tan absurdamente hermosa que observaba cada uno de sus movimientos como si fuera una Fata Morgana⁶.

Por desgracia, ni siquiera la señorita Townsend, tan seductora como era, podía romper la regla de no herederos.

Dallas llegó a la última escalera, donde me clavó su bolso Chanel en el pecho. Lo sujeté, complaciéndola.

Si sujetarle el bolso esta noche significaba que se portaría bien cuando la presentara a mis padres, estaba dispuesto a jugar a ser un caballero durante un rato.

—Voy a por un tentempié para llevar. Llevo dos horas sin comer.

—¿Dónde metía tanta comida?

—Date prisa y cuida el vestido.

Se dirigió a la cocina y se detuvo, frunciendo el ceño. —¿Tu familia es terrible? Necesito saber si debo complementar mi tentempié con un chupito de algo fuerte.

—Tráete dos chupitos. En realidad, tráete la botella entera. La compartiremos.

Romeo

Pensándolo bien, tenía remordimientos de comprador.

Me pasé el trayecto hasta la casa de mis padres mirando fijamente a mi futura esposa, preguntándome si la habrían criado los coyotes. Las largas y torneadas piernas de Dallas se extendían por debajo de ella como la tela sobrante de un vestido recién puesto.

Abrió una Oreo y lamió la crema con un gemido, bajándolo con el champán añejo que compartíamos. —¿Sabes que en Japón tienen galletas de café y choco Bourbon? Imagínate a qué deben de saber.

Lo único que imaginé fue mi semen en lugar de la crema Oreo, goteando de entre sus suculentos labios. Me enfureció haber caído momentáneamente en su trampa cuando afirmó ser alcohólica.

La mujer era recta como una flecha. Vaga, malcriada e imprudente, seguro. Pero su único vicio parecía ser la comida, que la enviaría a los brazos de la diabetes tipo 2 y a una tumba prematura.

Por desgracia, Dallas interpretó mi mirada fija como una invitación abierta a la conversación. —Entonces, ¿por qué tu padre tiene tantas ganas de que te cases?

Tiró una galleta Oreo sin crema a la basura y tomó otra, abriéndola solo por el relleno.

No me molesté en preguntarle cómo lo sabía. Las cámaras de mi estudio la habían pillado fisgoneando en mi escritorio en 4K Ultra HD.

—Porque le excita el control tanto como a mí y sabe que preferiría tener un oso de mascota antes que una esposa si pudiera elegir.

—Yupi. —Su lengua lamió la crema. *Por Dios*—. ¿Y por qué le sigues la corriente?

—Porque me ofrece como zanahoria la empresa que voy a heredar, y no pienso perderla por culpa de ese saco de enfermedades de transmisión

sexual, Bruce.

—Háblame de ese Bruce.

Dejó de lamer la crema y me escrutó, su interés despertado. Era la primera vez que la mujer no intentaba activamente matarme o llevarme a la locura, así que le tiré otro hueso.

—Es el Director de Operaciones de Industrias Costa, un tonto insopportable y, lo peor de todo, un fenómeno en su trabajo. Te darás cuenta cuando lleguemos de que mi padre trata a Bruce como a un caniche preciado. Senior conoció a Bruce un año antes de que Mónica se quedara embarazada de mí. Lo habían intentado durante años sin suerte, así que pensó que Bruce era su única oportunidad de tener un legado.

—¿Y el padre de Bruce?

—Irrelevante. Posee un imperio farmacéutico, que irá a parar al hermano mayor de Bruce, y luego pasará a ese linaje.

—Así que Bruce quiere entrar en el legado Costa.

—Precisamente. Meses antes de descubrir el embarazo de Mónica, Senior tomó a Bruce bajo su protección, fichándolo para Costa Industries. Bruce ha cumplido sus órdenes desde entonces, casándose con una heredera de un imperio de la moda solo para que su padre invirtiera en los proyectos de Senior. Senior quiere que seamos sus marionetas. Lo que sea nuestro también debe ser suyo.

Galleta se pasó un mechón por detrás de la oreja. —Tu padre suena incluso peor que el mío.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Nadie decente entregaría jamás a su preciosa hija a alguien como yo.

—Entonces admites que eres horrible. —Lo celebró levantando el puño.

—Admito que carezco de compasión, simpatía y empatía. Por eso habría sido mejor quedarme soltero.

—¿Y tu madre?

—Sobre todo le falta carácter. Sus niveles de compasión son adecuados.

Dallas puso los ojos en blanco. —Quiero decir, ¿tienes buena relación con ella?

—Ni remotamente. —Le di un sorbo al champán—. No es nada del otro mundo.

—¿No debería ser *ella* tu hogar?

Dios, Dallas volvía a sonar como un libro infantil.

—Basta de cursilerías, Galleta. Estás aquí para estar guapa y viva. La terapia gratuita es superflua.

Dallas suspiró.

—Es horrible, ¿verdad? Cómo, al fin y al cabo, todo lo que somos es un subproducto de las ambiciones, principios y deseos de nuestros padres. Una colección de recuerdos, errores y anhelos inexplicables de complacer a quienes nos dieron la vida. Míranos. —Miró por la ventana, con sus perfectos labios de cupido dibujados hacia abajo—. Ambos atrapados en un compromiso con el que no queremos tener nada que ver por culpa de nuestros padres.

La miré fijamente, y el bloque de hielo que acolchaba mi pecho se descongeló un poco.

Era la primera cosa profunda que decía, y me pregunté si habría otras cosas interesantes en aquella hermosa cabeza suya o si se trataba de una frase accidental que había memorizado por casualidad.

Dallas se apartó de mí, probablemente temiendo que volviera a hacer que casi se corriera, mi nueva y desafortunada afición. —¿Por qué me miras así?

—Porque —dije mientras el Maybach se detenía frente a la residencia de mis padres—, creo que, sin querer, acabas de decir algo con sentido.

Romeo

Mis padres vivían en una mansión de estilo rural francés envuelta en ladrillos Boral.

A pesar de vivir en la misma calle, se tardaban diez minutos en llegar a la puerta y otros dos en atravesar el kilométrico camino de entrada.

Su casa de cuatro acres era lo bastante grandiosa y discreta como para gritar “dinero viejo”. Unas acogedoras luces amarillas brillaban a través de los amplios ventanales, iluminando una larga mesa llena de comida preparada profesionalmente.

Sabía que, para cualquiera que no fuera yo, aquello parecía la imagen de la felicidad doméstica.

Lancé a Dallas una última advertencia antes de pulsar el timbre. — Recuerda que esta noche eres una mujer bien educada.

—¿Alguien ha dicho pan? —jadeó Dallas, haciéndose la tonta—. Por favor, dime que también habrá salsa. O cualquier cosa en la que pueda mojarla.

Las zapatillas de Mónica sonaron al otro lado de la puerta. En cuanto se abrió, le arrojé a Galleta en brazos, mi sacrificio humano.

—Madre, Dallas Townsend. Dallas, ésta es Mónica, la mujer que me dio la vida, posiblemente para fastidiarme.

—¡Dios mío, mírate! —Mónica descuidó todo decoro y etiqueta aferrando las mejillas de Dallas con sus garras, examinando el delicado rostro de mi novia con pupilas histéricas—. No fingiré que no hice algunas llamadas para averiguar más cosas sobre ti. Todo el mundo dice que eres guapísima, pero esa palabra no te hace justicia.

Galleta abrazó a mi madre, normalmente reticente, con una floritura teatral. Aunque ninguna de las dos me caía especialmente bien, estaba satisfecho de que armonizaran.

—Bueno, señora Costa, ya veo que tú y yo nos llevaremos muy bien.

—¡Por favor, llámame mamá!

Ni siquiera yo la llamaba mamá.

Además, ¿por qué utilizaba un signo de exclamación en cada frase que salía de su boca?

—Ah, si insistes. ¿Conoces algún buen sitio para ir de compras por aquí, mamá?

—¿Conocer? —Mónica casi sufre un paro cardíaco—. Tengo un comprador personal en cada una de ellas.

Sus ojos captaron el collar de perlas que Dallas debía de haber robado de mi habitación. Sabía que había husmeado —dejando sus huellas grasientas por todas partes—, pero justo ahora lo había notado en su cuello.

Mónica se cubrió los labios con las yemas de los dedos, atesorándole una mirada a Senior. —Cariño, Rom le ha regalado a Dallas el collar de tu bisabuela. Se van a casar de verdad.

Detrás de ella, Senior, Bruce y Shelley miraron a Dallas. Estudié a mi padre. La dureza de sus hombros. La forma en que se agitaban con cada exhalación.

Apoyó una mano en la barandilla. Por apoyo, deduje, aunque nunca lo admitiría. Odiaba las debilidades.

La mala noticia era que Senior seguía vivo.

¿Y la buena?

Parecía estarlo un poco menos que la última vez que lo había visto.

Bruce y Shelley avanzaron después de que Dallas consiguiera zafarse del agarre de Mónica.

—Querida. —Shelley apretó el hombro de Galleta, con una expresión sombría eclipsando su rostro—. Nos hemos enterado de lo que pasó en el baile de debutantes. ¿Estás bien?

—Señorita Townsend. —Bruce se deslizó entre ellas, agarrando las manos de Dallas en una actuación digna de un Oscar—. Si necesitas hablar de algo en privado un momento, estoy a tu disposición.

El muy idiota quería que Galleta cayera rendida a sus pies y le suplicara que la salvara del lobo feroz.

Había predicho este comportamiento de Bruce, así como la respuesta de Dallas: sabía que no tenía escapatoria.

Ningún hogar al que regresar.

Chapel Falls solo la aceptaría como esposa después de nuestra debacle en el jardín de rosas.

Aunque había esperado que Dallas hiciera callar a Bruce, no había previsto que girara la nariz hacia arriba, mirándolo como si fuera un humilde sirviente.

—Bruce, ¿verdad? —Entrecerró los ojos y dio un paso atrás.

—Sí. —Inclinó la cabeza con fingida modestia—. No hace falta que pongas cara de valiente, querida. He visto los vídeos de las redes sociales...

—Ya sabes lo que dicen de las redes sociales. —Galleta examinó sus uñas cuidadas con un mohín condescendiente—. No es más que una falsa realidad.

Shelley dio un paso adelante, intentando sacarle a mi prometida algún tipo de confesión. —Pero parecías tan lívida...

—Oh, lo estaba. —Dallas se rió, haciendo girar un mechón de pelo alrededor de su dedo. Me di cuenta de que tenía una constelación de pecas en forma de ala en la nariz—. Pero luego tuve tiempo de calmarme y considerar lo completamente obsesionado conmigo que está este hombre. Mira hasta dónde ha llegado para que nos casemos. Te juro que cada vez que me mira, se le llenan los ojos de lágrimas. No puede contenerse. Yo sostengo su felicidad en mi puño. ¿No es romántico?

Podría besarla ahora mismo.

Claro que probablemente me arrancaría los labios de un mordisco como venganza.

Decepcionados, Bruce y Shelley se escabulleron a un lado mientras Senior se dirigía por fin hacia Galleta.

Se me heló la sangre en las venas.

Mis músculos se tensaron.

Puse una mano posesiva en su cintura.

Dallas observó el bienestar general de mi padre. O la falta de él. Un millón de preguntas bailaban tras sus ojos color miel.

Esperaba que Senior viera todas y cada una de ellas.

Odiaba la idea de que la gente supiera lo que le había ocurrido. Que su cuerpo imperial le había fallado y que pronto se marchitaría en sí mismo.

Por eso había optado por retirarse antes de que el público en general pudiera presenciar lo que su enfermedad le hacía.

Senior tomó la mano de Dallas y se la llevó a los labios, estableciendo contacto visual con ella. —Romeo, está deslumbrante.

—Tengo ojos —le informé.

—También manos, y parece que están sobre ella. Relájate. —Se rió entre dientes—. No huirá a ninguna parte, ¿verdad?

Dallas estudió el anillo humano que la rodeaba, intentando leer la atmósfera. Era evidente que había mala sangre entre los hombres presentes.

Apostando a lo seguro, enlazó su brazo con el de Mónica y sonrió. —Me encantaría ayudarte en la cocina, mamá.

—Oh, no entro en mi cocina desde 1998. —Hizo un gesto con la mano—. Son todos criados.

Dallas mostró su deslumbrante sonrisa, pero me di cuenta de que no le gustaba que Mónica utilizara las palabras “criados”.

¿Tenía moral mi joven novia? Improbable.

Mejor no averiguarlo.

—¿Nos sentamos a cenar? —sugirió Senior.

—Por supuesto, Romeo. —Bruce prácticamente se dio la vuelta y le enseñó la barriga para que se la frotara.

Cuando los cuatro entraron en el comedor, Galleta se contuvo y se inclinó hacia mí, con la voz baja. —¿Está bien tu padre? ¿Le pasa algo?

A Senior le pasaban muchas cosas.

La ataxia de Friedreich era lo único bueno que tenía.

Acabaría matándolo. Demasiado lento para mi gusto. Pero mientras tanto, disfrutaba con la progresión de sus síntomas.

Cada vez se esforzaba por caminar en súbitos ataques. La fatiga. La lentitud del habla. El único momento en que le había escuchado hablar, en realidad.

—Tiene una rara enfermedad hereditaria que provoca daños progresivos en el sistema nervioso. —Me dirigí al comedor, negándome a igualar su volumen.

No me importaba que Senior me oyera.

De hecho, lo disfrutaría.

Se le arrugó la frente. —¿Hereditaria? ¿Tú lo...?

—¿Que si lo tengo? No. Requiere dos genes recesivos. —Me incliné hacia ella y mis labios rozaron la concha de su oreja—. Cuidado, Galleta. No quisiera tomarte por alguien preocupada por mí.

La cena consistió en Bruce y Shelley represtando a Galleta sobre el baile de debutantes, Mónica intentando atraer a Dallas a compras europeas y Senior sacándole defectos evidentes.

Que eran muchos.

Mi novia se desplomó en su asiento como una gamba demasiado cocida, sin duda para crisparme los nervios.

Me di cuenta de que Galleta no disfrutaba defendiendo nuestra relación, por el simple hecho de que no existía. Se veía obligada a mentir descaradamente por un hombre que la había arrancado de su encantadora vida.

Para cuando se sirvió el postre, sorprendentemente, ni siquiera lo tocó.

Bruce y Shelley la interrogaron con su millonésima pregunta sobre su relación con Madison Licht. Tomó frecuentes sorbos de agua, con su habitual fuego apagado desde hacía tiempo.

—... solo encuentro extraño que después de que Madison cantara maravillas de ti a medio DMV, ustedes rompieran un compromiso tras un breve flirteo con nuestro pequeño Junior...

Bruce habría taladrado el tema hasta derramar aceite si Galleta no hubiera soltado: —¿Me disculpan?

Mis padres compartieron una mirada de desconcierto.

—Adelante. —Me levanté y le adosé la silla.

Desapareció más rápido que la parte de arriba de un bikini en una fiesta de vacaciones de primavera en Cancún.

Bruce se volvió hacia mí. —Junior, hijo, lo que le estás haciendo a esta chiquilla es deplorable.

—También lo es lo que me estás haciendo a mí —señalé.

—¿Qué te estoy haciendo?

—Existir.

—Romeo — fingió Senior. Le encantaba nuestra competencia por su trono—. Deja de desairar a Bruce. Sabes que no debes faltar al respeto a tus mayores.

Le di un sorbo a mi brandy. —Empezó él.

Bruce frunció el ceño. —¿Cómo?

—Naciendo.

Nada sacaba a mi niño interior como discutir con mi némesis delante de mi padre.

—Madison va por ahí diciendo a la gente que el Departamento de Defensa les hará una oferta para un contrato anual. —Senior hurgó en su tarta, cambiando de tema. El tenedor clavado entre sus dedos traqueteaba, ya fuera por la irritación o por su enfermedad—. Al que estamos acogidos actualmente. Ya sabes, su empresa tiene los derechos del prototipo del sistema de ondas de choque taser. Mis fuentes me dicen que es un factor decisivo. Tienen planos de vanguardia que nosotros no tenemos.

Una consecuencia directa de que Senior confiara en ingenieros y expertos con conocimientos anticuados y sin experiencia de campo de la que hablar.

A Senior no solo se le había caído la pelota. La había dejado rodar hasta el campo de nuestro enemigo.

Durante mi licenciatura en el MIT, había tachado mi título de ingeniero de despilfarro, ya que Costa Industries contaba con un ejército de ingenieros.

Con una década de retraso y los pantalones por los tobillos.

—Madison tiene razón. Somos sangre vieja. Débiles de mollera. — Golpeé el vaso contra la mesa y miré a Senior a los ojos—. Hazme tu director general y te daré un arma de última generación. Hablo de destrucción a nivel nuclear.

—Romeo. —Bruce tragó saliva. Estaba en esto por el dinero. Los dos sabíamos que Senior tenía que tomar pronto una decisión, y esa decisión sería nuestra ganancia inesperada o nuestra sequía—. Deberías consultarlo con la almohada. Como mínimo...

—Primero te veremos caminar por el pasillo, hijo. —Mi padre intentó y fracasó, una vez más, cortar su tarta. Sin duda era su enfermedad. El tenedor cayó al plato mientras tomaba la bebida—. Y entonces me lo plantearé seriamente.

No soy tu hijo.

No en lo que importa.

Aplasté el chicle entre los dientes.

Aparte de querer que continuara la dinastía Costa, Senior también veía mi reproducción como un entretenimiento para su mujer. Pensó que, si me chantajeaba para que me casara, tendría hijos, una familia, algo que mantuviera a Mónica comprometida y satisfecha.

Quería nietos, vacaciones de Navidad cursis y tarjetas de Navidad dignas de Hallmark. La familia improvisada que nunca había tenido porque mi padre estaba demasiado ocupado tirándose a cualquier cosa de la Costa Este con falda como para prestarnos verdadera atención.

Mónica levantó la copa. —¿Romeo?

—Sí?

—¿Dónde está Dallas?

Buena pregunta.

Se me había escapado de la cabeza.

Y posiblemente del lugar.

Como había una posibilidad razonable de que la respuesta fuera que se había escapado a vivir al bosque con una familia de tejones, tiré la servilleta sobre el plato y me puse en pie. —Voy a ver cómo está.

Mónica se tocó la garganta. —Miren. No había visto a Rom tan implicado con nadie desde Morgan.

Morgan.

Ni siquiera me molesté en comprobar si Galleta estaba en la cocina, en el jardín o en la biblioteca de Senior. Sabía exactamente dónde la encontraría y subí las escaleras de dos en dos.

Rodeé el enorme pasillo de caoba y abrí de golpe la puerta de la habitación de mi infancia. Efectivamente, Dallas estaba allí, encaramada al borde de mi cama de adolescente, hojeando un viejo álbum de fotos.

Morgan y yo de vacaciones en Aspen.

Morgan y yo en Nueva York.

Morgan y yo besándonos. Abrazados.

Existiendo en nuestro pequeño universo.

No levantó la vista, ni siquiera cuando entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

—¿Por qué no te casaste con ella? —Su voz sonaba lejana. En otra galaxia—. Morgan. Es evidente que aún la quieres.

¿Por qué no iba a suponerlo Dallas?

Mi antigua habitación era un santuario a mi exnovia.

Álbumes de fotos. Fotos enmarcadas. Recortes de conciertos a los que habíamos asistido. Recuerdos de lugares exóticos que habíamos visitado.

Me negaba a deshacerme de las pruebas de que una vez fui un ser humano plenamente funcional.

El rostro de Morgan marcaba cada centímetro de la habitación. Su delgada figura de bailarina. Su sonrisa con hoyuelos.

Era tan elegante como un perfecto día de otoño. Sobresalía en todos los aspectos en los que mi actual prometida se quedaba corta.

Me acerqué a mi futura esposa, le quité el álbum de las manos y lo volví a meter en el cajón de la mesilla, su lugar habitual.

Por mí, podía quemar todos los recuerdos de Morgan y mear sobre los restos para evitar un incendio. Me había recuperado por completo de nuestra relación de cinco años y del compromiso roto que la había seguido.

Pero no podía destruir las pruebas de nuestra relación, o los miembros de mi supuesta familia malinterpretarían el motivo.

—Casarse con ella no era una opción.

Sobre todo, porque la había echado de nuestro ático compartido completamente desnuda el día en que nuestro compromiso se había venido abajo, y luego había solicitado una orden de alejamiento contra ella cuando no dejaba de llamar a mi puerta suplicando perdón.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad? —Dallas inclinó su adorable rostro hacia arriba, parpadeando con aquellas pestañas oscuras y rizadas que la hacían parecer un animal de Disney.

La negación se asentó en la punta de mi lengua antes de darmela cuenta de que, si decía que sí, evitaría que Galleta sufriera un desengaño cuando acabara deshaciéndome de ella.

Su cuerpo ya estaba demasiado en sintonía con el mío.

Bajo su vena rebelde había una joven capaz de un gran amor. Amor que, desde luego, no le devolvería. Era mejor establecer que no seríamos más que una transacción comercial.

—Sí —me oí decir.

Era la primera vez en años que se me agolpaba la risa en la garganta.

Yo. Enamorado de Morgan.

Sentía más simpatía por el diablo.

La garganta de Dallas se estremeció. Asintió, recogiéndose el vestido y poniéndose en pie.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Madison tiene tu corazón?

Eso era lo que afirmó Frankie.

Había querido husmear en el tema. No porque me importara, sino porque necesitaba saber si debía vigilarla.

Que no sintiera nada por ella no significaba que fuera receptivo a un escándalo que sacudiría D.C. hasta sus cimientos.

Se detuvo en la puerta, de espaldas a mí.

—Tu compañero de trabajo y su mujer me están poniendo de los nervios. —Ignoró mi pregunta—. Me gustaría irme a casa en los próximos diez minutos.

La habría interrogado sobre Madison, pero no era capaz de sentir curiosidad.

—Llamaré a Jared.

20

Dallas

Al menos, podía estar tranquila sabiendo que la falta de civismo de mi marido se extendía también a los demás.

Jared aparcó delante de la mansión cerca de medianoche. Mi futuro marido se desabrochó el cinturón de seguridad, con la cara aún hundida en la pantalla del móvil, leyendo un artículo de *Forbes Money*.

—Jared —gruñó Romeo, tocando el pomo de la puerta—. Quédate por aquí. Iré al ático dentro de una hora.

No, por favor.

No, gracias.

Y, me di cuenta, esta pobre excusa de hombre, que acababa de confesar que estaba enamorado de su ex, esperaba que le practicara sexo oral antes de retirarse a su piso de soltero.

Nada menos que como recompensa por mi buen comportamiento.

Podía informarle de que se equivocaba... o podía enseñarle que yo era algo más que una inocente cervatilla y ahuyentarlo hasta la boda.

Por primera vez en mi vida, elegí la educación.

Nos dirigimos a la puerta. El silencio zumbaba entre nosotros como una dramática pista de fondo.

La abrió, dejándome entrar primero. —Tu postura fue débil, pero por lo demás, actuaste bien.

Su versión de un cumplido, supuse.

No me extrañaba que Morgan lo hubiera dejado. El hombre era tan cálido como Urano.

Me mantuve en silencio, concentrada en subir a mi habitación sin apuñalarlo. Una victoria en mi libro.

Me siguió un paso por detrás.

—En efecto. —Me volví y le puse una mano en el pecho.

Sus pectorales se flexionaban bajo la camisa de vestir Eton. Para variar, parecía ligeramente consciente de mi existencia.

—¿Podrías traer nata montada del piso de abajo? —Me mordí el labio inferior—. Siempre he tenido esta fantasía...

Su expresión se ensombreció. —No.

—Romeo, oh, Romeo. —Anudé los brazos sobre sus hombros, apretando mi cuerpo contra el suyo. Estaba duro por todas partes. Y me refería a *todas partes*. Puede que la pobre Morgan tuviera su corazón, pero su polla, al parecer, era propiedad de la comunidad—. Ese es mi *sueño*.

Me quitó los brazos de encima. —Búscate uno mejor.

Con mi mirada anhelante y purísima, que siempre conseguía que papá se doblegara ante mi voluntad, susurré: —Es mi primera... *experiencia*.

Eso pareció funcionar.

—Podría ser la última si sigues comportándote como una osada. —Se dio la vuelta y bajó pisoteando hasta la cocina.

Madre mía.

Lo estaba haciendo.

Mamá tenía razón. Los hombres son más básicos que un vestidito negro.

Me apresuré a ir a mi habitación y me puse un camisón de lencería rosa suave con lazos de satén entrecruzados alrededor del pecho.

Gracias, Cara, por alcahuetejar mi marcha.

Romeo apareció unos minutos después, con una lata de crema batida en la mano. Era más que cómico ver al hombre más engreído y serio con el que me había cruzado sosteniendo algo tan... aleatorio.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo. —¿Te lo ha comprado Cara?

—Sí. —Esbocé una sonrisa—. ¿Te gusta?

—Me gustará más cuando esté hecho jirones en el suelo. —Me puso la crema batida en las manos—. De rodillas. Ahora, Srta. Townsend.

—¿Puedes... desvestirte primero? —Tragué saliva, fingiendo timidez —. Nunca había estado completamente desnuda delante de un hombre.

—La desnudez completa no será necesaria para lo que tengo pensado para ti.

Un grito se alojó en mi garganta.

Cabrón egoísta.

Su ego necesitaba su propio código postal, un programa de entrevistas y un harén de agentes.

—Solo... acuéstate en mi cama, ¿entendido? —le grité.

—Prefiero hacerlo de pie.

—Si no me das ningún gusto, prefiero no hacerlo en absoluto —espeté. Luego, para disimular mi plan, suavicé mi planteamiento—. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido bajo tus condiciones. Esto es importante para mí. Necesito sentir que yo también puedo opinar.

Romeo frunció el ceño, sopesando mis palabras, y finalmente accedió. —Aprovéchate de mi buena voluntad y te aseguro que recordarás que carezco por completo de ella.

Con las rodillas temblorosas, esperé a que se aplastara contra mi colchón antes de montarme en él, a horcajadas sobre su estrecha cintura.

Me miró fijamente, con la indiferencia dejando paso a un destello de deseo en sus ojos color niebla.

—Todo es tan nuevo y extraño para mí. —Me lamí los labios, sintiendo que me ruborizaba, porque en realidad no era mentira. Tanteé los botones de su camisa, desabrochándolos con dedos temblorosos.

—He dicho que no me desnudaré.

—Yo también me desnudaré. Te lo prometo.

Me atasqué en sus gemelos RF personalizados. Tomó el relevo y se los quitó con un gruñido impaciente.

Vacilé. —Espero no decepcionarte.

—Aunque no soy fan de tu personalidad, pagaría un buen dinero por ver cómo te sientas y respiras —admitió, con la voz áspera—. Basta con

que estés viva para que se me ponga dura, así que no preocunes a tu bonita cabeza por rendir por debajo de tus posibilidades.

Lamentablemente, aquello era lo más dulce que me había dicho nunca.

Su camisa cayó al suelo, dejando al descubierto su esculpida parte superior. Me hormigueaban las yemas de los dedos, suplicando recorrer sus abdominales de obra de arte. Todo piel lisa y bronceada, pectorales perfectos y músculos delgados.

Las venas que corrían por sus bíceps y antebrazos delataban la historia de un hombre que se mantenía en una forma brillante. También era plenamente consciente de lo fácilmente que podría aplastarme con su fuerza si lo deseara.

Me lamí los labios y dejé que mis manos recorrieran su pecho hasta el ombligo. —Dulce señor —expelí—. Eres hermoso.

Me atrapó la muñeca entre los dedos cuando mi mano estaba a medio camino de sus pantalones.

Sus ojos se clavaron en los míos. —Si te sientas en mi cara y me dejas comerte a través de tu camisón, te compraré la Ópera Astor.

La frase no me llegó del todo durante los primeros quince segundos.

No sonaba para nada a él. El tono posesivo. La urgencia carnal en sus ojos, normalmente muertos como tiburones.

—Uh, ¿qué?

—Te la compraré. —No pestañeó, mi muñeca seguía aferrada a su mano—. Podrás hacer lo que quieras con el lugar. Cancelar el baile anual de debutantes. Quemarlo hasta los cimientos. Derrumbarlo y construir en su lugar un centro comercial hortera como venganza por la forma en que Chapel Falls te adjetivó la noche del baile. Todo el pueblo sabrá que tu marido te compró el lugar solo porque te apetecía.

Se me encendieron los ojos y se me atascó el corazón en la garganta. Aquel hombre hablaba muy en serio. Era evidente que no jugaba con la baraja completa, como decía papá.

No tenía sentido recordarle que *él* era la razón por la que yo era ahora una paria social.

—La Ópera Astor no está a la venta —dije cuando recuperé la voz—. Pertenece a un amigo de mi padre, Paul Dunn...

—Todo está en venta si ofreces por encima de su valor. Comprueba tú misma la teoría. Siéntate en mi cara, Dallas, y te daré lo que deseas. Te compraré esa fábrica japonesa de galletas si me dejas darme un festín con tus jugos.

Lo miré con curiosidad, con la emoción corriendo por mis venas. Mi sexualidad ejercía un potente poder sobre él una vez que bajaba la guardia. Cosa que hasta ahora solo había ocurrido una vez.

—¿Pero volverías a tu ático después? Despues de...

—Sí. —Recordándose a sí mismo, soltó mi mano como si le quemara —. No confundas la lujuria con el afecto. La lujuria es un impulso. El afecto es un sentimiento. No siento nada por ti.

Puse la mano sobre el dobladillo de sus pantalones. —Entonces prefiero hacer las cosas a mi manera.

Esta vez no tanteé.

Le bajé la cremallera hasta el final y me puse de rodillas mientras él se bajaba los pantalones de pitillo.

Sus calzoncillos negros quedaron a la vista. Cintura Givenchy. El hombre era tan rico que sospeché que se limpiaba el culo con sábanas de seda egipcia.

El contorno de su polla me hizo la boca agua. Por un segundo, consideré sinceramente la posibilidad de probarla brevemente.

Era larga y gruesa, y la forma de su perfecta corona hinchada se veía a través de la lujosa tela.

Era curioso que todas mis amigas casadas me dijeran que los penes eran un dolor para la vista. El pene de mi prometido me parecía bastante atractivo.

Su único inconveniente era que estaba unido a un cretino.

—Galleta. —Su tono contenía una advertencia.

—¿Hmm?

—Teta por teta. Quítate la camiseta antes de que yo lo haga por ti.

Apartando la mirada de su polla, me desabroché las cintas de satén rosa, que mantenían intacto mi pudor. Sus ojos se encendieron de deseo cuando las dos cintas cayeron sobre su pecho.

Me agarró por la cintura, me elevó en el aire y tiró de mí hacia abajo para que mi entrada empujara contra su polla vestida, arrastrándome a lo largo de su longitud con un siseo dolorido.

La cabeza me daba vueltas por el estúpido anhelo y la adrenalina. Era hora de actuar antes de ahogarme en la dulce tentación y darle lo que quería.

Lo único que quería de mí.

Levanté un lazo y alcancé a pegar su muñeca contra el póster de mi cama, detrás de su cabeza.

—Primero quiero explorarte. Nunca había tocado a un hombre.

Al no estar ya atados por las endebles cuerdas, mis pechos colgaban fuera del camisón, llenos y redondos, colgando de un lado a otro mientras yo ataba rápidamente su muñeca al cabecero.

—No quiero que me ates.

—Oh, por favor. —Metí uno de mis pezones en su boca, sabiendo que lo atraparía y lo chuparía—. Probablemente haré una barbaridad. Sígueme la corriente.

Romeo estaba tan concentrado en ver cómo oscilaban mis tetas, intentando atrapar un pezón sonrosado entre sus dientes cuando me agachaba, que me dejó atarle la muñeca izquierda al poste.

—Tienes tendencia a liar las cosas —murmuró alrededor de mi pecho, lamiéndolo. Me recorrió un temblor.

—Ahora la otra mano.

Me agaché más, con el vientre plano contra su duro pecho, mientras le ataba firmemente la otra muñeca a la cama. Me rodeó el pezón con sus labios calientes y húmedos y me chupó casi todo el seno.

Me estremecí ante su calor y bajé las palmas de las manos a sus hombros. El camisón estaba húmedo entre mis piernas.

Me sentía vacía. Loca de necesidad.

Me pasé los dedos por su pelo espeso y denso, echando la cabeza hacia atrás con un gemido. Sus dientes me rozaron el pezón al mismo tiempo que su lengua agitaba la punta.

Me balanceé adelante y atrás contra su polla, sabiendo que había dejado manchas de mi deseo por todo su bóxer.

—Las cosas que voy a hacerte, Galleta...

Mi apodo me devolvió a la realidad.

Recordé sus palabras del baile de debutantes.

Arruinada por las galletas.

Enderezando los hombros, me aparté, balanceando las piernas y poniéndome de pie junto a la cama.

Romeo intentó incorporarse, contrayendo sus magníficos abdominales, cuando comprendió que lo había atado a mi cama con un nudo triple a cada lado.

Su cabeza cayó sobre mis almohadas.

Arqueó una ceja oscura, perfectamente tranquilo y sereno. —Cuidado con la nata montada, señorita Townsend. Detesto la suciedad y el desorden y, a juzgar por tu torpeza, tu puntería deja mucho que desear.

Abandonando la fachada, puse los ojos en blanco y tiré de la cinta atada que lo encadenaba a mi cama para asegurarme de que permanecía en su sitio. —No me extraña que Morgan te dejara. Como compañero, apuestas más que el interior de la gorra de béisbol de un adolescente.

Abrió la boca, a punto de decir algo, pero le demostré que me daba igual girándome y tomando el spray de crema batida del aparador.

Me pavoneé hacia él, contoneando las caderas de forma seductora. Mis pechos seguían completamente al descubierto, pero, de algún modo, no me sentí cohibida en absoluto.

El hombre trataba mi aspecto como si fuera mi defecto, tomándome en contra de mi voluntad.

Ahora había convertido mi debilidad en mi fuerza.

Me fijé en unas cuantas cicatrices a los lados de su caja torácica. Viejas y rosadas contra su piel morena y bastante sustanciales. La

curiosidad me mordía la garganta, pero sabía que, si le preguntaba, me arrancaría la cabeza.

La expresión de Romeo se ensombreció. —No me pongas a prueba, Galleta.

—¿Por qué no? Nunca te has contenido a la hora de castigarme.

Le lancé una sonrisa dulzona, le sostuve el resorte de la cintura y se la bajé de un tirón. Su polla brotó, pesada, palpitante e hinchada.

Era enorme.

¿Quería que me la metiera a la boca? Apenas me cabría en la maleta.

Quizá Morgan había roto todo porque le había hecho un esguince en la mandíbula con ella. Acoger una cosa así en la vagina parecía similar a dar a luz a un pastor alemán de tamaño natural.

—Ah, olvidé mencionarlo. —Agité la lata que tenía en la mano, viendo cómo mi futuro marido intentaba liberar sus muñecas, retorciéndose como una bestia enjaulada—. Estuve en las Scouts toda mi infancia. Efecto secundario de haber sido criada como una niña buena. Sé hacer los siete nudos de memoria, con los ojos vendados y una mano atada a la espalda. No es un juego de palabras, claro.

Le guiñé un ojo.

Sus ojos se estrecharon.

Se estremeció aún más, sacudiendo toda la cama. Las cintas de satén se clavarón en su carne, creando en su piel brazaletes de un rojo furioso.

—¿Por qué mascas chicle todo el tiempo? —exigí, poniéndome a una distancia prudencial de él.

Se le trabó la mandíbula.

—Respóndeme y puede que te perdone la vida —mentí.

—No lo harás. Y aunque lo hicieras, no negocio con terroristas.

—Es una obsesión.

—Un *mecanismo de supervivencia* —corrigió.

—Como el silencio en tu casa. Tu idea del cielo es el infierno de la mayoría de la gente.

—El infierno tiene mala fama. Soleado todo el año, muchos vecinos interesantes y sin iglesia los domingos.

¿Ahora se peleaba con una religión? Aquel hombre se dirigía realmente al nadir del cosmos.

Sin más discusión, apunté la boquilla a su pene y empujé, rociándole una nube espesa y esponjosa de nata montada en la polla y los huevos.

El frío le puso la piel de gallina. Lanzó un siseo.

Romeo me fulminó con la mirada. —Ya te has divertido. Ahora desátame o afronta graves consecuencias.

Liberé una carcajada.

—Me chantajeaste para casarme, aniquilaste mi reputación y arruinaste mi relación con mi padre. ¿Qué más puedes hacer? —Apunté la boquilla a su pecho, cubrí cada uno de sus pezones con crema y luego dibujé una carita sonriente en sus abdominales—. Aw. Estás *adorable*. Estoy deseando que Hettie o Vernon te encuentren así.

Sus cejas se elevaron hasta su frente. —Si no me liberas ahora mismo, Dallas...

—La libertad no es gratis, amigo. Tú fuiste quien me enseñó esa lección. Esa tarjeta de crédito que me diste me va a venir muy bien esta noche. —Me giré, tomé del suelo un vestido que me había comprado y me lo puse—. Voy a pasar esta noche en un hotel. Pediré algo al servicio de habitaciones. Quizá postre. Ni siquiera tuve apetito cuando visitamos a tus padres.

Me acerqué a él y le puse la lata en la mano atada, inclinándome para susurrarle al oído.

—*Arruinado por la nata montada* —exclamé, igual que él la noche que nos conocimos—. Cómo han caído los poderosos.

Cuando me dirigí a la puerta, me sentí como un resorte, sabiendo que Romeo se quedaría donde lo había dejado, desnudo y cubierto de espumarajo pegajoso, hasta que amaneciera y su personal entrara en su mansión.

Antes de salir, doblé las rodillas en una fingida reverencia, imitando su grandiosa forma de hablar, hasta el acento de la alta sociedad de

Potomac. —Quizá volvamos a reunirnos en el próximo siglo, Lord Costa. O en el siguiente.

No respondió.

Una multitud difícil.

Sabía que este momento llegaría el Día de mi Juicio Final.

21

ROMEO COSTA: @OllievB, ¿sigues interesado en quitarme de las manos a la banshee?

OLLIE VB: ¿Por qué?

ROMEO COSTA: La voy a poner en venta.

ZACH SUN: Oh, no. ¿Qué puede haber salido mal? *[GIF de una persona haciendo paracaidismo con un paraguas en vez de un paracaídas]*

OLLIE VB: No sé si estoy dispuesto a comprometerme a casarme con ella, pero estoy encantado de darle una cama en la que dormir hasta que te enfriés.

ROMEO COSTA: ¿Me harías extensiva esta oferta? El ático está en obras, y de ninguna manera volveré a la mansión antes de la boda.

OLLIE VB: Lo siento, pero la oferta es exclusiva para las personas a las que me gustaría dar un facial de semen.

ZACH SUN: La imagen mental es exquisita. Gracias, @OllievB.

OLLIE VB: ¿Qué ha pasado? Muéstranos en la muñeca sexual dónde te ha tocado.

ROMEO COSTA: @ZachSun? Tienes cinco habitaciones libres.

ZACH SUN: Lo siento, espero invitados de Guangzhou.

ROMEO COSTA: Tu familia no viene de visita hasta Año Nuevo.

ZACH SUN: Bonito recuerdo. En ese caso, no puedes quedarte a dormir en la mía simplemente porque eres insoportable.

OLLIE VB: Conozco una buena cadena hotelera si buscas recomendaciones.

ROMEO COSTA: Qué caritativo por tu parte.

OLLIE VB: ¿Vas a contarnos lo que ha pasado?

ROMEO COSTA: Si lo hago, estropearé la nata montada para ustedes por toda la eternidad.

ZACH SUN: Soy intolerante a la lactosa.

OLLIE VB: Y yo soy intolerante a las líneas rojas, así que nada puede echarme para atrás.

ROMEO COSTA: Muy bien. Aquí voy.

Romeo

Nunca volvería a establecer contacto visual con Hettie.

El silencio que se apoderó del dormitorio de Dallas cuando Hettie me encontró a las ocho de la mañana y me desató de la cama —la nata montada derretida y pegajosa apenas cubría mi erección matutina— fue ensordecedor.

Al principio intentó aflojar el nudo manualmente.

Luego, tras tres minutos de lucha, resopló. —Maldita sea, de todas las mujeres con las que podrías haberte comprometido, ¿has elegido a la que tiene las habilidades de combate de James Bond?

—Créeme, nadie está menos emocionado que yo por las nupcias pendientes. Ahora vete a por unas tijeras y, de paso, cubre mis partes bajas con la manta.

Archivo: una frase que nunca pensé que le diría a alguien a quien contraté para que me cocinara los brócolis al vapor.

—¿Partes bajas?

—Mi polla, Hettie. Por Dios, ¿alguien menor de treinta años tiene un vocabulario que no haya tomado prestado directamente de TikTok?

Había visto mis cicatrices.

Estaba seguro.

Mi prometida también. Sin embargo, ambas tuvieron la sensatez de no indagar.

Aun así, no me gustaba que la gente lo supiera. No me gustaba que pudieran adivinarlo. No me gustaba que me recordaran que, en otro tiempo, yo también fui débil.

Mi primera parada fue la ducha, donde me limpié los restos de azúcar y nata y golpeé las baldosas hasta que me sangraron al menos dos nudillos.

Después, me puse mi mejor traje, me metí tres chicles en la boca y me puse al teléfono para informar al mundo de que, para su decepción, seguía vivo.

Nunca me había ausentado por más de cuatro horas consecutivas para dormir. En el trabajo pensaron que me había despeñado accidentalmente por un barranco.

Sin duda, los empleados de Costa Industries se entristecieron al descubrir que seguía entre los vivos.

Mis modales no me granjearon muchos admiradores.

Mientras Jared me llevaba al trabajo, también me informó de que mi astuta prometida estaba alojada en el Grand Millennium Regent. Uno de los hoteles de élite de alto standing de Von Bismarck.

En una suite de quince mil dólares la noche, por supuesto.

Tardé menos de cinco minutos en cancelar todas sus tarjetas de crédito, trasladar sus libros de Henry Plotkin de su habitación a una caja fuerte cerrada con llave en la mía y limpiar la cocina y la despensa de cualquier cosa cargada.

Ni que decir tiene que la crema batida quedó permanentemente prohibida.

También corté Netflix y el paquete Xfinity, y luego Internet, por si acaso. Mi tentadora novia no necesitaba entretenimiento. Necesitaba pensar en lo que había hecho.

La próxima vez que la viera, iba a prometerme su para siempre.

Y yo iba a aceptarlo.

Solo para jodidamente fastidiarla

23

Dallas

—Aún podemos salir corriendo. He recuperado el anillo de Madison. El que Romeo arrojó a la multitud. —Frankie se paseaba por la improvisada habitación nupcial de la mansión Von Bismarck, con el rostro arrugado por la concentración, apretando dicho anillo entre los dedos. Su vestido de seda de cassette azafrán chillaba sobre los suelos de mármol—. Debe de valer algo, ¿verdad?

Había llegado el día de mi boda.

Hacía casi tres semanas que no veía al novio. Durante esas semanas, mamá y Frankie me habían visitado dos veces, pero nunca me había sentido más sola en mi vida.

—Déjalo. —Me miré al espejo mientras dos maquilladoras y una peluquera se ocupaban de mí—. Ya está hecho.

Mi hermana nunca sabría lo tentada que estaba de seguir su consejo y salir corriendo. Estuve a punto de hacerlo la primera semana después del truco que le había hecho a Romeo.

Pero mis amigos y mi familia empezaron a enviar convites, recordándome hasta qué punto Romeo había tirado mi reputación por el retrete.

—¿Es verdad que estás embarazada? —me había gritado Savannah por teléfono una noche—. Dicen que tu padre lo obligó a casarse contigo después de encontrar un test de embarazo en la basura.

Emilie consiguió ser un poco más refinada. —Tus padres me enviaron una invitación. Gracias por eso. ¿Te importaría mucho que me saltara la boda? No digo que vaya a hacerlo. Solo necesito asegurarme con mis padres de que no arruinará mi... reputación. Por favor, no te enfades conmigo, Dal. Al menos te vas a casar. Y nada menos que con Romeo Costa. Aún no he recibido ninguna oferta, y no quiero tener mala reputación por asociarme con la gente equivocada.

Al final, el universo proveyó. Emilie se presentó, escoltada por sus padres con ojos de lince. Sav también estaba aquí, e incluso trajo una cita.

De hecho, oí que fuera, en el jardín decimonónico de Oliver von Bismarck, se mezclaban más de ochocientos invitados, entre ellos la familia Licht.

Mis padres los habían invitado, ofreciendo la cortesía de salvar las apariencias y demostrando que no había mala sangre. Ningún escándalo entre las dos familias.

Madison estaba aquí.

Aquel pensamiento me hizo desear arrastrarme bajo el tocador y esconderme.

Me sentía tan apenada y culpable por lo que había hecho. Por lo que había provocado esta reacción en cadena que descontroló las vidas de todos.

—¡Dal! Oh, Dal, ¡el pastel! —Mamá irrumpió en la suite nupcial, también conocida como la duodécima habitación de invitados de Oliver, abanicándose. Se desplomó contra la puerta, con los dedos temblorosos sobre la clavícula—. Es de ocho pisos. Todo blanco. Con la forma de tu vestido, rosas comestibles y caligrafía personalizada.

Mamá estaba encantada.

Frankie y yo la habíamos protegido de la amarga verdad sobre mi matrimonio. Me había pasado la última semana hablando de Romeo.

¿Qué otra cosa podía hacer?

Frankie dijo que había dejado de comer y de hablar con mi padre para que volviera a casa.

Por mucho que detestara a papá, seguía sin soportar ver a mamá destrozada.

—Vaya. —Forcé una sonrisa—. Lástima que probablemente vaya a inhalarlo antes de que alguien haga una foto.

—Es la hora del espectáculo, señoritas. —La organizadora de bodas abrió la puerta de una patada, sudando a mares bajo su traje de diseño. Llevaba un auricular con un micrófono suspendido delante de los labios—. El novio ya está esperando, y con un aspecto delicioso, debo añadir. Todos los invitados están sentados. Todo listo.

Frankie me lanzó una mirada desesperada.

Era ahora o nunca, decía.

Y aunque no podía imaginarme encontrando la felicidad con mi cruel y hermoso prometido, tampoco podía volver a Chapel Falls como una mujer dañada y arriesgar el futuro de Frankie.

Además, ¿qué futuro me esperaba?

Nadie más me querría. Al menos con Romeo Costa tenía seguridad económica, un techo sobre mi cabeza y un futuro con hijos al que aspirar.

—Ven, mi amor. —Mamá ahuyentó a las peluqueras y maquilladoras, tirando de mí. Su sonrisa se apagó en cuanto nuestros dedos se tocaron—. Tienes las manos heladas.

Tragué saliva. —Son los nervios.

—¿Estás segura? —Me miró a la cara—. Me lo dirías si fueras infeliz, ¿verdad, Pepinillo?

Casi me derrumbo al oír el apodo de mi infancia. No había nada que deseara más que volver a casa. Deshacer mi error de hacía un mes.

—Todo es perfecto, mamá. Soy la chica más afortunada del mundo.

Dallas

Como todas las mentiras, mi boda fue demasiado bonita, bien ensayada y, sobre todo, sin alma.

Mi vestido personificaba la realeza. Mangas largas de encaje con escote en V profunda, impecable cuerpo columna de satén y una cola redonda que cubría toda la gran escalera de la mansión von Bismarck.

Tres revistas de moda vinieron a fotografiarla. Los bienes se destinaron a obras benéficas: el Ejército de Friedreich. Idea de Romeo.

Como en todo lo demás, yo no tenía voz.

Los tabloides y las noticias locales habían informado de que solo el arreglo floral había costado más de 120.000 euros.

No lo dudé.

Mis padres no habían escatimado ni un céntimo en el fastuoso evento. Mamá había mencionado antes que hacía tiempo que habíamos superado la barrera del millón de dólares de presupuesto.

El banquete (que se celebraría en el segundo jardín botánico de Oliver, rodeado de hiedra) incluía cócteles exclusivos de R&D con nuestros nombres, entremeses elaborados en las instalaciones por chefs italianos con estrellas Michelin y bolsas de regalos de cinco cifras diseñadas para hacernos morder el polvo.

Me marchité dentro de la pesada prenda, nadando en la tela que se me clavaba en las costillas.

Hacía semanas que no comía nada sustancioso. No desde que Romeo limpió la casa de todo lo comestible.

Hettie me metía burritos de desayuno y panecillos bajo la ropa, para que las cámaras no la pillaran desafiando la orden de Romeo.

Por lo demás, lo único que ofrecía la casa era col rizada, pechugas de pollo, avena y miseria.

Cuando llegué al borde del pasillo, me detuve. Una pantalla de orquídeas blancas colgantes me tapaba la vista. Pronto pasaría por el pasillo y caería en los brazos de un Dios de la Guerra y me convertiría en Costa.

Papá se materializó a mi lado, anudando su brazo con el mío. Intentó establecer contacto visual mientras permanecíamos de pie sobre la larga alfombra blanca que cubría el patio trasero de Oliver, de cinco acres.

Yo mantenía la vista fija en las orquídeas, con las muelas apretadas.

—Por favor, Dallas, ¿no ves que estoy destrozado?

¿De verdad acababa de hablar de sí mismo?

—Como debe ser.

Aferré mi ramo de rosas blancas. Las espinas se clavaron en mi carne.

Papá abrió la boca.

Por suerte, la música le cortó el paso.

Como mamá y Mónica se encargaron de la mayor parte de la planificación (yo cité dolores de cabeza y náuseas durante todo el mes), no tenía ni idea de qué canción habían elegido. *Ave Verum Corpus* de Mozart.

Qué acertada. Siempre la había asociado con la carnicería violenta del cine, a lo *La Boda Roja*⁷.

Incluso *aquella* boda era mejor que la mía.

No sabía cómo conseguía poner un pie delante del otro, pero lo hacía. En algún momento, papá y yo atravesamos la cortina de orquídeas y salimos a la vista.

Los jadeos y los susurros se extendieron por el pasillo. Los destellos de las cámaras me lamían la piel.

Mis damas de honor, Frankie y Sav, llevaban la cola de mi vestido mientras seis floristas de mi iglesia local iban detrás, lanzando pétalos de rosas blancas a los invitados.

Bajé la mirada y evité el contacto visual con los asistentes, que se pusieron en pie, aplaudiendo y vitoreando.

Me pregunté si Morgan estaría aquí. En algún lugar de la multitud. Sorbiendo champán, entretenida por lo tonta que parecía, casándose con un

hombre que aún adoraba tenerle su altar.

De hecho, me pregunté si Romeo la habría visto en el tiempo transcurrido entre el baile de debutantes y ahora.

La idea me produjo náuseas. No porque me gustara él, sino porque me negaba a quedar aún más en ridículo de lo que ya estaba.

Llegué al altar. El hombre al que había dejado encadenado a mi cama por última vez, cubierto de nata montada, estaba ante mí. Poderoso, imponente y más grande que la vida.

La imagen me provocó unas risitas repentinamente incontrolables. Sentí que se me sonrojaba el cuello.

Luego miré hacia arriba y la risa se me apagó en la garganta.

Casi había olvidado lo glorioso que era Romeo Costa.

Casi.

Llevaba un esmoquin elegante. Con el pelo peinado hacia atrás, más corto de lo que recordaba y perfectamente arreglado.

Sus ojos grises —que solían coquetear con el azul— parecían casi plateados. Su rostro era neutro e inexpresivo como un cuadro poco inspirador en una sala de espera.

Cuando papá se hizo a un lado y me coloqué frente a él, Romeo me sorprendió inclinándose hacia delante, presionando sus labios contra mi mandíbula.

Solo que no me estaba besando la mejilla.

Eso era solo un espectáculo para nuestros invitados.

En realidad, Romeo me susurró al oído: —Haz cualquier trastada y te aseguro que tu reputación no será lo único que destruya.

Mi cerebro hizo un cortocircuito para reaccionar. Parpadeando, reconocí al oficiante de la boda como un sacerdote local de Chapel Falls.

El padre Redd comenzó la ceremonia.

Cuando me llegó el turno de leer el libro de votos, solté un discurso nupcial tan tópico y tan poco sincero que estaba segura de que mi futuro marido quería vomitar por la cursilería.

Romeo se apresuró a pronunciar su parte. Detrás de él, Oliver y Zach lucían esmóquines de diseño.

Zach irradiaba impaciencia, mirando su reloj sin levantar la muñeca.

A pesar de su pulcro encanto y sus llamativos modales, algo oscuro acechaba bajo su superficie. Algo lo bastante retraído como para insinuar que no mostraba su verdadera cara al mundo.

Mientras tanto, Oliver —un libro abierto lleno de coloridas anotaciones— miraba directamente a mis damas de honor. Si pensaba que Frankie era juego limpio, tenía noticias para él, que le rompería junto con sus pelotas.

El padre Redd pasó una página de su manual de oficiante. —Romeo Niccolò Costa, ¿tomas a esta mujer por esposa, para vivir juntos en sagrado matrimonio, amarla, honrarla, consolarla y cuidarla en la salud y en la enfermedad, renunciando a todas las demás, mientras viven los dos?

Romeo entrelazó sus dedos con los míos. Estaban fríos y parecían de arcilla. —Acepto.

Una sonrisa encantadora se dibujó en su rostro, deslumbrando al público. Parecía completamente photoshopeada.

—Y tú, Dallas Maryanne Townsend, ¿tomas a este hombre por esposo, para vivir juntos en santo matrimonio, amarlo, honrarlo, consolarlo y mantenerlo en la salud y en la enfermedad, renunciando a todos los demás, mientras ambos vivan?

¿Amarlo y consolarlo?

Tenía suerte de no salir del lugar en ambulancia. Mi nuevo sueño era contribuir a sus cicatrices corporales con mi propio arte.

—Hmm.

El padre Redd se aclaró la garganta, riendo entre dientes. —¿Lo tomaré como un sí?

—Sí. —Escupí la palabra.

—Ya puedes besar a la novia.

No sabía qué esperar. Quizá un picotazo digno para sellar el trato. Pero Romeo Costa estaba lleno de sorpresas.

En lugar de eso, dio un paso adelante, me rodeó la cintura con su fuerte brazo y me empujó hacia él. Con una posesividad que helaba la sangre, me agarró la parte delantera de la garganta, inclinó mi cuerpo y estrelló su boca contra la mía, ejerciendo una fuerza castigadora.

El gesto declaró una cosa: *mía*.

Al fondo, la gente enloquecía, vitoreando y silbando. Risas, música y voces femeninas delirando sobre el icónico beso llenaron el recinto.

—... tan épico como su proposición de matrimonio...

—... nunca había visto a un hombre tan locamente enamorado...

—... debería ser una película...

Me quedé flácida entre sus brazos, incluso cuando su lengua salió disparada y me abrió los labios, lamiéndome con confianza, jugando y explorando el interior de mi boca.

Era un beso de declaración.

Un beso destinado a informar al mundo de que ahora era de su propiedad.

Los intrusos serían fusilados. O algo peor.

Contuve la respiración, ignoré el calor que me recorría la espalda y me exigía que le devolviera el beso, y esperé a que se apartara. Me negué a ceder y a participar en esta debacle.

—Tu sumisión es más dulce que la crema batida, *Sra. Costa*. —Se echó hacia atrás, arrastrando la nariz por el puente de la mía—. ¿Cómo es la vida lejos de la civilización? ¿Has aprendido ya a hacer fuego con piedras?

Mi respuesta consistió en hundir los dientes en su labio inferior hasta que el sabor a cobre me llenó la boca y encontré la resistencia del músculo y la carne.

Utilizó el dorso de la mano para limpiarse la sangre, sonriendo satisfecho.

—Ahí está. Empezaba a preocuparme que hubieras perdido los dientes.

—¿Te gustan mis dientes? —Fingí acunarle la cabeza, mirándolo con fingida adoración—. Bien, porque estás a punto de encontrarte con mis

garras.

Entonces, como tenía muchas ganas de devolverle el daño, saqué el anillo de Madison, que Frankie me había dado antes, y lo retorcí entre mis dedos.

—Quizá necesites mejores cámaras, *maridito*. Me puse cachonda mientras estabas desaparecido en combate, pero el fuego no procedió de las rocas.

¿Realmente estaba aludiendo a tener una aventura con Madison?

Era imprudente, peligroso, pero extremadamente satisfactorio.

La mirada de Romeo, la de un hombre a punto de empezar una guerra, me inundó de adrenalina.

Negándome a mostrarle lo desgraciada que había sido las últimas semanas, sonréi. —Disfruta de nuestra boda.

La organizadora condujo a los invitados a la zona de recepción.

La mansión de Oliver von Bismarck tenía un salón de baile completo. Juro que su casa hacía que el Shangri-La pareciera el vestíbulo de un Motel6.

Mesas redondas cubiertas de encaje blanco rodeaban la zona de baile. Centros de mesa con candelabros antiguos adornaban cada una de ellas. Lámparas de araña rústicas, apliques dorados y docenas de flores diferentes, todas en blanco, ornamentaban la sala.

Deseé que este acontecimiento no simbolizara mi muerte, para poder apreciar el lugar en todo su esplendor.

En cuanto me despegué de Romeo, Frankie apareció a mi lado, agarrándose del brazo y anclándose a un lugar seguro. Era tan hermosa que se me pusieron los ojos como escarpias.

Más le valía encontrar un buen partido. Un amor verdadero después del sacrificio que yo había hecho por ella.

—Sé que lo odiamos, y en un segundo volveré a apuñalarlo con mis miradas, pero pensé que quizás te reconfortaría saber que el beso de Romeo humedeció todas las bragas de la Costa Este.

—Las mías no —mentí—. Además, hay un montón de tíos buenos en este mundo.

—Decir que tu marido está bueno es como decir que el monte Everest es montañoso. Está buenísimo. No sé cómo lo tocas sin que te salgan ampollas.

No tuve valor para decirle que Romeo me había robado todos los libros de Henry Plotkin. Tampoco quería que lo apuñalara con uno de los carámbanos decorativos que mantenían frías las botellas de champán vintage.

Mamá y papá se unieron a nosotras. Juntos, visitamos cada mesa desde nuestro lado y dimos las gracias a la gente por agraciarnos con su presencia.

Presumiblemente, Romeo hizo lo mismo con su familia, aunque yo me desconecté mentalmente, intentando olvidar que estaba en la misma habitación que yo. Casi funcionó.

Acababa de empezar a respirar correctamente —incluso se me había ido el entumecimiento de los dedos— cuando papá me llevó a la mesa de los Licht.

Como su mejor amigo de Georgetown, el Sr. Licht se presentó a pesar de la mala sangre con los Costas. No iba a dejar pasar la oportunidad de demostrar que no le afectaba el fiasco público.

—Dallas, enhorabuena, querida. Estás impresionante. —La señora Licht se palpó las comisuras de los labios con una servilleta, aunque no había tocado nada de la deliciosa comida que tenía delante.

Asentí con la cabeza, inexpresiva. Mi mirada clavada en el suelo.

No podía mirar a Madison a los ojos. Madison, que me había dejado elegir mi anillo de compromiso. Quien una vez me prometió que podría convertir una habitación de su piso en mi propia biblioteca.

—Dallas. —Su voz era imparcial, sin rastro de ira en ella. Quería desplomarme. Incluso después de que su archienemigo me hubiera mancillado, aún conservaba la bondad—. Mírame, por favor. No puedo... —Tiró la servilleta al plato y se levantó—. No soporto que pienses que estoy enfadado contigo. No estábamos juntos de verdad. Lo comprendo.

Levanté la mirada del suelo.

Madison me resultaba tan familiar. Con su pelo rubio —todo americano— y sus ojos castaños ribeteados de verde en los bordes.

Aunque no sentía nada romántico hacia él, siempre había supuesto que los sentimientos llegarían. Que la comodidad se convertiría en felicidad.

—Dallas. —Me puso la mano en el antebrazo—. Oh, Dal, por favor. Ven conmigo. —Me tomó de la mano—. Vamos a lavarte la cara.

Dejé que me sacara del salón de baile. Era dulce y desquiciado a partes iguales que supusiera que dejaría que el agua me tocara la cara después de haberme maquillado durante tres horas seguidas.

—No quiero lavarme la cara.

Se detuvo y se volvió hacia mí, con la mano aún entrelazada con la mía. —Bueno. ¿Sabes qué? Deja que te traiga un plato de postres. Eso siempre te levanta el ánimo. Nos vemos detrás.

Me sentí cómoda saliendo a hurtadillas de mi boda al patio trasero del salón de baile y sentándome sobre la barandilla. Después de todo, me importaba un bledo si alguien me descubría con Madison.

El patio daba a un pequeño lago. Cisnes y patos se deslizaban sobre el agua glacial.

Madison apareció con un plato cargado de macarons de color rosa y coral, éclairs de chocolate blanco y tartas de frutas bañadas en oro. Los postres parecían demasiado hermosos para comerlos.

No obstante, me metí un macaron por la garganta, sin apenas saborearlo.

Madison se sentó a mi lado. —¿Mejor?

Asentí, entrecerrando los ojos ante las interminables colinas verdes y los jardines que rodeaban la propiedad de von Bismarck. —Lo siento mucho, Mad...

—Por favor, ya basta. —Me dio una palmada en la rodilla, sonriéndome—. Tú y yo sabemos que en realidad no me engañaste. Lo nuestro siempre fue un acuerdo. No te cargues con culpas injustificadas.

¿Me decepcionaste? Sí. Me gustabas. Me *sigues* gustando, Dal. Pero elegiste a quien elegiste, y lo acepto.

Deseando con todas mis fuerzas apaciguarlo y también desahogarme del peso de la verdad, solté: —Pero no lo elegí a él en absoluto. Se suponía que iba a ser un pequeño beso antes de casarme contigo. Todo se convirtió en una bola de nieve, y ahora estoy atrapada con... con... esta *bestia*.

Me sentí bien siendo infantil y auténtica. Con Madison, mi amigo de la infancia me sentía libre de ser una versión de mí misma que sería expulsada de los salones de la sociedad educada y madura.

Madison parecía como si el cielo le hubiera caído directamente sobre la cabeza. —¿Me estás diciendo que no querías casarte con Costa?

—No. —Levanté las manos—. Papá me obligó después de atraparnos. Romeo lo planeó todo. Me tendió una trampa.

Mientras le explicaba a Madison la cadena de acontecimientos, supe en el fondo de mi corazón que no estaba jugando con fuego, sino con una caja de dinamita en toda regla.

Pero la tentación resultó ser demasiado. Si existía la más mínima posibilidad de que Madison me liberara de este acuerdo, quería aprovecharla.

Tardé tres minutos en explicárselo todo.

Después de hacerlo, me juntó las manos entre las suyas y se encaró conmigo. —¿Estás segura de que no quieres seguir casada con él?

Ni siquiera tuve que pensarla.

—Segura —dije con convicción—. Si hay una salida en la que mi reputación pueda sobrevivir, la aceptaré.

Madison se mordió el labio. —No puedo prometerte nada, pero creo que hay una forma de derribarlo.

¿Derribarlo?

Todo sonaba muy *Riverdale*.

Tiempos desesperados exigen medidas desesperadas. Me anoté mentalmente que abandonaría el plan de Madison si formaba un círculo rojo.

—¿Cuándo me lo harás saber? Cada minuto que paso en su casa es una tortura.

Sobre todo, desde que confiscó los carbohidratos.

Madison suspiró, metiéndose los dedos en el pelo. —Siento que te hayas visto envuelta en este lío, Dal. Créeme, nunca pensé que alguien pudiera ser tan rencoroso como para perseguirte así.

—¿Podrías llamarme cuando...?

—Lo primero es lo primero, échale un ojo por mí, ¿quieres? —fue directo al grano—. Estoy convencido de que vigila tus dispositivos, así que no me envíes nada delicado en mensajes de texto. Llama y quedamos. Cualquier cosa que tengas para mí que huela mal. Ya sea relacionado con los negocios o con su vida personal.

¿Me estaba... reclutando para hundir a Romeo?

Me costaba imaginarme a mi marido siendo sorprendido *in fraganti* haciendo algo malo. Era más sofisticado que eso.

En todo caso, siempre tenía el control estúpidamente. Incluso cuando embutió la cara de Scott, el copiloto, en el suelo del avión, parecía tranquilo y sereno.

Retiré las manos de las de Madison, agarré una tarta de frutas y la mordisqueé. —¿Y si no encuentro nada? No es exactamente un libro abierto.

Madison fingió parecer atormentado. Realmente no era un buen actor. Había visto mejores producciones adultas en las fiestas de pijamas de Sav.

—Bueno... quiero decir que, dependiendo de lo mucho que quieras clavar al hijo de puta, siempre puedes... *fabricar* un problema. —Se mordisqueó la uña del pulgar, un viejo hábito que siempre me pareció desagradable—. Ya sabes, sacar a la luz la horrible forma en que te trata. Cualquier cosa que pueda empañar su reputación. Esto es importante, Dal. Si quieres que Romeo Costa salga de tu vida, de *nuestras* vidas...

—Vaya, vaya, qué adorables se ven los dos juntos. —Unas palmadas lentas y sarcásticas siguieron a la voz sagaz—. La Bella y la Levadura.

Madison se parecía un poco a masa de pan.

Emergió mi nuevo marido, dando vueltas al whisky en un vaso alto, con pasos largos y seguros.

Se había despojado de la americana en algún momento del evento. Llevaba las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos musculosos y bronceados.

Llevaba el pelo ligeramente revuelto. Quizá Morgan se lo había alborotado mientras desaparecían juntos en una de las veintitrés habitaciones de invitados para echar un polvo rápido.

Mi corazón empezó a latir desbocado cuando recordé que, la última vez que nos encaramos, había enseñado el anillo de compromiso de Madison.

Este último permaneció sentado a mi lado.

Peor aún: me puso una mano en la rodilla y miró a Romeo con una mirada impertérrita. —Te tengo echado el ojo, Costa.

—Tus ojos no son de mi incumbencia. Tu brazo, sin embargo, es otro asunto. Si aún lo quieres unido al resto de tu cuerpo, te sugiero que lo retires del regazo de mi mujer.

—Tu *mujer*. —Madison resopló. Aun así, obedeció, metiendo las manos entre las piernas—. Todo lo que ella es para ti es una forma de vengarte de mí por estrechar nuestros lazos con el Departamento de Defensa y presentar un impecable paquete de defensa demasiado difícil de rechazar y un veinte por ciento más barato que lo que ofrece Costa Industries.

—En primer lugar, te sugiero que uses signos de puntuación. Ha sido una frase larguísima. —Romeo parpadeó, como si Madison hubiera hablado en otro idioma—. Segundo, no había terminado.

—¿Ah, sí?

Romeo escupió el chicle. Era la primera vez que lo veía desprenderse de él de buena gana. —Considéralo mi primera, última y definitiva advertencia. Cada vez que te acerques a mi mujer, te romperé un hueso distinto. Se me ocurre empezar por el fémur, aunque está sujeto a cambios.

Madison se levantó de un salto. Un rubor serpenteó por su cuello. —Tienes valor. Después de todo lo que nos has hecho a Dallas y a mí...

Robándole el sitio a Madison, Romeo se sacudió la pelusa de la manga de la camisa. —Por favor. Este último año, no ha habido un solo evento al que hayamos asistido los dos en el que no hayas acabado la noche dentro de una rubia de piernas largas que cobra por horas.

La mandíbula de Madison se tensó. La movió de un lado a otro. —Dallas y yo teníamos un acuerdo.

Aunque no existía tal acuerdo, no me inmuté.

—Interesante. —Romeo me pasó un brazo por encima del hombro, sus nudillos acariciaron el costado de mi garganta, haciendo que mi carne se calentara y sintiera un cosquilleo—. Dígame, señora Costa, ¿vamos a tener el mismo acuerdo? ¿Se me permite tomar amantes y pasearlas por la ciudad como si fueran caballos preciados?

Prefería morir antes que darle permiso para que se tirara a otra. Solo porque no quería que se divirtiera.

—No. —Fruncí el ceño—. No te mereces un pase libre.

—Supongo que tendré que conformarme contigo, entonces, mujercita. —Volvió a centrar su atención en Madison—. Te concedo una cosa, Licht. No exagerabas en lo que se refiere a su aspecto. Es deslumbrante. —Romeo giró la cara hacia mí, arrastrando sus calientes labios por la línea de mi mandíbula—. ¿Quién iba a imaginar que es tan deliciosa como fogosa? Mi mujer me señala que ya te has saciado.

Me estremecí dentro de mi vestido de novia de diseñador, tanto de rabia como de excitación. Se me cayeron los párpados y tragué saliva.

—No. —La respuesta de Madison apestaba a resentimiento y frustración—. No lo hice.

—Ah. Ahora lo recuerdo. —Romeo chasqueó los dedos y una risa malvada y hueca escapó de su garganta—. Se reservó para ti, ¿verdad? Qué suerte tengo.

Madison vio cómo Romeo me rozaba la mandíbula con los dientes, haciendo que mis pezones se tensaran contra el corsé.

—Puedes marcharte, Licht. —Romeo utilizó la mano que tenía libre para hacerle un gesto con la mano—. Ya me he explicado. —Me tomó de la barbilla, aspirando mi cuello mientras enterraba la cara en el pliegue. Si

tuviera fuerzas para detenerlo, me sentiría demasiado bien—. Dime, Galleta, ¿tendré que destrozar las ruinas que queden de la vida del pobre Madison Licht para asegurarme de que mantiene las manos alejadas de mi esposa?

—Le tengo cariño.

Me agarró por la nuca, inclinando mi cuerpo hacia abajo, de modo que quedé suspendida en el aire entre la barandilla y los espinosos rosales que había debajo.

Lo único que me impedía caer directamente en la boca de un despiadado mar de espinas era su amabilidad, y ambos sabíamos que apenas conocía la palabra, y mucho menos la noción.

Inspirando, abrí los ojos. El rostro de Romeo estaba a menos de un centímetro del mío.

Madison se había retirado al salón de baile en algún momento después de la amenaza de Romeo de dejarlo en silla de ruedas.

—Déjame que te aclare una cosa, Dallas Costa. Ahora me perteneces. Escritura hecha, contingencia levantada, trato totalmente pagado. Si vuelvo a sorprender a Madison poniéndote un dedo encima, ese dedo se romperá. Si te besa, le cortaré los labios. Si te folla... —No tuvo que terminar la frase. El sabor agrio de la bilis me golpeó el fondo de la garganta. Romeo enseñó los dientes—. Pero confío en que te comportarás. Incluso tu estupidez tiene sus límites.

—¿Y tú? Conjeturo que eres libre de ir por ahí, engañándome con Morgan a diestro y siniestro.

—Mientras cumplas con tus deberes de esposa... —Su agarre se aflojó. Sentí que casi me caía. Tenía muchas ganas de agarrarme a su camisa, pero me negaba a mostrarle mi vulnerabilidad—. No tendrás que preocuparte por nadie más.

Me obligué a aflojar los músculos y aspiré. Estuve a punto de caerme. Me inclinó hasta la barandilla, de modo que la mayor parte de mi cuerpo quedó colgando en el aire.

Sonriendo a pesar del dolor, le escupí a la cara: —¿Preocuparme? Te entregaría directamente a su puerta como regalo de Navidad, si tuviera la oportunidad.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? —Tenía la cara pegada a la mía, la pregunta formulada con auténtica curiosidad—. Cualquier chica con medio cerebro caería de rodillas intentando apaciguarme.

—Yo tengo todo un cerebro, y cada una de sus células recuerda lo mucho que te odio.

—Madison no te quiere. —Me acarició los bordes de la mandíbula—. La única razón por la que hoy te ha dado la hora es porque quiere que conspires contra mí.

—Lo sé. —Le sonréí con una dosis letal de veneno—. Y me *interesa*. Pude sentirlo.

El momento en que sus dedos punzaban para dejarme caer.

Solo de milagro nos levantó a los dos de la barandilla, poniéndonos de pie. Jadeé con fuerza. El frío rocío me adornaba la frente y los brazos.

Me alejé de él todo lo que pude, asegurándome de que nunca se perdiera de mi vista. No me fiaba de él. El rostro de Romeo había vuelto a su normal indiferencia principesca.

—La buena noticia es que tendremos tiempo de sobra para discutir tus planes para arruinarme en el avión.

Fruncí el ceño. —¿Qué avión?

—¿Por qué, Galleta, creerías que no te llevaría de luna de miel? —Fingió sorpresa—. ¿De qué otra forma podría parecer creíble nuestra unión?

Se me desencajó la cara. Me eché hacia atrás. —Eso es totalmente innecesario.

Dio un paso adelante, borrando de nuevo la distancia que nos separaba. —Como siempre, estamos en desacuerdo. Uno debe celebrar su cambio de estatus. Sobre todo, cuando toda la realeza de Washington está observando atentamente.

Retrocedí otro paso. —Podemos hacer algo local. Ir a Nueva York un fin de semana y luego dividirnos en diferentes hoteles.

Avanzó, como un depredador buscando su próxima comida. —Si hubiera creído que podíamos salirnos con la nuestra, me habría deshecho de ti con mucho gusto en casa y habría seguido mi alegre camino. Sin

embargo, tú, mi querida esposa, pasaste cada momento de vigilia desde el día en que nos conocimos intentando deshacerte de mí, en voz alta y públicamente. Por consiguiente, dentro de dos horas embarcaremos en mi avión rumbo a París para pasar un largo fin de semana, así que entra y despídete.

Casi se me desencaja la mandíbula.

No podía hablar en serio. Ni siquiera había podido pasar tiempo con Frankie, mamá y Sav.

Eso no importaba. Aún quedaba una tarta de cinco kilos con mi nombre. *Literalmente*.

Al final, no me quedó más espacio para retroceder. Mi espalda se estrelló contra el cristal de la puerta del patio. —Pero... no tengo maleta. Y... y... ropa.

—Cara te ha metido todo lo que necesitas. —Me inmovilizó contra el cristal, con los brazos sujetándome la cabeza y los dedos manchando el vidrio—. Excluida la crema batida.

—No me conoce.

—Siento decírtelo, pero hay más misterio en el contenido de un perrito caliente que en el de esa cabecita tuya.

—¿Y mi pasaporte?

—Tu madre me lo dio antes de la ceremonia.

Maldición.

Probablemente pensó que me había hecho un favor.

—Necesito descansar. Las últimas semanas han sido muy estresantes.

—Nuestras madres hicieron todo el trabajo. Llevas toda la vida descansando. Este viaje va a tener lugar lo quieras o no. Ahora ve a despedirte.

—Te odio. —Intenté darle un pisotón en el pie, pero él fue más rápido y se echó hacia atrás.

—Qué mala suerte. —Se inclinó hacia delante, con los labios patinando sobre los míos—. Ves, yo no te odio ni un poquito. De hecho, eres un entretenimiento de primera para mí. Como una docena de payasos

de circo saliendo de un coche diminuto. Eres un número aéreo, Dallas. Cuando tienes éxito, me impresionas. Cuando fracasas, me divierto. Pero nunca, jamás, me importas lo suficiente como para darte odio. Eso exigiría que fueras mi igual.

Ahora tenía su boca sobre la mía, tocándola, pero sin besarla todavía.

Mi corazón martilleó a través de mi caja torácica, amenazando con desgarrarme el pecho, saltar entre nosotros y salpicar su impoluta camisa nívea, con sangre y todo.

Mis ojos se cerraron de golpe. Mis labios se prepararon para encontrar su calor casi familiar.

Pero en lugar de sentirme envuelta de nuevo en su abrazo adictivo, una brisa de aire frío me abofeteó la cara.

Abrí los ojos y encontré a Romeo a dos pasos de distancia, mirándome con desprecio.

—Qué ingenua —*profirió*. Será espectacularmente divertido doblegarte.

25

OLLIE VB: La novia estaba exquisita.

ROMEO COSTA: Blanquea tus globos oculares inmediatamente. No era tuya para mirarla.

OLLIE VB: También su hermana.

ROMEO COSTA: Cárcel para ti.

OLLIE VB: Vamos, Rom. Los dos sabemos que soy demasiado rico para ver una celda de la cárcel desde dentro.

ZACH SUN: ¿Puede alguien eliminar al fantasma de David Bowie del chat?

Romeo Costa ha eliminado a Ollie vB del chat.

ZACH SUN: ¿Por qué siempre siento que necesito una larga y abrasadora ducha después de hablar con Ollie?

ROMEO COSTA: ¿Porque es acoso sexual metido en un traje de Tom Ford?

ZACH SUN: ¿Denver está entusiasmado con París?

ROMEO COSTA: He conocido gatos más excitados por sus baños.

ZACH SUN: ¿Has pensado en intentar llevarte bien con ella?

ROMEO COSTA: Ni una sola vez.

ZACH SUN: ¿Hay una versión larga de esta respuesta?

ROMEO COSTA: Creo que ese barco zarpó el día que la arrastré de la oreja a un estado que no conoce, a vivir en una casa que no le gusta y a casarse con un hombre al que odia activamente.

Ollie vB ha entrado en el chat.

ROMEO COSTA: ¿Cómo ha ocurrido?

OLLIE VB: Tengo un ingeniero de software contratado. @ZachSun me enganchó hace unos meses cuando tuve que hacer frente a una crisis de fotos de pollas.

ZACH SUN: Una crisis acertadamente titulada *Moby Dick*.

ROMEO COSTA: ¿CONTRATADO?

OLLIE VB: @ZachSun, tu talento como redactor publicitario está desgarradoramente desaprovechado.

ROMEO COSTA: Repito: ¿CONTRATADO?

OLLIE VB: Te sorprendería saber lo a menudo que me meto en problemas con algunos de los contenidos que comparto.

ROMEO COSTA: Algo me dice que no me sorprendería en absoluto.

OLLIE VB: Entonces, ¿está tomada la pequeña Townsend?

ROMEO COSTA: LA PEQUEÑA TOWNSEND SIGUE EN LA PUTA UNIVERSIDAD.

OLLIE VB: Odio decir esto, Costa, pero siempre has sido un mojigato. ¿Verdad, Zach?

Zach Sun abandonó el chat.

Romeo Costa abandonó el chat.

OLLIE VB: Qué dramáticos. Apuesto mi quinto yate a que la chica tiene dieciocho años.

Romeo

Dallas Townsend me recordaba a un ave fénix, resurgiendo de las cenizas de sus malas decisiones. Una inspiración para las masas ociosas.

En el episodio de esta noche, Galleta bebió hasta caer en el estupor.

Desde que le di la trágica noticia de nuestra inminente y lujosa luna de miel, había engullido champán, arrastrando las palabras de agradecimiento a nuestros invitados mientras zigzagueaba por la habitación.

Aparte de su aspecto atractivo, había conocido muebles de oficina más encantadores con los que pasar el tiempo.

No ayudó el hecho de que nos avergonzara a los dos al canalizar su tía borracha interior en una cena de Navidad, balbuceando lo bastante alto como para que se la oyera desde el Polo Sur.

Su familia no interfirió en el espectáculo. Shep se ocupaba de los negocios, mientras que Natasha dedicaba todos sus esfuerzos a encontrar una pareja adecuada para la otra amenaza que había engendrado.

Y Franklin...

Franklin sabía exactamente lo borracha que estaba Dallas. Dejó que sucediera, consciente de que yo era alérgico a los escándalos públicos.

Que consiguiera transportar a Galleta a mi avión privado sin perder un ojo fue poco menos que un milagro.

Nos dirigíamos a París, y el nivel de excitación estaba a medio camino entre un maratón de cálculo de tres días y un funeral.

—Creo que voy a vomitar —anunció Dallas, agarrándose el estómago, todavía vestida de novia.

Tenía la cara extraordinariamente verde para no ser el Grinch.

—Impactante. —Pasé la página del periódico.

Gimió, echando la cabeza hacia atrás sobre el reposacabezas. —Estoy segura de que estoy a punto de vomitar sobre este vestido.

Parecía como si sufriera una intoxicación etílica. Justo cuando pensaba que elegir pilotos sesentones y poco atractivos me aseguraría un viaje sin incidentes.

Pasé de una página a la siguiente. —No hace falta que narres tu existencia en voz alta. De verdad, a ninguna parte de mí le importa.

—¿No vas a ayudarme?

—No.

—Pues entonces. Presumo que vomitaré por todo tu avión privado y lo apestaré hasta la eternidad.

Con un gemido, me bajé del asiento y la levanté en brazos, llevándola al baño al estilo luna de miel.

Estaba inerte en mi abrazo. Me pregunté si sería buena idea dar media vuelta para llevarla directamente al hospital.

Entonces, con su lloriqueo característico de Galleta, se puso a exigir. —Asegúrate de recogerme todo el pelo para que no se me atasque nada... Ah, y el vestido. Quítame el vestido.

El privilegio. El descaro. La creencia ciega de que el mundo le debía algo. Ella estaba bien.

—Intenta no beber como si el futuro de esta nación dependiera de ello la próxima vez.

La puse en suelo antes de llegar al lavabo, acomodándola boca abajo y empecé a desabrocharle el vestido. Y había *mucho* vestido del que desprenderse.

Nadaba en tela. Tardamos diez minutos en liberarla de botones, cremalleras y volantes.

Dallas, como era Dallas, se contoneó, arañando la fina alfombra. —¡Más deprisa! No puedo aguantar más.

—¿Va todo bien? —La azafata asomó la cabeza desde la cocina, donde preparaba fruta fresca y mimosas.

Debía de parecer que estaba luchando con un jabalí desde aquel ángulo.

—Sí.

—Perdone, señor, pero no parece...

—¿Te pago por tu vista o para que limpies mis baños y prepares mis aperitivos? Ya que estamos en esas, tira las mimosas a la basura. Lo último que necesita mi mujer es más alcohol en su torrente sanguíneo.

Todos mis empleados, de arriba abajo, firmaban acuerdos de confidencialidad. Un convenio favorable, dado que carecía de modales sin un micrófono de *Bloomberg Finance* dirigido directamente a mi cara.

Cuando Dallas por fin escapó de su vestido, vestida solo con un sujetador beige sin tirantes y un tanga a juego, le quité el elástico de la muñeca e intenté atarle el pelo.

—¡No hay tiempo! —Me dio *un puñetazo en la cara*, frenética—. Tengo que vomitar.

La arrastré hasta el cuarto de baño, abrí de par en par el retrete y le recogí el pelo con la mano desde atrás mientras la equilibraba con la otra palma.

Empezó a vomitar por todas partes. Mientras me alzaba sobre ella, acunándole la cabeza para que no se rompiera la columna y me introdujera en un mundo de dolor legal, me pregunté qué clase de idiota se casaba con una mujer como ella.

Normalmente era despiadadamente racional. ¿Qué demonios me había hecho pensar que era una buena idea?

Ni siquiera pegársela a Madison Licht era razón suficiente. Galleta era la respuesta humana a un huracán de categoría seis. Todo lo que tocaba, lo destruía.

Tras unos minutos de vaciarse las tripas, se hizo un ovillo en el suelo, abrazada al retrete. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Su tono pasó del verde al blanco.

Escapé del cuarto de baño para llevarle agua y Advil, simplemente porque no quería que nuestra próxima parada fuera de urgencia en un hospital irlandés.

Aceptó mis ofrendas sin gratitud.

Después de tragar las pastillas, me fulminó con la mirada. —¿Por qué no me has traído el cepillo y la pasta de dientes?

—Por la misma razón por la que no te he preparado un baño ni te he cortado las uñas de los pies. No soy tu doncella.

Tiré su botella de agua vacía a la basura. Ni siquiera Oliver había recibido ese nivel de atención por mi parte cuando apareció en mis escaleras con la cara hecha una mierda después de una iniciación en el Club Porcellian de Harvard.

Me miró con el ceño fruncido y los ojos inyectados en sangre, todavía en el suelo. —Me apesta la boca.

—El resto de ti tampoco es tan atractivo.

—Cepillo de dientes.

—Modales —le ordené en el mismo tono chirriante.

—Que te den. —Quizá lo consideró un paso adelante, ya que no me sacó los ojos mientras lo decía.

—Lamentándolo mucho, declino la oferta. Leeré el *Wall Street Journal* fuera. —Me alejé a grandes zancadas.

—Todo esto es culpa tuya —gritó a mi espalda—. No me habría embrorrachado de no ser por ti. —No interrumpí mi paso—. Está bien. *Por favor*, dame mi cepillo de dientes. ¿Ya estás contento?

Ahora no estaba contento.

Probablemente *nunca* lo estaría después de mi desafortunada decisión de casarme con aquella mujer.

Pero, al parecer, había encontrado mi límite de sociópata desalmado, porque me arrastré hasta su maleta, saqué un paquete de cepillos de dientes junto con un tubo de Colgate y se los llevé a Dallas.

Dejé que se duchara, se lavara los dientes y volviera a ser ella misma mientras yo hojeaba las noticias financieras en mi asiento, sorbiendo café tibio.

Salió treinta minutos después, con el pelo húmedo y la cara sonrosada, llevando una sudadera con capucha del MIT que debía de haber

robado de mi maleta.

Parecía malhumorada y aturdida cuando se dejó caer en el sofá a mi lado, atiborrándose de fruta fresca y *banh mi*⁸.

Por el rabillo del ojo, la vi acabarse dos bandejas de bocadillos y una Coca-Cola light.

Cuando terminó, miró a su alrededor y suspiró. —No estoy cansada.

Mantuvo la mirada fija en el periódico. Quizá si no me movía, pensaría que estaba muerto y dejaría de hablar.

—Hay que enrollarnos.

Como seguía estando evidente y sutilmente borracha, y como el agua de vómito no era un aroma que me resultara personalmente encantador, ignoré su oferta poco estelar.

—Vamos. —Galleta se levantó de un salto y caminó hacia mí. Apartó de un manotazo el periódico que tenía en la mano y se sentó a horcajadas sobre mí—. En verdad, estoy lo bastante estimulada como para tolerarte ahora mismo. Es una oferta única en la vida. Quizá un orgasmo me ayude a dormirme.

Me rodeó el cuello con los brazos.

—Dame una razón para ayudarte.

Sonrió con los dientes. —¿Esposa feliz, vida feliz?

Entonces se me ocurrió algo.

—¿Has tenido alguna vez un orgasmo?

—Creo que me di uno accidentalmente hace un año. —Sus ojos grandes e inocentes se abrieron de par en par.

Era en momentos como este cuando recordaba lo que me había atraído a robarla.

¿En qué otro lugar de América podría encontrar a una joven de veintiún años que fuera una página en blanco en la que pudiera garabatear y moldear a mi antojo?

Sermoneé mucho a Oliver por considerar seductora a su hermana, pero, francamente, Dallas era igual de virginal y estaba fuera de mis límites.

Seguía tan protegida del mundo exterior.

Eso despertó mi curiosidad. —¿Haciendo qué?

—Montando en un motocross.

Aplasté los labios para no reírme.

—No te rías. —Arrugó las cejas y me dio una palmada en el pecho—. Toda mi familia estaba allí. Se me escapó un gemido y mamá pensó que me había torcido el tobillo. Tuve que fingir que *me* dolía e incluso fingí una cojera durante una hora. Fue muy angustioso.

¿De verdad iba a reírme por primera vez desde los cuatro años por culpa de este pequeño dolor de cabeza?

—Bájate de mi regazo.

—O podrías bajar *me* en tu regazo. —Meneó las cejas. Y el culo.

—Estás demasiado borracha. Por no decir que no estoy lo bastante borracho.

Su embriaguez era lo único que me impedía hacer que se corriera en mis dedos.

Lamentablemente, el hecho de haber visto aquella boca purgar trozos totalmente digeridos de macarons, tartas y natillas no me disuadió de querer envolverla alrededor de mi polla.

No solía bajar el listón hasta la *respiración*: *opcional*, eso era más propio de Ollie, pero Galleta me resultaba extrañamente seductora.

Cuando Shep me dijo que su hija era irresistible, había querido reírme. Ahora estaba más preocupado que divertido.

—¿No lo ves? Que yo esté borracha es lo mejor que nos podía pasar. —Me pasó las manos por el pecho—. Tengamos sexo. Ni siquiera me importará que sea contigo. Y hace tiempo que quiero perder mi tarjeta V.

No era el momento de decirle que su tarjeta V se desperdiciaría en mis dedos... o en mi lengua, si me sentía caritativo.

—Evacua mi regazo.

Normalmente, me excitaba tener un control absoluto y meticuloso. Pero con Dallas, por una razón insonable para mí, me resultaba una carga mantenerme en mi papel.

Arrastró su coño (vestido solo con un frágil tanga) por mi entrepierna.
Por supuesto, yo estaba duro.

Lo único que ella necesitaba era estar en el mismo estado que yo para que mi sangre se dirigiera a mi polla.

Giró las caderas, arrastrando de nuevo su raja por la longitud de mi pene. —¿Por qué debería escucharte si tú nunca me escuchas?

Se me desencajó la mandíbula. —Porque estoy muy cerca de obtener la anulación y enviarte de vuelta a Chapel Falls para que te cases con un granjero.

Volvió a golpearme el pecho. —Aprovéchate de mí, maldita sea.

Quería agarrarla por la nuca, darle un beso de muerte y follármela a través de la ropa hasta que llegara al orgasmo lo bastante fuerte como para gritar.

Hasta que perdiera la voz.

Guarla entonces entre mis muslos y correrme sobre aquella elegante nariz respingona, sus pecas juveniles y sus grandes ojos de animal de Disney.

Pero no me atrevía a hacer algo de lo que ella pudiera arrepentirse más tarde. Aunque no se me podía acusar de estar nunca en el mismo código postal que la caballerosidad, el consentimiento dudoso era donde yo ponía el límite.

Sobre todo, cuando era lastimosamente obvio que la tendría bajo mis condiciones más pronto que tarde.

Estaba a punto de empujarla contra el sofá cuando se hundió de bruces en el pliegue de mi cuello. —Si piensas chuparme la sangre.

Un suave ronquido interrumpió mi amenaza inconclusa.

Entonces sentí su baba. En mi cuello.

Por Dios.

Se había quedado dormida sobre mí. Con mi erección aún encajada entre sus piernas.

Lo más inteligente sería dejarla en el sofá y volver a mis asuntos.

Planeaba hacer justo eso.

Levantarme y librarme de ella.

Solo que no lo hice.

Quizá porque no podía arriesgarme a que se despertara y se lanzara a otro episodio de diarrea verbal.

O tal vez porque no era lo peor del mundo sentir su coño irradiando calor directamente hacia mi polla.

Fuera cual fuera el motivo, la dejé dormir sobre mí.

Leí el *Wall Street Journal* y agradecí a mis desafortunadas estrellas que, al menos, Zach y Oliver no estuvieran aquí para echarme mierda sobre lo poco domesticada que estaba mi nueva esposa.

La domesticaría, sin duda.

Después de todo... ya la había enjaulado.

Romeo

Cuatro horas más tarde, la calma de la cordura llegó a un abrupto final.

Galleta estaba despierta y bastante sobria, a juzgar por el tiempo que tardó en caer sobre la alfombra presa del pánico, dándome patadas en las espinillas al darse cuenta de que había dormido encima de mí.

—Suéltame —rugió desde su lugar en el suelo.

Pasé otra página del periódico. Llevaba unos tres meses leyendo el mismo artículo. Era difícil concentrarse con ella apretada contra mi polla.

Normalmente me enorgullecía de ser inmune a los encantos de las mujeres. Por otra parte, hacía tiempo que no pasaba tanto tiempo junto a una belleza.

—Yo nunca estuve encima de ti.

Y nunca lo estaría, para el caso.

Galleta frunció el ceño, cruzó los tobillos y se dio una palmada en la frente. Los recuerdos de las últimas doce horas debían de haber corrido a toda velocidad por su organismo.

Esperaba que lo recordara todo.

Que ahora estábamos legalmente casados.

Que había bebido tanto como para llenar una bañera.

Que había vomitado sobre todo menos sobre las alas del avión, que me había hecho proposiciones con la delicadeza de una teleoperadora y que luego se había desmayado encima de mí.

—Creo que voy a volver a vomitar solo de recordar cómo me froté contra ti. —Se tapó la boca, visiblemente temblorosa—. Espero no haber contraído enfermedades de transmisión sexual por mi proximidad a ti.

—Reza todas tus oraciones esta noche y puede que te ahorre mis verrugas genitales.

Bostecé, aunque internamente me entraron ganas de gritarle que, si tanto le preocupaban las enfermedades de transmisión sexual, debería dar gracias por no haber acabado con Madison Un-paquete-de-condones-por-noche Licht.

El hombre tenía suficientes muescas en el cinturón como para hacer un colador de pasta.

Me miró con suspicacia. —En serio. ¿Te has examinado últimamente?

—No. Pero tampoco he sido sexualmente activo últimamente.

Hizo una pausa y me miró con el ceño fruncido. —¿No?

Negué con la cabeza, sin saber por qué había decidido darle explicaciones a aquel desastre humano.

—¿Ni siquiera Morgan?

Especialmente Morgan.

No tocaría a Morgan ni aunque el mundo se quedara sin mujeres y nosotros dos tuviéramos que repoblarlo. La civilización tuvo una buena racha y, francamente, la echó a perder.

—*Nadie*.

Las ruedas empezaron a agitarse en aquella bonita cabeza suya, pero no me importó lo suficiente como para preguntarme qué estaría pensando. Fuera lo que fuese, bastaba con decir que yo estaría en completo desacuerdo con ello.

—No me digas que realmente estás considerando la posibilidad de ser fiel. —Puso mala cara.

¿Su tipo eran cabrones infieles? Eso explicaría por qué seguía suspirando por Licht.

—Un agujero es un agujero. Bien podría ser el tuyo.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió sin alegría. —No me extraña que tus padres te pusieran el nombre de la personificación de los héroes románticos. Debían de saber que serías un chico de ensueño.

—Mis padres me pusieron Romeo por mi padre, que se llamaba como su padre.

No obstante, eso terminaba conmigo.

No más Romeos Costa.

El mundo podría agradecérmelo más tarde.

Se mordió el labio, aún en el suelo. —Me he estado preguntando... cosas de sexo.

Apoyé el periódico en el regazo y la miré con severidad. —¿Es una invitación?

—¿Vas a... confirmar tu asistencia? —Mordisqueó una sonrisa.

Se me escapó otra carcajada. Cuando no era un desperdicio de espacio, resultaba sorprendentemente soportable.

Arqueé una ceja. —¿La anfitriona sigue bajo los efectos del alcohol?

Sus mejillas se tiñeron de rosa. —No.

—¿Intentarás matarme? —pregunté lentamente, como un padre que reprende a un hijo.

—En este caso, no.

Pasó un rato de silencio entre nosotros.

Me di cuenta de que la azafata estaba ocupada en la cocina, fingiendo que no escuchaba nuestra extraña conversación.

No era un voyeur, pero tampoco me inquietaba que la mujer de mediana edad nos observara.

Dejé el periódico a un lado y me di una palmada en la rodilla. —Ven a sentarte en mi regazo.

—Modales —dijo, en el mismo tono que había utilizado para su petición del cepillo de dientes.

Tenía en la punta de la lengua decirle a Dallas que conociera los placeres del sexo a través de Tumblr y un consolador. Entonces me vinieron a la memoria las palabras de Zach.

Intenta hacer un esfuerzo.

No había motivo para entablar combate con esta deliciosa criatura de cabeza fuerte y sencilla que tenía ante mí. Nuestro breve tiempo juntos sería más agradable si le seguía la corriente de vez en cuando.

—Por favor. —La palabra me supo extraña. Levanté ambas comisuras de los labios, intentando sonreír.

—Deja de poner esa cara. Parece que pienses comerme.

Planeaba comérmela, aunque no de la forma que su inocente cabeza pensaba.

Miró a su alrededor, desorientada, sin darse cuenta de que había una azafata detrás de ella.

—Oh, da igual. La vida es demasiado corta, y si alguien pregunta alguna vez, negaré haberme acercado a ti. —Se levantó y se dirigió hacia mí. Galleta se echó sobre mi regazo y me miró expectante—. ¿Y ahora qué?

Había varias opciones, todas sucias y depravadas, pero pensé que lo más seguro sería dejarla suplicando por más.

Y eso significaba posponer mi propia liberación y prepararla para el futuro. Tendría que atenerse a mis gustos y reglas, algunas de las cuales aún no había explorado yo mismo.

Mis ojos se posaron en la sudadera con capucha del MIT. —¿Te he dado permiso para ponerte mi sudadera?

—Bueno, no, pero...

—Quítatela. Ahora.

Abrió la boca, a punto de discutir. Levanté una ceja, desafiándola.

—Bien. Vale. —Frunció los labios, agarró el dobladillo de mi sudadera y se la quitó, quedándose solo en sujetador—. Supongo que eso es... hablar sexy, ¿no?

No podía decidir si era adorable o lamentable. Lo más factible es que fuera ambas cosas.

Pero cuando sus magníficos pechos me devolvieron la mirada, apenas contenidos por el sujetador sin tirantes y pidiendo atención, me olvidé por completo de a quién estaban unidos.

La agarré por el culo y tiré de ella para que chirriara contra mi polla. Ella se sacudió hacia delante, con la cara a un palmo de la mía.

—Esto es lo que me haces. —La levanté por el culo y volví a golpearla contra mi polla. Jadeó, con los ojos desorbitados—. He sobrepasado el límite de no gustarte, Galleta. De hecho, debería inventar una nueva palabra para describir lo que siento por ti. Y aun así, no puedo, por mi vida, resistirme a tu tentación.

En lugar de discutir, Galleta pareció percibirlo, y me hizo callar con un beso sucio y húmedo.

Era todo lengua y dientes. Un beso de aficionado, como un cervatillo que prueba suerte sobre sus patas por primera vez. Torpe, pero mágico.

Ni siquiera se apartó para tomar aliento. Su lengua encontró la mía y dejó de ser tímida e insegura.

Lo deseaba.

Temblorosa, sus manos vagaron por todas partes. Mi cara, mi pelo, mis hombros, mis pectorales, mis *cicatrices*. Se detuvieron sobre la piel dentada y pronunciada, y supe que quería saber qué había pasado.

Mi boca se desplazó hacia el sur, desde sus labios hasta su barilla, y luego bajó hasta su garganta y clavícula, dejando besos calientes y húmedos dondequiera que aterrizaba.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió. Me agarró el pelo con los dedos, tirando de él con demasiada fuerza y desesperación. Le bajé el sujetador hasta la cintura, liberando sus tetas.

—No estamos solos. —Jadeó, bailando sobre mi polla.

Sabía que lo lamentaría cuando aterrizáramos y mis pelotas se pusieran del color de los arándanos, pero no pude contenerme.

—No dirá ni una palabra. Está bajo contrato. —Gemí en su piel, atrapé su pezón entre los dientes y tiré de él hasta que contuvo la respiración.

Sentí que el avión descendía y supe que debíamos de estar cerca de París. Sin embargo, ni la azafata ni los pilotos fueron tan tontos como para acercarse a mí mientras estaba ocupado devorando las tetas de Dallas como si fueran mi última comida.

Lamí y chupé, tiré y rasqué sus pezones rosa pálido, ahuecando sus tetas y dándoles una tierna palmada de vez en cuando.

Mi polla palpitaba entre sus piernas. Me di cuenta de que su clítoris presionaba mi tensa cremallera porque la fricción la estaba volviendo loca.

Su cabeza oscilaba de un lado a otro. —Oh, mi Dios. Esto es tan... tan...

Pero no encontraba la palabra adecuada y yo no tenía prisa por animarla a hablar.

—Señor... —Una voz surgió del fondo. Era claramente masculina, lo que significaba que la azafata no quería tratar conmigo. Había enviado a un piloto—. Nos acercamos rápidamente a Le Bourget. De hecho, está previsto que aterricemos dentro de quince minutos y ya tenemos luz verde del...

—No —dije con convicción, cerrando la boca alrededor de toda la teta de Dallas. Cubrí la mayor parte de su inocencia con los brazos, pero seguía sin gustarme que se cerniera a nuestro lado como un asqueroso—. Vete.

—Señor, tenemos que prepararnos para aterrizar...

—No, no tenemos que hacerlo. —Levanté la cabeza de entre el pecho de Galleta, lanzándole dagas con los ojos—. Mi avión, mis reglas. Tenemos combustible suficiente para dar vueltas durante otra hora.

—¿Una hora? Eso es un desperdicio de...

—Todo tu ser es un desperdicio. ¿No ves que estoy dando placer a mi mujer? O vuelves a la cabina y das vueltas alrededor de París hasta que acabemos, o yo mismo te echaré de aquí.

Volvió corriendo a la cabina, donde, supuse, la azafata también se escondió durante el resto del vuelo mientras yo bañaba las tetas de Dallas con besos, lamidas y chupadas.

Ella soltó una risita en cuanto él se marchó y me echó los pechos a la cara, deleitándose con la atención. —Eres espantoso.

—No recuerdo que defendieras al querido Paddy cuando le dije que diera la vuelta al avión.

Volví a hacer lo que parecía funcionar mejor para mí y mi mujer: llevarla al borde del orgasmo sin llevarla realmente a su punto de destino, y

ella riéndose y tirándome del pelo hasta que me quedé calvo.

Cuando el avión aterrizó una hora después, el pecho de Dallas estaba rojo, en carne viva y lleno de marcas. También estaba cubierto por mi sudadera con capucha del MIT y por un abrigo que le eché encima, por si acaso.

En general, no fue el mejor vuelo que había tenido ni de lejos.

Pero al menos, a diferencia del que habíamos compartido desde Georgia, no estuve a punto de matar a nadie.

Lo cual me recordó...

Esperaba que, dondequiera que estuviera Scott, recordara su nuevo lema vital.

Nunca toques lo que pertenecía a Romeo Costa Jr.

28

Dallas

No tenía muchas expectativas para mi luna de miel parisina.

Y, *aun así*, mi marido consiguió decepcionarme.

Tras aterrizar en París, la ciudad más romántica del mundo, Romeo y yo nos registramos en la extravagante suite de luna de miel de Le Bristol Paris.

Lo que debería haber hecho era arrancarle la sudadera y quitarle el sonrojo de nuestro encuentro anterior en el avión.

En lugar de eso, hice girar la maleta por el asa, admirando Montmartre a través de las puertas abiertas de la terraza. —¿Quieres que almorzemos y luego visitemos algunos lugares turísticos?

Romeo ya se había quitado la chaqueta del esmoquin y había dejado otro traje impecable sobre la cama. —Tengo reuniones seguidas con unos clientes y un viejo amigo de la universidad.

—Me iba a dejar sola en nuestra *luna de miel*?

Como intentar apelar a su conciencia de desaparecido en combate resultó inútil, opté por otro método. La táctica de la crema batida.

—Me parece bien. —Me encogí de hombros y abrí la maleta junto a la cama. Cara me había metido lencería suficiente para seducir a toda la nación francesa—. Nos veremos cuando nos veamos, supongo.

Se detuvo frente al cuarto de baño, con las cicatrices asomando por encima de la camisa de vestir desabrochada, y sacó su teléfono, lanzándomelo a las manos.

—Pon aquí tu número. Lo último que necesito es que te pierdas.

Con un poco de suerte, me secuestrarían para pedir un rescate a lo *Taken*. Sin duda, los secuestradores serían mejor compañía.

Punteé mi número y le devolví la llamada.

Pulsó el botón de *marcar* y cortó la llamada cuando mi tono de timbre sonó en el aire.

Qué problemas de confianza.

—Buena chica.

—*Mal marido.*

—Deja de fingir que quieres pasar tiempo conmigo más de lo que yo quiero pasar tiempo contigo.

Patéticamente, sí quería pasar tiempo con él.

Echaba de menos la interacción humana. No lo definiría exactamente como humano, pero se acercaba... más o menos.

Cuando se metió en la ducha, me puse una falda lápiz, una blusa de seda y unas medias negras transparentes con una línea roja delante. Luego troté hacia la mesilla y abrí su cartera.

Nunca me había ofrecido un sustituto de la tarjeta de crédito que había cancelado, así que interpreté su cartera como una invitación abierta a que me sirviera yo misma.

Y lo hice.

Para cuando terminó de ducharse, yo ya me había ido, con el teléfono apagado y su tarjeta Centurion a cuestas.

Primero me tomé un almuerzo de cuatro platos en los Campos Elíseos. Cuando no pude aguantar más, repartí la riqueza, metafórica y literalmente, pagando la cuenta de todos los clientes del local.

Después, un taxi me acompañó a la rue Saint-Honoré, donde me compré unos humildes regalos de boda en forma de tres bolsos Hermès.

Como no podía avergonzar a mi nuevo novio comprando uno de los bolsos Birkins más asequibles (léase: menos odiosamente caros), no tuve más remedio que optar por los respetables de edición limitada.

120.000 cada uno multiplicado por tres.

Una auténtica ganga.

No es de extrañar que volviera para comprar uno para mamá y dos para Frankie.

De Hermès pasé a Dior, luego a Chanel, antes de hacer mi última parada en Balmain.

Pero sería inhumano irme sin apoyar a los diseñadores locales, así que también acabé gastando mucho dinero en boutiques únicas.

La agotadora experiencia duró diez horas, durante las cuales mi teléfono permaneció apagado y la Tarjeta Negra se ejercitó como Tracy Anderson.

Había planchado cerca de setecientos mil dólares antes de llamar a un taxi hacia las nueve de la noche.

París aún bullía de actividad. Luces deslumbrantes brillaban como luciérnagas en la oscuridad.

Las parejas enamoradas pululaban por las aceras. Se agarraban de la mano. Se reían. Se enamoraban más. Hicieron cosas que yo nunca haría. Cosas tan inalcanzables como besar el sol.

Los celos empalaron mi corazón. Ni todo el dinero del mundo podría comprarme lo que ellos tenían.

Amor genuino y pleno.

El taxi se detuvo en la entrada del hotel. Dejé quinientos euros de propina y me deslicé, forcejeando con docenas de bolsas.

Un botones se apresuró a socorrerme. Me quitó el peso de los brazos y transfirió mis compras a un carrito de equipaje dorado, que me seguía.

Los *chasquidos* fáciles y medidos de mis tacones al golpear el vestíbulo de mármol no me engañaron. Sabía lo que me esperaba en la suite.

Un marido furioso.

Me imaginé a Romeo crujiéndose los nudillos y relamiéndose los labios, esperando para castigarme.

Cuando entré en el ascensor, encendí el teléfono. Tal como había sospechado, tres llamadas perdidas aparecieron en mi pantalla, junto con numerosos mensajes de texto.

ROMEO COSTA: He terminado mis reuniones.

¿Dónde estás?

Muy típico de ti tratarme con silencio la única vez que no deseo que te calles.

Contesta al teléfono.

¿Dos mil? ¿De compras? ¿No tienes ni idea de lo que significa el dinero?

\$700.000 ES UNA PUTA CASA ENTERA.

Oh, hombre.

Había dicho palabrotas.

Nunca decía palabrotas.

Alguien no miraba el vaso medio lleno. Esa tarjeta tenía una recompensa del 1,5% de devolución en efectivo. Le había hecho ganar 10.500 dólares, y papá se había quejado una vez de que había suspendido álgebra.

El ascensor se abrió con un pitido. Salí al pasillo tambaleándome.

Ahora que había llegado el momento de dar la cara, convine de lo insensato que era gastar tanto dinero como para comprar una mansión impresionante en la mayoría de los estados, solo para fastidiar a mi maleducado marido.

El botones transportó las bolsas de la compra detrás de mí, sin darse cuenta de la tormenta que se avecinaba. Tardé cuatro intentos en introducir la tarjeta en la ranura.

Como era de esperar, cuando abrí la puerta de golpe, Romeo estaba sentado en la zona común, con las piernas dobladas por los tobillos sobre una mesa, mascando chicle y disfrutando de un whisky con el traje medio desabrochado.

Su expresión glacial no cambió al verme entrar con la mitad del contenido de una tienda Chanel a mis espaldas.

Apoyó su Macallan en un número reciente de *Bloomberg*, sacó cambio del bolsillo delantero y se puso en pie, metiendo un puñado de billetes en la mano del botones.

Con un *gracias* de despedida, el chico siguió su alegre camino y cerró la puerta con un chasquido mortal.

Ahora solo estábamos Romeo y yo.

Frente a frente, como dos enemigos antes de un duelo.

El lánguido lenguaje corporal de Romeo aumentó mi estado de alerta.

Esbozó una de sus raras pero viciosas sonrisas. —¿Has tenido un buen día, cariño?

—Alguna vez le miraría a los ojos sin sentirme como si estuviera sentada en una montaña rusa a punto de volcar?

—Genial. —Me dirigí al minibar y recogí una Evian—. ¿Y el tuyo?

—Bien. ¿Has estado en algún sitio interesante?

Me encogí de hombros, dándole la espalda. ¿No eran mis bolsas de la compra una señal reveladora?

Después de vaciar la mitad, dejé el agua junto al whisky de Romeo cuando su palma se enroscó alrededor de mi garganta. Ejerció una suave presión, inclinando mi cara hacia arriba para que nuestras miradas chocaran.

Sus grises ojos pétreos penetraron en mi cráneo. —Te lo preguntaré de nuevo, y esta vez me darás una respuesta completa y satisfactoria. ¿Dónde has estado, Dallas Costa?

—De compras. ¿Dónde más?

—En algún lugar discreto, donde puedas abrir esas bonitas piernas para otra persona. —Sus labios se quedaron a un suspiro de los míos—. Alguien como Madison.

La inquietud me recorrió la espalda. —¿Madison? —La mandíbula de Romeo se trabó. Se separó de mí y se dirigió al dormitorio. Odiaba haberlo seguido. Que me picara la curiosidad—. ¿Qué quieres decir?

—Espero, por su bien, que finjas mejor los orgasmos que la inocencia. No finjas no saber que Madison ocupa la suite dos puertas más abajo.

Se encaró conmigo. Por primera vez, una prima lejana de la angustia pasó por sus ojos. Seguía siendo el mismo distante Romeo. Pero también

había algo más bajo la superficie.

Un atisbo de infantilidad.

La inseguridad que encontrarías en la cara de un niño cuando lo dejan en un colegio nuevo por primera vez.

—No sabía que Madison estaba en París. —Era la verdad—. ¿Cómo sabes que está aquí?

Me lanzó una mirada de “*cómo crees*”.

Cerré los ojos, clavándome los talones de las palmas de las manos en las cuencas de los ojos. —Haces que lo sigan.

Señor. ¿Qué había pasado entre estos dos?

—Tu talento para la deducción natural no tiene comparación. ¿Estás segura de que quieres seguir estudiando literatura inglesa cuando puedes aportar mucho más al mundo de las matemáticas?

—Ya te lo he dicho: no sabía que estaba aquí.

—Eso sería convincente si no me hubieras dicho hace menos de veinticuatro horas que estaban conspirando contra mí. Y me mostraste su anillo de compromiso.

Oh, que te den.

Pasé a su lado, corriendo hacia el baño. Me siguió, con sus pasos pausados y sus anchos hombros laxos.

—¿Te robó a tu exnovia o algo así? —Saqué un cepillo del tocador y me lo pasé por el pelo—. Sé que no estás celoso porque te importo un bledo, así que debe de ser otra cosa.

—Madison carece de la capacidad de robar un grano de arena de mi patio trasero, por no hablar de un humano entero. —Su intensa mirada se clavó en la mía a través del espejo—. ¿Qué hace aquí?

Ni idea.

Pero ya sabía que no aceptaría esa respuesta.

—Supongo que... Jugar con tu psique. —Suspiré, odiando tener que tirar a Madison debajo del autobús.

Pero tampoco quería que dicho autobús me atropellara cien veces hasta tirarme a la vía.

De todos modos, Madison era una imbécil. Venir aquí era una provocación y estaba en mala forma. Nos había puesto a los dos en peligro.

Era hora de que me defendiera por mí misma, y *solo* por mí misma.

—Quizá debería adelantármel y quitarte la virginidad antes que él. ¿Qué te parece? —Avanzó hacia mí.

Giré y me di cuenta de que me había clavado contra el tocador. La parte baja de mi espalda se clavó en el mármol. Romeo se empotró contra mí en cuestión de segundos, con la mano entre mis muslos envueltos en una falda.

Era increíble lo rápido que mi cuerpo se sometía a él, en completo contraste con la forma en que mi cerebro luchaba en su contra a cada paso. Me aferré a la encimera detrás de mí.

—¿Qué dices? —Con una mueca salvaje, Romeo reclamó mis labios con los suyos, besándome con fuerza. Me deslizó el chicle en la boca y, aunque normalmente el gesto me parecería desagradable, si no francamente asqueroso, lo dejé reposar entre los dientes—. ¿Debo dañar la mercancía?

Apreté el chicle, negándome a degradarme, pero tampoco dispuesta a impedírselo.

Se arrodilló, me levantó la falda y la metió en la cintura de mi ropa interior. Jadeé cuando me arrancó las medias, rasgándolas por el centro, y arrastró las bragas a un lado.

Arrastró su lengua caliente por mi raja.

—Ohhh.

Los dientes de Romeo me rozaron el coño. —Será mejor que me dé prisa, a juzgar por tu ansia de perder la virginidad. ¿O ya te ha desvirgado?

Metió la lengua entre mis labios, poniéndome de los nervios. Sentí como si me diera un beso francés *ahí abajo*. Lamiendo a un ritmo sensual.

Mis rodillas se convirtieron en agua, el calor me recorrió en espiral y mis pezones se perlaron.

Dios mío.

Me sentía mejor que nunca.

Definitivamente mejor que con el motocross.

Romeo sacó la lengua de mi interior, chupándome ahora el clítoris. —
Respóndeme.

Solo pude gemir mientras el primer orgasmo de mi vida se enroscaba como una hiedra en mis tobillos y subía por el resto de mi cuerpo.

Me penetró con la lengua, masajeándome el clítoris con el pulgar. —
¿Te ha quitado la inocencia?

Sabía lo que estaba haciendo. Desgarrándome. Asegurándose de destruir mi himen.

Y, aun así, todo pensamiento racional huyó de mi cerebro.

Me esforcé por conjurar las palabras. —No, no, te lo juro. Hoy no le he visto.

—Más vale prevenir que curar, supongo.

Su lengua se hundió profundamente en mi interior. Arqueé la espalda, bajé la cabeza y gemí tan fuerte que estuve a punto de gritar.

—Ahhhhh.

—Yo compré la vaca. Es justo que yo me quede con la leche.

Exploró el terreno: a mí.

Sentí que la punta de su lengua encontraba resistencia. La presión iba acompañada de dolor, pero también de placer. Tanto placer que pensé que moriría si paraba.

Estaba tan llana, tan mojada para y por él, que mi lujuria me goteaba por los muslos, más allá de las rodillas.

—Por favor. —Mis nudillos se pusieron blancos alrededor del mostrador—. Por favor, estoy cerca.

—Como quitarle un caramelo a un niño.

Otro empujón.

Luego otro.

Y otro más.

El clímax se apoderó de cada músculo de mi cuerpo. De pies a cabeza. De la cabeza a los pies.

Una extraña sensación —de flotar en agua caliente— me conquistó. Me balanceé hacia delante y hacia atrás contra su cara, deshaciéndome centímetro a centímetro, deliciosamente.

Un timbre estridente atravesó la bruma. De repente, Romeo se apartó y se puso en pie.

Se acercó el teléfono a la oreja y se limpió la boca con el dorso de la mano. Tenía la lengua y los labios manchados de rosa. Otro trofeo de mi inocencia manchaba también su mejilla izquierda.

Mi sangre.

Tenía la sangre de mi himen en la boca.

Una satisfacción lobuna le rozó los labios.

—Tuvo suerte de que aún no estuvieras mancillada. —Sus dedos se curvaron alrededor de mi cuello, acercando mi oreja a sus labios—. O lo habría matado y te habría obligado a mirar.

Un deseo pegajoso me heló los muslos. Probablemente también mi sangre, pero no me atreví a bajar los ojos para confirmarlo.

Con la lengua de Romeo a una distancia prudencial de mi sexo, mis bragas se habían vuelto a abrir. Definitivamente manchadas. Definitivamente, otro trofeo para mi marido.

Ya no era virgen.

Él lo hizo.

Me reclamó.

Romeo frunció el ceño y se llevó el teléfono a la oreja. —¿Lo comprobaste tres veces?

El pulso se me aceleró en la piel. Creí que el corazón me estallaría en confeti rojo en el pecho.

¿Por qué estaba tan ansiosa? No tenía nada que ocultar. Había pasado la noche con un ejército de vendedores.

Romeo se metió el teléfono en el bolsillo y me observó con indiferente insatisfacción. Como si no hubiera pasado nada entre nosotros

hacía unos segundos.

Como si no me hubiera quitado algo tan preciado.

—Lávate y ponte algo. Nos vamos.

—¿Hiciste que me siguieran? —La ira me robó el aliento.

Nunca en toda mi vida había sido objeto de un comportamiento tan misógino. Ni siquiera en la pequeña y religiosa ciudad en la que crecí.

Romeo se dio la vuelta y se dirigió hacia su cartera y su tarjeta llave. Tomé el cepillo y lo persegúí, con los hombros temblorosos por los restos de mi orgasmo y una rabia fresca y caliente.

—¡Respóndeme!

Pero no lo hizo.

Simplemente... *no lo hizo*.

Y en ese miserable momento, estaba tan enfadada, tan alterada, tan perdida en ese universo retorcido en el que me había metido, que giré el cepillo hacia atrás y se lo lancé.

Se estrelló contra su espalda con un *¡zas!* y cayó al suelo.

Dejó de moverse.

Yo dejé de respirar.

¿Qué había hecho?

Agredir a tu marido.

Nunca había golpeado a nadie.

Jamás.

Pareció que había pasado una eternidad antes de que se girara para mirarme. Sus ojos del color de la ceniza, muertos y apagados.

—Yo... no pretendía... —El resto de la frase se me quedó en la garganta.

Tropecé hacia atrás cuando avanzó hacia mí. No había ira en su postura. Solo pasos medidos, sensatos y hábiles.

Cada paso que daba, yo lo acompañaba con un pie hacia atrás. Cuando mi columna chocó con la pared, sus brazos me aprisionaron.

Me tocó la barbilla, levantándome la cara. Su aliento caliente patinó por mi carne. Olía a mí. O mejor dicho, a lo que me había hecho.

Una inhalación temblorosa me onduló la garganta y me tragué el chicle que me había metido en la boca.

—Aclaremos una cosa, mi bella y desquiciada esposa. En vista de que a tu ex prometido le gustaría que clavara mi cabeza en una daga en su puerta de hierro forjado, no me detendré ante nada para asegurarme de que Madison y tú no vayan a por mi garganta. No confundas mi deseo de comerte el coño con afecto. Esas dos cosas no tienen nada que ver. Te destruiré de un plumazo si muestras una deslealtad real y potente hacia mí.

—Yo no...

Su pulgar me rozó la clavícula, deteniendo mi protesta. —En cuanto a las compras... Esta es una invitación abierta para que quemes mi dinero hasta los cimientos, pero si rechazas mis llamadas a propósito y apagas tu teléfono, serás castigada. Por último, en este matrimonio no nos pondremos la mano encima sin consentimiento. Esto también se aplica a los objetos inanimados, los animales domésticos y los bebés pequeños. No. Lanzarme. Nada. ¿Está claro?

No podía creer que me hubiera dejado ir con una advertencia después de haber evitado por los pelos abrirle el cráneo con el cepillo.

El impulso estaba ahí. El mundo del lanzamiento de peso se había perdido un talento natural.

Aunque había sido más que claro, eso no significaba que aceptara las condiciones que me había puesto. Pero ahora no era el momento de discutir. No cuando podía denunciarle a la policía.

Con la cara de lado, respondí liberándome de su agarre.

—Te juro por Dios, Dallas...

—Tú no tienes Dios.

Intenté apartarlo. Me sujetó las muñecas con las manos y me aplastó contra la pared con su peso.

Sus ojos espiraban fuego. Las afiladas líneas de su mandíbula estaban tan rígidas que temí que sus músculos saltaran a través de su piel.

—Te guste o no, estamos casados. Eso no cambiará. Y la desagradable consecuencia de mi ocupación incluye un riesgo real para la vida de ambos. Tu teléfono permanece encendido, cargado y listo para usar. En todo momento. En cuanto a tus cuestionables elecciones de estilo de vida...

—Mi peor elección de estilo de vida es estar casada contigo. En realidad... —Intenté liberarme, pero no lo conseguí—. Eso no fue una elección.

—¿De verdad es tan horrible estar casada conmigo?

Parecía desconcertado. Como si la idea de no ser deseado le fuera completamente ajena.

Supongo que lo era.

—Sí. ¡Sí! —Una pesada desesperación se aferró a mi garganta—. ¿Estás de broma? Toda tu existencia me produce latigazos. Me obligas a casarme, me arrastras a tu casa, me abandonas, me amenazas. Me devoras un segundo y me reprendes al siguiente. Tú... tú...

—Tregua. —Se apartó de repente, dejándome espacio.

Estuve a punto de desplomarme sobre las baldosas sin que me sostuviera en pie.

Ladeando la cabeza, frunció el ceño. —¿Eh?

—Te ofrezco un alto el fuego. Una bandera blanca. Una oportunidad para empezar de nuevo. Estoy dispuesto a escuchar lo que tengas que decir y hacer que este acuerdo sea más llevadero para ti. Ambos sabemos que no hay salida de este matrimonio para ninguno de los dos. Más vale hacerlo manejable.

Era difícil decir que no a una oferta tan encantadora y romántica.

Lo estudié, insegura. —¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa.

—Contigo siempre hay trampa.

—Acepta mi oferta o déjala, Galleta. Pero si la dejas, no esperes que esté sobre la mesa dentro de cinco minutos. —Su mandíbula se tensó—. Es un mal negocio tener mala sangre con una persona que tiene fácil acceso a

tus pertenencias y resulta que está muy unida a un hombre que quiere acabar contigo. —Se hizo el silencio—. Además, probarte no sería lo peor que podría hacer con mi tiempo libre.

—Basta, me estoy volviendo ilusa.

—Lamentablemente, aún no he alcanzado la cima del ardor como Madison Licht, que se pasó todo el tiempo que duró su compromiso contigo metiendo sus genitales en todos los agujeros posibles en los que cabía.

—¿De verdad está aquí? —Fruncí el ceño, recordando cómo había empezado nuestra pelea.

Romeo asintió. —¿Has comprado algo interesante?

Negué con la cabeza, aliviada de que dejara el tema. —Solo un montón de cosas de diseño. Ah, y toda la serie de Henry Plotkin en francés. Los coleccióno en todos los idiomas. Eso fue lo mejor de mis compras.

—Interesante.

—No, no lo es. Al menos, no para ti. —Jugueteé con la tarjeta ilimitada que llevaba en el bolsillo—. Sabes, si realmente hubiera gastado más de la cuenta, podrías haber cancelado la tarjeta. Me sorprende que no lo hicieras.

—Era la única prueba de vida que tenía.

—¿Quieres decir que no haces que me sigan?

—Se te escapó el detalle de la seguridad después de que los comensales se congregaran en torno a tu mesa para darte las gracias por haberles agasajado con treinta mil euros de cocina parisina sobrevalorada.

—Si probaras su fricassée de coquillages, no te parecerían excesivamente caros.

Por una vez, y a pesar de que no hice absolutamente nada diferente para perturbar, no parecía totalmente horrorizado por mi existencia.

Me miraba con reticente aceptación. Como si yo fuera una tarea de la que tenía que deshacerse.

Me di cuenta de que lo que estaba ocurriendo aquí era un territorio completamente nuevo para él.

—Empecemos de nuevo, ¿te parece? Tengo una reserva en The Eye of Paris. Está en una terraza con vistas a la ciudad. Acompáñame.

Me froté la oreja. —Qué raro. Mi oído debe de estar mal, porque no consigo registrar la palabra con “P”.

—Llamarte parásito me pareció poco apropiado en este caso.

—Quise decir *por favor*.

Me daba cuenta de que lo estaba llevando al borde de estrangularme, pero tenía que anotarme unas cuantas pequeñas victorias después de que me hubiera arrebatado literalmente la virginidad con la lengua, solo para asegurarse de que Madison no se le adelantara.

Parecía que prefería frotarse los genitales contra un rallador de queso oxidado antes que decir la palabra, pero finalmente murmuró: —Por favor.

—Deja que me dé una ducha rápida y me ponga algo.

Treinta minutos más tarde, un vestido de satén oliva con hombros descubiertos y silueta de trompeta envolvía mis curvas.

—Te ves adecuada —refunfuñó Romeo cuando cruzamos el vestíbulo hacia el servicio de chóferes que nos esperaba.

—Para, o me desmayaré.

Me abrió la puerta. Me deslicé dentro, insegura de cómo comportarme ahora que estábamos en una supuesta tregua.

—¿Alguna petición especial esta noche? —Cada palabra salía de su boca como clavada en la lengua.

—¿Que me muera? —solté antes de poder evitarlo.

—Pensaba más bien en un viaje en helicóptero o una joya.

Si todo mi cuerpo pudiera poner los ojos en blanco, lo haría.

Personal uniformado nos recibió en la entrada del restaurante y nos condujo a una mesa exclusiva en el piso de arriba. Después de pedir, me agarré a una copa de champán, observando cómo los coches se deslizaban por el río Sena, esperando a que Romeo rompiera el silencio.

Una retahila de insultos ancló mi lengua. Tenía poco que decir sin su compañía familiar.

La alternativa sería indagar sobre sus cicatrices. Una pregunta que a menudo ocupaba mi mente. Pero sabía que no respondería.

El humor agrio que seguramente le seguiría solo arruinaría mis caracoles con mantequilla de perejil.

Cuando nuestro silencio empezó a atraer las miradas curiosas de las mesas vecinas, finalmente estallé. —Cuando tengamos hijos, me gustaría criarlos en Chap...

—No tendremos hijos. —Romeo hizo chasquear la servilleta sobre su regazo con un movimiento de muñeca.

—No quiero decir pronto. —Le lancé una mirada asesina.

No es que me entusiasmara la idea de que fuera el padre de mis hijos. Encontraría más inteligencia emocional en una tarta de lima. Y también más consuelo.

—No tendremos hijos. No pronto. Ni después. *Nunca*.

—¿Y por qué no?

Seguramente no lo escuché bien.

Olvida los malos modales, la ausencia de conciencia y la imbecilidad habitual. *Esto* era lo que me rompía el corazón.

De hecho, solo quería una cosa en la vida.

Hijos.

Cuatro.

Me encantaban los niños. Me encantaba todo de ellos. Las mejillas regordetas, las risas rodantes y la adoración pura.

Incluso aquel domingo que Romeo me sacó de casa, me había pasado el tiempo en la iglesia jugando con los pequeños en el exterior.

La abuela siempre decía que una casa sin un niño era como un cuerpo sin alma. Concordaba.

Romeo apiló foie gras en su cuchara. —Porque no los quiero.

—Pero yo sí.

—Buena suerte concibiéndolos chupándome la polla y haciéndote lamer el coño, porque ésos serán los únicos encuentros sexuales que

tendrás.

Una mujer detrás de él se atragantó con su caballa en escabeche.

Mis mejillas se encendieron. —¿Quieres decir que no quieres acostarte conmigo?

—Quiero acostarme contigo. Hay pocas cosas que desee más, Galleta. Casualmente, no tener hijos es una de ellas, así que la respuesta es no. No nos acostaremos.

Me quedé tan muda que ni siquiera me importó que la mitad de la gente que nos rodeaba hubiera dejado de comer y optara por observarnos como si fuéramos el estreno de una película.

—Nunca digas nunca.

—Puede que sea el dicho más tonto que he oído en mi vida. La gente dice nunca a muchas cosas. Puénting sin cuerda, drogas duras, pizza con piña...

—Me gusta la pizza con piña.

Se tragó la mitad de su bebida. —Dios. Cada vez es peor.

Me senté recta, intentando decidir qué me resultaba más desagradable: la personalidad de mi marido o los caracoles de mi plato, que sabían como si estuvieran impresos en 3D.

—¿Por qué estás tan en contra de los niños?

—¿Además de que los detesto personalmente? Interrumpen tu sueño, reducen tu calidad de vida, exigen cada momento de tu tiempo y, en general, son una decepción aplastante cuando alcanzan la edad adulta.

Solo mi mirada ya llamaba al toro.

Pero como se negó a captar mi ojeada, le dije: —Tú y yo sabemos que los hijos son un proyecto de vanidad, no una inversión. Es una reacción instintiva de la civilización para preservarse. Hay algo más grande que te impide tener hijos, y no es la incomodidad. Estás en condiciones económicas de criar hijos sin tener que ocuparte de ellos.

Un destello de interés brilló en sus ojos. —No eres una completa idiota, ¿verdad? —Me crucé de brazos, enarcando una ceja—. Pues resulta

que tienes razón. Hay una agenda más grande detrás de todo esto. No quiero tener hijos porque quiero acabar con la dinastía Costa.

—Creía que Bruce y tú estaban peleándose por Costa Industries.

—Lo estamos.

—¿Por qué necesitas heredar esta empresa si no vas a transmitírsela a tu hipotético engendro?

—Haz tú las cuentas, Galleta.

Tardé menos de un segundo en darme cuenta.

Así, podría arruinarla. Destrozarla. Destruirla como hacía con todo lo que tocaban sus frías manos.

Tan Romeo, ansiar la destrucción.

De la cena familiar había deducido que a Senior solo le importaba una cosa: Costa Industries.

Matar al único amor de su padre sería un golpe cruel antes de perecer.

Un acto de pura venganza.

El motivo del odio de Romeo se burlaba de mí. No era tan ingenua como para pensar que realmente me lo confiaría.

Sin embargo, una idea brotó en mi cabeza.

Romeo no quería tener hijos. Yo no lo quería cerca de mí. ¿Qué haría si me quedara embarazada?

¿Se divorciaría de mí o me enviaría de vuelta a Chapel Falls con mi dignidad y mi anillo de boda intactos?

El plan no era del todo ideal.

Para empezar, me dolía pensar que mi hijo no tendría una figura paterna en Romeo. Pero me negaba a abandonar mi sueño de ser madre.

De todos modos, ese hipotético hijo mío tendría a toda la familia Townsend a su disposición. Sin papá, que había sido oficialmente despojado de sus funciones de abuelo por ser un completo cobarde.

No tenía sentido contarle a Romeo mi plan para nosotros.

Así que bebí un sorbo de champán. —De acuerdo.

Sus ojos se entrecerraron. —¿Me tomas por tonto? Nunca te rendirías tan fácilmente.

—Lo siento, *maridito*, pero tu ADN no grita precisamente mercancía caliente.

—Te reproducirías con una bolsa ecológica de *Trader Joe's* si de verdad quisieras un hijo.

—¿Quieres que me ponga de rodillas y te lo suplique?

—Sí, pero no por un bebé.

Riéndome a carcajadas, porque no había nada gracioso en nuestra situación, le puntee: —No te equivocas. Los niños requieren demasiado tiempo y son demasiado agotadores para una chica perezosa y desordenada como yo. Podemos tener relaciones sexuales sin quedarnos embarazados, ¿sabes?

—Gracias por la asombrosa noticia. —Sus ojos brillaron mientras cortaba el plátano con la precisión de un neurocirujano—. Pero más vale prevenir que lamentar.

Bueno, a salvo era lo último que estaríamos. Acabaría con sus planes quedándome embarazada —dándole el heredero que nunca quiso— y me liberaría de sus garras.

Su tenedor se detuvo ante sus labios. —¿Disfrutas del plato?

—Casi tanto como de la compañía —arrullé.

Durante el resto de la cena, fingimos ser una pareja normal.

Dallas

—Nunca he conocido a un hombre tan ansioso por perder todos los dientes.

Ante el murmullo de Romeo, levanté la vista del texto de Frankie.
El corazón se me fue a las tripas.

Madison estaba sentado en la alfombra del pasillo, con la espalda pegada a la puerta. La luz azulada de su teléfono le recorría la frente.

En cuanto nos vio, se puso en pie, coloreando remordimientos en su rostro desaliñado.

Su móvil chasqueó con la fuerza de un trueno. Madison y Romeo habían iniciado un juego calculado. Yo era el objetivo, la *pelota*, que pateaban de un lado a otro.

Y de repente, el plan que había urdido con Madison me pareció una idea monumentalmente estúpida.

Una con la que ya no seguiría adelante, dado que mi conspirador tenía los instintos de supervivencia de una polilla borracha.

—Dallas. —Nunca había estado tan ansioso por verme en todo el tiempo que llevábamos conociéndonos—. Tenemos que hablar. No puedo dejar de pensar en ti.

Me frené.

Por una vez, Romeo tenía razón. Madison estaba suplicando que lo mataran.

—Me perdiste en la parte de pensar. Tu mísera inteligencia a duras penas te ayuda a funcionar. —Romeo avanzó por el pasillo, sujetó a Madison por el cuello y lo arrojó contra nuestra puerta. Su voz, como siempre, destilaba calma—. ¿Qué crees que estás haciendo, Licht?

Madison se agitó como un gusano desenterrado. —Recuperar lo que es mío.

Casi resoplé. *Qué cliché.*

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Romeo lo soltó, sacó un cheque en blanco de su cartera y lo estampó en el pecho de Madison—. Toma.

Fue a parar a los mocasines de Madison.

—¿Qué es eso?

—La indemnización que te pagaré después de que me demandes por romperle la nariz.

—No me has roto la...

Romeo plantó el puño en la cara de Madison. La sangre brotó de la nariz de mi ex prometido. Goteó por su traje, tiñendo de carmesí la alfombra.

Se tambaleó y chocó con la pared.

Todo el aire se me escapó de los pulmones.

—¿Qué coño? —gimió Madison, ahuecándose las fosas nasales entre los dedos—. Llamaré a la policía.

Romeo fingió un interés genuino, introduciendo su tarjeta llave en el lector con facilidad. —¿Y qué les dirás? ¿Que has venido desde Estados Unidos para seducir a la mujer de otro hombre?

Madison se interpuso entre Romeo y la puerta. —Quiero hablar con Dallas. Me merezco un cierre.

Me pregunté qué clase de crímenes atroces habría cometido contra la raza humana en una vida anterior para merecer que esos dos chiflados fueran mis intereses amorosos.

Peor aún: si quería tener un hijo, que era lo que deseaba, probablemente sería con Romeo.

Suspiré y aparté a Madison con la punta de los tacones de aguja, con cuidado de no mancharme de sangre. —¿No podría esperar esto hasta que volvamos a casa? Lo siento, Mad, pero esto está un poco... fuera de lugar. Además, probablemente debería llevarte al hospi...

—Irá él solo. —Romeo abrió la puerta de golpe y me guio hasta el interior, impidiéndome ver a Madison con sus anchos hombros—. No es la

primera vez que un marido le rompe los huesos a Madison y, a juzgar por sus payasadas, no será la última.

Madison se echó hacia delante. —Ni siquiera toqué a Charity.

Como he dicho: crímenes atroces.

Romeo alzó un dedo hacia su frente y empujó, enviando a Madison, tambaleante, contra la pared. —La próxima vez que te vea en el código postal de mi mujer, ni Dios podrá ayudarte. Ahora límpiate. Estás haciendo que los americanos parezcamos tan desmañados como los franceses nos consideran.

Cerró la puerta de un portazo.

Durante dos segundos se me pasó por la cabeza la idea de ayudar a Madison.

Luego recordé que había venido aquí por una causa, y esa causa era probablemente sabotear mi luna de miel o tramar algo contra mi marido.

A toda costa.

Incluso contra mí.

Parecía que nadie tenía mis intereses en mente salvo yo.

Cuento más lo pensaba, más convincente me parecía quedarme embarazada. Sería la forma más rápida de conseguir que Romeo me enviara de vuelta a Chapel Falls con mi dignidad y mi anillo de boda indemnes.

Seguro que me arroparía donde su familia no pudiera verme. Quizá incluso me concedería el divorcio para asegurarse de que nuestro hijo no recibiera ningún beneficio de los Costa.

Eché los hombros hacia atrás.

Olvida lo que acaba de pasar. Pon en marcha la Operación Hacer Bebé.

Sí, había contras evidentes en mi estrategia, pero prevalecía la mínima posibilidad de tener un bebé y volver a casa.

Hora del espectáculo.

—Antes de que te quejes de la nariz de Madison... —Romeo se arrancó la americana, enganchándola en un perchero—. Pongo el límite en

otros hombres. En ningún caso, mientras lleves mi anillo, conspirarás con ellos ni te los follarás. No es mucho pedir.

No dije nada. No tenía fuerzas para tranquilizarlo. Además, luchar entorpecería mis planes para esta noche.

Le hice retroceder hasta la puerta y le puse una mano en el pecho. Sobre su corazón lento y constante.

Permanecimos así durante lo que me pareció una eternidad.

Finalmente, frunció el ceño. —¿Me estás lanzando un hechizo de Henry Plotkin?

Una risa involuntaria burbujeó en mi garganta, pero me la tragué. La vergonzosa verdad era que la perspectiva de perder la virginidad con Romeo me daba vértigo.

Se podría realizar todo un estudio científico sobre cómo un hombre tan frío podía poseer un fervor tan penetrante cada vez que sus manos me tocaban.

Tracé un corazón sobre las suyas. —Quiero que me enseñes cosas.

—Modales, supongo.

—Pensaba más bien en... cosas de la cama.

—¿Por qué? Dormir parece ser tu especialidad.

—Romeo. En serio.

Se lamió los labios. Era evidente que la idea le parecía seductora.

Nuestros pechos se apretaron el uno contra el otro. Le acaricié la nuez de Adán.

Me detuvo y me agarró la muñeca. —¿Por qué siempre tengo la sensación de que estás jugando conmigo, Galleta?

Porque es así.

Lo miré por debajo de las pestañas e hice un mohín. —Lo único que quiero es que lo pasemos bien juntos en nuestra luna de miel. Estoy harta de sentirme desgraciada.

Entonces, para demostrarle que iba en serio, me bajé la cremallera de mi vestido, encogiéndome de hombros. Me cayó por el cuerpo como una

cascada.

Como no llevaba sujetador ni bragas —las costuras se habrían visto a través de la prenda—, me quedé completamente desnuda delante de él. Sus ojos vagaban por todas partes, acariciando cada centímetro de mi cuerpo.

Para ser alguien que se esforzaba en hacerme sentir mal, tenía la extraña habilidad de hacerme sentir apreciada.

Su garganta se estremeció. Sabía que, a pesar de su impecable autocontrol, quería hacerme cosas sucias e indescriptibles.

Recorrió con un dedo mi vientre, mis costillas, el contorno de mis pechos, ensimismado.

—Quiero sentirte dentro de mí. —Mi mirada se aferró a su rostro—. ¿No te lo plantearás? ¿Ni siquiera para nuestra primera vez juntos?

—No. —La palabra se escapó de sus labios, entrecortada y ronca. Su tacto hizo que me subieran llamas de deseo por la piel—. Pero si empiezo a estirarte el culo ahora, probablemente podré hacerlo la semana que viene, cuando vuelva de mi reunión del miércoles en Nueva York.

Una docena de réplicas bailaron en mi lengua. A saber, dónde podía meterse su sugerencia.

Pero eso arruinaría mi tapadera. Y mi tapadera ahora mismo consistía en ser una esposa agradable, que no deseaba otra cosa que tener relaciones sexuales con su marido.

—Bueno... —Me aclaré la garganta—. Iré... iré a comprar uno de *esos*...

Ugh, ¿cómo los llamaban?

Yo no era tan inocente. Sabía lo que eran. Incluso había visto uno en Amazon.

—Tapones anales —me proporcionó Romeo.

—Sí, eh... esos.

—No hace falta. Tengo un cepillo eléctrico, un kit de iniciación ideal para el juego anal. La anchura y la forma perfectas, y las vibraciones te excitarán.

No podía creer que estuviera teniendo esta conversación con mi marido.

No podía creer que quisiera meterme el cepillo de dientes en el culo.

Me estudió, esperando una reacción.

Cuando no llegó ninguna, señaló: —Dame acceso a tu culo, Galleta, y haré que te corras durante días.

Una montaña de maldiciones se asentó en mi lengua, suplicando ser liberadas. ¿En qué me había metido? Una chica estúpida con planes estúpidos.

Ser irreflexiva siempre tenía un precio que no estaba dispuesta a pagar. Aun así, sabía que él preveía que me echaría atrás. Por mucho que lo temiera, no le entregaría esta victoria.

Le rodeé el cuello con un brazo. —De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Ya me has oído. ¿Te estás acobardando, *maridito*?

Me tomó la palabra, se dirigió al baño y volvió con su cepillo de dientes. Lo estudié con ojos frenéticos. No me pareció demasiado grande, pero la perspectiva de introducirlo en mi agujero más íntimo me provocó histeria.

No lo quería. No porque pensara que hubiera algo malo en ello, sino porque aún no había revisado tantas otras estaciones en mi ruta hacia el descubrimiento de mi sexualidad.

Esto me parecía un salto desde dos acantilados opuestos.

Desnuda y temblorosa, esperé las instrucciones de Romeo.

Encendió el cepillo de dientes. Una sinfonía de zumbidos y murmullos sonó entre nosotros antes de que lo apagara. —No hay que avergonzarse de disfrutar por caminos menos transitados.

No respondí.

Volvió a juguetear con el botón. —¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Intenté no estremecerme. —Sí.

—Pues a la cama, Galleta.

Me desplacé sobre la cama, observando cómo se acercaba. A cada paso, mi corazón bajaba más y más, hasta que lo sentí latir entre mis muslos.

—Date la vuelta.

Lo hice, poniéndome de rodillas. Sentí su calor por detrás. Para mi sorpresa, no me lo metió. Más bien me rodeó el abdomen con el brazo, atrayéndome hacia atrás.

Sus labios recorrieron mi columna vertebral, presionando con besos desde la base hasta mi garganta. Jugó con mis tetas por detrás y me lamió la mandíbula, formando un charco de calor entre mis muslos.

Aunque me encantaba su tacto, sus besos, su atención... no podía concentrarme en el momento. No con la sangre de Madison manchando sus dedos y el sobrecogedor conocimiento de lo que quería hacerme.

Lo único que podía hacer era quedarme quieta y esperar lo inevitable, tragándome la bilis.

Sus dedos se introdujeron entre mis muslos, retirando parte de mi lustroso calor. Arrastró la humedad desde mi parte delantera hasta la trasera, rodeando el borde a un ritmo perezoso, burlándose de él.

Me puse rígida y cerré los ojos.

Se detuvo. —¿Galleta?

—Hazlo de una vez.

Silencio.

Demasiado silencio.

Mucho silencio.

Así supe que había metido la pata.

Me agarró por la cintura y me puso boca arriba. Caí sobre una nube de lujosas almohadas, sin atreverme a pestañear por miedo a estallar en lágrimas por primera vez.

El estúpido cepillo de dientes seguía en su mano.

Me mordí la lengua hasta sacar sangre. —¿Qué estás mirando?

—Estás llorando.

No lloraba.

Pero estaba muy cerca.

Lo más cerca que había estado nunca, de hecho.

Fruncí los labios sin decir nada. Había arruinado mi plan. Lo había destrozado en pedazos insalvables.

La estúpida Chapel Falls y sus estúpidas normas.

¿Habría matado al pueblo darme algo de experiencia en seducción?

Romeo arrojó el cepillo de dientes a la mesilla de noche. — Y también estás temblando.

Casi jadeé cuando pasó volando a mi lado, como si tuviera el poder de entrar en mí de forma autónoma. —Solo tengo un poco de frío.

En otro giro de los acontecimientos, me estrechó entre sus brazos, pegándose a su pecho. No sabía qué me sorprendía más. La respuesta humana o el latido constante de su corazón contra el mío.

Toda mi rabia por haber echado a perder mi plan se licuó en alivio. Para mi horror, empecé a temblar.

Sabía que él detestaba la debilidad. También sabía que nunca me había sentido más débil en toda mi vida. Tumbada aquí, desnuda, en brazos de un hombre al que odiaba, recibiendo su consuelo.

Me acunó la cabeza como si fuera una cosa preciosa y hermosa y me acarició el pelo, rozando con sus labios mi sien.

Esperaba que sus siguientes palabras fueran: *No llores*.

Pero Romeo se negaba a encajar en el molde.

—Nunca pediste nada de esto, Dallas. Soy muy consciente de ello. Todos los hombres de tu vida te han fallado, incluido yo.

Una epifanía se abalanzó sobre mí. Mi mente viajó a la habitación de su infancia, navegando entre las fotos.

Los recuerdos. El amor.

Romeo Costa no había nacido como una bestia sin corazón. En otro tiempo, había amado.

Hasta Morgan.

Finalmente, Romeo se apartó de nuestro abrazo. Miré a través de las ventanas francesas hacia la oscuridad. Debía de ser más de medianoche.

Me acarició la mejilla. —Olvídate del juego anal. Aún podemos hacer muchas cosas.

Asentí. —Ya lo sé. Lo sé. Solo estoy disgustada porque...

Me recordé a mí misma mi objetivo mientras Romeo seguía a horcajadas sobre la costura hecha jirones entre este hombre preocupado y la bestia que tan bien conocía.

—Estoy triste porque nunca sabré lo que se siente al ser tomada en el sentido tradicional de la palabra —gruñí, poniendo mi expresión más inocente—. Ya lo has hecho antes, ¿verdad? ¿Hasta el final?

Ahora me estaba aprovechando de él.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta.

Resoplé. —Sí, la sé.

Hizo una pausa. —Aunque quisiera enseñártelo, no tengo un condón aquí.

—Lo comprendo.

—No, no lo entiendes.

—Ciento, no lo entiendo. Nunca experimentaré el sexo, ya que tú nunca me lo darás. Claro que estoy triste. Se me permite estarlo.

Se levantó de la cama y se paseó por la habitación. La culpa, tan densa y tangible, irradiaba de él.

Así que *tenía* conciencia.

Mis ojos hicieron ping-pong, siguiendo sus movimientos, cuando por fin se detuvo frente al colchón. —Vístete.

No discutí, sumergiéndome en las aguas del deseo de joder a Romeo. Mi maleta me proporcionó unas bragas blancas de algodón y un top de satén color lavanda.

Estaba a punto de ponerme unos pantalones a juego cuando Romeo me interrumpió. —Ya está bien. Vuelve a la cama.

Me rasqué la sien. —¿No acabas de decirme que...?

—Antes de que cambie de opinión, joder, Galleta.

Vaya.

—Solo porque me lo pides tan amablemente. —Me acerqué a la cama y me dejé caer sobre ella.

Me miró fijamente. —Duerme.

—¿Qué?

—A. Dormir —dijo, más despacio y más alto.

—Te he oído la primera vez, pero...

—Ahora vuelvo.

Recogió su cartera y se fue.

Se fue sin más.

Sin dar explicaciones.

¿Qué había sido de “antes de cambiar de opinión”? Quizá sí cambió de opinión después de todo.

Decidí que el día de hoy ya había sido lo bastante agitado y, de hecho, caí en los dulces brazos del sueño.

En mis sueños, me ahogaba en libros. Tapas duras perfumadas de tinta. Con palabras y universos y criaturas lejanas y extrañas.

En mis sueños, no había ninguna bestia disfrazada de marido.

Y lo que es más importante: no había angustia disfrazada de matrimonio.

30

OLLIE VB: ¿Ya te rompió?

ROMEO COSTA: Considérame irrompible.

ZACH SUN: Considérame horrorizado por el hecho de que últimamente suenas como una canción de Sia.

ROMEO COSTA: @ZachSun, ¿desde cuándo utilizas referencias culturales que no tienen nada que ver con las bellas artes?

OLLIE VB: Sus padres lo enviaron a una cita con una influencer la semana pasada.

ROMEO COSTA: ¿Cuántas de sus neuronas sobrevivieron?

ZACH SUN: Casi todas. Utilicé auriculares ocultos con cancelación de ruido y sonréí y asentí con la cabeza a intervalos de dos minutos.

ROMEO COSTA: Suena prometedor. ¿Para cuándo el anuncio de boda?

OLLIE VB: @RomeoCosta, ¿quieres decirme que aún no has probado ese dulce y apretado coño?

ROMEO COSTA: Te voy a cortar la lengua con un cuchillo de mantequilla la próxima vez que te vea.

OLLIE VB: ¿Por qué un cuchillo de mantequilla? Solo alargaría y ensuciaría innecesariamente las cosas.

ROMEO COSTA: Exacto.

OLLIE VB: @ZachSun, fíjate en que no dijo ni sí ni no cuando le pregunté sobre probar a su novia. ¿Qué te parece?

ZACH SUN: Zigzagueando por el borde. Borracho. Y sin piernas.

OLLIE VB: Su caída será espectacular.

ROMEO COSTA: La tentación es resistible, lo creas o no.

OLLIE VB: Eso podría aplicarse a un pastel. No a una mujer que se parece a tu esposa. ¿Su hermana sigue en la universidad?

ROMEO COSTA: Han pasado diez horas desde la última vez que preguntaste, así que sí.

OLLIE VB: El tiempo se alarga cuando estás esperando.

ZACH SUN: Díselo a tu carcelero cuando te encierren por estupro.

31

Romeo

Caminé arriba y abajo por la *Rue du Faubourg Saint-Honoré*, mascando siete chicles, casi arrancándome el pelo del cuero cabelludo.

¿Por qué *putas* me había burlado de Galleta con aquel cepillo de dientes?

La ninfa testaruda estuvo a punto de seguirme la corriente. Fue un reto de mi parte. Un reto que me explotó en la cara de forma espectacular.

Había conseguido hacerme maldecir.

Y que la abrazara.

Claro, podría entrar en una farmacia y pedir un paquete de condones. Envolverlo dos veces. Luego terminar el lío y rematarlo con otro.

Y luego otro.

Y cuando uno de los cien preservativos (inevitables la próxima vez que Dallas moviera el culo en el aire, dándome la bienvenida para que aparcara dentro de su coño) se rompiera, TLC podría añadirnos al reparto de *19 Niños y Contando*.

Paso difícil.

La píldora y el DIU tenían sus desventajas. En primer lugar, no podía decirle qué hacer con su cuerpo. En segundo lugar, nunca confiaría en que tomara las píldoras o se dejara puesto el DIU. Era evidente que quería tener hijos.

Y, por último, el tijeretazo. Las vasectomías solo tenían un 99,9% de éxito. Conociendo mi suerte, yo estaría en ese punto uno por ciento.

Al fin y al cabo, estaba en ese porcentaje en todos los demás aspectos: inteligencia, aspecto, nivel impositivo, etc.

Una idea se formó en mi cabeza. Me entretuve con ella, dando pisotones por la acera.

Galleta suplicaba sentirlo *una vez*.

Solo una vez con mi polla en su coño.

No era mucho pedir. Podría acabar con ello y seguir adelante con mi vida.

Antes de que pudiera replanteármelo, regresé al hotel.

En realidad, nunca esperé que Dallas se durmiera. No después del día que habíamos tenido. Pero había subestimado la pereza de mi mujer.

No solo estaba profundamente dormida, sino que roncaba con un bollo a medio terminar pegado al pecho.

Me senté en el borde del colchón, puse el bollo a la mesilla de noche y le acomodé unos mechones de pelo salvaje detrás de las orejas.

Oliver tenía razón.

Era irresistible.

De algún modo hermosa, inocente y fogosa a la vez. Tan exquisita y espinosa como una rosa silvestre.

Ni siquiera dudé antes de despojarme de los zapatos y los pantalones. Solo en calzoncillos, me arrodillé entre sus piernas y acerqué mi nariz a su raja a través de su ropa interior.

Murmuró en sueños, moviendo un poco el culo. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

Presioné su centro con mi lengua caliente. Jadeó. El algodón se humedeció tanto por mi boca como por su cuerpo, que se puso a la altura de mis intenciones.

A través de la fina tela, le metí los dedos y le chupé el clítoris, provocándola.

Sus pezones se frunciaron tras el top de satén y abrió los ojos.

Para mi gran placer, seguía medio dormida, no del todo coherente. Quizá se callara para variar.

Con un suave gemido, me empujó el coño a la cara. —Más.

Chupé más fuerte su clítoris, aflojando la presión. Con los dedos índice y corazón, los metí hasta el fondo de su coño, forzando las endebles

bragas y follándola con los dedos al mismo tiempo.

—Mmm. Bueno.

¿*Bueno*?

Hacía casi media década que no tocaba a una mujer. Bueno no era suficiente.

Los muslos de Galleta temblaron, tapándome las orejas. Sus dedos encontraron mi pelo y tiraron de él con violencia.

Fui más fuerte, más brusco, me agarré a una de sus tetas a través del top y le pellizqué el pezón. Por fin abrió los ojos. Parpadeó tras una cortina de inocente lujuria.

Por un segundo, pensé que podría acostumbrarme a esto.

Entonces recordé las palabras de Oliver sobre ella.

Una flecha de posesividad me atravesó, provocando la introducción de un tercer dedo. Me burlé de su clítoris con la punta de la lengua, haciendo círculos.

Ella se zarandeó hacia delante, deslizando el capullo por mi nariz.

—*Joder!* —gritó mi bella esposa sureña, dócilmente criada—. No me extraña que papá no nos dejara salir. Si hubiera sabido que se sentía tan bien, me habría acostado con todos los chicos de mi curso.

Casi me ahogo con sus bragas. De la risa o de la indignación, no estaba seguro.

—Sí, sí. Así, pero tal vez... tal vez aún más rápido.

El regocijo infantil de su voz me aceleró el pulso.

El corazón me golpeaba las costillas. No recordaba la última vez que lo había sentido funcionar correctamente. Normalmente, hacía lo mínimo para mantenerme con vida y ni un gramo más.

Ella se retorció y gimió debajo de mí, apretando las piernas alrededor de mi cráneo con un agarre mortal, asegurándose de que no me fuera a ninguna parte. Harían falta tres ejércitos y todo un apocalipsis para apartarme.

Dallas Costa era arte. Quería enmarcarla en ese momento y volver a la escena cada vez que el impulso de devorarla asomara su fea cabeza.

Estaba tan receptiva. Rebosante de auténtica excitación. No había nada premeditado ni calculado en su respuesta. Era despiadadamente sincera.

Honesto cuando me dijo cuánto me odiaba con todas sus fuerzas.

Y sincera cuando la hacía desmoronarse con mi lengua y mis dedos.

Lo mejor de todo es que era muy distinta de Morgan Lacoste, que solo se soltaba y se excitaba con mi lengua cuando estaba borracha, lo cual era universalmente más frecuente de lo que uno debería estar intoxicado.

A la despiadada y calculadora Morgan le importaba más quedar bien durante el sexo que disfrutar realmente del acto.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Me corro!

Mi pequeña *pornostar* no domesticada me empujó con tanta fuerza entre sus piernas que mis niveles de oxígeno cayeron en picado. Se apretó contra mis dedos a través de sus bragas mientras un orgasmo la recorría en oleadas.

El chorro de calor empapó el algodón. La besé a través de la tela, una y otra vez, sabiendo que mañana todo volvería a su sitio: mis fronteras, mis límites, mis complejos, mis demonios.

—¿Puedo devolverte el favor? —Dallas se incorporó—. Pero no a través de tus calzoncillos. Los calzoncillos de los hombres siempre huelen a queso viejo que lleva días en la olla. Lo sé porque cada vez que mi ama de llaves se iba de vacaciones, todas nos turnábamos para hacer la colada. Y, bueno, no debería decirlo, pero papá...

Como no quería que el momento se estropeara con una conversación sobre la ropa interior de su padre, me adelanté y la callé con un beso con sabor a su dulce coño.

Al principio, apretó los labios e hizo una mueca, insegura de lo que pensaba sobre su propio sabor.

Pero cuando arrastré la punta de mi dura polla por su raja a través de nuestra ropa, se volvió loca y me devolvió el beso, metiéndome la lengua tan profundamente en la garganta que pensé que pescaría mi cena.

—Sí. —Se retorció contra mí—. Por favor, señor, ¿me da un poco más?

Citaba a *Oliver Twist* mientras la follaban.

Verdaderamente, aquella mujer era única.

Sabiendo que era una idiotez, peligroso y desquiciado, empujé mi punta a través de su raja. Estaba tensa —más tensa aún a través del algodón raído y estirado de sus bragas estropeadas—, pero húmeda y lisa, preparada para lo que se avecinaba.

La sensación, lo caliente y apretada que se sentía, me deshizo por completo. Empujé con más fuerza y más profundamente, penetrándola a través de nuestra ropa interior, follándola lentamente con solo la endeble tela entre nosotros.

Aparté mi boca de la suya, con los ojos clavados en mi polla cada vez que se hundía en ella. Apenas cabía dentro de ella, estaba tan apretada.

Era, con diferencia, el mejor polvo que había tenido nunca.

Jadeó. —¿Esto es lo que la gente llama follar en seco?

No.

Nada de esto era seco. Básicamente me la estaba follando a través de la ropa interior.

Solo que explicarle que esto era sexo en toda regla con una guarnición de mis traumas no entraba en mis planes para esta noche. Ni nunca.

—Seguro.

Cada empujón me acercaba más al clímax.

De las embestidas lentas, controladas y burlonas, diseñadas para volverla loca de deseo, pasé rápidamente a las embestidas espasmódicas, maníacas y de necesidad de estar dentro de esta mujer. De un hombre tan hambriento de conexión humana, de afecto, de necesidades carnales qué cubrir y satisfacer.

Mi cabeza se mareó. Había tenido en cuenta la posibilidad de que Dallas no pudiera correrse mediante la penetración. Simplemente la situaba en la misma totalidad que la mayoría de las hembras del Planeta Tierra.

Pero se agitó, me arañó y me alcanzó, parecía dispuesta a llegar al clímax. Sus tetas rebotaban y se agitaban cada vez que la penetraba.

Se quedó boquiabierta, probablemente porque este orgasmo era distinto de los dos primeros. Más profundo y violento.

Se agarró a las solapas de mi camisa y acercó su cara a la mía. —Quítate la ropa interior. —Recibió mi embestida, gimiendo cuando mi coronilla asomó por la ranura de mis calzoncillos—. Quiero que te corras dentro de mí. Quiero sentirte.

Estuve a dos segundos de satisfacer su deseo. Por suerte, mi lógica agarró el volante, del que mi polla se había apoderado en algún momento de la noche, y evitó que la situación se convirtiera en una calamidad.

Conseguí esperar a que se corriera, por los pelos, antes de sacarla, ponerla boca abajo y masturbarme.

Apunté a su culo desnudo, pero me corrí en su pelo. No importaba. Tenía tiempo de sobra para lavárselo. Su agenda no estaba precisamente llena.

Dallas se dejó caer sobre las almohadas, con una sonrisa ladeada en la cara.

—Es oficial. —Me tiró hacia abajo con ella y me salpicó la cara de besos húmedos y descuidados, recordándome, una vez más, que la diferencia entre ella y un cachorro era realmente insignificante—. Practicar sexo es mi nuevo deporte favorito.

—El sexo no es un deporte.

—Debería serlo. Lo haría todo el día si lo fuera.

—Existe. Se llama prostitución.

Caí encima de ella sin tener en cuenta su ligero peso, alcancé la mesilla de noche y me metí dos chicles de menta en la boca.

—No habrá otra ocasión. —Me bajé de encima de ella, con el cuerpo bañado en sudor y los músculos en calma por primera vez en años.

—Lo que digas, cariño. —Me pegó las tetas al brazo. Debajo de nosotros, las sábanas estaban empapadas de todo lo que acabábamos de hacer—. Solo esta vez.

Pero la tentación fue demasiado fuerte.

Acabé concediéndome un pase libre durante nuestra luna de miel. Por una semana entera, me follé a Dallas a través de su ropa cada vez que podía.

Y cada noche me la follaba a través de una sábana, procurando correrme siempre en su cara, lengua y tetas. Incluso estuve a punto de follármela a pelo en el Louvre.

Luego le comí su dulce coñito en La Madeleine. Precisamente en una iglesia, porque la alborotadora de mi mujer no podía esperar a que volviéramos al hotel.

Incluso me había suplicado que le metiera el dedo en el Dodo Manège. Lo que significaba que también tenía que chuparle las tetas bajo un abrigo que le puse sobre el pecho en el taxi de vuelta al hotel.

El patrón era deprimentemente claro.

Me casé con una mujer con tendencias ninfómanas y no tenía ningún deseo de privarla de lo que quería.

Me había convertido en un marica. Tan azotado que me olvidé de pedir, de esperar, de entrenarla para que me devolviera el favor.

Estaba tan enamorado de su coño que olvidé que era una Venus atrapamoscas hambrienta de mi esperma.

Una cosa era cierta.

Cuando regresáramos a suelo estadounidense, debía mantenerme lo más alejado posible de mi esposa. Estar cerca de ella me pondría en clara desventaja en nuestra guerra psicológica.

Le llevaría un mes. Dos. Quizá incluso un año entero. Pero sabía que me convencería para que me la follara a pelo. Sucio.

Hasta que se llenara por completo de mi semen.

Todo lo que Dallas Costa quería, Dallas Costa lo conseguía.

Y lo que quería ahora mismo era mi heredero.

32

Dallas

El pene de Romeo podía curar la depresión.

Por desgracia, no podía curar el odio.

Yo aún lo tenía a raudales.

Tiré mi ropa interior manchada por la regla a la basura y busqué un tampón. La decepción que me inundó no se debía a que hubiera esperado quedarme embarazada tan rápido.

Simplemente no quería una parada temporal en mi intento de batir algún tipo de récord Guinness de orgasmos.

El chorro me sacudió como una bola de nieve. Me encaramé junto al lavabo, esperando a que pasaran las turbulencias.

Mi sexo ya estaba dolorido, estirado al máximo y listo para la jubilación tras solo una semana de trabajo. Cada vez que mis pezones rozaban el sujetador, el entumecimiento se convertía en dolor.

Cuando el avión se recuperó, volví a la cabina principal a tiempo para ver a Romeo pasar la página de su periódico. Aún me hormigueaba el trasero cada vez que veía sus fuertes manos.

Nos habíamos pasado el tiempo en Francia discutiendo o llegando al clímax. Era muy probable que hubiera puesto en peligro no solo mi virginidad, sino la de mi futuro vástago.

Me dejé caer en el lujoso sofá, esperando que Romeo me ignorara.

Y así fue.

De hecho, en cuanto entramos en el avión, mostró más interés por sus correos electrónicos que por mí.

Bien. No importaba.

Me puse en contacto por FaceTime con Frankie, mamá y Sav, metiéndome galletas de arroz con algas en la lengua, ignorando a ese idiota

cruel y prepotente.

Cuando volvimos a casa, me di cuenta de que había olvidado pedir a Hettie o a Vernon que regaran la rosa blanca de mi mesilla.

Upss.

En cuanto me acordé, subí corriendo, dejando a Romeo en el vestíbulo con nuestras maletas, confuso y, como siempre, disgustado.

—De nada por la luna de miel de 1,4 millones de dólares, Galleta. —Lo ignoré, subiendo las escaleras de dos en dos mientras él murmuraba para sí—: Cuando quieras.

Entré en mi habitación jadeando. Aunque mi pulgar virara hacia el negro en lugar de hacia el verde, odiaba cuando las flores morían.

Simbolizaban la esperanza y la fuerza. Después de cada invierno, llegaba la primavera, trayendo consigo el florecimiento.

Una flor cuidada crecía en todo su potencial. Me gustaba pensar en las personas de la misma manera.

¿Podría yo también florecer en mis circunstancias actuales?

Para mi asombro, la rosa blanca parecía perfectamente florecida en su improvisado frasco. Ni un pétalo fuera de lugar.

Uf.

¿La había regado Vernon?

Caí de rodillas ante ella, notando el tono verdoso del agua en la que nadaba. No. Parecía que la rosa había sobrevivido por sí sola.

Bueno, ¿quién lo iba a decir? A lo mejor Vernon tenía razón y había creado una subespecie de rosa que podía sobrevivir el tiempo que tardaba uno en enamorarse.

—Al menos una de las dos es de bajo mantenimiento. —Acaricié el tallo espinoso—. Gracias por sobrevivir. Eres la auténtica MVP⁹, Rosa.

¿Acabo de llamar Rosa a mi rosa mascota?

Pues sí. Sí, así es.

—Veo que conversar con las plantas es otra rareza que debo añadir a tu interminable lista de singularidades. —Romeo se apoyó en el marco de

mi puerta, parecía una estatua de hielo.

Lo miré con el ceño fruncido. Ahora que la novedad del filtro romántico de París había pasado y ya no podía meter su cara entre mis piernas, recordé cuánto me desagradaba.

Cantidad exacta: una *tonelada*.

—La tía Flow está en la ciudad, por si vienes a por tu... *merienda*.

—Por favor, abstente de recordarme que tienes parientes. Tengo un intenso trastorno de estrés postraumático por todos los Townsend que he conocido hasta ahora. —Se apartó del marco de la puerta y entró en mi habitación sin invitación—. Da la casualidad de que no estoy aquí para darte placer, Galleta. Lo creas o no, mis intereses van un poco más allá de tu cama.

—No te preocupes. Sé que tu arco argumental está arruinando el imperio de tu padre. Eres como un villano de Marvel mal escrito, pero con mejor corte de pelo.

Me miró fijamente, impasible, sobresaliendo ahora por encima de mí.

—Me mudo.

Mis rodillas permanecieron pegadas a la madera. La escena era desgarradoramente degradante, así que me puse en pie de un salto, quitándome el polvo del vestido.

Metió la mano en su caja metálico y se introdujo dos chicles en la boca. —El trabajo es frenético, con un importante acuerdo con el Departamento de Defensa en juego.

Lo había leído en todas las noticias locales. También lo había archivado en la carpeta “No me importa” de mi cerebro. Otro concurso de meadas entre los Licht y Costas, con la soprano melodía de seiscientos y pico millones de dólares.

Puse los ojos en blanco. —Tu trabajo siempre es frenético. Al menos sé sincero y admite que quieres alejarte de mí.

Me observó con menos interés que un informe de tráfico. —Eres una distracción, y no me entretengo con esas.

—Soy tu *esposa*.

—Ahora no haces más que repetir lo que he dicho. —Luego, con un suspiro, apartó los ojos de mí—. Probablemente te visitaré una vez el fin de semana para ver cómo está la casa. Puedes invitar a tus familiares y amigos como deseas, de dos en dos, siempre que ningún hombre atraviese estas puertas. En hombres también incluyo a Madison, aunque él no encaja necesariamente en la categoría.

—Espera, no puedes irte en serio. —Salté junto a él, bloqueando la puerta.

No sabía por qué me costaba tanto digerir aquel concepto.

Me esquivó, caminando a mi alrededor. —Sí, me voy, y me estás estorbando.

Me lancé delante de él, apoyando un brazo a cada lado del marco de la puerta. —Supongo que la única salida es a través.

—Muy bien. —Se cruzó el cuello—. Pues a través, señora Costa.

Romeo avanzó hacia mí, me golpeó con los hombros y me echó al hombro, paseándose por el pasillo como si no llevara a una persona entera.

Le di una palmada en la espalda, gruñendo. —Bájame, estirado... insensible... asnal...

—No soy asnal. —Me desplazó hacia su otro hombro, y sospeché que tenía menos que ver con mi peso y más con la incomodidad que me producía—. Sin embargo, los otros adjetivos encajan.

Mi cabeza se balanceaba, chocando con su espalda a cada zancada. Me llevaba con respiraciones ligeras y pasos aún más ligeros.

Por el lado bueno, obviamente tenía más espacio para comer, ya que parecía que no pesaba casi nada.

Romeo bajó las escaleras. Vi mi maleta sola en el vestíbulo y me di cuenta de que la suya no se metió jamás a la casa.

No mentía.

Nunca había planeado quedarse.

Romeo rodeó la escalera curva y se deshizo de mí en la cocina, delante de una confundida Hettie. —Con efecto inmediato, la Sra. Costa se encuentra entre tus responsabilidades, Sra. Holmberg. Deberás supervisar

su comportamiento, incluidas posibles indiscreciones y percances. Te asegurarás de que no se meta en líos, ya que éste parece tenerla en marcación rápida.

Hettie frunció el ceño. —¿Qué gano yo?

—Un aumento de sueldo de 150.000 y el placer de mantener tu trabajo.

—Okie dokie. —Silbó, saludándolo con dos dedos en la frente—. Trato hecho, jefe.

Gemí. —Traidora.

—De cuello azul —corrigió ella.

Unos segundos después, Romeo abandonó la casa, y mi vida, como si París nunca hubiera ocurrido.

Me volví hacia Hettie, furiosa. —Vaya, solo han hecho falta 150.000 para que te pongas en mi contra.

A Hettie no pareció afectarle mi rabia. —150.000 es una fortuna para la gente común y corriente, Dal.

Sabía que tenía razón. Pero ahora que Romeo no estaba aquí, tenía que desquitarme con alguien.

—Además. —Hettie se encogió de hombros—. Nunca he pretendido ser una *buena* institutriz. Mi trabajo consiste en prepararle la avena. Si no sirvo para nada, nadie puede culparme. —Me guiñó un ojo.

Yo sonréí. —Gracias.

—Claro, pero no te aproveches de ello para montar orgías masivas y quemar la casa, ¿quieres?

—Haré lo que pueda —dije, añadiendo para mis adentros que haría cualquier cosa menos la lista que me había dado.

Me arrastré escaleras arriba y volví a mi habitación, donde pasé el resto del día leyendo y abatida. Mi mente se había alejado mil kilómetros del lejano reino en el que transcurría mi libro.

Antes de meterme en la cama, me di cuenta de que se había caído un pétalo de la rosa. Solo uno.

¿Lo ves, Vernon? La rosa se marchita y mi odio hacia mi marido no.

Sacudiendo la cabeza, me metí en la cama.
Me vengaría de Romeo Costa.
Aunque fuera lo último que hiciera.

33

OLLIE VB: @RomeoCosta, tu madre acaba de salir de Bougie Baby con tu mujer a cuestas y aproximadamente quinientas bolsas. ¿Hay algo que quieras decirnos?

ROMEO COSTA: Sí: métete en tus asuntos.

ZACH SUN: ¿Qué hacías en esa tienda, @OllievB? ¿Hay algo que TÚ quieras contarnos?

OLLIE VB: Que sepas que Bougie Baby está justo al lado de mi campo de tiro.

ROMEO COSTA: Hablando de campo de tiro...

ZACH SUN: Ni se te ocurra ir allí. Eso es doble homicidio. Cincuenta años de cárcel. Solo te expongo los hechos.

ROMEO COSTA: No está embarazada. Lo único de lo que está llena empieza por M y acaba por A.

OLLIE VB: El más sexy vivo es en realidad el título que me ha dado la revista People. Mi verdadero nombre es Oliver.

ROMEO COSTA: Y tu verdadera edad cronológica es cinco años.

ZACH SUN: Reforzando los lazos con su madre. Un movimiento inteligente.

ROMEO COSTA: Por desgracia, no es tan tonta como yo pensaba.

OLLIE VB: Admítelo, Costa. Has calculado mal. Querías a la más tonta y a la más vacía y te has quedado con la mejor y la más brillante. Alexa, pon American Idiot.

ZACH SUN: Ollie tiene razón. Pensaste que sería tu juguete. En realidad, tiene más control sobre el tiempo.

ROMEO COSTA: Toda su personalidad es ser una niña pequeña. Al final se cansará.

ZACH SUN: ¿Lo hará? A estas alturas, todos vivimos en una simulación, y Detroit Townsend tiene acceso de administrador. No puedes convencerme de lo contrario.

ROMEO COSTA: Detroit COSTA.

34

Dallas

La forma en que funcionaba el cerebro de Dallas era un crimen absoluto contra la humanidad.

Al volver a Potomac, lo primero que hice fue enviar un mensaje de texto a Hettie, ordenándole que escondiera la pala en algún lugar que mi cachonda esposa no pudiera encontrar.

Aunque me negué a correrme dentro de ella, no me extrañaría que Galleta condujera hasta el banco de esperma más cercano y pidiera dos Vantis para llevar.

Resultó que la abstinencia *era* lo mejor, porque conseguí pasar cuatro días sin relacionarme con mi Esposa del Caos.

Lo que sí hice, sin embargo, fue vigilarla a través de cuarenta y nueve cámaras de seguridad repartidas por mi finca.

Galleta se aburría.

Y aprendí que una Galleta aburrida era destructiva.

Aplaudí su talento para no hacer absolutamente nada y, sin embargo, conseguir tanto.

La mujer se pasaba el día comiendo, leyendo libros compulsivamente (a veces terminaba una serie entera en veinticuatro horas) y gastando cantidades impías de dinero.

Mi inclinación natural fue sospechar que había aumentado la factura de mi tarjeta de crédito con el único propósito de cabrearme, en lugar de hacerlo porque realmente deseaba los objetos que había comprado.

Entonces entré en el extracto de su Visa y vi que había donado un orfanato entero a Chattanooga, ordenadores portátiles de alta gama a todo un distrito escolar y siete cifras a la investigación sobre el síndrome de muerte súbita del lactante.

Aquello parecía estar en consonancia con su incapacidad para mantener la compostura cada vez que alguien en pañales entraba en su radio de ocho kilómetros.

Acumulaba cientos de miles de dólares en facturas cada día, desafiándome a intervenir y poner fin a su juerga de gastos. Nunca había parpadeado antes.

Desde mi oficina de la esquina, con aire acondicionado, controlaba periódicamente a mi encantadora esposa, día tras día, viéndola recibir a su madre, a su hermana, a sus amigas y a su recién contratada masajista privada, pedicura, peluquera y una mujer cuyo único propósito parecía ser cepillarle las cejas.

Deduje que sabía que la vigilaba. Las señales no eran precisamente difíciles de pasar por alto.

A veces se paraba delante de una cámara y me hacía un gesto con el dedo o me enseñaba las tetas, sin importarle la posibilidad de que mi equipo de seguridad tuviera acceso a las imágenes de mi casa.

Que acabara casándose con una mujer tan grosera era una parodia en sí mismo, pero me convencí de que superaría su fase rebelde.

La verdad que me negaba a considerar era que no se trataba de una fase. Era su configuración por defecto. Una característica, no un desperfecto.

Era quien era, y nada ni nadie podía cambiarla.

En los cuatro días que habíamos pasado separados, entré y salí de reuniones con Senior, Bruce y la junta directiva de Costa Industries, intentando convencer a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar de que yo podía asegurar nuestro contrato de derechos adquiridos con el Departamento de Defensa antes de que Licht Holdings se apoderara de él.

No era exactamente una mentira.

Pero tampoco era exactamente una verdad.

Había motivos para preocuparse. Senior había deteriorado Costa Industries hasta el punto de que ya no encabezábamos la lista de empresas de defensa. Y Bruce, que era un lameculos certificado, se lo permitió.

Podría haber pasado una semana entera sin contacto con Dallas si no fuera porque, al quinto día, algo me llamó la atención en un monitor.

Empujé el informe de mercado a un rincón de la mesa de mi despacho. Se había formado un alboroto en la puerta de mi finca. Nunca había conmoción en la puerta de mi finca.

O en la propiedad, en realidad, más allá del volumen de cien kilos de espacio que ocupaba Galleta.

Había diseñado toda mi vida para adaptarla a mis tendencias solitarias. Lo cual podría explicar por qué sentí un sarpullido desconcertante que me subió por la piel en cuanto vi siete coches de lujo alineados en mi calle.

El portón se abrió de golpe. Lentamente, el ejército de vehículos se adentró en mi entrada. Entrecerré los ojos, intentando ver quién iba dentro.

Cara entró en mi despacho llevando una pila de documentos. —Sr. Costa, su cita de las dos de la tarde con el Sr. Reynolds, del Departamento de Defensa, está aquí...

—Ahora no, Cara.

Reconocí a la primera persona que llegó, metido en su Rolls Royce. Barry Lusito. Un antiguo compañero de la universidad y un hombre al que había excomulgado personalmente del sector hacía casi siete años, cuando ligó con Morgan cuando aún estábamos juntos.

Justo detrás de él, un Bentley, conducido por uno de los ingenieros (o debería decir exingeniero) de Costa Industries, subía por la entrada de mi casa.

Un hombre al que había despedido por acoso sexual poco antes de mi boda.

¿A qué jugaba Dallas ahora?

Después de Barry se detuvieron unos cuantos coches modestos con mujeres dentro, a algunas de las cuales reconocí como el nuevo personal de mi mujer. (No entendía por qué alguien sin trabajo, sin voluntariado y sin dolencias físicas necesitaba personal).

Y tras el rebaño de mujeres iba nada menos que Oliver von Bismarck, que llegó en su llamativo Aston Martin DBX y tuvo la osadía de saludar a

la cámara.

A continuación, apareció Zach en su Lexus LC (despreciaba los coches caros y poco fiables).

Por último, Madison Licht.

Repite: el puto Madison Licht.

No podía asegurarlo, ya que había girado la mitad de su cuerpo para alejarse de la cámara, pero su nariz parecía estar cubierta por algún tipo de vendaje transparente.

—Señor... —Cara ajustó sus documentos—. Lleva tres semanas intentando llamar la atención del Sr. Reynolds. No sé si le sentará bien esperar...

—Se cancela mi reunión. —Me levanté con rabia, recogí la americana del reposacabezas y me la eché por encima al salir—. Al igual que el resto de mis obligaciones de hoy.

No había forma de entretener a Thomas Reynolds en nuestra sede de Arlington mientras Madison Licht recorría los pasillos de mi mansión, husmeando.

Cara se escabulló tras de mí. —Sr. Costa...

—La respuesta es no.

—¿Qué debo decirle al Sr. Reynolds?

—Que ha surgido algo urgente. Relacionado con la familia.

No era una invención. *Había* surgido algo. La tensión.

Entré furioso en el ascensor y me enfrenté a una Cara frenética y agotada.

—Señor, en los once años que hace que le conozco nunca ha faltado a una cita.

—Nunca, en los once años que hace que me conoces, he encadenado mi destino al de una bella sociópata.

Fue lo último que dije antes de que las puertas del ascensor se cerraran en su cara.

Romeo

Recorrió mi camino de entrada, obligándome a mantener la mirada fija. O arriesgarme a fundir un fusible que acabaría salpicado en todos los periódicos locales. Por no hablar de las redes sociales, bajo el creciente hashtag que compartía con Dallas.

Era incapaz de conciliar el hecho de que mi finca del siglo XIX, que en su día albergó a un destacado general de la Unión, hubiera quedado reducida a la tierra de brujas de una heredera georgiana malcriada.

La gente salía a borbotones de mi gran entrada. Alguien golpeó mi Bentley, derramando cerveza sobre el parabrisas. No reconocí a ninguno de ellos.

Mi sangre, que normalmente corría tan fría como mi adormecido corazón, chisporroteaba caliente por la ira y la urgente necesidad de infligir dolor a alguien. A cierta persona encantadora.

Nunca me había sentido tan vivo.

Ni tan psicótico.

Dieciocho coches diferentes ocupaban mi garaje de dieciséis plazas. Tardé ocho minutos en encontrar una plaza de aparcamiento en mi propiedad.

Entré a toda prisa y pasé por delante de un Vernon aterrorizado, que intentó salir corriendo.

Una sonrojada Hettie se reunió conmigo en la puerta, con las manos en alto. —Dijo que era una pequeña reunión de amigos. Te lo juro, Rom.

Al parecer, la idea que tenía Galleta de una pequeña reunión consistía en todo un club de campo. ¿Quién era esa gente? Llevaba menos de dos meses en Potomac.

Reconocí a mis amigos, al personal de compras de Hermès, a dos chefs con tres estrellas Michelin cuyos restaurantes frecuentaba Dallas y,

sorprendentemente, a lo que parecía ser la inmensa mayoría de las personas que había guardado en la hoja de cálculo de la agenda negra de mi despacho.

La gente con la que no me relaciono.

Gente a la que evitaba sistemáticamente a toda costa.

De algún modo, los había encontrado e invitado a todos y cada uno de ellos a mi casa. Increíble.

Si no estuviera tan furioso, estaría profundamente impresionado.

—Fuera de mi camino.

Hettie agachó la cabeza y se hizo a un lado.

Pasé entre la masa de cuerpos. La mayoría no se había molestado en vestirse, y disfrutaba de la mayor parte del buen licor de mi bodega (las botellas que guardaba para ocasiones especiales) en chanclas de cuero Ferragamo y chándales Bally.

En cada mostrador había un catering completo, cortesía de Nibbles, un servicio de boutique local que cobraba \$1800 por cabeza para las fiestas.

La gente reía, comía, se mezclaba y se deleitaba con visitas guiadas a mi casa. Que, por cierto, era ruidosa. Insoportablemente ruidosa.

Mi alma, si es que tenía una, ansiaba salirse de mi piel como una bala y correr para salvar su vida.

Choqué con un hombro en mi camino hacia la escalera. La persona se giró.

Oliver.

Lo primero que hice fue darle un puñetazo en toda la cara.

No lo bastante fuerte como para romperle la nariz, pero sí con la suficiente rabia como para mostrarle lo que pensaba de su reciente comportamiento.

Por razones relacionadas con mi educación de mierda, poseía un instinto de lucha hiperdesarrollado. Mi primer instinto en cualquier situación, en realidad.

Durante décadas, lo había contenido. Pero Galleta ya lo había desatado sobre muchas víctimas desprevenidas.

—Ay. —Oliver se frotó la mejilla—. ¿Por qué fue eso?

—Por decir cosas sexistas sobre mi mujer, por insinuar favores sexuales hacia ella en mi cara y, francamente, porque tu cara es molesta.

Suspiró. —Me parece justo. Que conste que ya no me interesa bromear sobre acostarme con tu mujer. Supuse que dificultaría cualquier intento futuro de ligarme a su hermana.

¿Hay alguien en mi vida que supere la edad mental de trece años?

—¿Qué tienes que decir en tu favor?

Dio un trago a una cerveza belga que ni siquiera vendían en Estados Unidos. Jesús. ¿Cuánto dinero se había gastado esta maldición mía durante nuestro breve matrimonio?

Oliver frunció las cejas. —¿Con respecto a qué?

Perdí la paciencia. —¿Qué demonios te inspiró para confirmar tu asistencia a su fiesta?

—Ah. No tuve que confirmar nada. —Hizo girar el dedo—. Esta fiestecita fue improvisada. Lo organizó de último minuto. Increíble, ¿verdad? Podría ganarse la vida así.

La idea de que Galleta tuviera un trabajo —o que tuviera que rendir cuentas a alguien que no fuera su irresponsable yo— era tan risible como inconcebible.

Esta conversación acabó con lo que me quedaba de paciencia.

Oliver se llevó la boca de la botella de cerveza a los labios. Sostuve la base en su sitio, obligándolo a terminarse hasta la última gota o arriesgarse a que la *pilsner* le hiciera agua.

—Oliver. ¿Por qué estás aquí?

Cuando solté la botella, se recuperó con una sonrisa, limpiándose los labios con el dorso de la mano. —Bueno, el hecho de que da unas fiestas que son la hostia. Dijo que habría catering especial, alcohol internacional y teatro de fuego. Y hasta ahora, Derbyshire no me ha defraudado.

¿Teatro de fuego? ¿En mi casa?

Le apreté la camisa con los puños, perdiendo todo rastro del control que tanto me gustaba. —¿Dónde está?

Oliver se encogió de hombros... o lo intentó bajo mis puños. —La última vez que la vi, se estaba probando el vestido de cóctel de una chica, y esa chica se estaba probando su vestido.

—¿Estuvo desnuda delante de otras personas?

Me iba a dar un infarto.

A los treinta y uno.

—Ya veo por qué estás sobreponiéndote a la tormenta, hermano. Ella es sexo con piernas. ¿Cómo mantiene ese culo? ¿Quinientas sentadillas al día?

Prueba con dos mangas de Oreo y un McFlurry.

Me abrí paso entre docenas de personas hasta llegar a la habitación de Dallas. Cerrada con llave. Por supuesto.

Derribé la puerta de una patada. No solía gustarme dañar mis puertas rústicas de cinco mil y pico, pero tiempos desesperados exigían medidas desesperadas.

Hablando de desesperación, mi mujer estaba encaramada al borde de la cama, con un llamativo vestido de cóctel verde vibrante que no le pertenecía.

Madison estaba de rodillas ante ella, llorando activamente en su regazo. El hombre tenía dos ojos morados por la modificación de nariz que le había hecho en París.

Y aun así, era tan idiota como para meterse en mi territorio sin todo un ejército a su lado.

Dallas parecía aburrida y en su papel.

Era evidente que había pasado mucho tiempo esperando a que yo hiciera mi gran entrada. Quería que le prestara atención y ahora sería ella la desafortunada destinataria de la misma.

Madison se puso en pie mientras Dallas se tomaba su tiempo para levantarse, con una pizca de satisfacción en sus labios carnosos y regordetes. Había ganado este asalto, y lo sabía. Tuve que acortar el día para estar aquí.

Me acerqué a él, depredador. Mis ojos nunca se apartaron de su presencia. —Dime, Licht. ¿Estabas ausente el día en que Dios repartió neuronas?

—No puedes ponerme la mano encima en público. —Madison reveló sus cartas en nuestra partida de póquer—. Y estamos, a todos los efectos, en un lugar público. Hay casi cien personas aquí.

Tenía razón.

Algunos de ellos se arremolinaban fuera de la habitación mientras hablábamos, preguntándose por qué la puerta estaba en ese momento aglutinada al suelo y nosotros tres parecíamos tan tensos. Parecía evidente que al menos uno de nosotros saldría en una bolsa para cadáveres.

—Me estás dando un crédito inmerecido. —Me crují los nudillos, sintiéndome peligrosamente a punto de abandonar mi fachada tranquila y serena—. Podría matarte aquí y ahora si no me explicas en qué acabo de meterme.

Galleta hizo un mohín. —Estábamos teniendo una conversación de cierre.

Leí entre líneas. Había elegido convertirse en una jugadora en este lío. Y funcionó. Ese fue el momento en el que dejó de ser colateral.

—O una conversación de reconciliación —replicó Madison—. Depende de cómo lo mires, la verdad.

Su intento de incitarme a cometer un error era tan obvio que sería mejor que se cargara una valla publicitaria de Times Square.

Y aun así, por primera vez en mi vida, caí en su trampa. Dejé de darle vueltas. Apunté mi puño a su garganta.

Estuve a punto de cortarle el suministro de oxígeno, pero alguien me agarró del codo.

—Jesús, Rom, ¿qué haces? —me siseó Zach al oído desde atrás, apartándome de Madison.

Si solo fuera Zach, probablemente podría quitármelo de encima. Éramos parecidos en tamaño, pero yo tenía experiencia en este campo y cincuenta kilos más de rabia dentro de mí ahora mismo.

Por desgracia, Oliver me sujetó el otro brazo. —Sabía que iba a arruinar toda la diversión. La próxima vez, no lo invites, Daly City.

Dallas lo ignoró.

Madison se rió entre dientes. —Todo esto es muy de recreo de instituto, Costa. ¿No puedes controlar tus emociones?

—Mis emociones están bien. De hecho, me *sentí* muy bien follándome a tu ex prometida con la lengua cinco minutos después de romperte la nariz en París.

Un coro de jadeos rebotó detrás de mi hombro.

La mayoría de la gente me consideraba un hombre de negocios antipático y eficiente, que nunca se salía de la raya ni hacía nada para suscitar cotilleos. Positivos, negativos o de cualquier otro tipo.

Esa imagen se desmoronó.

Por culpa de Galleta.

También me había robado oficialmente mi segundo escándalo.

Madison entrecerró los ojos, recordándome por qué los botes de champú venían con instrucciones. —Debería demandarte por lo que me hiciste.

—Deberías. Así podré demandarte por lo que *tú* me hiciste.

Tanto él como yo sabíamos exactamente a qué me refería.

Su sonrisa desapareció. Se alejó un poco más de Dallas, que hacía minutos que había abandonado la conversación y ahora se examinaba las cutículas.

Sus labios respingones apestaban a insatisfacción. Menos mal que también había invitado a su manicurista.

—Muy bien, amigo. Es hora de salir de aquí antes de que yo mismo te estropee aún más la cara. —Con una sonrisa alegre, Oliver agarró a Madison por la oreja como si fuera un director del siglo XIX, arrastrándolo fuera para que todos lo vieran—. Y odio decir esto, pero desde el fondo de mi corazón, no puedes permitirte más daños en tu ya de por sí normal rostro.

La gente escupió risas nerviosas. No vi ningún teléfono apuntándonos. Galleta debió de confiscarlos a la llegada de sus invitados.

Chica lista.

Chica muerta, también, pero lista al fin y al cabo.

Con Madison pataleando, gritando y amenazando con acciones legales mientras Oliver lo sacaba literalmente a rastras del lugar, me dirigí a la verdadera culpable de la perdición de mi vida.

—¿Qué tienes que decir en tu favor?

—No mucho. —Hizo un mohín—. Parece que tú hablas por los dos. ¿De verdad, Rom? ¿Contándole al mundo lo que pasó en la habitación del hotel?

No fue mi mejor momento, lo reconozco.

No es que estuviera de humor para admitirlo.

—Era nuestra luna de miel. Ni un alma bajo este techo pensó que estábamos jugando a las cartas y discutiendo poemas de Dante en nuestra suite. ¿Ahora estás lista para que te castiguen?

—¿Estamos en juegos de rol? ¿Es aquí donde me azotas, papi?

Para mi horror, mi polla se removió.

Mientras tanto, Zach revoloteaba en la periferia, probablemente temiendo que hiciera algo de lo que pensara que me arrepentiría. Como echar a Dallas de mi casa y arrojar sus libros de Henry Plotkin al río Potomac.

—¿Eres consciente de que Hettie es responsable de cada paso en falso que das?

Eso la sobresaltó.

Galleta se enderezó y salió a mi encuentro a grandes zancadas. —Esto no es culpa suya. Le prometí solo una pequeña reunión. Pero nunca esperé que se presentara tanta gente en tu casa. Pensé que todos te evitarían como a la peste.

—¿Y se supone que debo creer que invitar a todas las personas que he puesto en mi lista negra en un radio de cien kilómetros es un simple error inocente?

Hizo un mohín. —Creía que era tu lista de amigos. ¿Sorpresa? —Al ver mi expresión llana e indiferente, se balanceó sobre sus pies—. ¿Cómo iba a saber yo lo que era esa lista? No es que me cuentes nada. No sé nada de ti. En qué ciudad naciste. El nombre de tu primera mascota. El apellido de soltera de tu madre. Tu comida favorita de niño.

—Las cosas se aprenden preguntando, Dallas. No lanzando pullas que puedan oírse desde la Estación Espacial Internacional.

—Sí pregunto. Nunca me respondes.

—Potomac. Sin mascotas. Serra. Cualquier cosa con calorías. ¿Ves lo fácil que era?

—Rom. —Eso vino de Zach, que se acercó a mi flanco.

Lo ignoré. —¿Algo más que quieras saber?

—¿La marca y el modelo de tu primer coche?

—Un Porsche Cayenne.

—Rom.

Sitié a Zach. —¿Qué?

—¿Te suenan estas preguntas? De, no sé... ¿Las preguntas de seguridad de una cuenta bancaria, tal vez?

Dallas le lanzó una mirada feroz. —Entonces, ¿puedes disfrutar de mi fiesta, pero no puedes ayudar a financiarla? ¿Vas a pagar la factura si me corta la tarjeta de crédito? Al menos apártate de mi camino mientras me las apaño.

Desde el pasillo, Oliver soltó una carcajada. —La amo, Rom. Simplemente la amo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había vuelto.

—Fuera. —Señalé la puerta, seguido por mis dos amigos—. Los dos. Fuera. Y tú... —Me volví hacia Dallas—. Te vienes conmigo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Se revolvió el pelo.

Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no agarrarla por la cintura y follármela a lo bestia delante de todo el público. Lo único que me lo impedía era el hecho de que, por desgracia, probablemente formaba parte de su plan maestro.

—Porque lo digo yo.

Jadeó teatralmente. —¿Por qué no lo dijiste antes? En ese caso, empieza a andar. Te seguiré.

Sonreí. —Porque toda la serie de Henry Plotkin va a quedar preciosa con llamas danzantes a su alrededor cuando empiece tu teatro de fuego.

Eso borró el mohín de satisfacción de su cara. —Guíame.

El trayecto hasta mi dormitorio transcurrió en absoluto silencio. Al menos entre nosotros. La casa emitía más ruido que un concierto de BTS.

Cerré la puerta con llave. Ahora que estábamos solos, la incertidumbre nubló sus delicadas facciones. Me puse delante de ella, perdiendo lo que me quedaba de compostura.

Su espalda se aplastó contra mi ventana. —¿Estás sufriendo un infarto? —Pero la mordacidad había huido de su voz, sustituida por timidez —. Viendo que eres un maniático del orden y que aquí hay un trillón de personas enfiestadas.

—¿De quién es este vestido? —Agarré la tela de su prenda entre los dos, retorciéndola hasta que se estiró a lo largo de su tersa piel.

—De Morgan. —Me miró fijamente, con la barbilla levantada—. Está aquí.

No perdí ni un segundo. —Ni hablar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque después de acabar con ella, la exilié a Noruega. No ha puesto un pie en Estados Unidos en los últimos seis años. Se quitaría la vida antes de buscarme voluntariamente.

Palabras frías. Pronunciadas sin un ápice de compasión.

Y aun así, más de lo que Morgan merecía.

Galleta parecía horrorizada. —Señor, ¿qué le has hecho a esa pobre mujer?

—Solo lo que se merecía. Ahora responde a mi pregunta. ¿De quién es este vestido?

—De Abby Calgman.

Abby Calgman. Uno de los ligues más destacados de Madison. A menudo la paseaba por nuestros círculos.

De hecho, sospechaba que le gustaba de verdad. Apostaría los restos de mi patrimonio y a la asilvestrada esposa que lo había arruinado a que seguían viéndose.

—Tal vez debería devolvérselo... —Dallas tragó saliva. La vergüenza le pintó las mejillas de rosa, quizá por el recuerdo fresco de haber enseñado a toda la fiesta sus tetas y su culo—. Debería irme.

Intentó agacharse bajo mi brazo, pero yo la apiñé más, con una sonrisa viciosa jugando en mi cara. —Señora Costa, me temo que no puedo permitir que se vaya sin una despedida adecuada.

—¿Qué quieres decir?

Con un movimiento suave, rompí el vestido desde el escote hasta la parte inferior, dejándolo hecho un desastre de dos piezas sobre los tablones de madera. Dallas llevaba ahora un sujetador negro sin tirantes y un tanga de encaje a juego.

Se quedó boquiabierta. —Estás loco.

Empecé a desabrocharme el cinturón. Si tenía que malgastar media jornada laboral, algo bueno tenía que salir de ello.

En cuanto liberé mi polla, pesada e hinchada, todas las protestas y el veneno abandonaron a Dallas.

Se lamió los labios.

—¿Dónde la quieres? —le pregunté.

Su mirada subió y se encontró con la mía. —Dentro de mí.

—¿*Dónde*? Específica. Tienes muchos agujeros, y todos ellos están suplicando ser follados ahora mismo.

En un raro momento de lucidez, se me ocurrió que Galleta lo vería como una recompensa y no como un castigo, y que eso podría tener el efecto secundario involuntario de incentivar su mal comportamiento.

Pero *también* se me ocurrió que, si mi intratable esposa no me tocaba la polla en los próximos minutos, dicha polla podría llegar a arder.

Dallas apretó los labios, negándose a seguir el juego. La mujer albergaba demasiado orgullo para su propio bien.

—¿Aquí? —Empuñé la polla y se la pasé por la raja a través de las bragas.

Se estremeció.

En lo más profundo de mi cabeza, recordé su culo contra la ventana. Y que algunos de nuestros invitados en el jardín estaban al tanto de lo que ocurría entre nosotros.

Pero no podía importarme menos. Había llegado a la deprimente conclusión de que mi joven esposa, fuera de control, sacaba a relucir en mí rasgos que no sabía que existían.

Levantó la barbilla, pero no contestó.

—¿O tal vez... aquí?

La agarré por la cintura y la giré, empujándola contra el cristal. Introduje un dedo en el tirante de su tanga y la aparté, dejando que golpeara su piel.

Luego le pasé la punta de la polla por el culo. Se le escapó un gemido. Arqueó la espalda para acomodar medio centímetro entre las nalgas.

Pero no dijo nada.

Mi boca encontró la concha de su oreja.

Giré la mano a su alrededor, tirando de su pezón. —Quizá por fin estés lista para devolverme el favor por todas las veces que te he comido.

Galleta se agarró al alféizar, se inclinó hasta la mitad y empujó hacia mí. Mi polla se deslizó por su húmedo coño, haciéndome sisear de placer descarado antes de sacarla.

Quería embestirla como si mi vida dependiera de ello, y ella lo sabía.

—Juego sucio. —Le pellizqué un pezón.

Jadeó, y el interior de sus muslos seguía humedeciéndose con su deseo. —Tú empezaste.

—¿Alguna vez te has preguntado a qué sé, Galleta?

—No.

—Pues estás a punto de averiguarlo.

Volví a darle la vuelta y deslicé la mano entre sus muslos. Estaba empapada hasta el tanga y se frotaba contra mí, excitada.

Sus jadeos hacían que sus tetas rebotasen contra mi pecho. Me pareció que hacía todo esto a propósito. Teniendo en mente exactamente esta reacción.

Y aun así, no me atrevía a parar.

—De rodillas, Galleta.

—En tus sueños, imbécil.

No tenía sentido decirle que protagonizaba mis pesadillas. Para mi consternación, mi polla no compartió el sentimiento y palpitó entre nosotros.

Bajó la mirada, relamiéndose. —Bien. Pero lo hago por él, no por ti.

Dallas se arrodilló y sus ojos color avellana evitaron mis ojos grises. Me rodeó la polla con la mano y juro que casi me corro en su cara en ese mismo instante.

La confianza que mostraba, a pesar de su inexperiencia, acabó conmigo.

Otra mujer (básicamente cualquier otra chica de raza religiosa y cero horas de vuelo con el sexo) pediría indicaciones o se disculparía de antemano por lo que podría ser una actuación mediocre.

Mi mujer no.

No. Ella existía en su propio pequeño universo. Un universo en el que yo, y todos los demás hombres a los que cautivaba, orbitábamos a su alrededor.

Galleta estudió mi polla centímetro a centímetro, sin importarle en absoluto que hubiera un hombre enfadado e impaciente pegado a ella, antes de pasar su lengua caliente y húmeda por la corona.

Eché la cabeza hacia atrás, reprimiendo un gruñido.

—Un poco salada —comentó, y luego procedió, sorprendentemente, a mordisquearme la polla.

Sus labios recorrieron el tronco, medio besándolo, medio lamiéndolo, mientras lo agarraba por la raíz. Era tan erótico, tan auténtico, que lo único que podía hacer era mirar asombrado.

—Hueles bien —observó, aparentemente a mi polla, no a mí, echándose hacia atrás para volver a mirarla.

Entonces, justo cuando estaba a punto de caer de rodillas y rogarle que me la chupara, abrió su boca apretada, cubrió mi tronco y le dio una larga y golosa chupada.

Joder.

Joder, mierda, maldita sea, joder.

Todos mis buenos modales salieron volando por la puerta mientras Dallas me servía delante de mi ventana. Apoyé una mano en el cristal y entrelacé la otra en su exuberante pelo castaño mientras ella intentaba tomar más y más de mí.

Hacía ruidos de felicidad, llevándome al límite, hasta el punto de que supe, desconcertado, que mis rodillas se agitarían y me correría como un preadolescente al cabo de diez segundos si ella no paraba.

La tiré del pelo hacia atrás, negándome a perder la compostura. —En mi cama.

¿En mi cama?

¿Qué coño le estaba pidiendo? Ninguna mujer había entrado en mi cama desde Morgan, y no por casualidad.

Presintiendo que se trataba de una invitación única en la vida, Galleta se puso en pie y se abalanzó sobre mi colchón. Aquel tren había salido de la estación y no tenía frenos.

La empujé hacia abajo para que se aplastara contra mi edredón, con la cabeza apoyada en dos de mis almohadas. Subí a la cama, la rodeé con los muslos, me agarré al cabecero y coloqué mi polla frente a su boca.

Me miró con puro regocijo. Estaba intentando castigarla y ella iba a pedirme legítimamente repetir.

Increíble.

—Ahora voy a follarme esa boca tan lista que tienes, Galleta.

Cualquier otra mujer al menos se pararía a pensarlo. Ocho pulgadas de largo en una circunferencia de quince centímetros no era un juego de niños.

Pero Galleta se limitó a abrir la boca de par en par. —¡Sí!

Me abalancé sobre ella, golpeándole la parte posterior de la garganta. Emitió un sonido de ahogo. Se le humedecieron los ojos.

La estudié durante un segundo, inmóvil, esperando a que me apartara. En un movimiento característico de Galleta, me agarró por el culo, atrayéndome más hacia ella.

Cuando se acostumbró al tamaño de su boca, me miró bajo una oscura cortina de pestañas. La excitación saltaba de sus ojos.

Mi corazón latía tan deprisa que pensé que se desgarraría de sus arterias y caería en el olvido.

Me retiré y volví a meterme en su boca.

Y luego otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Pronto le estaba follando la boca sin piedad.

Sin importarme lo que nos rodeaba.

Sin importarme el hecho de que, al hacerlo, le daba todo lo que deseaba.

Los muelles del colchón crujieron. Dallas gemía, picada por mis gruñidos. El ruido cubría todas las superficies. Sin embargo, yo no estaba ni la mitad de excitado de lo que estaría normalmente.

Cada vez que mi polla se encontraba con el fondo de su garganta, se me tensaban las pelotas y estaba seguro de que iba a estallar.

Dallas chupaba y lamía, cada movimiento hambriento, tomando cada centímetro de mí como si fuera su comida favorita. Si así reaccionaba yo ante su boca, ¿qué pasaría si alguna vez le cogía el coño?

—Me voy a correr en tu boca, te lo vas a guardar, vas a abrir la boca bien grande, vas a gorgotear, vas a saborear, y entonces... y solo entonces, te lo vas a tragar. ¿Me entiendes?

A pesar de lo desobediente que era, cuando se trataba del dormitorio era sorprendentemente buena siguiendo instrucciones. Asintió con entusiasmo.

La penetré en la boca más rápido, más fuerte y más profundamente. Le corrían lágrimas por la cara. No me gustaba verla llorar, aunque sabía que no era de tristeza.

Mi orgasmo fue algo hermoso. Hacía demasiado tiempo que no llegaba al clímax en la boca de una mujer, en una mujer *y punto*.

La cantidad de semen que eyaculé dentro de ella fue asombrosa. Suficiente para llenar un maldito Venti. El semen goteaba por las comisuras de sus labios hasta su hermosa garganta y sus tetas turgentes.

Me aparté y la miré expectante. —Abre la boca.

Lo hizo.

Salió más semen. Blanco y espeso.

Le pasé el dedo índice por la comisura de los labios, tomé unas gotas y las froté contra su tenso pezón. El resto del semen se lo metí suavemente en la boca.

—Gorgotea, cariño.

Gorgoteó.

—¿Te gusta?

Asintió, con las mejillas manchadas de lágrimas y la piel enrojecida.

—Veamos si dices la verdad.

Metí la mano entre sus piernas y la deslicé más allá de su tanga, hundiendo el dedo en su apretado coño. Estaba tan mojada que podría meterle un martillo y ni siquiera lo sentiría.

Mi polla ya se había endurecido de nuevo, y no había pasado ni un minuto.

Una sonrisa de satisfacción apareció en mis labios. —Me dejarías hacerte lo que quisiera. ¿Verdad, Galleta?

Se encogió de hombros, con la boca aún llena de mi semen.

—¿Puedo follarte por el culo?

Asintió.

—¿Puedo follarte el coño y meterte el dedo al mismo tiempo?

Un asentimiento *ansioso*.

No iba a hacerlo, pero era bueno saberlo.

Levanté una ceja. —¿Pueden unirse mis amigos?

Era una pregunta capciosa, porque solo había una respuesta: el maldito no.

Pero Dallas asintió, inmóvil, con una sonrisa dibujándose en su rostro, haciendo que más de mi semen goteara por su barbilla.

Le acaricié la curva de la mandíbula, cerrándole la boca. —Respuesta equivocada. Ahora trágatelo todo bien y abre la boca cuando esté limpia.

Tragó varias veces. Abrió la boca. Tenía la lengua rosada. Chirriantemente limpia.

Mientras admiraba la vista, solo podía pensar en que había respondido que sí a follar con Oliver y Zach.

Me separé de ella, volví a meterme la polla en los calzoncillos y me abroché el cinturón. —Enhорабуена. Si querías mi atención, ya la tienes. Volveré a mudarme a la casa, aunque solo sea para asegurarme de que sigue en pie y te sobrevive.

—Lo único que he oído es que me has extrañado —arrulló, extendiendo perezosamente las extremidades sobre mi cama.

—Necesitas que te revisen los oídos.

—Necesitas que te curen el corazón.

—Me gusta tal como está. —Abrí la puerta de mi dormitorio, señalando el final de nuestra conversación—. Cubierto de hielo y latiendo solo con un propósito: mi venganza.

Pasé el umbral. ¿Y cómo lo supiste? Abby esperaba fuera. De hecho, había fisgoneado, cayendo a mis pies en un montón de miembros.

Se enderezó en un ataque de pánico y vergüenza, llevando aún puesto el vestido rosa de gasa de Dallas.

—Hola, Rom. Ha pasado un tiempo.

—Eso es porque te evito activamente.

Abby hizo un mohín, mirándome a través de las pestañas postizas. —He venido a recoger mi vestido.

—¿Pensabas que te iba a caer por la puerta de mi habitación?

Se sonrojó, resopló y se llevó una mano a la cintura. —¿Voy a recuperar mi vestido o no?

—No antes de que me devuelvas el vestido de mi mujer.

Dicha esposa permaneció detrás de mi hombro, metida en mi cama bajo las sábanas, encogida por la forma en que manejaba toda la situación.

Se lo merecía. Me negaba a tocar con un palo de tres metros el hecho de que tenía una mujer en mi cama por primera vez desde Morgan. Demasiado que deshacer.

Con un gruñido, Abby empezó a despojarse del vestido rosa. No llevaba sujetador, por lo que sus tetas colgaban peligrosamente cerca de mi pecho.

Resistí las ganas de vomitar sobre ellas.

—Ya está. —Echó los brazos hacia los lados. El vestido se enredó en sus tobillos entaconados—. ¿Contento ahora?

—En absoluto. Espera aquí. —Me di la vuelta, recogí los dos trozos de vestido estropeado del suelo junto a mi ventana y se los arrojé—. Saluda a Licht de mi parte.

Chilló. —Espera, el vestido está roto.

—Qué inteligente.

Abby dio un pisotón. —Cabrón.

Le cerré la puerta en las narices.

Dallas

Romeo trasladó sus cosas el mismo día de mi fiesta.

Justo después de echar a todo el mundo y llamar a su servicio de limpieza quincenal para que “blanqueara toda la casa, paredes y techo incluidos”.

Espié desde la ventana de mi habitación cómo un ejército de personas a sueldo suyo volvía a meter sus maletas en casa. Me abracé, pensando en lo que había ocurrido entre nosotros hacía solo unas horas.

Cuando Romeo se corrió en mi boca, guardé un poco de su semen bajo la lengua. Leí en alguna parte que el esperma aún podía sobrevivir en la boca, siempre que permaneciera en su forma gelatinosa.

Y así fue.

Cuando corrí a mi habitación para escupirlo en un vaso de enjuague bucal, supuse que podría intentar quedarme embarazada.

Pero apoyada en mi lavabo, observando la cosa blanca que nadaba en la pequeña taza, algo me impidió hacerlo.

Mi moral, tal vez.

Aún la tenía, aunque mi marido había perdido la suya en algún punto del camino.

Era robar esperma.

Estaba mal.

Y yo, por desgracia, tenía unos límites que me negaba a traspasar.

Claro, no tenía ninguna obligación de tomar la carretera de la ética. No después de todo lo que Romeo me había hecho pasar. Me había burlado de muchas maneras, así que era justo que yo le devolviera el favor.

Aun así, mi orgullo no me permitiría concebir así.

Con semen escupido. En un cuarto de baño. Como una ladrona.

No. La perdición de Romeo sería obra suya.

Mi intención era quebrarlo.

Las grietas ya eran evidentes, impresas por todas partes en su comportamiento.

Me deseaba. Sabía que me deseaba.

Aunque fuera lo último que necesitaba.

Mientras observaba a mi hermoso y horrible marido serpentear por el jardín, con cara de piedra y el teléfono pegado a la oreja, discutiendo sin duda algo relacionado con el trabajo, me pregunté qué se sentiría al someterlo por completo.

Desde luego, iba a averiguarlo.

Romeo

ROMEO COSTA: Cara envió un vestido por correo a casa. Debes estar lista a las ocho en punto.

DALLAS COSTA: Lo siento, tengo planes.

ROMEO COSTA: Comer pho delante de *Dead to Me* no se considera tener planes.

DALLAS COSTA: Vale, en ese caso, lo siento. No me apetece.

ROMEO COSTA: Es para una gala benéfica.

DALLAS COSTA: Lo más caritativo que puedes hacer es enviar el cheque y no estar allí en persona para arruinar la diversión de todos.

ROMEO COSTA: Estate lista a las ocho.



Galleta ignoró mi mensaje.

Que me hubiera enviado *un* texto después del incidente de hacía tres días era poco menos que un milagro.

La confirmación de lectura me fulminó con la mirada, a los diez minutos de mi reunión con un contacto del Pentágono.

Por desgracia, Bruce ocupaba el asiento de al lado. Y también era desafortunado el hecho de que era exasperante e incomparablemente fenomenal en su trabajo.

En realidad, el único defecto de Bruce era su función como mascota de Senior. Cuando se trataba de negocios, merecía su imponente reputación. Walkman, que trabajaba directamente a las órdenes del Subsecretario de Defensa, se aferró a cada una de sus palabras, prometiendo influir en su jefe a nuestro favor.

Una hora y media más tarde, consulté mis mensajes en el ascensor que conducía al aparcamiento. Seguía sin respuesta. Era evidente que Galleta no tenía intención de asistir a la gala.

Así las cosas, no tenía elección.

Mi padre estaría allí, lo que significaba que toda la junta directiva de Costa Industries estaría allí.

Aparecer sin mi nueva esposa confirmaría todos los rumores sensacionalistas que Dallas y yo habíamos conjurado en los dos últimos meses. No ayudaba que la fiesta de Galleta hubiera aparecido en la portada de las noticias de sociedad del DMV.

Bruce desempacó un *Black* de Lujo del Tesorero, dándole vueltas al cigarrillo entre los dedos. —¿Problemas en el paraíso, Junior?

Un perfume dulzón de melocotón invadió el estrecho espacio. Venía directamente de Bruce. Recordé, una vez más, que Bruce y Senior tenían mucho en común.

Como el hecho de que ambos consideraban el adulterio su cardio diario.

Me guardé el teléfono en el bolsillo, deseando que mi afición a la muerte se extendiera a la industria del tabaco. Que el cigarrillo en la mano de Bruce se deshiciera de él más rápido.

—¿Sabe Shelley que has inseminado a la mitad del DMV?

—Shelley no solo es consciente, sino que además es lo bastante obediente como para presentarse a la gala de esta noche. Qué valiente. —Deslizó el *Black* por sus caninos—. ¿Y tu gata salvaje no domesticada? ¿Asistirá?

Aunque tenga que arrastrarla hasta allí por el pelo, al estilo cavernícola.



Cuando llegué a mi casa, la encontré vacía.

Primero comprobé la cocina, luego la sala de cine y, por último, su dormitorio.

Sin rastro de Galleta.

Pero sí encontré la caja de *Yumi Katsura* con la firma de oliva y los adornos de rosas doradas sobre su edredón. Sin abrir. Encima había una tarjeta manuscrita de agradecimiento por “*comprar con nosotros*”.

El objetivo de volver a vivir aquí era vigilar a mi esposa, pero volvía a casa todas las noches pasada la medianoche y se despertaba a las tres de la tarde, solo para volver a salir de casa.

Esto se acababa ahora.

Desenfundé el teléfono del bolsillo de mi Kiton.

ROMEO COSTA: Yo estoy en la finca, y tú no.

DALLAS COSTA: Yo almorcé *ota'ika y lu sipi*. Tú comiste coles de Bruselas y pollo.

No era exagerado que ella lo supiera.

Al fin y al cabo, yo comía lo mismo todos los días. Cada comida. Trescientos sesenta y cinco días al año. Incluso en nuestra boda.

ROMEO COSTA: ?

DALLAS COSTA: ¿No estábamos afirmando cosas que hemos hecho hoy?

Por desgracia, su capacidad de razonamiento lógico dejaba mucho que desear.

Salí de la aplicación de mensajería y llamé rápidamente a su equipo de seguridad. Encontré a Galleta en una pequeña librería independiente en el extremo opuesto del condado.

Según sus datos, había pasado la tarde probando todas las panaderías de la manzana antes de decidirse por un restaurante familiar tongano a la vuelta de la esquina.

Luego hizo una parada en un hospital infantil, lo que me hizo pensar en la posibilidad de abrir uno propio.

Y durante las dos últimas horas, recogió y dejó todos los libros de las secciones de Romance y Fantasía de la tienda.

Me dirigí a Dallas, con la caja del vestido en la mano. Tendría que cambiarse en el coche y dar gracias a sus estrellas de la suerte por no necesitar mimos ni podas para ser la mujer más hermosa de todas las habitaciones que pisaba.

Se sobresaltó cuando la toqué en el hombro y se desplomó al verme.
—Ah, eres tú.

Sus dedos se deslizaron sobre otro libro, sacándolo.

“*Su Sucio Toque*”.

—Esta noche hay una gala benéfica. Asistencia obligatoria.

Volvió a deslizar el libro en su ranura y se dirigió a otro pasillo. —Lo sé. Leí tu mensaje. Paso.

Su lengua rápida como un látigo encendió una mecha en mi interior.

Impaciencia.

—No era una pregunta.

—Créeme: mientras yo participe a regañadientes, no me querrás como tu acompañante.

Como tenía razón, hablé en el único idioma que parecía entender. La comida.

—Los anfitriones trajeron un itamae de Hokkaido.

Por fin me prestó toda su atención. —¿Sushi?

No se me escapaba que había comido hacía solo dos horas.

—Sí. Un menú de once platos.

—Hmm... plato a la carta. —Se lo pensó un momento, haciendo una pausa entre Horror y Fantasía antes de pasar a Erótica—. Como de todo menos huevas.

—¿Hay algo en el mundo que no comas?

—Es más bien una aversión infantil. Emilie y Sav me contaron una vez que las huevas de pescado nacen en los vientres y nadan por ahí hasta que salen... *por el sur*, donde cabalgan por las tuberías de vuelta al océano.

—Y una vez al año, un hombre barrigón con barba blanca se desliza por miles de millones de estrechas chimeneas en una sola noche.

Una oleada de diversión se estrelló contra su rostro. —Yo era joven.

—La juventud no es excusa para la estupidez. —Le tendí la caja del vestido y la deposité encima de la tapa dura que sostenía con ambas manos: “*Las embestidas de un amante*”—. Te sugiero que mantengas la boca cerrada cuando lleguemos al lugar de la fiesta.

—¿Tienes miedo de que te avergüence?

—Temo que te avergüences a ti misma. En cuanto abras la boca, quedará muy claro para todos que no me casé contigo por tu agudo ingenio. Lo que supongan después no es responsabilidad ni culpa mía.

—Nunca acepté ir.

—Nunca fue una opción no hacerlo.

Echó un vistazo a la caja. —Ohhh... el Yumi Katsura de esta temporada. Agotaron la bata en Tyson's Galleria. Llamé al buque insignia y me dijeron que estaban pendientes de pedido.

—Claro que sí.

—Quiero este vestido en todos los colores.

—Eso ya está arreglado.

Esto no tenía nada que ver con el afecto. El vestido era realmente magnífico. Y Dallas también. Hacían buena pareja.

—De acuerdo. —Cerró la caja y me la devolvió a los brazos, sustituyéndola por otra de tapa dura. Esta vez: “*Con los ojos vendados por mi profesor*”—. Consideraré la posibilidad de asistir.

—¿Lo considerarás al ritmo al que sueles procesar la vida? El acto empieza dentro de una hora.

—¿Cómo has dicho que era la organización benéfica?

—No lo he dicho.

—Romeo.

En aras del tiempo, cedí.

—Ejército de Friedreich.

Galleta entreabrió los labios.

No me cabía duda de que había buscado la organización benéfica en Google después de la boda. Que conocía la ataxia de Friedreich. Que había establecido la conexión entre el trastorno y Senior.

Como era de esperar, todo encajó de inmediato y soltó: —Bien. Iré.

Decidí no informarle de que no asistiría debido a mi padre enfermo, sino al enjambre de miembros de la junta con derecho a voto que le seguían a todas partes.

Dejé que pensara que, en algún lugar muy, muy, *muy* profundo, me importaba mi donante de esperma, siempre y cuando no me presentara a un acto público sin mi mujer.

Pasó por delante de una hilera de libros de autoayuda sobre adicción al sexo y fue directa al cartel con cinco emojis de guindilla bajo un hashtag en negrita —Chica-de-Papi-Dom.

—Solo necesito material de lectura para cuando me aburra. — Seleccionó un libro de tapa dura en el que aparecían dos hombres azules sin camiseta, con cuernos y rabo, arrodillados ante una mujer semidesnuda.

—En absoluto. —Le arrebaté el libro de las manos y se lo impedí sin miramientos.

—No seas tan aguafiestas. Lo cubriré con una sobrecubierta. Podemos elegir una de la sección de clásicos.

—No tenemos tiempo para esto.

Se acercó a una hilera de libros en estuches y sacó uno de su caja, acariciando la tapa dura de seis maneras distintas. Vi cómo se lo llevaba a la nariz y olfateaba.

Luego abrió las páginas y comprobó cada una de ellas. Sus dedos recorrieron el laminado de la caja, buscando ranuras. Como si no fuera a cubrirlo después con la sobrecubierta de *Crimen y Castigo*.

Por último, elevó el libro a la altura de los ojos, inclinándolo en todos los sentidos para comprobar si había no sé qué. ¿Polvo? ¿Abolladuras? ¿Su cordura? ¿Todo eso?

—Date prisa. —Levanté el reloj, observando la peligrosa proximidad de la manecilla larga a las doce—. Comprará la librería. Puedes volver después de la gala benéfica y elegir lo que quieras. Toda la tienda, si lo deseas.

—Eres rico. Ya entendimos. —Bostezó—. Los únicos multimillonarios que me gustan son ficticios.

—Sin embargo, los únicos que pueden permitirse tu existencia son multimillonarios *reales*. E incluso así, a duras penas. —Hice contacto visual con el encargado de pelo crespo y lo dirigí hacia nosotros con la mirada—. ¿Está aquí tu jefe?

—Sí. —Su pelo se agitó al asentir—. Creo que sí.

—Encuéntralo y llámalo.

Habló por su radio de empleado, cambiando de un pie a otro. —Está en el almacén. Saldrá enseguida, señor.

Saqué la tarjeta Centurion de la cartera cuando mi testaruda esposa se me adelantó hacia la salida. No era la primera vez que me encontraba siguiéndola.

—¿No vas a comprar nada?

Se sentó en el asiento del copiloto y frunció el ceño. —Ahora que vas a comprar este lugar, no puedo seguir comprando aquí. No quiero hacerte ganar dinero.

Increíble.

Romeo

—Lo malo del hielo es que... se derrite.

Zach dio vueltas al whisky puro en su vaso, mientras estudiaba un cuadro de Elmer Nelson Bischoff en su garaje subterráneo, que un equipo de arquitectos había convertido en una galería de cuatro mil metros cuadrados.

Zach era sensato en lo que se refería a sus coches, su ropa, sus mujeres y su carrera, pero era totalmente rabioso en lo que se refería a su arte.

Desde que había prestado una cuarta parte de su colección privada a Sotheby's hacía dos meses, había aprovechado para llenar el espacio de nuevos hallazgos.

El hielo en cuestión era mi corazón.

Una referencia específica a mi enfrentamiento con Madison trece días atrás en la fiesta improvisada de Dallas.

Me complacía comunicar que, aparte de la gala benéfica en la que se entretuvo sacándole a un famoso experto japonés sus recetas más secretas, yo había pasado mi escaso tiempo en casa ignorándola por completo, encerrado en mi despacho, trabajando sin parar para demostrarle a Senior que realmente era digno del puesto de director general.

—Mi corazón no está rodeado de hielo. Está rodeado de que no me importa nadie en el mundo. —Mi voz reverberó sobre las paredes con eco.

Recorrió el inmenso espacio y me detuve ante un cuadro abstracto de Gerhard Richter.

—Ciento. —Oliver se inclinó contra una franja vacía de la pared, bebiendo un trago de algo fuerte—. Cuando pienso en alguien a quien todo le importa una mierda, se me viene a la mente cierto idiota que casi asesina a su archienemigo delante de decenas de personas en su propia puta casa,

que está más cableada que el maldito Pentágono. Y todo porque este se lió con su mujer.

—No puedo creer que esté diciendo esto, pero estoy de acuerdo con Ollie. —Zach se pasó una mano por el pelo negro como la tinta—. Te está poniendo de cabeza.

—Es un desastre que hay que ordenar y enderezar —repliqué, pasando a la siguiente obra de arte colgada.

—¿Podemos estar de acuerdo con el hecho de que eres una mierda limpiando? —Oliver se apartó de la pared, avanzando hacia un auténtico Picasso. Alargó la mano para tocarlo.

Zach se materializó a la velocidad de la luz, apartándole la mano de un manotazo. —¿Qué crees que estás haciendo? Esto no es un zoo de mascotas.

Oliver bostezó, examinando el lugar, probablemente buscando la sección de desnudos. —Nunca entenderé qué ves en esto.

—¿En *Les femmes d'Alger* de Picasso? —Zach lo fulminó con la mirada como si hubiera sugerido sustituir la obra por un retrato de sus propias heces.

Oliver se acercó al carrito de alcohol añejo y eligió una jarra de whisky.

La rodeó en el aire por el cuello. —¿Vamos a fingir todos que no vemos que esta “obra de arte” parece algo que un ama de casa aburrida del Medio Oeste pintó en su YMCA local para expresar el desgarro de su matrimonio roto con un corredor de seguros que la dejó por su secretaria?

Zach parpadeó. —Eso ha sido increíblemente detallado y asombrosamente ignorante.

Congratulé a Zach con mi cerveza. —No te olvides de condescendiente y estereotipado.

—¿Yo? ¿Condescendiente? —Oliver se atragantó con su licor—. Digo la verdad de la gente corriente. Esto —señaló el cuadro *Sin título* de Cy Twombly—, parece el reverso de mi cuaderno de cálculo de séptimo curso. Y esto —señaló 17A de Jackson Pollock—, es claramente lo que

ocurre cuando procrean un jersey de Navidad de baja calidad y una bola de pelo.

Zach arrugó la nariz, se acercó al botón rojo del pánico de una de las paredes y lo pulsó. —Seguridad, tengo aquí a un hombre al que necesito que escolten fuera de mi propiedad.

Enarcando una ceja, eché un vistazo al hombre en cuestión. —Yo no llamaría hombre a Oliver.

Oliver asintió. —Más bien una leyenda.

Zach se volvió hacia mí. —¿Sabe ya lo de Morgan?

—No con exactitud.

Galleta conocía fragmentos, pero no las partes que habían esculpido en mí a la bestia desalmada.

—¿Cuál es su estrategia? —Oliver dejó su vaso sobre la palma de una diosa griega. La única estatua que, entre comillas, *no entendía*—. Es obvio que tiene una.

Los tres nos sepáramos, todos moviéndonos en distintas direcciones, orbitando alrededor de obras de arte que nos hablaban.

Me detuve delante del *Perro Globo* de Jeff Koons. —Quiere quedarse embarazada.

Oliver se rió entre dientes. —Buena suerte con eso.

No le confié que se estaba acercando rápidamente a su objetivo, pavoneándose por nuestra casa con camisones apenas transparentes e intentando seducirme constantemente.

—En cualquier caso, la Sra. Costa no es mi prioridad ahora. —Terminé mi cerveza de un trago, tirando la botella en el carrito de las bebidas alcohólicas—. Licht Holdings se ha hecho pública hoy.

—Ya lo he visto. —Zach se acarició la barbilla—. Se prevé que sus acciones se disparen por las nubes.

Lo que significaba que había llegado el momento de dar un paso adelante y empezar a entrometerse en su empresa.

—He revisado sus auditorías. —Tomé mi abrigo Burberry y me lo puse—. No son a prueba de balas. Sus ingresos no han crecido

exponencialmente en los dos últimos años.

—Eso es porque trabajaban en el aspecto tecnológico, no en el de producción.

Oliver se pasó la lengua por los dientes superiores, tirando de los labios hacia arriba. —Y porque aún no te han robado oficialmente el acuerdo de derechos adquiridos con el Departamento de Defensa.

Si no fuera porque yo mismo deseaba ver cómo Costa Industries ardía hasta los cimientos, encontraría desagradable el regocijo de mi amigo.

Sin embargo, para heredar el puesto de director general, tenía que ocuparme de este asunto. No era poca cosa, teniendo en cuenta que Senior había tenido bastante éxito arruinando la rentable organización de sus antepasados.

Me quité un sombrero imaginario. —Si me disculpan, caballeros, tengo trabajo real que hacer.

Justo entonces, el equipo de seguridad de Zach irrumpió en el garaje. Igor y Dane se dirigieron automáticamente hacia Oliver. No era la primera vez que Zach le había echado por ser Oliver un troll de la vida real.

Oliver me siguió hasta la puerta. —No se preocupen, amigos. Ya me encargo yo de salir.

Nos dirigimos a nuestros coches designados, que habíamos conducido a pesar de que los tres vivíamos en la misma calle.

Antes de que Oliver se deslizara en el asiento del copiloto, soltó un suspiro de “pregúntame qué me pasa”. Sabía que seguirle la corriente sería un error, pero no hacerlo rompería una tradición de tres décadas.

—¿Qué te pasa?

—No sé cómo decirlo, Rom.

—Con las menos palabras posibles y rápidamente.

—El día que tu mujer organizó su fiestecita... —Vaciló, escudriñándose. Mi guardia subió inmediatamente al mencionarla—. Se me insinuó.

—¿Se te insinuó? —repetí—. ¿Quieres decir que te tiró los tejos? —Eso tendría más sentido—. Y también encajaría con su carácter general.

—Se me ofreció. —Apoyó un codo en la puerta abierta de su Alfa Romeo—. Dijo que lo haría solo para fastidiarte.

Eso podía creérmelo.

Ahora que también recordaba que Dallas había accedido a que la compartiera con mis amigos —un desafío que había hecho para burlarme de ella y que me había estallado en la cara—, empezaba a tener más sentido.

Se me calentó la nuca. Me hormigueaban los dedos de estrangularlo. Sentimientos que habían permanecido latentes durante años regresaron, oscuros, sofocantes y llenos de resentimiento.

—¿Y cómo reaccionaste? —escupí por fin.

Oliver enseñó los dientes. —Le dije que me llamara después de su inminente divorcio, por supuesto.

Eso fue todo lo que necesité para lanzarme sobre él.

En cuestión de segundos, lo estampé contra el asfalto, con los puños apretados alrededor de las solapas de su camisa de cuello.

Tiré de él hasta que nuestras narices se aplastaron, temblando de rabia. —Si llegas a mirarla siquiera una puta vez...

Antes de que pudiera terminar la frase, oí unos débiles aplausos detrás de mi hombro.

Zach salió de su garaje. —Bien, von Bismarck. Ganas 50.000. Procura no malgastarlos en prostitutas.

Oliver me apartó de él y se levantó, sacudiéndose la ropa. —Pero las prostitutas son mi pasión.

Me enderecé, mirando entre ellos, sin impresionarme. —¿Cuál era la apuesta?

Zach hizo una señal hacia Oliver con la barbilla. —Von Bismarck dijo que reaccionarías más drásticamente de lo que lo hiciste tras lo ocurrido con Morgan. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia un lado—. Por Dios, Costa, he visto adolescentes más comedidas en un concierto de *One Direction*. Eres una bola de fuego de emociones en lo que a ella se refiere.

—En realidad no me ha coqueteado, hermano. —Oliver me dio una palmada en el hombro, inclinándose hacia delante para hacer contacto

visual—. Aunque deberías saber que... si alguna vez lo hace, la machacaré tan fuerte que le dejaré hendiduras con la forma de mi polla por todo el cuerpo.

A veces deseaba que Oliver aún tuviera madre, solo para poder follármela y burlarme de él durante toda la eternidad.

Me lo sacudí de encima, decidiendo contra todo pronóstico acabar la velada sin que me detuvieran. Aunque estaba a punto de reunirme con Senior, así que quizá todavía no estuviera libre de cargos.

—Es diferente —le dije—. No estoy celoso. La protejo. Dallas no hizo nada malo, aparte de existir.

—Denver hizo mucho mal. —Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Zach—. Tú sigue perdonándole todo.

Dallas

—... *Costará más de seis cifras arreglarlo...*

—... *necesitamos más cámaras en el Ala Este...*

—*¿Alguien sabe dónde ha ido a parar el maldito pene de la estatua romana que hay en medio de la fuente?*

Las palabras se mezclaban, repiqueteando contra cada curva de mi cráneo. Procedían de todas direcciones. De voces que no reconocía. En tonos elevados que sugerían incredulidad por toda la experiencia.

Abrí un solo ojo, parpadeando para alejar unos borrosos puntos blancos. Un ejército de especialistas en restauración se extendía por toda la sala de estar, donde me había quedado dormida la noche anterior durante una sesión de atracones de *Friday Night Tykes*.

Habían entrado y salido de la mansión en las últimas semanas, haciendo todo lo posible para rehabilitar la histórica propiedad y devolverla a su estado original.

Al parecer, la pequeña reunión que organicé había causado daños *importantes*. Resquicio de esperanza: al menos Romeo conoció a gente que sabía cómo divertirse.

Hettie se materializó ante mí, con una copa de zumo verde extendida entre las dos. Acepté el vaso y me lo bebí de dos tragos.

Me palpataba el cerebro tras horas de intentar dormir entre una sinfonía de sierras, carretillas elevadoras y pistolas de clavos.

—Romeo dejó una caja sobre tu cama.

Volví a hundirme en el cojín del sofá, desinteresada por lo que fuera que mi marido tuviera que darme, a menos que requiriera frecuentes cambios de pañal y su primera palabra fuera *mamá*.

—Mencionó algo sobre que no habías podido elegir los libros que querías antes de la gala benéfica.

Me quité la ropa de encima y corrí hacia mi dormitorio. En efecto, una caja gigante de libros descansaba sobre mi colchón.

Me lancé hacia ella, apilando montones de libros de tapa dura sobre el edredón de Somerset. Debía de haber una docena. Por lo menos.

Fruncí el ceño.

Historia radical de las finanzas.

La psicología del dinero.

El Inversor Salvaje.

Cada título era peor que el anterior.

Todos sabíamos que los únicos libros que consumía contenían una buena dosis de las palabras polla, coño y semen. ¿Qué le hacía pensar que los leería?

Otra forma de castigo, sin duda.

En realidad, le había hecho un favor a Romeo, ya que este lugar no había sido renovado desde el siglo XIX y necesitaba urgentemente una modernización.

De hecho, ya que el equipo de restauración estaba en ello, quizás podrían sustituir la fea monstruosidad de cristal de la época de Lincoln que colgaba en el vestíbulo por una brillante araña Sputnik de luces LED.

Devolví todos los libros de tapa dura a su caja. Además de estar llenos de libros que preferiría quemarme los ojos antes que leerlos, no podía estar segura de que Romeo no les hubiera hecho algo. Como recubrir las páginas con veneno para ratas.

Me quedé mirando la caja, debatiendo qué hacer. Si donarla o si había manipulado el contenido de algún modo.

Tendría la mala suerte de acabar entre rejas por enviar libros envenenados sin querer al *Ejército de Salvación* local.

Decidí no arriesgarme y llamé a Vernon por el interfono.

Su voz se oyó por el altavoz unos segundos después. —Vernon al habla.

—Vi una hoguera hace unas semanas. ¿Puedo usarla?

- ¿La del lado este de la propiedad? ¿Con vistas al Potomac?
- Creo que sí. ¿Puedes prepararme una hoguera?
- Hecho, cariño.

Romeo

Trotaba por el vestíbulo de Costa Industries, cargado con una pila de documentos. Casi a medianoche, no tenía ninguna prisa por volver a mi agente personal del caos.

El edificio estaba muerto, salvo mi padre, quien, irónicamente, deseaba que *estuviera* muerto.

Irrumpí en su despacho de la esquina.

—Es de buena educación llamar a la puerta antes de entrar en el lugar de alguien.

Me invitó a sentarme frente a él. —Es de buena educación no follarse a la novia de tu hijo.

La boca de Senior se dibujó en una línea plana e insatisfecha.

Nunca dejaría de recordarle que no estaba en posición de darme lecciones de conducta. No después de haber entrado en mi ático y encontrarme a mi padre comiéndole el coño a mi prometida durante el almuerzo.

Ella estaba abierta de piernas en la mesa del comedor, todavía con los Louboutin que le regalé por Navidad. En cuanto a Senior, seguía lamiendo su propio esperma de ella.

Eché a Morgan a la calle, tal y como llegó al mundo, a pesar de que era mediados de diciembre y hacía más frío que en algunas cámaras de mi corazón.

Disfruté de un whisky desde mi balcón mientras ella hacía el paseo de la vergüenza en nada más que tacones antes de que un coche de policía la recogiera.

Después, Senior y yo hicimos un trato. Acepté no contarle a Mónica que la había engañado... otra vez. A cambio, me convirtió en el Director Financiero más joven de la historia de Costa Industries.

A los veinticuatro años, manejaba miles de millones en contratos. Hice un buen trabajo, pero el plan maestro siempre fue reducir a cenizas todo lo que amaba Senior.

Quería herederos.

Así que no le di ninguno.

Amaba a su empresa más que el oxígeno que consumía.

Así que juré destruirla, liquidarla y quemar el dinero, si era necesario, solo para ver el dolor en su cara antes de que muriera.

Morgan representaba mi único intento de normalidad.

Y mi padre aniquiló aquel esfuerzo.

Senior se echó hacia atrás en su asiento. —¿Vas a sostener esto sobre mi cabeza durante toda la eternidad?

Le temblaban las manos.

Últimamente siempre le temblaban.

Bostecé. —No abollaste mi coche. Te follaste a mi prometida.

Su frente se plegó como una servilleta arrugada. —Hace años que no dices palabrotas. Estás cambiando.

Estaba harto de que la gente me dijera lo mucho que había cambiado desde que Galleta entró en mi vida. Así las cosas, incluso en medio de la conversación, mis pensamientos vagaban hacia Dallas.

—En qué otro lugar? Había mostrado poco interés por los asuntos mundiales desde que mi polla descubrió que el coño de mi mujer era su lugar favorito.

Dejé los documentos sobre su mesa. —Vayamos al grano.

—Licht Holdings ha salido a bolsa esta mañana.

—Gracias por la noticia de ayer. —Rebusqué entre los papeles, buscando uno en concreto—. No he podido sentarme con Thomas Reynolds. —En principio, porque estuve ocupado disolviendo una fiesta en casa y conquistando la importante tarea de follarme la bonita boca de Dallas—. Pero anoche hablé con él por teléfono. Me confirmó que el Departamento de Defensa se inclina por no renovar el contrato con nosotros.

Mi padre se frotó la mejilla como si mis palabras le hubieran abofeteado. —¿Dijo por qué?

—Nuestra tecnología es anticuada comparada con la de Licht. —Encontré lo que buscaba, una lista de armas y artillería que Licht Holdings fabricaba por una fracción de nuestro precio de venta al público, y se la deslicé—. Por no mencionar que, sencillamente, son más asequibles. Fabrican en el Sur, mientras que tú te quedaste en Nueva Inglaterra, donde el salario mínimo es mucho más alto. También llegaron a algunos acuerdos lucrativos con empresas siderúrgicas y de chips.

Senior me devolvió el documento como un niño pequeño que rechaza comida nueva. —No quiero ver esto. Quiero que propongas soluciones.

—Hazme director general y lo haré.

—Hazlo. *Entonces* te haré director general.

Senior disfrutó una vez de un rostro joven y apuesto. Cuando Licht Holdings entró en escena, había fracasado deliberadamente en su intento.

En los años transcurridos desde entonces, le habían salido canas, arrugas y ojeras. La verdad era que amaba Costa Industries lo suficiente como para retirarse y ver cómo yo la salvaba.

Era su legado.

Lo único que su inútil padre (¿ves algún patrón?) le había dejado.

—Mira. —Levantó los brazos—. No es ningún secreto que ya no estoy hecho para esto. Llevo un año queriendo retirarme. La única razón por la que Bruce está siquiera en la carrera para ocupar mi lugar es porque no puedo confiar plenamente en que no hagas algo desquiciado para vengarte de mí.

Había dado en el clavo y luego lo había clavado en una pared de veinte centímetros.

Pero difícilmente lo admitiría.

—Te tienes demasiada estima. Quiero el puesto de director general porque me lo merezco. Y porque nadie se ocuparía de esta empresa tan bien como yo. Soy el heredero legítimo.

—También, *por lo visto*, un cabrón vengativo. —Se revolvió el pelo canoso—. He visto lo que le has hecho al pobre Madison Licht por hacer

mucho menos de lo que yo te hice a ti.

—Madison Licht no es pobre, y el alcance de lo que me hizo nunca lo sabrás.

—Con todo, líbranos del problema de Licht y te daré el puesto de director general. Un último obstáculo por el que pasar. Te lo prometo.

Permanecí en silencio.

Tanto tiempo que sacudió la pierna bajo el escritorio.

—Necesitaré esto por escrito.

Asintió. —Estaré encantado de firmar.

—Mis abogados se pondrán en contacto con los tuyos. —Recogí mis documentos, feliz de alejarme lo más posible de él.

—Deberías agradecérmelo.

Porque, evidentemente, ser un consumado derrochador de recursos naturales no era suficiente, también tenía que ser un iluso.

—¿Qué parte? —Fingí interés—. ¿La educación de mierda o la parte en la que arruinaste mi única relación seminormal?

Aunque había que decirlo, Morgan también tenía su parte de responsabilidad.

Nadie la obligó a abrirse de piernas ante mi padre.

—La parte en la que Morgan claramente no era la mujer con la que estabas destinado a casarte, tal y como te advertí. En los pocos meses que has conocido a tu mujer, has escapado de tu caparazón, has vivido un poco, has vuelto a usar tu boca sucia.

—Sí, Dallas se merece un Pulitzer por llevarme al sacrilegio.

—La cuestión es que has encontrado a alguien mejor.

—Te has encariñado con ella, ¿verdad?

—Por supuesto.

—La última vez que eso ocurrió, actuaste conforme a tus sentimientos. —Me puse en pie—. No habrá una segunda vez, padre. Si te acercas a Dallas, te mataré con mis propias manos. Y lo haré de un modo muy sucio.

Su sonrisa vaciló. —¿Por qué crees que cometería dos veces el mismo error?

Me alcé sobre él. —Porque no puedes evitarlo. Desde el momento en que nací, quisiste todo lo que yo tenía. ¿Y yo? Solo he querido una cosa que tú posees: tu título.

41

OLLIE VB: @ZachSun, ¿quieres saber qué hice con los 50.000 que me diste?

ZACH SUN: ¿Lo donaste a los enfermos, a los pobres, a las masas acurrucadas que anhelan respirar libres?

OLLIE VB: Vaya. Me sorprende que nunca te invitaran a las fiestas ilegales de Harvard.

ROMEO COSTA: Adelante, ilumínanos, @OllievB

OLLIE VB: Compré una obra de arte.

ZACH SUN: No hiciste tal cosa.

ROMEO COSTA: @ZachSun, creo que se refiere a ediciones vintage de Playboy.

OLLIE VB: *Har har*, oh, vosotros de poca fe.

ZACH SUN: ¿Edición limitada Penthouse?

Ollie vB envió una imagen al grupo.

ROMEO COSTA: Primero, asegúrame que abrir este archivo no me llevará a la lista de vigilancia del FBI.

OLLIE VB: La cantidad de abusos a los que me someten en este grupo me llevarán algún día al diván de un terapeuta.

ZACH SUN: Deberías aterrizar allí tres veces por semana a pesar de todo. Tienes más problemas que *National Geographic*.

OLLIE VB: Solo tienes que abrir el archivo adjunto.

ZACH SUN: ¿Es un... tweet?

ROMEO COSTA: ¿De una universitaria comiendo helado en bikini?

OLLIE VB: NFT, cariño.

ZACH SUN: Ollie. OLLIE Los NFT son la mayor noticia falsa desde que la Tierra es plana.

OLLIE VB: Que todos los demás objetos celestes sean esféricos no significa que el nuestro también lo sea, @ZachSun. No seas un seguidor ciego. Piensa fuera de la caja.

ZACH SUN: La caja de forma ovalada, supongo.

ROMEO COSTA: Acabas de desperdiciar 50.000, amigo mío.

OLLIE VB: Pero un tipo de Reddit me dijo específicamente que algún día valdrá millones.

ZACH SUN: En realidad no lo hizo.

OLLIE VB: Claro que no. Solo quería ver si pensabas que era TAN tonto.

ROMEO COSTA: Supongo que ya tienes tu respuesta.

OLLIE VB: Sí. Aunque aún se me escapa cómo Rom es el que está casado con una modelo de *Victoria's Secret* y se niega a dejarla embarazada y yo soy el que tiene un coeficiente intelectual bajo.

ZACH SUN: Querrás decir QI.

OLLIE VB: Que te jodian, Sun.

Romeo

Caí en un hábito poco halagüeño.

El hábito consistía en vigilar a Dallas durante toda mi jornada laboral a través de las cámaras de seguridad de mi casa y contratar a un servicio de seguridad para que la siguiera cuando salía de casa.

Dado que mi conflictivo sector me convertía en un objetivo ambulante, podría haberme dado excusas para preocuparme por su seguridad.

Pero, en el fondo, sabía que la tenía vigilada porque quería asegurarme de que no hacía nada que yo le prohibiera.

Que, en mi defensa, era una cosa y solo una: otros hombres.

En las semanas transcurridas desde que volví a vivir con ella, la delicada flor de mi esposa se las había arreglado para hacer bastantes cosas, como abandonar oficialmente sus estudios en Emory, financiar ella sola una gala del mes de concienciación sobre el síndrome de muerte súbita del lactante, saldar la deuda médica existente en no menos de tres hospitales infantiles regionales y probar todos los restaurantes de la guía Michelin a los que se podía llegar en coche.

Se pasaba el día leyendo libros, presionando a las grandes empresas para que hicieran donaciones a la investigación del SMSL y jugando a juegos de mesa con Hettie y Vernon.

Por la noche, se pegaba un atracón de telebasura en Netflix y suspiraba por los bebés de otras personas en las redes sociales.

Personalmente, no veía el atractivo de los niños. El hecho de que deseara tanto tener uno, por no hablar de tener varios, sugería que necesitaba desesperadamente un pasatiempo.

Y no, comer no era una actividad recreativa, como intentó convencerme muchas veces.

También se encargó de reorganizar toda mi casa, metiendo muebles en sitios donde no debían estar. No para cabrarme, no creía. Sino más bien porque no podía contener su deseo de hacer que su entorno fuera tan caótico como ella.

Una mañana la encontré en mi despacho, sentada en mi silla con respaldo de ala y ruedas. Hettie estaba sentada en el reposabrazos, separando el relleno blanco de Oreos.

Me dirigí a mi escritorio y recogí mi portátil. —¿Qué haces?

Galleta lamió el interior de una Oreo. —Colgando el retrato de nuestra boda.

—¿En mi despacho?

—¿Dónde si no iba a colgarlo? —Hizo un gesto con la cabeza para que Vernon subiera el borde izquierdo y luego le indicó que se detuviera con una galleta levantada—. Perfecto.

Estudié la imagen, fijándome en un hecho importante. —Yo no estoy en esta foto.

Ella sonrió. —Ya lo sé. ¿No es perfecto?

Dejé el retrato en su sitio, sin saber por qué. Pero su imagen me perseguía cada vez que entraba en mi despacho.

Mi cartera de acciones, al igual que mi patrimonio neto, había caído en picado desde que me casé, y a mis amigos les encantaba sacar el tema a relucir cada vez que tenían ocasión.

OLLIE VB: Parece que vas camino de hacerte millonario. Enhorabuena.

ZACH SUN: A este ritmo, gastarás tu patrimonio más rápido que Bankman-Fried.

OLLIE VB: ¿A quién se le ocurrió que sería una buena idea entregar dinero a alguien cuyo nombre, al revés, es Hombre Banco Frito?

ROMEO COSTA: Viniendo del tipo que invirtió en los *Chicago Bulls* porque, dado la vuelta, el logotipo se parece a un robot follándose a un cangrejo...

OLLIE VB: En realidad, es un alienígena monaguillo leyendo la Biblia. Y tú me llamas pagano.

ZACH SUN: Pagana es una palabra demasiado débil para lo que eres. ¿Qué tal pagano infiel? ¿El principal símbolo de la caída en desgracia de la civilización educada?



La mayor parte del tiempo, Dallas y yo coexistíamos en paz sin reconocer la presencia del otro.

Galleta arruinó la racha cuando irrumpió en mi estudio, días después, empapada en sudor, interrumpiendo mi reunión virtual. Me retiré, no tan irritado como debería.

En lugar de saludarme, lo cual sería demasiado amanerado para mi esposa *banshee*, plantó los nudillos sobre mi escritorio, haciendo que el ratón volara hasta mi regazo.

—Necesito tu ayuda.

Analicé a Dallas, observando el mando a distancia apretado en su puño y el rubor furioso que decoraba sus mejillas.

Tenía que ser ella la que se pusiera así por un episodio de *Cheaters*.

Me recliné en la silla y entrelacé los dedos, debatiendo qué iba a negociar. —Si se trata de vender tanques a tu colega del instituto como atrezzo para su despedida de soltera, ya te he dicho que tengo las manos atadas.

—Ayúdame a formar un grupo de presión política para la seguridad de los productos infantiles. —Se secó el sudor de la frente—. Sé que tienes contactos en Washington.

A estas alturas, su obsesión por los niños me hacía desconfiar de que secuestrara a uno para llamarlo suyo.

Volví a colocar el ratón en su sitio y abrí un correo electrónico de Cara. —Aunque apoyo la causa, Costa Industries no participa en política más allá de los grupos de presión en defensa. Nuestra política corporativa es mantener el apoyo bipartidista.

—Costa Industries no tendrá que hacer absolutamente nada. —Se clavó el pulgar en el pecho—. Yo trabajaré para el sindicato.

—*Eres* mi mujer y, por tanto, una extensión de Costa Industries. Un consejo: la antesala es un trabajo imposible en general, y mucho menos una primera ocupación adecuada. Intenta caminar antes de correr. —Observé el sudor que le perlaba la sien—. Solo el trayecto desde el sofá hasta mi estudio parece haberte agotado.

—He tenido un trabajo.

—Manejar la cámara de besos de tu equipo de baloncesto universitario no cuenta. Sobre todo desde que te despidieron.

—*Injustamente*.

—Convertiste la *kiss cam* en una *baby cam*.

—¿Qué quieras decir? —Dejó el mando en el suelo y rodeó el escritorio por mi lado, poniéndose delante de mí—. Las noticias dicen que hay un proyecto de ley para derogar la prohibición de los protectores de cuna. Aumentan el riesgo de SMSL.

¿Qué le pasaba con el SMSL?

Ya había encontrado docenas de cargos en su tarjeta de crédito a más organizaciones benéficas contra el SMSL de las que sabía que existían.

—No puedo arriesgarme a que Bruce y Senior descubran ningún punto débil. —Reenvié un documento para que lo revisaran y pasé a un correo electrónico de un analista financiero—. Esto incluye romper una antigua política de la empresa.

—*Rom.*

—Mi respuesta no cambiará.

Vaciló un momento, retrocediendo antes de aproximarse. Cerró los ojos.

Lentamente, tan, *tan* lentamente... se arrodilló.

Por un momento, no respiró.

Yo tampoco.

Finalmente, abrió los ojos.

Apoyó un puño en cada rodilla, mirándome tan fijamente que me pregunté si veía un alma. —Te lo suplico, *literalmente*, Romeo.

—Y yo, literalmente, estoy respondiendo a tu petición de la forma más pragmática y lógica que...

—¡A la mierda tu pragmatismo! —Su respiración se escapaba en sacudidas pesadas y erráticas, sus ojos exhalaban fuego en la habitación, subiendo la temperatura—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué me preocupo tanto?

Me lo preguntaba.

Todo el tiempo.

Pero no dije nada, esperando a que continuara.

—Cuando tenía seis años, Frankie y yo por fin conseguimos nuestro deseo. Un hermano. Una hermana. Una preciosa niña. Mamá nos dejó llamarla Victoria. —Su garganta se estremeció.

Me estaba mirando, pero no de verdad.

Me puse rígido en el asiento. Por primera vez en mucho tiempo, el pánico me envolvió, calándome los huesos con sorprendente familiaridad.

Mierda.

—Era encantadora. Tan dulce y regordeta y feliz. Saludable. Estaba sana, Rom. —Aún de rodillas, Dallas apretó sus delicadas cejas mientras recogía el recuerdo entre dedos temblorosos, entretejiendo su pasado—. Recuerdo el día en que la encontré. Un domingo. Me levanté muy temprano para elegir vestidos a juego para ir a la iglesia. Victoria, Tory, solo tenía cuatro meses.

Hizo una pausa y se pasó una mano por la camisa, como si pudiera aliviar el dolor. —La encontré azul y rígida. Aún parecía dormida.

Angelical y cómoda. Solo... azul.

Su hermana murió de SMSL.

Ahora tenía sentido.

Su fascinación por el tema. Su obsesión por los bebés. La primera muerte que presenció, una tragedia de proporciones magníficas, la convirtió en una persona diferente.

Y me suplicó que la ayudara a luchar contra ese demonio.

Pero yo tenía mis propios fantasmas que matar.

—Romeo. —Apoyó las manos en mi regazo, mirándome con desafío, con dolor, con crudeza, pero me di cuenta de que no con lágrimas—. Por favor. Ayúdame a hacer esto por Victoria. Ella falleció, pero su legado puede seguir vivo.

Me mataba hacerle esto.

Negarle algo tan profundo e importante.

Tan propio de Galleta.

Le acaricié la mandíbula, incliné la barbilla hacia arriba y me deshice de la logia que tenía en la garganta. —Puedes donar otra al hospital infantil que quieras. El dinero no es problema. Pero formar un sindicato está fuera de lugar.

Dallas se levantó lentamente, centímetro a centímetro.

Contuve la respiración.

—Eres un cobarde. —Habló con voz vacía de emociones, con expresión inexpresiva—. Por suerte, eres *mi* cobarde. Ahora conozco tu debilidad, Romeo. Y pienso utilizarla.

Romeo

Días después de que Dallas detonara una bomba de verdad en mi estudio, se puso uno de sus muchos vestidos de Chanel, se colocó joyas caras y se pasó su pintalabios rojo favorito por los labios carnosos.

Galleta me miró de reojo al pasar por delante de una cámara de seguridad y se metió en la parte trasera del Maybach de Jared, saliendo a pasar el día.

Desde mi despacho en Costa Industries, llamé a Alan, el artista marcial que había contratado para que la siguiera.

—Mi mujer ha salido de casa. Ocúpate de que esté a salvo. —Me pregunté si la mentira le sonaría más convincente a él que a mí—. No olvides enviarme un mensaje de texto indicándome dónde está y con quién en todo momento.

—Sí, señor.

—¿Adónde la lleva Jared ahora?

—Parece que se dirige a su despacho, señor.

Mi corazón traicionero y bueno para nada latía desbocado en su huesuda jaula. Examiné la foto de Galleta que tenía en mi escritorio para guardar las apariencias.

¿Descubriste de algún modo que manipulé en secreto el repentino apoyo del Congreso a tu prohibición de los protectores de cuna?

¿Vienes de camino para agradecérme lo con un numerito sexy bajo el vestido?

Dejando la pluma estampada sobre mis documentos, me recliné contra el respaldo, entrelacé los dedos y me los golpeeé contra los labios.

Supuse que había pasado suficiente tiempo desde mi último lapsus como para concederme otra probada de ella.

La facilidad con la que tomé el mando a distancia de la persiana de cristal y bajé la cortina del todo con antelación debería haberme dado una pista sobre mi cada vez peor juicio con respecto a Dallas.

Por desgracia, mi cerebro no captó la indirecta.

En lugar de utilizar mis neuronas para hacer algo productivo como trabajar, desgasté el chicle y ordené mi ya impoluto espacio de oficina.

Como si la pulcritud fuera algo que ella apreciara.

Cuando diez minutos se convirtieron en veinte, empecé a plantearme la eterna pregunta: *¿qué coño?* Sin embargo, llamar a Alan y darle la lata con el paradero de mi mujer era algo indigno de mí.

Quizá habían chocado con el tráfico. Los accidentes de tráfico no eran algo fuera de lo común en mi zona.

Había muchos enviados extranjeros protegidos por la inmunidad diplomática, entre cuyas actividades extracurriculares figuraba atropellar a la gente como si fuera un encargo de GTA.

Cuando veinte minutos se convirtieron en treinta, me picaron los dedos para llamar a Alan. El teléfono bailó sobre mi mesa y su nombre apareció en la pantalla.

Lo contesté. —¿Sí?

—Ha llegado a su destino, señor.

Imposible.

Si de verdad hubiera llegado a su destino, estaría de rodillas bajo mi escritorio, chupándome la polla.

—¿Ah, sí? —Rompí el chicle entre las muelas, legítimamente receloso, dada la soberanía con la que Galleta se comportaba—. ¿Dónde está exactamente?

—Acaba de entrar en Le Bleu. Tiene un asiento en el balcón que da a la calle y una botella de champán. Parece que está esperando a alguien.

Estaba claro que no me esperaba a mí.

Le Bleu era un restaurante con dos estrellas Michelin justo enfrente de mi edificio. De hecho, el despacho de Bruce daba directamente al local.

Inmediatamente me quedaron claras dos cosas

1) Se trataba de otro movimiento de poder por parte de Dallas, diseñado para cabrearme.

2) Ésta era la última vez que se entrometería en mi vida.

No habría más segundas oportunidades.

Sin margen de negociación.

—Comprueba si hay paparazzi cerca. —Se me trabó la mandíbula.

Apostaría todo mi patrimonio personal y mi testículo derecho a que los había.

Alan se aclaró la garganta, tomándose un momento, presumiblemente, para buscar. —Sí, señor. Lo hay. Al otro lado de la calle. —La sede de otra empresa casi besaba el edificio de Costa Industries. Licht Holdings—. Señor, alguien se está acercando a ella. Voy a colgar e iniciar una videollamada, para que pueda...

—No hace falta. —Me puse en pie y me eché el abrigo al hombro—. Déjame adivinar: un hombre alto, rubio y con la nariz rota, con un traje a medida y cero carisma.

—¿Cómo lo sabe?

—Iré enseguida.

Colgué y me dirigí a la sala de conferencias del otro lado del pasillo.

De algún modo, Galleta se percató de que la seguía, no le gustó y se vengó encontrándose con Madison en algún lugar público.

Mensaje recibido.

Ahora tocaba entregar el mío.

El objetivo de Madison en este acuerdo podía verse con los ojos vendados desde lo alto del Monumento a Washington. Que lo vieran con mi mujer, documentado nada menos que por la prensa sensacionalista local, me humillaba.

Pero yo jugaba a largo plazo.

Además, cada minuto que pasaba sin irrumpir en el restaurante y montar una escena aumentaba su incomodidad.

Mi dedo índice se hundió en el botón del interfono. —Cara.

Mi asistente se materializó, corriendo detrás de mí sobre tacones altos, con un iPad agarrado entre sus dedos cuidados. —¿Sí, Sr. Costa?

—Te enviaré una lista de personas con las que necesito que me comunique con urgencia.

—¿Qué tan urgente?

—Urgente urgente.

Durante cincuenta y cinco minutos, Dallas y Madison se cocieron a fuego lento en su propia incomodidad mientras yo terminaba una conferencia telefónica, seguida de un plato completo de coles de Bruselas y pechuga de pollo preparado por el chef de la empresa. Los mensajes de Alan zumbaban en incrementos periódicos.

ALAN REECE: Muy raro, señor. Se miran fijamente sin hablar.

Parece como si estuvieran esperando algo.

Ese algo era yo.

ALAN REECE: Los dos están comiendo atún rojo. El hombre mira el reloj cada dos segundos.

Si Madison esperaba que le diera una paliza en público, se iba a llevar una gran decepción. Una cosa le concedería a mi joven esposa.

Para un hombre que se enorgullecía de tener una gama plana de emociones, ella me hacía sentir de algún modo. Ira, frustración, fastidio y asco, pero sentir, al fin y al cabo.

Finalmente, una hora después de que Dallas y su ex prometido entraran en Le Bleu, me dirigí hacia allí.

Me encontré con Bruce en el ascensor de abajo.

—Parece que hay más drama con tu pequeña belleza sureña. —Pulsó el botón del vestíbulo y vio cómo bajaban los números de las puertas correderas. Debió de ver a Madison y Dallas desde su despacho. Era difícil

no ver el mar de paparazzi que había enfrente—. No puede ser bueno para tu reputación.

Me pasé una mano por el traje. —Tampoco lo sería un artículo de *Page Six* sobre la aventura de cierto candidato a director general con una empleada del campo de golf.

Su sonrisa desapareció más rápido que una cesta de grisines de cortesía delante de Dallas en el Olive Garden. —Eso es un rumor descaradamente malintencionado.

—Díselo a la pequeña Ginny, que me prometió que escribiría un artículo sobre ti si le pagaba la deuda estudiantil.

En cuanto atravesé la puerta giratoria de Costa Industries, los paparazzi me rodearon como pirañas hambrientas y me hicieron cientos de fotos.

Sesenta minutos de petulante expectación se fundieron cuando crucé la calle.

Galleta estaba encorvada en el borde de una silla Wassily en lo alto del balcón de Le Bleu. Al verme, su espalda se enderezó.

Se fijó en cada centímetro de mí, con ojos de halcón desesperados por leer mi rostro inexpresivo.

Siguiendo su línea de visión, Madison también me miró.

Con una rara sonrisa soleada, y utilizando hasta la última gota de serenidad de mi torrente sanguíneo, subí tres tramos de escaleras hasta el restaurante.

En las puertas dobles, una azafata y dos camareros me hicieron una profunda reverencia mientras abrían ambos lados.

Así que... La dirección se había enterado.

Ya disfrutaba del fruto de mi trabajo.

Me dirigí a Galleta, tomé sin permiso una silla de una mesa ocupada y me invitó a reunirme con mi mujer y su ex prometido.

—¿Cómo está el atún, querida?

Le birlé el tenedor y me trinché un buen y jugoso trozo, metiéndomelo en la boca. Dallas se rascó la sien, frunciendo las cejas.

Los flashes de las cámaras brillaban en mi periferia.

—Cariño, cierra la boca, por favor. —Utilicé la punta del dedo para cerrársela y luego clavé un trozo de pescado muerto y lo coloqué entre los dos—. Es tan impropio parecerse a lo que comes.

Madison se aclaró la garganta. —Estábamos en medio de algo. —El sudor le sangraba por los poros, mientras rebuscaba un ataque de nervios que nunca llegaría—. Nadie te invitó a unirte a nosotros.

Me enfrenté a él. —Tienes toda la razón. Pero he venido con una proposición.

Arqueó una sola ceja. —Sea lo que sea, no me seducirá.

—Sígueme la corriente.

—Romeo... —Galleta levantó su vaso. El agua se deslizó hasta el borde, cortesía de su mano temblorosa.

¿Qué había sido de la fuente de actitud desafiante en la que me ahogaba cada momento del día?

Sorprendentemente, esta versión tímida de ella no me resultaba tan atractiva como la fogosa a la que me había acostumbrado. Que pensara en ella lo suficiente como para desarrollar preferencias debería haberme preocupado.

La mandíbula de Madison se flexionó. Su intento fallido de mirarme fijamente me provocó una risa rara y genuina.

Arranqué la servilleta de lino de Dallas y me palpé las comisuras de los labios. —Como es evidente que a ambos les cuesta mantenerse alejados el uno del otro, he llegado a la inevitable conclusión de que no puedo seguir interponiéndome en lo que a todas luces es una historia de amor única en la vida.

El silencio en la mesa era tan denso y ruidoso que se diría que aquello era un depósito de cadáveres.

Madison habló primero. —Te casaste con ella.

—Eso, lo hice. Verás, hay un invento que se llama divorcio. Es increíblemente eficaz y rápido, sobre todo para la gente con acuerdos prenupciales blindados como el que nosotros tenemos. —Apreté la mano rígida de Dallas—. ¿No es cierto, cariño?

Estaba pálida como la nieve recién caída e igual de helada.

Como siempre, sus sentimientos estaban claramente escritos en su rostro.

Sí, tu plan fracasó.

Sí, sé que quieres a Madison Licht un poco menos de lo que quieres que te ampute los miembros un tiburón.

Y sí, ambos sabemos que Madison está, de hecho, más podrido que tu servidor.

Madison tiró la servilleta sobre el plato. —Le quitaste la virginidad.

—No seas tan mojigato, Licht. Tu propia virginidad se perdió hace tanto tiempo y tan escrupulosamente, que me sorprendería que estuviera siquiera en el mismo cosmos que nosotros. Además... —Giré la cabeza hacia Dallas—. ¿No es eso lo que siempre has querido? ¿Una salida de este matrimonio?

—Sí. —La palabra salió de sus labios—. Pero no para poder entrar en otra relación tóxica.

Suspirando, me acaricié la mandíbula. —Debí haberlo especificado.

Los ojos de Madison se desviaron hacia Galleta. —No voy a casarme con ella.

Ella se echó hacia atrás en la silla, sin que le afectara su rechazo. —Lo mismo digo.

—Qué devastador. —Bostecé—. Y yo que pensaba que un ángel se ganaría sus alas gracias a mis habilidades como casamentero.

Cuando me puse en pie, reflejaron mis movimientos, pegados a mí con una embriagadora mezcla de horror y temor.

—Sr. Licht... —Incliné todo mi cuerpo hacia él—. Tenga la amabilidad de evacuar las instalaciones.

Madison echó los hombros hacia atrás, enderezándose hasta alcanzar toda su estatura, preparado para el enfrentamiento que había anticipado. —No puedes decirme lo que tengo que hacer. Éste no es tu restaurante.

—En realidad, sí lo es. —Recogí el teléfono e incliné la pantalla en su dirección—. La escritura se firmó esta misma hora. Hay que reconocer que

despertar a Jean-Pierre de su letargo en Francia para convencerlo de que me vendiera este magnífico establecimiento fue un reto, pero como bien sabes, nunca rehúyo los retos.

Madison se quedó boquiabierto ante el contrato. —¿*Compraste* este restaurante solo para poder echarme de él?

—Y de todos los demás restaurantes y carritos de comida de esta calle —confirmé, consciente de que los cámaras seguían rodeándonos, demasiado lejos para escuchar a escondidas—. Lo que significa que las pausas para comer se han convertido en un reto especial para ti.

—No puedes hacer eso.

—¿Qué sentido tiene decirme que no puedo hacer cosas que claramente acabo de hacer?

—Oficialmente has perdido la cabeza. Había oído rumores, pero ahora veo que es verdad.

—Dudo que alguna vez la haya *tenido* de verdad. —Suspiré—. ¿Algunas palabras de despedida antes de que llame a seguridad?

Desgraciadamente, si las había, no tuve ocasión de oírlas, porque Madison se marchó del local sin despedirse de la mujer con la que había compartido el almuerzo.

Me giré hacia Galleta.

Era el segundo día de trabajo en un solo mes que me arruinaba por completo. Aunque no se me podía culpar por no apreciar la compañía de Senior, necesitaba al menos *fingir* que me importaba.

—Siéntete libre de disfrutar de cualquiera de nuestros maravillosos postres. Mis disculpas por tu falta de compañía. —Y me alejé a grandes zancadas.

Me siguió, como sabía que haría. Me deslicé hasta el asiento trasero de mi Maybach, sin mirarla cuando se metió por el otro lado, sin invitación.

—Tienes dos opciones. —Me recosté en el asiento de cuero marrón mientras Jared salía del aparcamiento de Le Bleu. Dallas se inclinó más cerca, bebiéndose cada palabra, sabiendo que toda su vida dependía de ellas —. Como sé lo mucho que deseas tener hijos y volver con tu familia, no te concederé ninguna de las dos cosas, sino que te arroparé en mi mansión de

los Hamptons, donde permanecerás lo bastante alejada de todo y de todos los que amas mientras te despojo de tu capacidad de infligir graves daños a mi vida. *O...*

Me acaricié la barbilla, pensándolo un poco.

Por regla general, no recompensaba el mal comportamiento.

Pero en el caso de Galleta, a menudo hacía excepciones, como la caja de libros que le regalé por asistir a la gala benéfica, a pesar de su comportamiento indisciplinado durante el tercer plato de la cena.

(Intentó sacar una foto de las tetas de una estrella del pop. Cuando la aparté y la sermoneé sobre cómo comportarse en público, se encogió de hombros y me informó de que un gran poder conllevaba una gran responsabilidad).

Y esta vez, la misma parte indulgente de mí que nunca había desenterrado antes de que ella se pavoneara por mi vida, quiso darle una segunda oportunidad.

O mejor dicho, una trillonésima oportunidad.

Le atribuí el haberle arruinado la vida. Esa debía de ser la razón por la que aún poseía un ápice de paciencia para la criatura que tenía delante.

Las cejas de Galleta se alzaron, casi besándose la línea del pelo. —*¿O?*

—Te daré lo que quieras. Te concederé el divorcio. Volverás a Chapel Falls y te convertirás en un escándalo viviente. Arruinada a todos los efectos. Probablemente te casarás con un viudo o un divorciado con hijos. Pero tendrás la libertad que tanto ansías.

Me enfureció sobremanera que mi aliento retrocediera en mis pulmones mientras nos mirábamos fijamente, esperando a ver qué opción elegiría.

Omití a propósito cualquier cosa remotamente atractiva a la que pudiera recurrir. Dallas necesitaba comprender la gravedad de la situación.

Por fin, *por fin*, rompió el silencio. —*¿Puedo pensar en ello de camino a casa?*

De algún modo, era lo peor que podía haber dicho.

La espera sería una tortura.

Me encogí de hombros y desvié la atención hacia mis mensajes. Cuando Jared nos dejó en casa, Hettie y Vernon nos esperaban en el camino de entrada.

—¿Y bien? —dijo Hettie antes de que la puerta de Galleta se abriera del todo—. ¿Lo hiciste enojar?

Vernon avanzó tras ella. —¿Tendremos por fin un pequeño mocoso en casa?

Entré primero en mi casa, lo que significó que mi desleal personal, que mi propia esposa había vuelto contra mí, se echó hacia atrás, con el rubor furioso pegado a las mejillas y los ojos clavados en el suelo. —Los dos, largo de aquí.

Vernon, el gigante gentil, parpadeó. —¿Pero adónde deberíamos ir?

—A cualquier sitio fuera de mi vista si quieren conservar sus trabajos —aconsejé, deshaciéndome del abrigo y avanzando hacia las escaleras. No escatimé una mirada a Galleta—. Tienes otros treinta minutos para considerar tu respuesta mientras hago algunas llamadas. Iré a tu habitación cuando haya terminado.

A través de la alta ventana de cristal que se extendía a lo largo de mi escalera, vi cómo Galleta se desplomaba en la escalera inferior con su precioso vestido, la cabeza metida entre los brazos y el pelo cayéndole en cascada por la espalda.

No iba a tener un bebé.

Tampoco iba a divorciarse.

Lo único que obtendría sería un golpe de realidad.

¿Y yo?

Siempre, *siempre* conseguía lo que quería.

Romeo

Cuarenta y cinco minutos después de dejarla suspirando en las escaleras, me acerqué sigilosamente a la habitación de Galleta.

No me sorprendió encontrarla vacía.

La tonta rosa que guardaba en el bote de hisopos había soltado pétalos por todas partes. Que los empleados de la limpieza no hubieran limpiado la superficie de la mesilla que había debajo debía de ser cosa de mi desaliñada esposa.

No se me escapaba que se había integrado tan profundamente en mi hogar, que se convertiría en un lugar completamente distinto si decidía marcharse.

Aceché por los pasillos en busca de Dallas.

La lluvia golpeaba el techo y las ventanas. La temperatura había caído en picado desde nuestro regreso de París. El frío nunca me había molestado, estaba acostumbrado a él dentro y fuera.

Pero se me ocurrió que a mi mujer quizá no le encantara la amarga helada que llegaba una vez que el otoño se alejaba, dejando paso al invierno.

Como no estaba de humor para jugar al escondite, saqué el teléfono y comprobé su paradero a través de las cámaras de seguridad.

Al rebobinar los vídeos, encontré imágenes de ella arrastrando una maleta Louis Vuitton de gran tamaño hasta el garaje subterráneo, con los puños cerrados agarrando el asa como si albergara un cadáver.

Una maleta.

Salí corriendo en esa dirección.

Una potente poción de ira y alarma burbujeó en mi estómago. ¿Qué creía que estaba haciendo?

Elegir una de las opciones que le diste. Irse, imbécil.

Ya no me sorprendía que reaccionara ante Dallas, un hecho a estas alturas.

Pero me retorcía el estómago y todos mis órganos internos, haciéndolos una bola de aprensión, admitir hasta qué punto se había clavado en mi piel. Tan profundamente que se filtró a través de la carne, la sangre y los huesos.

A través de células madre, cicatrices cerebrales y densas capas de hielo.

Golpeó justo donde estaba crudo y tierno. Donde el dolor era ineludible. No porque me gustara, pues Dallas Costa no me gustaba en absoluto.

Sino porque la *deseaba*.

La ansiaba.

Porque tocarla era la única maldita cosa en la que podía pensar.

Cuando irrumpí por la puerta del garaje subterráneo, tenía suficiente rabia como para iluminar Las Vegas. Sin embargo, mantuve una compostura impecable.

Dallas estaba encaramada a una montaña de maletas junto al Maybach, merendando una cajita de palitos de Pocky cubiertos de fresa. Sus piernas colgaban en el aire, como las de un niño.

Me enfermó ver que alguien tan poco sofisticado tuviera tanto poder sobre mí.

La rodeé con las manos anudadas a la espalda. —¿Vas a algún sitio bonito?

—Cualquier sitio lejos de ti es bonito.

En mi interior, algo —*alguien*— me gritaba que la obligara a quedarse. No porque pudiera tolerarla, sino porque perderla significaba perder a Madison.

En lugar de eso, fingí indiferencia. —¿Capel Falls o los Hamptons?

—Chapel Falls. —Chupó la cobertura de fresa antes de volver a dejar caer el palito desnudo en la caja—. No me importa casarme con alguien con hijos. Más niños de los que rodearme.

—¿Qué le pasaba a esta mujer con los humanos pequeños?

—Llamaré a Jared. —Me llevé el teléfono a la oreja, sin creer que, por primera vez en mis treinta y un años, alguien se hubiera adelantado a mi jugada, y que a ese alguien le gustaran los libros de Henry Plotkin y *Cheaters*.

—No hace falta. —Un zumbido de satisfacción subió por su garganta al saborear otro palito de Pocky—. Ya lo llamé. Está de camino.

Le diste un ultimátum. Eligió. Ahora vete con tu dignidad intacta y busca otra forma de deshonrar a Licht.

Me guardé el teléfono en el bolsillo. —Mis abogados te enviarán unos papeles para finalizar el divorcio. No debería tardar mucho debido al acuerdo prenupcial.

Una sonrisa dulce y dentuda se dibujó alrededor de su bocadillo. —¡Genial!

—Aunque... —Avancé un solo paso—. Con el tiempo que llevamos casados, quizá una anulación sea mejor opción. —Una anulación la convertiría en una pecadora para Chapel Falls. El pueblo nunca la dejaría vivir así.

Dallas se echó el pelo sobre un hombro, impasible. —Escucha, Costa. No me importa que me envíes de vuelta con un paquete de Chippendales a mi lado cubierto de condones usados. Cualquier cosa es mejor que vivir en una prisión, donde me vigilan constantemente, me ignoran al mismo tiempo y me niegan lo único que quiero de ti: un bebé.

—¿Es realmente el colmo de tus aspiraciones? —Fruncí el ceño—. ¿Convertirte en un recipiente para cargar a otra persona, y luego en su sirvienta durante los próximos dieciocho años?

—Sí. Y antes de que me digas que tengo que derribar los muros del patriarcado, querer realizarme como madre y reconocer que ésta es mi pasión es una elección tan noble como convertirse en neurocirujana.

Estaba en total desacuerdo con ella, como siempre, pero no tenía sentido debatir el asunto.

Pasaron unos segundos en silencio.

—¿Por qué sigues aquí? —Bostezó—. Vete. Jared llegará en cualquier momento y yo no seré más que un desafortunado recuerdo.

Debería irme.

Dar la vuelta y marcharme.

Para mi alivio, empecé a hacerlo.

El eco de mis pasos rebotó en las paredes desnudas. No miré atrás. Sabía que, si volvía a vislumbrarla, cometería un error.

Era lo mejor.

Era hora de cortar por lo sano, admitir mi único error en mis treinta y un años de vida y seguir adelante. Mi vida volvería a la normalidad.

Tranquila. Ordenada. Silenciosa.

Barata.

Mi mano se enroscó alrededor del pomo de la puerta, a punto de empujarla para abrirla.

—Eh, cabrón.

Me detuve, pero no me di la vuelta.

Me negué a responder a la palabra.

—¿Qué te parece una última vuelta por el camino?

Miré por detrás del hombro, sabiendo que no debía, y encontré a la que pronto sería mi exmujer apoyada en el capó de mi Maybach, con el vestido subido hasta la cintura, revelando que no llevaba bragas.

Su coño desnudo brillaba, listo para mí.

Un desafío.

Nunca me asustaban.

Tirando la cautela al viento (y las pocas neuronas que aún me quedaban y que no había frito con su conversación sin sentido), marché hacia ella.

Cuando llegué al coche, levantó la mano para detenerme y me golpeó el pecho con la palma. —No tan rápido.

Va a ser rápido y medio, ya que estoy a punto de correrme solo de verte así.

Arqueé una ceja. —¿Pies fríos?

—No, lo tuyo es la baja temperatura. No quiero robarte el protagonismo. O vamos hasta el final, o no vamos a ninguna parte. Es todo o nada.

Me enfurecía que cada vez que le daba una opción, se inventaba otra.

Si le daba una opción, la cambiaba por otra de su creación. Y ahora, tras mi ultimátum, me había dado el suyo.

Y como un tonto condenado, lo elegí *todo*.

Elegí mi perdición.

Explotamos juntos en un beso sucio y frustrado, lleno de lengua y dientes. Ella se aferró a mi cuello, medio estrangulándome, medio abrazándome.

Tanteé con la cremallera de mis pantalones de traje, liberando mi polla, que a estas alturas brillaba de pre-semen, tan pesada y dura que resultaba incómodo mantenerse en pie.

Mis dientes rozaron su barbilla, recorriendo su garganta antes de hacer lo que no había hecho en cinco putas años y empujar dentro de ella, de golpe.

Desnudo.

Mi polla desapareció en su interior, chocando con un punto caliente, estrujada hasta la muerte por sus músculos.

Oh, joder.

Mi frente cayó sobre la suya. Una fina capa de sudor nos pegó. Nunca en mi vida me había sentido tan bien.

Quería evaporarme en niebla, filtrarme en ella y no volver jamás.

Quería vivir, respirar y existir dentro de la hermosa, enloquecedora, intrigante y exasperante maldición de mi esposa.

Ella era lo único que nunca había deseado y lo único que ansiaba. Peor aún era el hecho de que sabía que no podía negarle ni una sola cosa que deseara, ya fuera un vestido o una joya.

O, por desgracia, mi corazón en una bandeja, atravesado con una brocheta para que ella lo devorara. Seguía latiendo y era tan rojo como las manzanas confitadas.

Retrocedí y luego me abalancé sobre ella con más fuerza. Me aparté y me precipité de nuevo.

Mis dedos la agarraron por la cintura, inmovilizándola, salvajes de lujuria y deseo. La penetré con los movimientos espasmódicos y frenéticos de un hombre hambriento de sexo, follándomela hasta la saciedad.

Ahora que había presentado oficialmente una orden de alejamiento contra mi lógica, la agarré por la parte delantera de la garganta y le clavé los dientes en el labio inferior. Mi aliento a menta verde patinó sobre su cara.

El capó del coche calentó sus muslos, aún ardientes por el motor, elevando aún más la temperatura entre nosotros.

Pequeños aullidos desesperados salieron de su boca.

Los únicos sonidos en aquel espacio cavernoso eran mis gruñidos, el roce de nuestras pieles y sus pequeños jadeos de placer. El coche se balanceaba hacia delante y hacia atrás al ritmo de mis embestidas.

Dallas se agarró al antebrazo de mi mano enroscada alrededor de su garganta y pegó la espalda contra el capó del coche mientras yo seguía follándola con fuerza.

La puerta que teníamos detrás se abrió y entró Jared. —Oh, lo siento. No pretendía...

—Lárgate de una puta vez —rugí.

Mi demanda sacudió las paredes con tanta fuerza que me sorprendió que no se hubieran agrietado.

La puerta se cerró enseguida.

Tal vez porque era, con diferencia, la experiencia más placentera que había tenido nunca, el orgasmo no fue instantáneo. Avanzó silenciosamente, agarrando cada uno de mis miembros con sus garras, apoderándose de mí como una droga. Sabía que lamentaría lo que estaba a punto de ocurrir.

Sin embargo, ni siquiera podía contemplar la idea de detenerme.

Dallas se estremeció debajo de mí. Los músculos de sus muslos se tensaron. Al deslizarme unas cuantas veces más dentro de su caliente estrechez, finalmente estallé en su interior.

Fue glorioso. Y, al mismo tiempo, sentí como si alguien me hubiera vaciado el pecho.

Me corrí, y me corrí, y me corrí dentro del coño de Dallas.

Cuando por fin salí, todo entre nosotros estaba pegajoso. Miré entre sus piernas.

Mi espeso semen blanco goteaba desde su raja roja e hinchada hasta el capó de mi coche. Copos rosados de sangre se esparcían por el líquido turbio y lechoso.

Jadeando y sin aliento, me di cuenta de que era la primera vez que me perdía en un momento.

Que lo había olvidado todo.

Incluido el hecho de que *ella* estaba presente.

Mi mirada subió por su coño magullado hasta su torso. En algún momento del acto sexual, le había rasgado la parte superior del vestido sin darme cuenta.

Marcas rojas cubrían sus pechos expuestos. Llenos de araños y mordiscos.

Su cuello aún mostraba las huellas de mis dedos: ¿con qué fuerza la había agarrado?

Y aunque temía ver las secuelas en su cara, no pude contenerme.

Levanté la vista y estuve a punto de vomitar.

Su rostro estaba enrojecido. Una única lágrima silenciosa recorrió su mejilla. Un brillo resplandeciente cubría sus ojos color avellana, casi dorados en su tono y vacíos como mi pecho.

En la comisura de sus labios había aparecido una fina línea de sangre. Obra suya. No mía. Se los había mordido para contener sus gritos de dolor.

Galleta deseaba tanto que me la follara a pelo que había sufrido durante toda la prueba.

Una culpa incomparable se abalanzó sobre mí. La amargura me golpeó el fondo de la garganta.

La había cogido sin tener en cuenta su placer. En contra de mi buen juicio. Y en el proceso, había arruinado su primera experiencia sexual genuina.

—Lo siento. —Me aparté bruscamente de Dallas, volví a meterme en los pantalones la polla chorreante y me subí la cremallera—. Joder. Joder. Estoy tan...

El resto de la frase se desvaneció en mi garganta.

Sacudí la cabeza, aún incrédulo por haberla follado hasta el punto de hacerla sangrar y llorar. Sin siquiera dedicarle una mirada.

Se incorporó. Aquella lágrima solitaria aún brillaba en su mejilla, de algún modo incluso peor que un sollozo fuerte.

—¿Tienes chicle? —La compostura perfecta y uniforme de su voz me sacudió.

De hecho, todo lo relacionado con Dallas me perturbaba.

En piloto automático, saqué dos chicles de mi envase de hojalata y se los tendí. Ella se metió los dos en su bonita boca rosada que nunca volvería a besar ni a follar.

—Galleta... —Me detuve.

Una disculpa no sería suficiente.

—No. Ahora hablo yo. —No hizo ningún movimiento para huir. De abofetearme. De llamar a la policía, a sus padres, a su hermana.

Mi semen seguía goteando gruesas gotas blancas por su coño expuesto. Un único reguero de sangre manchó el capó de mi coche.

Me quedé lo bastante lejos de ella como para no suponer una amenaza y la escuché.

—Quiero que dejes de hacer que me sigan. —Las palabras salieron como si se pronunciaran entre las frías y clínicas paredes de una sala de juntas. Ante un ejército de accionistas, no ante su marido—. No más coches siguiendo a Jared. No más detalles de seguridad. Y no más vigilarme a través de cámaras. Me siento como si fuera una concursante de *Big Brother*.

Solo que nunca podré ganar. —Levantó las manos—. Quiero que éste sea mi hogar, no mi prisión.

La sorpresa de oír que quería quedarse casi me hizo caer de rodillas. Sin embargo, permanecí de pie, con el rostro impasible.

Si algo había aprendido de mi padre era a mantenerte erguido y orgulloso, incluso cuando no tenías nada de lo que estar orgulloso.

Hundió los dientes en el chicle, con una expresión inexpresiva en el rostro, que me recordó a mí mismo por un momento sorprendente. —Dime que lo entiendes y se hará, o me mudo y te doy el divorcio que tanto deseas.

Tenía en la punta de la lengua decirle que le llamaría un Uber que la llevaría de vuelta a *Bibleville*. Sin embargo, mi racionalidad no permitió que mi orgullo anulara mis sentidos.

—Es aceptable.

Respiró entrecortadamente. —Quiero tener un bebé.

Y lo que yo quería era que tomara el Plan B. Pero tal petición sería cobarde. No era culpa suya que yo hubiera perdido el control.

Los dos jugábamos para ganar. El equipo local (yo) había sufrido hoy una derrota inesperada. No había necesidad de engañarla para que no venciera. Por grande que fuera.

Podría quedarse embarazada.

Estos últimos veinte minutos podían determinar el resto de mi vida.

Tomé mi bote de hojalata y me pasé un chicle por los labios. —Pues yo no.

—¿Por qué estás tan en contra de procrear?

—Trauma.

—¿Me lo vas a contar alguna vez?

—No.

No pareció sorprendida por mi respuesta. Ni disgustada. De hecho, mientras avanzaba hacia ella, noté pequeñas burbujas salpicando la lágrima, que *aún* no se había evaporado.

No. No era una lágrima.

—¿Era... saliva?

Me di cuenta, por primera vez, de que en realidad nunca había visto llorar a Dallas.

Jamás.

Algo cambió en mí en ese momento. Ya no veía a Dallas Costa como una molestia. Después de todo, ella llevaba la delantera en casi todos nuestros juegos mentales.

Y esta vez, me había llevado al borde y luego me había hecho caer. Me obligó a follármela a pelo, a sentirme culpable por todo ello y a negociar con ella.

Dallas Costa no era un juguete. Era mi igual, y sería prudente tratarla como tal.

Galleta frunció el ceño, seguramente debatiendo qué quería regatear en nuestra negociación. Si le daba la oportunidad de hablar primero, probablemente me pediría hasta el último centímetro de mi alma.

—Te daré la libertad si me das tiempo. —Las palabras salieron de mi lengua por sí solas.

—¿Tiempo para qué?

Tiempo para deshacerme de ti en mis términos tras completar mi tarea de arruinar a Madison Licht.

—Para pensar en bebés —mentí.

Se lo pensó.

Antes de que pudiera responder, añadí: —Pero yo también tengo una condición.

Se lamió los labios, asintiendo. —No volveré a ver a Madison.

—Promételo.

—Lo prometo.

Saltó del capó del Maybach, con el vestido aún torcido y ceñido a la cintura.

Mi semen le goteaba por el muslo, recorriéndole las rodillas y los tobillos. Sangre seca y enmarañada en forma de nubes se cinceló en el

interior de sus muslos.

Los dos nos quedamos mirándolos en silencio.

—¿Quieres que te lo lama hasta que esté mejor? —me oí gruñir.

—Sí, gracias.

Dallas

Podría afirmarse, con cierta justificación, que a menudo sobreestimo mis capacidades interpretativas.

Pero hoy no.

Hice algo un poco malo.

Vale, *muy* malo.

Fingí una lágrima.

¿Qué puedo decir? Después de que Romeo eligiera una empresa que odiaba en lugar de la prevención del SMSL, fue una experiencia catártica verlo derrumbarse porque pensó que yo estaba angustiada.

No estaba angustiada. En absoluto.

De hecho, amé cuando me agarraba la garganta, adoraba cuando me mordía los pezones y me excitaba cuando me penetraba con tanta fuerza que sentía que me llegaba al vientre.

Y cuando se arrodilló, lamió su propio semen de mis piernas y arrastró la lengua hacia el norte hasta que desapareció dentro de mí, lamiéndome, chupándome, besándome el clítoris y rascándose con los dientes hasta que me corrí en su cara, estaba a punto de donar mis riñones y mi hígado para que me lo repitiera.

¿Podría calificarse de inmoral incitar a Romeo con Madison por millonésima vez?

Por supuesto.

¿Culpar a mi marido para que considerara la posibilidad de tener hijos era una nueva bajeza?

Tal vez.

¿Pero me sentía mal por ello?

En absoluto.

Horas después, me paseaba por casa con un pijama de Disney que había comprado en Internet. Romeo no lo aprobaría de ninguna manera, lo que me llevó a comprar el conjunto en todos los colores.

Después de la cena, que él había tomado en el comedor mientras yo devoraba la mía recién salida del horno, Romeo se metió en su estudio, probablemente haciendo cosas aburridas de mayores.

Yo cotilleaba con Frankie por teléfono, mordisqueando una caña de azúcar. Cada vez que recordaba mi pacto con él, una sonrisa levantaba mis mejillas.

Claro, mi primera experiencia sexual en toda regla fue... *rara*.

Nunca llegué al orgasmo.

Bueno, no hasta que me comió después.

Y me dolía el ajuste demasiado apretado. Pero había algo emocionante en ver a mi marido perder realmente el control por primera vez desde que nos habíamos casado.

—¿Sigue molestandote? —arrulló Frankie en la otra línea—. El cabrón caliente e irritante.

No podía decirle que me había hecho pasar otros malos ratos. No lo entendería. De hecho, tampoco yo entendía lo que estaba pasando entre Romeo y yo.

Sabía que existía una gorda línea roja entre el amor y la lujuria, pero ¿qué pasaba cuando la traspasabas?

No quería averiguarlo.

—¡Es horrible! —dije alegremente, aplastando el bastón entre las muelas—. El peor de todos. Hago cosas constantemente para que se enfade. Hoy mismo he salido a comer con Madison. E invité a los paparazzi.

—Ugh. Madison. —Frankie tuvo arcadas—. Estuvo en Chapel Falls la semana pasada. ¿Te lo conté? Anduve por ahí lamentándome de lo mucho que te echa de menos. Ese cabrón mentiroso. Se llevó a la cama a Deidre Sweeting y a Jean Caldwell con sus lágrimas de cocodrilo. Todo el mundo habla de eso ya.

—Frankie. Los cotilleos mezquinos están por debajo de nosotras.

—Ay, Dal. —Podía imaginarme su ceño exageradamente fruncido—. Pero los cotilleos agradables son muy aburridos.

Las dos soltamos una risita.

—¿Qué tal la escuela? —Cambié de tema, por miedo a que, si hablábamos de Romeo durante demasiado tiempo, me derrumbara y confesara que, por mucho que lo odiara fuera de la cama, dentro de ella era su fan número uno—. ¿Ha pasado algo interesante?

—He suspendido la mayoría de los parciales, lo cual supongo que es fascinante. Al menos para mamá, papá y nuestros entrometidos vecinos.

Suspiré. —Tienes que esforzarte, Frankie.

—Oh, pero lo hago. Estoy haciendo un esfuerzo para no perder mi tarjeta V antes de casarme. Y eso es muy difícil.

—Frankie. Ya sabes lo que pasa si das la leche antes de que él compre la vaca.

—Quizá no quiera que me comprehen. Quizá quiero participar en el maldito siglo XXI.

Si las cosas fueran tan sencillas.

Ambas sabíamos que éramos producto de nuestra educación. Que jugábamos según las reglas del lugar del que procedíamos.

La naturaleza humana, a pesar de todos los progresos que había realizado, seguía siendo tribal por naturaleza. Mudarme a Potomac me había liberado, aunque había cambiado una jaula por otra.

—¿Hay alguien en particular que te haga cosquillas? —Me deslicé por la barandilla del segundo piso al primero, solo para ver si Romeo me ladraba por hacerlo. Para comprobar si había dejado de observarme a través de la cámara de seguridad.

La casa permanecía inquietantemente silenciosa. De momento, estaba cumpliendo su parte del trato.

La sonrisa de mi hermana recorrió la fila.

—Hay muchas personas. —Su voz se volvió sombría al instante—. ¿Estás triste, Dal? ¿De que quizás nunca tengas sexo porque estás casada con un hombre al que odias?

No podía hacerlo.

No podía decirle que ya lo había hecho.

Que era primitivo, estimulante y celestial.

Que lo único que quería era acostarme con mi marido y todo lo que ello conllevaba.

Sobre todo, no quería decirle lo divertido que era el sexo cuando jugaba con la tentación de practicarlo ella misma, y fuera del matrimonio.

No era una mojigata, pero también sabía los problemas que le esperaban si Chapel Falls la consideraba comprometida. Por desgracia, lo sabía de primera mano.

Me quedé helada junto a la entrada de la cocina, descalza. —Estoy segura de que algún día me pasará a mí.

—Sí. En algún momento lo romperás y te dará el divorcio. Estoy segura.

Pero eso significaría que se acabaría el sexo con mi marido, ridículamente ardiente, que me cambiaría la vida y me haría temblar la tierra. No más orgasmos bajo su talentosa lengua. Ni bebés con sus ojos grises.

No. No quería el divorcio.

En absoluto.

Después de colgar y terminar mi tercera cena del día (bistek tagalog de Hettie y lumpia frita), me retiré a mi habitación a leer mis libros de Henry Plotkin, que Romeo había devuelto del exilio. Era hora de releerlos antes del decimocuarto y último libro de la serie.

—Galleta. —La voz arrogante de Romeo gruñó desde las fauces de su estudio—. Ven.

¿Quieres decir... como me vine hoy?

Riéndome para mis adentros, seguí sus instrucciones.

Estaba sentado tras un escritorio de caoba, trabajando en su portátil, con una biblioteca de, literalmente, todos los libros ilegibles con los que me había cruzado.

—¿Sí? —Me agaché para subirme los divertidos calcetines por encima del chándal de Minnie Mouse.

—¿Es Halloween?

—No.

—¿Entonces por qué vas disfrazada como un infante?

Me adentré en el despacho y le mostré una sonrisa alegre, sabiendo que eso, en particular, le ponía de mal humor. —Lo primero es la comodidad, ¿no?

—Error. —Sus dedos patinaron sobre el teclado—. La comodidad es lo que buscan los mediocres cuando se dan cuenta de que la moneda del éxito es el trabajo duro.

Naturalmente, me dirigi a su biblioteca y me fijé en la última fila de unos quince libros. Tapas duras de lino, sin sobrecubiertas ni indicación alguna del contenido.

Toqué uno, lo saqué de su hueco y lo volví a meter. —¿Son de decoración?

Ni siquiera se volvió para ver a qué me había referido. —No.

—¿Cómo puedes saber qué libro es cuál?

—Abriéndolos.

—¿Es una extraña cosa estética que hace la gente rica para que los pobres no sepan lo que leen?

—Eres rica.

—Sí, pero soy una persona rica anormal.

—Eres una persona anormal. Y punto. Y no, no se trata de *ninguna cosa estética rara que hacen los ricos para mantener a los indigentes adivinando lo que leen*.

—Entonces... ¿el librero los vendió así? Eso debería ser delito.

—Venían con sobrecubiertas.

Separé los labios, horrorizada ante la idea de destrozarlos. —¿Qué les ha pasado?

—Ahora están en los libros que te regalé.

—¿Qué libros?

Seguro que no se refería a *esos* libros.

—*Su Toque Sucio. El empujón de un amante. Con los ojos vendados por mi profesor. Dominada por dos alfas alienígenas.* ¿Debo continuar? Pierdo una neurona por cada segundo que hablamos de ellos.

Intenté recordar si me había tomado la molestia de mirar más allá de las sobrecubiertas y ver qué libros había debajo. No lo había hecho. *Uy.*

—Ah, esos libros.

Romeo entrecerró los ojos. —Sí, esos libros. ¿Los has terminado?

Oh, sí que están terminados...

—Se podría decir que...

—¿Qué ha pasado?

Bostecé, tapándome la boca con la mano para ocultar mis siguientes palabras. —Puede que los haya quemado.

—*Los quemaste.* —Su mandíbula hizo un tic. El más mínimo movimiento.

Si no estuviera prestando atención a cada minucioso detalle de mi marido, no lo habría notado.

Jugueteé con el borde de la camisa, mirando fijamente a Minnie Mouse. Pensé que era demasiado tarde para disculparme. Lo pasado, pasado está.

—Sí. —Agité una mano—. Pasó hace mucho tiempo. No hace falta volver al pasado.

—Ya que estamos, podríamos prohibir los cursos de historia. También la educación de Kindergarten a 12º grado.

—Mmmh. Deberíamos. —Asentí rápidamente, sonriendo a Romeo—. Funcionó muy bien para las mujeres en el pasado.

Y no. Seguía sin atreverme a disculparme.

¿Por qué era así?

Mejor pregunta: ¿por qué *él* era así?

Herví en su potente silencio, abanicándome las mejillas con una tapa dura de lino indiscernible.

Romeo siguió tecleando en su portátil. Se detuvo un momento, desenfundó su vieja lata y sacó de su interior un rectángulo blanco, metiéndoselo en la boca.

Su chicle.

Quería acercarme. Sumergirme en su pasado. Echar un vistazo al envase, que por primera vez noté que tenía un único defecto. Una pequeña abolladura en la esquina que estropeaba la superficie mate, por lo demás lisa.

En lugar de eso, hice ademán de seguir examinando sus estanterías. Mis dedos rozaron cada lomo desnudo. No tenía ningún problema en disculparme por los libros.

De hecho, también habría celebrado una vigilia a la luz de las velas, si no pensara que sería de mal gusto, teniendo en cuenta cómo sus cubiertas habían encontrado la muerte prematuramente.

Junté las palmas de las manos y elevé una plegaria silenciosa a todos y cada uno de aquellos cuya piel había achicharrado en la hoguera.

Por favor, Señor, límpiame de mis pecados y encuentra a estos libros un hogar mejor en la otra vida. Preferiblemente con alguien con gusto. ¿La vasta historia de los estados financieros? ¿De verdad?

Por el lado bueno, por fin había descubierto las adicciones de Romeo, aparte de los chicles y mi miseria-dinero. Toda su estantería estaba llena de filas y filas de libros de finanzas.

Me pareció extraño. Hubiera jurado, basándome en mis estelares dotes de fisgona, que había estudiado ingeniería durante la licenciatura y se había centrado en Gestión Empresarial para su MBA.

Ladeé la cabeza, dándome cuenta de algo. —¿Memorizaste los libros que escogí en aquella librería indie?

Por fin rompió su silencio y se encaró conmigo, respondiendo a mi pregunta entre tandas de taladrarme la cabeza con sus ojos grises escarchados.

—Nada más que un subproducto de mi memoria superior. *No hace falta volver al pasado.* —Me arrancó el libro de los dedos y me lo metió en la boca, justo entre los dientes—. ¿Has terminado?

No esperó a que respondiera, volviendo a su portátil.

Expectorando el libro en mi mano, avancé hacia él. —Deberías dedicarte a las finanzas. Seguro que, si haces algo que te gusta, abandonarías tu *Misión Imposible: Vengarse de papá por ser un malvado*.

—Gran plan. Solo hay que descuidar toda mi carrera en Costa Indus...

—No es una carrera. Es una búsqueda de venganza. Y es infantil. Te chupa la alegría y el alma. —Agité la tapa dura desvestida que tenía en la palma de la mano y que probablemente se titulaba *Riqueza Generacional: La Historia Imperial de los Mediocres Bebés Nepo* o algo igualmente soporífero—. Te encanta trabajar con dinero. La vida es demasiado corta para no hacer lo que amas.

—La vida es lo bastante larga como para llegar a hacer ambas cosas.

El repentino impulso de abrazarlo se apoderó de mí. —Oh, Romeo. Nunca sabes si tu próximo aliento será el último. Qué tonto eres por no aprovechar el momento.

En el televisor montado en la pared junto a él, un segmento de las noticias parpadeó en la pantalla.

Un hacker ataca Licht Holdings, LLC.

El titular rodante informaba de que un pirata informático anónimo había robado y filtrado debidamente en Internet los planos clave de una nueva arma tecnológica, dejando sin valor toda la producción.

Esto tenía las huellas dactilares de mi marido por todas partes. El hombre no descansaría hasta tener a Madison agarrado por el cuello.

Hice un mohín y entrecerré los ojos. —Vaya. No sabía que Zach se metiera con la piratería informática.

¿Dónde estaba cuando Sav me grabó llenándome el sujetador de tartas de chocolate en la fiesta de pijamas de Emilie y aprovechó las imágenes para mi edición limitada de Jimmy Choos?

Romeo no levantó los ojos de la pantalla, seguía tecleando. —No lo sabe.

En realidad, no esperaba que me confiara nada.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Tengo una sorpresa para ti.

Mi corazón dio inmediatamente saltos de alegría, expandiéndose y contrayéndose a velocidades récord. La presión aumentó entre mis piernas.

—¿Podemos hacerlo en tu escritorio? ¿Puedo subir y vestirme como una secretaria sexy?

Por fin. Una oportunidad para utilizar todas esas faldas lápiz que me había regalado Cara.

Y pensar que casi las había tomado como un mensaje subliminal de Romeo para que consiguiera un trabajo.

Aquellos ojos grises se levantaron de su pantalla, coloreándolos de sorpresa y... ¿era eso deleite?

—No hablaba de sexo.

—Ah.

—Pero es bueno saber que no te he marcado de por vida después de esta tarde.

La mirada que me dirigió me dijo que sabía que había fingido esas lágrimas, que no le hacía gracia y que me castigaría más tarde por ello.

Con suerte, en el dormitorio. Sobre sus rodillas. Mientras llevaba el uniforme de colegiala que había comprado en previsión de esta situación.

Me deshice de su juicio. Le devolví la tapa dura y apoyé el culo en el borde de su escritorio. —Bueno. ¿Qué tienes para mí?

Se echó hacia atrás en la silla, me agarró la parte exterior del muslo a través del pantalón de chándal y me subió la áspera palma de la mano por la cadera hasta agarrarme la cintura.

—Como hoy he sido tan tonto como para comprarme tus lágrimas, he donado dos edificios a nombre de nuestra familia. Uno a Georgetown y el otro a Johns Hopkins.

Parpadeé, sin comprender aún. —¿Vas a convertirlos en bibliotecas para mí? Parece un poco extremo despojar a tantos estudiantes de su título...

—Ahora puedes elegir qué universidad quieres para completar tu carrera universitaria. —Su barbilla respingona me dijo que pensaba que me había hecho un favor.

Yo, en cambio, quería darle una tonta bofetada.

Qué cosa más horrible.

¿Acaso no me conocía?

Quizá me había excedido al darle la lata por haberme desplumado a mitad de carrera.

Al interpretar erróneamente la sorpresa de mi rostro como asombro y gratitud, una sonrisa lobuna se dibujó en su deliciosa boca. —Puedes agradecérmelo chupándome la polla, aunque también me gustaría comerte en la encimera de la cocina.

Levanté las manos, gimiendo. —¿Cómo has podido hacerme eso?

Eso borró la sonrisa de su cara.

—Abandonaste Emory —señaló, como si se me hubiera escapado el detalle.

—Sí. —Le clavé un dedo acusador en el pecho—. Y eso era literalmente lo único que esperaba cuando me tomaste como esposa.

—¿No quieres un título universitario? —La máscara de indiferencia volvió a sus ojos.

—Claro que no. —Negué con la cabeza—. ¿Conoces a alguien que merezca la pena que tenga uno?

Me miró fijamente de un modo que sugería que había hablado en un idioma totalmente distinto.

Suspiré y enumeré las mentes más brillantes de nuestra generación, todas ellas sin título. —Steve Jobs, Mark Zuckerberg, Bill Gates, Jack Dorsey...

—Galleta. —Frunció el ceño—. No creo que corras el riesgo de privar al mundo de un genio de la tecnología en ciernes. De hecho, cuando

tu teléfono se congela, lo aplastas contra una superficie dura en lugar de reiniciarlo. Te he visto hacerlo. Varias veces. No sabes nada de tecnología ni de redes sociales. Además, prácticamente todas esas personas abandonaron las escuelas de la Ivy League, en las que no necesitaban donaciones enteras de edificios para ser aceptados.

—¿Estás diciendo que soy estúpida? —Añadí un tono insultante a mi voz, sobre todo para desviarle del tema de mi título universitario inacabado.

—No. Has demostrado ser increíblemente inteligente.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No pienso casarme con una mujer inculta.

—Deberías haberlo pensado antes de secuestrar a una. —Empecé a cambiar las cosas de sitio (bolígrafos, grapadora, pisapapeles) solo para dejar mi huella en esta habitación habitualmente intacta.

Ahora que lo pensaba, no le vendrían mal algunas obras de arte. ¿Quizá un toque de color?

—Terminarás la carrera. —Me agarró de la muñeca, apartándome suavemente de seguir desordenando su espacio de trabajo—. Y ya está.

—¿Y si no qué? —Me deslicé de su escritorio, sentándome ahora a horcajadas sobre él en su silla. Le rodeé los hombros con los brazos y lo miré a la cara—. ¿Me vas a echar a los Hamptons? ¿A Chapel Falls?

Los dos sabíamos que no iba a ir a ninguna parte.

No sabía por qué ni cómo, exactamente, esto se había convertido en un acuerdo silencioso entre nosotros, pero creo que, de alguna manera desordenada y completamente malsana, lo que fuera que se estuviera gestando dentro de esta mansión era mejor que la realidad que ambos habíamos vivido antes.

Me agarró por el culo, apretándome contra su erección.

Los músculos de su mandíbula saltaron y sus ojos se encapucharon.
—A la mierda. Te compraré un título.

—Lo quemaré —repliqué—. Quiero que la gente sepa que soy autodidacta.

—¿En qué? ¿En sentarte en el sofá y lamer crema de Oreo? —Su dura longitud abrió mi raja a través de nuestra ropa, chocando con mi clítoris—. Al menos llegar a ser presidenta de una organización sin ánimo de lucro.

Negué con la cabeza. —Seguiré haciendo donaciones benéficas entre bastidores.

Me examinó, perplejo. —¿Por qué?

—Porque no necesito impresionar a nadie, y tú tampoco. —Me incliné para besarlo. Atrapó mis labios entre los suyos, arrastrándome a un beso profundo y lleno de lengua—. Ahora, ¿me desnudo?

—Por supuesto. —Me apartó de él y volvió a concentrarse en su trabajo—. Pero solo porque lo que llevas puesto es una monstruosidad. Estoy ocupado.

Aunque me echó discretamente de su estudio, me alegré bastante cuando salí pavoneándome. Era nuestra primera interacción no tóxica.

Resultaba patético que me sintiera eufórica.

Pero así fue.

Volví a la cocina a por una botella de agua —siempre tenía mucha sed después de nuestros encuentros— y volví a pasar por delante de su despacho de camino al piso de arriba.

Me detuve al darme cuenta de que ya no tenía los ojos fijos en la pantalla. Ahora tenía los codos apoyados en la mesa y la cabeza ahuecada, mirando hacia abajo.

Parecía exasperado.

Insatisfecho.

Y ya no me odiaba.

Dallas

Romeo y yo nos deslizamos hacia una rutina.

Una rutina en la que yo hacía lo que quería cuando quería, y él dejaba de molestarme por ello.

Consistía principalmente en comidas con Hettie, visitas a las bibliotecas locales y atracones de Henry Plotkin en previsión del decimocuarto y último.

No era exactamente una vida al límite.

Esta noche transcurrió como cualquier otra. Mientras yo me cernía sobre los fogones y me zampaba una panceta de adobo antes de que Hettie pudiera emplatarla, Romeo se comía su aburrido pollo en su aburrido despacho.

Dios no permitiera que lo pillaran siendo civilizado con su mujer delante de su personal.

—No eres una fregona, Dal. —Hettie me apartó la olla de un tirón—. No hace falta que lamas la batería de cocina para limpiarla.

—Se llama eficiencia. Estoy ahorrando agua para la sequía.

—¿La del otro lado del país?

—Se llama patriotismo, Hettie.

—Las dos sabemos que acabas de cenar en punto dos segundos cada noche para echarme antes y que Lucifer y tú puedan volverse locos.

Como no había dicho más que la verdad, hice exactamente eso, acompañándola a ella y a Vernon a la puerta.

Cuando Romeo entró en mi habitación, yo lo esperaba sobre el edredón, desnuda, con Henry Plotkin en una mano y un rotulador fluorescente en la otra.

En realidad, contaba los días, las horas, los minutos que faltaban para que me viniera la regla. Deseaba con todas mis fuerzas despertarme por la mañana (vale, por la tarde) y descubrir que tenía un retraso.

Nada me haría más feliz que estar embarazada. Estaba segura de ello.

Aunque mi bendición fuera la maldición de Romeo.

Romeo se acercó a mí e intentó apartar mis dedos de la tapa dura.

—Espera. —Hice un mohín, tirando de él hacia atrás—. Madison está a punto de...

Se quedó inmóvil. —¿Madison?

—El *personaje*. La hermana de Henry.

¿Madison la escoria, en cambio? No había sabido nada de él desde el enfrentamiento en Le Bleu.

Mentiría si dijera que me sentía bien por cómo habíamos dejado las cosas. No por culpa. Madison me utilizó como herramienta contra mi marido, que luego me utilizó a mí como herramienta contra Madison.

Si yo fuera juez, ambos serían condenados por delitos. Era un asco saber que los tres estábamos atrapados en ese limbo de poder, ego y dinero.

Solté el libro y dejé que Romeo lo dejara sobre la mesilla. Luego procedió a mostrarme el paraíso en un lugar que debería haber sido mi infierno personal.

Hicimos de todo menos sexo. Pasamos horas explorando el cuerpo del otro. Cada músculo. Cada curva. Todo lamido, besado, raspado y chupado.

Conocía mi cuerpo al dedillo. La marca de belleza bajo el hueso de mi cadera derecha. Cada peca de mi hombro.

Y yo lo había estudiado a fondo, aprendiendo exactamente dónde tenía cosquillas (entre el paquete de seis y el hueso de la cadera), qué le hacía aspirar (cuando le cubría la coronilla de la polla con la boca y luego soplaban aire en la punta) y qué toleraba simplemente porque sabía que yo disfrutaba con ello (cuando le lamía la concha de la oreja. Se le ponía la piel de gallina).

A las doce y dos de la noche, se deslizó los pantalones por las piernas. Yo estaba tumbada en la cama, con los labios hinchados, el pelo revuelto y

el cuerpo deliciosamente dolorido.

Romeo echó un vistazo a la pobre flor y murmuró algo que sonaba sospechosamente a —... incapacidad para cuidar de una planta de interior, no digamos ya de un niño entero.

La rosa de Vernon se había impuesto a la imposible yo.

Mi habitación privada de sol, el agua sucia en la que se maceraba y mi falta de atención general.

De vez en cuando, Romeo se ocupaba de ella, cambiándole el agua. Una vez incluso cogió las tijeras que yo utilizaba para cortarme las cejas y cortó la punta de la rosa.

Tal vez por eso solo se le había caído un pétalo desde que empezamos a liarnos con regularidad.

No sabía qué me impresionaba más: la habilidad de Vernon para crear una subespecie de rosa o el rasgo oculto de mi marido de cuidar las cosas con la delicadeza de un padre cariñoso.

A la mañana siguiente, bailé alrededor de la isla de la cocina con Hettie, inmersas en un desafío de chocolate.

Ante nosotros se extendían todas las marcas bajo el sol. Godiva, Cadbury, Dove, Ghirardelli, Lindt y La Maison du Chocolat.

Vernon, nuestro juez, estaba sentado en un taburete, encima de cuatro gruesos libros de texto de finanzas que había robado del despacho de Romeo para ganar altura. Ni Hettie ni yo podíamos verle a través de nuestras vendas.

Mordisqueé una perla de ganache de frambuesa. —Godiva.

Vernon se aclaró la garganta, interrumpiendo mi ventaja de 4-3. —Señora Costa, tiene un invitado.

Como siempre, insistió en llamarme Sra. Costa.

Y como siempre, me estremecí visiblemente.

Me arranqué la venda de los ojos, jadeando. —¡Frankie!

Pero no era ella.

Tampoco mamá.

Mis pulmones se vaciaron, una ráfaga de aire pasó silbando por mis labios.

Shepherd Townsend estaba ante mí.

Revoloteaba junto a la puerta, con el sombrero en la mano, cambiando su peso de un pie a otro.

Llevaba el traje que más me gustaba. Negro con rayas amarillas. Una graciosa combinación que le valió el apodo de Bubba Bee.

Aquellos días parecían eones atrás.

Ahora no me reía.

—Dallas. No has contestado a mis llamadas.

Aparté el chocolate. —Sí, soy consciente.

—Esperaba que pudiéramos hablar. —Levantó un hombro, inseguro de sí mismo por una vez.

Tiró de la cuerda de mi corazón, si no la anudó por completo en un montón enmarañado. A pesar de sus acciones, no podía odiarlo del todo.

Señalé la mesa repleta de postres que tenía delante. —Está claro que estoy ocupada.

Una ira espinosa me subió por la garganta. Iba más allá del acto de prometerme a Romeo sin mi consentimiento. Papá también lo había hecho antes con Madison.

Lo que me carbonizó por dentro fue el momento revelador en que mi ahora marido me sacó de la casa de mi infancia, descalza y en bata de dormir.

En ese instante, con la claridad de un espejo recién pulido, supe que mi padre no me salvaría.

Se suponía que los padres debían proteger a sus hijos. No la reputación de su familia.

Shepherd Townsend operaba en un mundo de hombres. Donde las mujeres eran una novedad. Simples criaturas bobaliconas a las que se podía calmar con una tarjeta de crédito.

Creía que encontraría la felicidad con Madison, igual que había apostado a que me acostumbraría a Romeo. Al fin y al cabo, ambos eran

agradables a la vista y asquerosamente ricos.

—¿Qué más podía desear una mujer?

—*Qué?*

Quizá una voz. Poder. Respeto.

Mi padre era un machista. Igual que el resto de Chapel Falls. Ahora que ya no vivía bajo su techo, podía demostrarle exactamente lo que pensaba de su visión del mundo.

Una oleada de sorpresa empapó el rostro de papá. —Seguro que podrías dedicarme unos minutos.

Mientras Hettie y Vernon se escabullían, dándonos una indeseada intimidad, yo galopaba por la isla, reuniendo los ingredientes para la nata montada casera.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Porque no tengo hijos que criar? ¿Suelos que barrer? ¿Almuerzos que organizar? ¿Porque soy una mujer, papá?

A este paso, necesitaría una carretilla elevadora para devolver la mandíbula a su posición vertical.

Por el lado bueno, quizá podría disculparse ante la sociedad por su machismo donando sus ojos a la ciencia. Ni siquiera sabía que esos cachorros pudieran crecer tanto. O estar tan vacíos. Como dos planetas desiertos.

—¿De dónde viene esto? Antes eras tan dulce. —El sombrero de papá se le escapó de los dedos, cayendo al suelo—. ¿Qué te ha pasado?

—Lo que les pasa a todas las chicas que escapan de Chapel Falls. —Una sonrisa triste se cernió sobre mi boca—. Crecí y me di cuenta de que hay vida más allá de los muros cubiertos de hiedra de Chapel Falls. Que, en esta vida, a las mujeres se les permite cometer errores, ser humanas, experimentar la vida tan plena e íntegramente como los hombres, sin pagar un precio horrible.

—Sabías lo que ocurriría si te pillaban con un hombre antes del matrimonio. Yo no hice las reglas. Las hizo la sociedad.

—Hace dos mil años. La mayor parte de la sociedad americana ya no vive como nosotros.

—Llevas enfadada conmigo desde antes de mudarte a Maryland.

De algún modo, parecía más pequeño. Más viejo. Mucho menos poderoso de lo que recordaba.

El tiempo que pasamos separados había apagado ese brillo supremo que una vez irradió de él. El que todas las chicas veían en su padre antes de que la realidad lo borrara.

—Sí. —Me enjuagué las manos, limpiándolas en un trapo, junto con toda ilusión relativa a la preocupación de mi padre por mí—. Me di cuenta, después de que me entregaras a Romeo, de que yo tampoco había elegido nunca a Madison. En aquel momento, acepté para no disgustarte. Nunca me has dado voz. Qué irónico que haya encontrado la mía, de todos modos, y nada menos que en la jaula dorada a la que me enviaste.

Papá observó nuestro entorno.

La belleza. La suntuosidad. La riqueza.

—Pensé que sería bueno contigo. La reputación de Costa es intachable. ¿De verdad es tan malo aquí?

No. En absoluto.

Pero tampoco fue *elección* mía.

Justo cuando me disponía a decirle lo que pensaba, unos pasos rápidos resonaron por el pasillo. El paso. La confianza silenciosa.

Solo podía ser mi marido.

Ocurrieron dos cosas a la vez. Primero, mi corazón dio un vuelco, ansioso por volver a verlo, aunque solo habían pasado tres horas desde que se había dado un festín conmigo en el desayuno.

En segundo lugar, mis nervios —ya tan tensos que temía que se me rompieran como gomas elásticas— se pusieron a flor de piel.

Romeo entró a grandes zancadas, más grande e imponente que mi padre.

Que la cocina.

Que su *mansión*.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? Que mi marido —vestido de punta en blanco, con la mandíbula demasiado afilada y los ojos cenicientos

— era él mismo un arma de guerra.

Pasó por delante de mi padre, captó mi expresión y dirigió su mirada hacia Shep Townsend.

Un escalofrío zigzagueó entre nosotros.

—¿Tienes invitación para estar aquí?

El ego hinchó el pecho de papá.

Antes, unas arrugas le habían surcado la frente, delatando su frustración conmigo. Ante las palabras de Romeo, se plancharon. Shepherd Townsend se negó a dejarse aleccionar por un hombre de la mitad de su edad.

—No necesito invitación. Mi hija...

—Es mi esposa, mi responsabilidad y, por tanto, asunto mío. Actualmente no quiere hablar contigo. A menos que me equivoque. —Romeo giró hacia mí, enarcando una ceja.

No tuve que negar con la cabeza.

Me leyó los ojos.

Me *leyó*.

Se volvió hacia mi padre. —Vete.

—Dallas... —Mi padre, que ya no era mi padre, me di cuenta, se puso el traje entre las manos, intentando establecer contacto visual—. ¿De verdad vas a tratar así a tu propio padre?

La culpa me atravesó el pecho, pasó las costillas y me llegó al corazón. Lo ignoré, cruzándome de brazos.

Levantó las manos cuando Vernon se materializó detrás de él, guiándolo por el codo. —Le dijiste a tu mamá que eras feliz.

—Le dije muchas cosas a mamá para que no se le rompiera el corazón. —Tragué saliva—. Tu corazón, por el contrario, merece hacerse polvo.

—Permíteme que te lo ponga más fácil, Shep. —Romeo plantó una mano en el hombro de mi padre. Me sorprendió que éste no se hundiera por completo en el suelo y desapareciera entre sus grietas—. Si te sorprendo aquí una vez más, sin ser invitado ni bienvenido, te cortaré las piernas para

asegurarme de que tus errores no se conviertan en un hábito. No subestimes mi mala leche. Al fin y al cabo, *arruiné* la reputación, el compromiso y la vida de tu primogénita, todo en una sola noche. Soy terriblemente hábil en lo que se refiere a la crueldad. Es un talento heredado. Convertirme en enemigo no es para los débiles de corazón.

La calma de acero que se instaló en mis hombros al ver el traslado forzoso de mi padre debería haberme sacudido.

No me reconocía. Sin embargo, sabía que nunca volvería a ser la antigua yo.

Pasara lo que pasara.

Georgia siempre sería dueña de mi alma, pero sospechaba que mi corazón vivía aquí. En Potomac.

Una peligrosa esperanza bullía en mi interior. Quizá mi embarazo no empañaría la inmaculada existencia de Romeo.

¿Y si pudiera convencerlo de que dar la vida a otra persona valía más que arruinar la de su padre?

Mis ojos se aferraron a Romeo, que se apoyaba en el respaldo de un taburete tapizado, mirándome con una mezcla de ternura y aversión.

En las raras ocasiones en que me mostraba amabilidad, se despreciaba a sí mismo por ello.

Frunció el ceño, malinterpretando mi mirada anhelante como una mirada acusadora. —Creía que querías librarte de él.

—Sí, quería.

—Entonces, ¿por qué me miras?

—¿Normalmente no te miro?

—Solo cuando quieres que te coman o has perdido la tarjeta de crédito y necesitas una nueva.

Señor, ¿era verdad?

Había estado tan ocupada comparándolo con el personaje enamoradizo de Shakespeare que no me había dado cuenta de que yo tampoco había ganado ningún premio a la Esposa del Año.

—Pues ahora te estoy mirando —espeté—. Y me gusta lo que veo.

Echó la cabeza hacia atrás. —¿Estás borracha?

—¿No puedo hacerte un cumplido?

—Yo soy quien hace los pagamentos en esta relación. Sea lo que sea lo que estés haciendo, déjalo inmediatamente.

De algún modo, nuestras miradas se habían enredado tanto que no supe cómo apartar la mía.

Él se retiró primero con un movimiento de cabeza. —Me voy al gimnasio.

Le habría seguido. De verdad. Pero los aparatos de gimnasia parecían primos lejanos de la guillotina. No era culpa mía haber entrado en este mundo con unos instintos de autoconservación por las nubes.

Hice un mohín. —Siempre vas al gimnasio.

—Así es. —Romeo abrió la nevera, cogió una botella de agua y se la bebió de un trago—. Quiero ver una edad mayor que treinta y tres años, y tu única misión en la vida parece ser desgastarme.

Aplastó el plástico en el puño y lo tiró a la papelera de reciclaje.

—¿Vendrás después a mi habitación?

Me arrepentí inmediatamente de la pregunta. Sonaba pegajosa.

Nunca había esperado a que Romeo llegara. Simplemente iba. Y en las raras ocasiones en que no lo hacía, yo fingía no darme cuenta.

Romeo se volvió completamente hacia mí, observándome. —*Por qué?*

De acuerdo. Podría haber prescindido de la incredulidad.

—Quizá te he echado de menos —murmuré.

—Espero que no sea el caso. Puede que ya no seamos enemigos, Galleta, pero nunca seremos amantes. —Rozó su hombro con el mío al salir de la cocina—. Asegúrate de que Hettie limpia todo el chocolate derretido de la encimera. Rodarán cabezas si encuentro una hormiga dentro de mi mansión.

Dallas

Después de que Romeo me golpeara con el bastón de la verdad, me di un baño para borrar sus palabras de mi piel.

Quería que fuéramos pareja. Una *de verdad*. No sabía cuándo había ocurrido, pero ahora que lo sabía, cualquier otro desenlace acabaría en devastación.

El segundo golpe del día llegó en forma de una mancha rosa salpicada en mi ropa interior. Grande, atrevida e inconfundible.

Y un día antes.

Sostuve el algodón a la luz como si existiera alguna duda sobre lo que era. La visión me abrió en canal. La miseria penetró por la herida abierta.

La mancha parecía una traición. Como pena y autodesprecio.

Introduje la tela en mis tijeras más afiladas, tiré los jirones a la basura y tiré del tapón de la bañera, negándose a pudrirme en mi propia sangre.

Si no oliera como un burdel desde esta mañana, habría renunciado por completo a ducharme. En lugar de eso, lo hice rápido, me encogí de hombros, me puse el pijama más cómodo e infantil y me metí debajo del edredón.

El tercer golpe llegó cuando me propuse llorar, sin conseguir conjurar las lágrimas que me habían eludido toda la vida.

Necesitaba alivio. Llegara como llegara.

Sin embargo, una vez más, mi cuerpo me falló.

En lágrimas.

En fertilidad.

Bien. No era culpa de mis óvulos que sufrieran una sequía de esperma. Simplemente prefería no reconocer la simple verdad.

Romeo se negaba a acostarse conmigo. A pesar de mis insinuaciones. A pesar de todas las deliciosas actividades *casi sexuales* que nos hacían estremecer los dedos de los pies e inducían al orgasmo.

El comienzo de una tormenta me acarició los tobillos, enroscándose en ellos.

La visita inesperada de mi padre. El rechazo de mi marido. Mi menstruación. Mi ausencia general de sexo. Se arremolinaban juntas, ganando fuerza, gestándose en algo siniestro y peligroso.

Así que, horas después, cuando la puerta se abrió de golpe, supe que la visita no acabaría bien.

Romeo nunca llamaba a la puerta y nunca me había importado.

Solo que esta noche sí me importaba.

Su sombra se deslizó por la elegante oscuridad. Se detuvo justo encima de mí, y su olor a menta verde, colonia y hombre potente llegó hasta mis fosas nasales.

Vino.

¿Porque se lo pedí? ¿Porque me echaba de menos? ¿O porque necesitaba satisfacer sus necesidades?

Nunca sabría decirlo.

Romeo recorrió con los nudillos su constelación favorita de pecas en mi mejilla.

—¿Qué hay en el menú de esta noche, Sra. Costa? —El tono ronco y grave me atravesó—. ¿Otro sesenta y nueve, o puedo follarme por fin tu apretado culito?

Al oír sus palabras, la tormenta se transformó en huracán, supurando en algún lugar profundo y subiendo a la superficie.

A diferencia de la calamidad natural, su velocidad e ira no se debilitaron al tocar tierra.

Se multiplicaron. Se multiplicó por diez.

Le aparté de un manotazo. —Sal de mi habitación y no vuelvas nunca.

Te odio. Te odio con todo lo que llevo dentro y más.

Señor, ¿siempre me había dolido tanto respirar?

Era cierto lo que decían. No hay ley de conservación para el amor. No recibes lo que das.

—¿Es por nuestra conversación de antes? —Su tono ligero y despreocupado bien podría haber sido un puñal—. La dicotomía es la mejor amiga de un simplón. Deberías apuntar más alto, Galleta. El amor no está en nuestras cartas, pero eso no significa que no podamos disfrutar de nuestra mutua compañía. Si de verdad no pudiera soportar nuestros breves encuentros, te habría concedido el divorcio que tanto deseas.

No quiero el divorcio, estúpido egoísta.

Quería cenas a la luz de las velas, citas para ir al cine y bromas internas que nadie más entendiera. Quería besos, palabras reconfortantes, ser su luz brillante cuando la penumbra se apoderara de él.

Me eché el edredón por encima. —Lárgate.

—¿Qué te pasa? —La temperatura de la habitación bajó, indicando su cambio de humor—. Llevas todo el día actuando de forma extraña.

—Ya sabes —murmuré contra la almohada—. No creo que Leonardo DiCaprio triunfara de verdad en *Romeo y Julieta*. Creo que lo que le puso en el mapa fue *Titanic*. Y creo que todo el mundo sintió pena por él. Esa maldita puerta claramente podría haberle servido tanto a él como a Rose.

El silencio que siguió me produjo una oleada de pánico.

Seguro que no se había ido.

Por desgracia, no lo hizo.

—Estoy segura de que hay una lógica detrás de tus palabras, aunque, por mi vida, no puedo encontrarla.

—¡Quiero acostarme con alguien que me conceda un lugar en la puerta! —Tiré el edredón, mirándolo fijamente en la oscuridad.

Me evaluó como si nos viéramos por primera vez. Evaluándome, tomando notas, decidiendo cómo quería enfocar el asunto.

—No tenemos por qué ir de crucero. Personalmente, me desagradan mucho los yates...

—Arghh, Romeo. —Salí disparada de la cama, empujándole el pecho. Prácticamente rezumaba desesperación. Ni siquiera sabía por qué—. Ahora no voy a hablar de yates.

Encendió la luz.

Ninguno de los dos dijo nada.

Esperó a que le dijera algo con sentido. Decidí acabar con su sufrimiento.

—Felicidades. —Me acerqué a la puerta y la abrí, esperando a que se fuera—. Me ha venido la regla.

Romeo se quedó allí de pie. En silencio.

No tenía la sensación de que estuviera contento.

Tampoco tuve la sensación de que estuviera triste.

—Lo siento. —Las palabras goteaban obligación.

—No, no lo sientes. —Abrí más la puerta—. Ahora vete.

—¿Me invitarás a volver en un futuro próximo?

—Solo si quieres tener sexo como un matrimonio.

—¿Aburrido, rápido y cada dos semanas? —Me di cuenta de que no quería discutir, no quería que volviéramos a ser enemigos, pero tampoco quería encontrarme a mitad de camino, fuera como fuera.

—Sin condón.

Antes, había considerado que el vacío que había en mi interior no tenía fondo. Pero cuando se marchó, tan pétreo como había venido, creció y creció, hasta que tuve la certeza de que, si alguien gritaba en mi boca, le seguiría un eco terrible.

Sabía que no volvería.

Ni mañana.

Ni la semana que viene.

Ni siquiera el mes que viene.

Había esquivado una bala y no se atrevería a volver a meterse con un arma cargada.

Tuve una oportunidad.
Y mi cuerpo la echó a perder.

Dallas

Encontré la voluntad para atraer a mi marido al sexo sin protección al quinto día de nuestra guerra fría.

Con el final de la menstruación, me desperté con energía, eones antes de mi alarma de las dos de la tarde, y pasé un tiempo odioso arreglándome, incluso afeitándome todo lo que quedaba al sur de la barbilla.

Desde nuestra pelea, Romeo me había evitado a toda costa.

Eso se acababa ahora.

Llegué al comedor con floritura, a las seis de la mañana en punto, sabiendo que Romeo estaría allí tras su carrera de ocho kilómetros y su ducha helada.

En verdad, debería ser yo la que desconfiara de criar con él. ¿No eran hereditarios los genes psicópatas?

Cuando entré, Romeo hojeaba el periódico con una taza de café humeante en los labios.

Me serví un cruasán, mantequilla de Vermont y dos bollos daneses de la bandeja de bollería que Hettie horneaba cada mañana. Luego me senté frente a él.

Romeo no levantó la vista de su periódico. —Buenos días, Galleta. ¿Estoy alucinando o has salido de la cama antes de las tres?

—Definitivamente estás alucinando.

—Viendo que te has zampado cuatro dedos de mantequilla en un solo cruasán, no creo que lo esté. Eres demasiado tú para ser un espejismo. —Cerró el papel y lo dobló en cuadrados crujientes a su lado—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, no gracias a ti.

Dejó el café. —Lo creas o no, pensaba ir a verte este fin de semana si para entonces no habías dado la cara.

Apoyé una mano sobre mi corazón. —Y dicen que el romance ha muerto.

—El romanticismo ha muerto. Las aplicaciones de citas lo mataron hace años. Tú eres la única que sigue creyendo en él. Estoy medio preocupado de que pases cantidades impías de tiempo viendo *Los Cazafantasmas* por si te encuentras con un fantasma.

Me comí el cruasán en dos bocados. —Quiero que me entretengas hoy.

Por alguna razón que desconocía, sabía que me seguiría la corriente. Siempre me daba alguna versión de lo que quería sin falta.

Terminó su café. —Puedo visitar tu habitación al final del día, si mi horario me lo permite, siempre que suavices la norma del coito.

—Quería decir durante el día.

—¿Y qué hay de esa cosa molesta que es mi trabajo?

—Pues llévame al trabajo.

—No, gracias.

—No te lo estaba pidiendo.

—No me ofrecía. —Hubo una pausa. La aprovechó para exhalar, para no estrangularme—. Hoy no. Hay una demostración de armas y tengo que estar allí. Es peligroso.

—Me gusta el peligro.

—Y a mí me gustas de una pieza. —Como una ocurrencia tardía, añadió—: Como una de mis posesiones más caras, por supuesto. Cuesta cientos de miles de dólares mantenerte. Al mes.

—Hoy iré a trabajar contigo.

—No.

Hice un mohín, enrollándome un mechón de pelo en el dedo. —Ya sabes lo que pasa cuando me aburro.

Por supuesto, estaba siendo deliberadamente petulante, sabiendo que eso le fastidiaba la marcha.

Mi reflejo brillaba a través de sus ojos de tiburón muerto. En él se reproducían los últimos meses. La cantidad de mierda que nos habíamos hecho pasar el uno al otro.

En última instancia, sin embargo, Romeo nunca temió mi mal comportamiento. Y esta vez, sus intenciones brillaron en su frente.

Una concesión por una concesión.

Qué pensamiento más tonto.

Naturalmente, esperaba que siguiera pensándolo.

Nos estancamos en un callejón sin salida.

Finalmente, se puso en pie, consultando su Rolex. —Enviaré a Jared a recogerte al mediodía. La demostración tiene lugar en un asfalto al aire libre. Espera viento, frío, barro y una buena dosis de incomodidad. No lleves nada que llame la atención, incluidos y especialmente los tacones altos. Mientras estés allí, no te separarás de mí, no deambularás y no harás nada que no esté en el manual de instrucciones que te enviaré por correo electrónico cuando me vaya.

—De acuerdo, papi —ronroneé.

—Si te portas bien, cosa que dudo mucho, podríamos ir a comer tarde después. No hagas que me arrepienta, Galleta.

Salí disparada, dando un puñetazo al aire. —¡No lo haré!

Sacudió la cabeza, se cubrió el antebrazo con la americana y salió. Juraría que le oí murmurar: —Ya lo estoy haciendo.



Quizá Romeo necesitaba definir mejor lo que significaba *un atuendo que no llamara la atención*.

Porque cuando salí del Maybach por el interminable asfalto, no parecía impresionado.

Y por no impresionado, lo que quería decir era que me empujaría gustosamente por un acantilado si se le cruzara uno por la vista.

Era la primera vez que veía fuego en sus ojos, y ese fuego deseaba quemarme hasta la muerte.

En mi opinión, mi minivestido negro de tirantes no tenía nada de malo. Los diminutos parches de nailon transparente que cubrían mi pudor solo podían describirse como alta costura.

Llevaba unas botas Louboutin de diez centímetros para completar el look y para que Romeo no me dominara por completo. El charol me subía por las piernas y se me cortaba a la altura de los muslos.

En las afueras de Alejandría, decenas de hombres uniformados se arremolinaban en torno al asfalto, donde había aparcado un Humvee del tamaño de una casa. Y todos me miraban, con la boca entreabierta y los ojos vidriosos.

Moví las caderas mientras caminaba hacia mi marido, su padre y su némesis. Estaban de pie junto a un helicóptero, con orejeras anti ruido y los ojos clavados en mí.

Supuse que había conseguido mi objetivo de recordarle a Romeo lo deseada que era su mujer, teniendo en cuenta que cada hombre con el que me cruzaba me desnudaba con la mirada.

La soleada sonrisa de mi rostro no hizo sino endurecer la mirada de Romeo. Se arrancó las orejeras y se las puso a Cara en las manos.

Senior estudió mi escote como si hubiera perdido las llaves del coche dentro de él. A su lado, Bruce parecía dispuesto a ofrecerse como tributo y cavar por ellas.

Las aspas del helicóptero agitaban el aire a nuestro alrededor.

Aun así, oí a Senior con claridad cristalina a través del rugido. — ¿Qué está haciendo?

—Asegurándome de encerrarla en una celda hasta que llegue a la menopausia. —Romeo ya había arrancado hacia mí, adelantándose incluso al viento que danzaba entre nosotros.

Nos encontramos a medio camino en la pista. Mi piel se erizó de conciencia, sabiendo que acaparábamos todas las miradas en un radio de una milla.

—Hola, maridito. —Le rodeé el cuello con los brazos y me levanté sobre los talones para darle un beso.

Su boca estaba fría e insensible cuando cubrió mis labios. Pasé la lengua por la costura y luego me metí la inferior en la boca.

Se negó a ceder. —Pareces una puta.

La palabra me cortó el suministro de aire, mareándome. Perdí el equilibrio y estuve a punto de tropezar si no hubiera sido por su mano en mi espalda.

Nunca me había llamado así.

Ni siquiera cuando le empujaba los genitales a la cara, exigiendo que me satisficiera, cosa que ocurría a diario.

El Romeo que yo conocía no consideraba pecaminosas a las mujeres liberadas sexualmente. Algo le había provocado.

O tal vez intentaba excusar su masculinidad tóxica.

Su expresión seguía siendo tan dura e implacable como sus hombros.
—Ésa era tu intención, ¿no?

Odiaba que mi argumento muriera antes de que pudiera gestarse, crecerle miembros y estrangularlo hasta la muerte. Para ser justos, había visto a estrellas porno follando en lencería con más tela que mi vestido.

Si el viento soplaban en la dirección equivocada, todos los hombres de los alrededores disfrutarían de una vista abierta de mis pechos.

Y había *muchos* hombres cerca.

Y también mucho viento.

—Bien. Si quieras que te trate como tal, enhorabuena. Dejaré que seas mi putita.

Me aparté de él, herida y febril. Incluso en el punto álgido de nuestro odio, nunca se había atrevido a hablarme así. Siempre había habido un trasfondo de respeto.

Ahora no lo había.

Avanzó, apretando su mano contra mi cintura hasta que pensé que mis huesos se convertirían en polvo. Sus labios se arrastraron por mi mejilla, posándose en la concha de mi oreja.

—Ponte de rodillas, sácame la polla y mastúrbame hasta que me corra en todo tu *atuendo*. Adelante. Hazlo.

Mi rodilla izquierda se dobló por instinto, pero me obligué a permanecer erguida.

Un viento brutal nos azotaba. Los rizos en los que tanto había trabajado antes se agitaban a nuestro alrededor como las aspas de una batidora.

Era plenamente consciente de que lo único que mantenía mis pezones alejados de los ojos de todos los presentes era el sudor nervioso que pegaba a mi piel el pequeño retal que los cubría.

Si tuviera agallas, lo pondría en evidencia. Me arrodillaría. Llevármelo a la boca delante de todos sus empleados.

Pero no lo hice.

En lugar de eso, me arraigüé al suelo, temiendo caer si me movía, pero sabiendo que Romeo nunca me dejaría caer.

—Eso es lo que pensaba, Galleta. —Sus dedos pasaron justo por debajo de mi vestido, clavándose en mi muslo—. Voy a quemar este conjunto hasta los putos cimientos, junto con todo lo que me parezca inadecuado, en cuanto llegue a casa esta noche. Supongo que, después de todo, te librarás de mí.

—¿Libre? —Se me secó la boca. No quería eso en absoluto. Todo lo contrario—. ¿Adónde vas?

—A la cárcel.

—¿Qué?

—¿A qué otro lugar iría después de arrancar los ojos a todos los hombres que los utilizaron para desnudarte?

Busqué sarcasmo en su rostro, pero solo encontré una nítida inexpresividad y una advertencia de lo que estaba por venir.

Al otro lado del asfalto, el coche me hizo señas, invitándome a huir. Pero me negué a quedar mal ante su padre y sus colegas. Nunca le daría a Romeo esa satisfacción.

—Ay. —Le quité la pelusa invisible del traje—. ¿Tienes miedo de que me vaya con un hombre de verdad? ¿Quizá uno sin problemas con su padre del tamaño de Vietnam? —Ignoré su dura mirada—. ¿He dicho Vietnam? Demasiado pequeño. Quería decir China.

—Cuidado con lo que dices. —Me hundió los dedos en el pelo en lo que podría haber parecido una tierna caricia desde lejos, pero no había duda de la advertencia en su tirón—. O esta noche te la follaré tan fuerte que no podrás comer en una semana.

Sus palabras no deberían haber humedecido mis bragas.

Sin embargo, lo hicieron.

Más que nada, me alegré patéticamente de que aún no hubiera terminado conmigo.

Esbocé una sonrisa. —Intenta meterme la polla en la boca, cariño. Te la arrancaré de un mordisco y cumpliré tu deseo de no tener hijos en esta vida.

—Dallas, querida. —Senior me hizo un gesto con la mano para que me uniera a él—. Vamos. Estamos a punto de empezar el simulacro. No querrás perderte esta belleza.

Me apresuré hacia él, sobre todo para poder escapar de Romeo antes de perderlo.

Cuando llegué hasta Senior, me besó la mejilla y me entregó unas gafas de plástico. —Espero que mi hijo no te esté dando muchos problemas.

Bruce me tendió unas orejeras con cancelación de ruido. —Junior puede ser un poco inmaduro.

Me di la vuelta, intentando concentrarme en el Humvee. De color caqui, con ruedas tan grandes como para aplastar un centro comercial y probablemente pagado con mis impuestos.

Bueno, los impuestos de Romeo.

Ventajas del desempleo.

Senior señaló el vehículo. —Somos los únicos contratistas de los ocho prototipos de Humvees del ejército estadounidense. Ésta es nuestra última creación. —Apoyó una mano en el antebrazo de Bruce para mantener el equilibrio—. Producimos más de veinte mil Humvees al año,

pero ninguno es ni la mitad de sofisticado que este bebé de aquí. El HMWWV3.

Podría pensar en un nombre más pegadizo, pero probablemente no me correspondía a mí sugerir una revisión de marketing. Además, las armas solían venderse solas sin la ayuda de jingles ni anuncios de radio.

Asentí con la cabeza y clavé la mirada en el soporte de la ametralladora, canalizando todos mis esfuerzos en ignorar el enfrentamiento anterior. Nunca me había sentido tan humillada como hoy.

Justo cuando nos habíamos acercado a una especie de alto el fuego, además.

Me obligué a centrarme, negándome a buscar a Romeo. —¿Qué tiene de especial?

—Me alegro de que preguntes. —Senior enlazó su brazo con el mío y se acercó a la puerta de kevlar, con pasos desiguales y débiles—. El cristal de batalla es lo bastante resistente como para sobrevivir a un impacto directo. También es ligero. Es nuestro Humvee más rápido hasta la fecha. Puede transportar el triple de equipo militar que nuestros competidores e incluye amortiguadores capaces de resistir la mayoría de los misiles balísticos.

—Oh.

Bonita aportación, Dal. ¿Y ahora qué? ¿Una disertación?

Lo que realmente quería saber era adónde había ido Romeo. Me parecía extraño que perdiera cualquier oportunidad de pisotear a Bruce delante de su padre.

Nos detuvimos ante una fila de hombres, ataviados con un uniforme de fatiga negro, gafas protectoras y cascós. Los cuatro me miraron como si acabara de hacerles una visita directamente desde el espacio.

Quizá me pasé un poco con el atuendo.

Aun así, el arrebato de Romeo era totalmente innecesario.

Senior señaló al hombre que estaba más cerca del Humvee. —Éste es Matthew Krasinski, uno de nuestros mejores ingenieros. Matt, ésta es mi nuera, Dallas.

Matt me tendió la mano. —Un placer.

La estreché, con los ojos mirando a todas partes en busca de Romeo otra vez. No lo encontraba por ninguna parte. Me invadió el pánico.

¿Era ésta la gota que colmaba el vaso? ¿Después de todo lo que habíamos pasado? ¿Un estúpido minivestido de La Perla iba a enviarnos al despacho del abogado a firmar los papeles del divorcio?

Entonces me di cuenta.

Lo que sabía en el fondo de mi cabeza desde hacía semanas, pero que me negaba a articular mentalmente: no quería el divorcio.

Quería lo contrario del divorcio. Y los viejos trucos que tenía en la chistera —presionarle con mi comportamiento desordenado, perezoso y sin disculpas— no funcionaban. No lo estaba acercando.

Lo alejaba.

Matt señaló el monstruoso tanque. —¿Estás preparada para ver a este bebé en acción?

Ni siquiera un poco.

—Claro.

Pero el Humvee no se movió.

Tampoco los hombres que lo rodeaban.

Finalmente, Senior sacudió la cabeza, riendo entre dientes. —Bien, veo que todos están un poco distraídos. Dejémosles un poco de espacio, Dallas.

Me puso la mano en la espalda, guiándome hacia el helicóptero mientras Bruce nos seguía.

Recorrió la pista con la mirada. —¿Adónde ha ido Romeo?

Bruce se acomodó a mi otro lado. —Probablemente a enfurruñarse. Junior hace eso a menudo. No soporta que la gente sea amable con su padre. Un rasgo tan impropio de alguien que se espera que herede una posición de liderazgo.

Senior asintió con la cabeza. —No te hace sentir miserable, ¿verdad?

—No, en absoluto —dije.

Un extraño sentimiento de propiedad se apoderó de mi garganta. Solo yo podía atacar a Romeo.

—Siempre puedes acudir a mí para cualquier cosa. Debería haberlo mencionado antes. Estoy aquí si me necesitas.

—Eh... gracias.

Seguí buscando, ligeramente consciente de que algo estaba mal, y no solo mi marido.

La mano de Senior resbaló, golpeando la curva de mi trasero. Me sobresalté, con los hombros caídos, cuando volvió a subirme la mano por la espalda.

Una mortificación al rojo vivo empolvó sus mejillas. —Mis disculpas. Mis manos ya no son lo que eran, por desgracia. No son tan firmes.

Le concedí el beneficio de la duda, porque la alternativa me parecía demasiado descabellada.

Bruce corrió al lado de Senior, ofreciéndole un brazo. —¿Dónde está Junior cuando su padre lo necesita? Realmente no es de fiar.

En cuanto empezó el simulacro, comprendí por qué Romeo no me quería aquí.

El experimento consistía en que el Humvee, conducido por un profesional entrenado, navegaba por el asfalto mientras todo, desde la naturaleza hasta las catástrofes provocadas por el hombre, intentaban borrar su existencia de la Tierra.

El vehículo galopó hacia una serie de obstáculos peligrosos: barro, hielo, agua y árboles caídos. Mientras tanto, decenas de hombres armados disparaban balas contra la retaguardia.

Justo cuando el ruido se calmó, una explosión tembló bajo mis talones. Me tambaleé, a un paso de caer de bruces sobre el duro cemento.

Senior parecía estar peor, apenas capaz de mantener el equilibrio, cosa que ya le costaba hacer con regularidad. Bruce acudió al rescate, ofreciendo de nuevo su antebrazo.

El tanque se detuvo y el motor se paró. Un hombre que sostenía una vara luminosa naranja dirigió el vehículo para que pasara junto a nosotros y realizara la segunda carrera de obstáculos.

Mi minivestido se subió, dejando al descubierto el borde de mi trasero. Me obligué a mirar, temblando en mi estúpido atuendo, maldiciéndome por haber ignorado la previsión meteorológica de Romeo.

Senior apartó a Bruce, cogió su teléfono y lo apuntó a un lanzacohetes, grabando la pantalla. —Esta es mi parte favorita. Verás cómo el vehículo sale ileso de todo esto.

Pero, al parecer, este todopoderoso Humvee no resistió un simple impulso de tres metros, porque en cuanto volvió a rugir, se metió directamente en una zanja.

—¡¿Qué demonios?! —Senior se tambaleó hacia el tanque, que sobresalía perpendicular a la carretera, atascado con el capó hacia abajo en una zanja de dos metros de profundidad—. ¿Qué ha pasado?

El conductor salió arrastrándose, arrancándose el casco.

Matt corrió a ayudarle, sorteándome una mirada fulminante. —Ha ocurrido lo de su nuera, señor. Steven no podía dejar de mirarla y se distrajo.

Steven se levantó tambaleándose, con un rubor rojo gallo picoteándose las mejillas. —Lo siento mucho, señor. Esto no es... quiero decir... mire, señor, podría verla entera, hmm, *ya sabe*, con ese conjunto.

—Contrólate, muchacho. —Senior se balanceó con la fuerza de su grito—. No deberías hacer comentarios sobre el atuendo de mi nuera, y mucho menos sobre lo que hay debajo. ¿Dónde está mi hijo?

Escudriñó a la creciente multitud mientras Matt apartaba a Steven de un tirón.

—Llegará en cualquier momento. —Cara se materializó, metida en un abrigo sensato. Un abrigo precioso y totalmente funcional. Me castañetearon los dientes, los dedos invadiendo el territorio de la congelación—. Fue a buscar algo al helicóptero.

—¿Durante quince minutos?

Cara levantó la barbilla. —Tenía que atender una llamada importante.

No había ninguna llamada.

Lo sabía tan perfectamente como sabía que Romeo había desaparecido para no matarme delante del público.

—¿Se perdió el simulacro? —Senior se quedó boquiabierto—. ¿Qué demonios le pasa?

—Es un mal ejemplo para nuestros empleados —añadió Bruce. ¿Por qué estaba aquí ese cretino?

Vale, de acuerdo, yo tampoco tenía ningún motivo real para estar aquí.

De hecho, me arrepentía de haber venido.

Cara apretó los labios. —No quiero excederme, señor Costa, pero Romeo le advirtió que Steven es demasiado inexperto para el trabajo.

Senior giró hacia mí. —Deja que te lleve a comer, Dallas, ya que mi maleducado hijo es demasiado incompetente para mantener entretenida a su propia esposa.

—No tengo hambre.

No solo era la (sorprendente) verdad, sino que Senior no llegó a despegar su mano de la parte baja de mi espalda, a pesar de que habíamos llegado al helicóptero.

Si tuviera que adivinar, la mantenía allí para que lo vieran así, lo cual no me agradaba en absoluto.

—Señor. —Matt trotó hacia nosotros, deteniéndose unos metros más de lo necesario cuando vio el brazo de Senior alrededor de mi cintura. La única razón por la que no lo había apartado de un manotazo era porque no estaba segura de si me lo había pensado demasiado—. Necesitaremos unas cuarenta personas para sacar el Humvee de la zanja. No tenemos suficiente mano de obra. He pedido ayuda.

Senior señaló la zanja con un dedo. —Que no pueda ver cómo salir de un agujero sin ayuda es una parodia en sí mismo. Un cuatro por cuatro puede superar a este trasto. —Me enseñó los dientes—. Realmente eres una pequeña alborotadora, ¿verdad? —Antes de que pudiera decirle que me quitara las manos de encima (¿era realmente importante si estaba pensando demasiado? No me sentía segura, y eso era suficiente) me pellizcó el hueso de la cadera—. Vaya, vaya, sí que tienes carne. Mucho más que Morgan. Ya veo por qué es tan territorial contigo.

Me asaltó una terrible sensación.

Qué excusa más desgradable, lasciva y horrible de hombre. No me sorprendió que Romeo odiara tanto a su padre.

Todas las piezas del rompecabezas encajaron.

Senior y Morgan.

Morgan y Senior.

No es de extrañar que mi marido casi me volara la cabeza cuando aparecí con aspecto de presa fácil. No quería que su padre pensara que yo era carne de caza.

El dolor, el deseo y la verdad eran el ADN del amor. Él había marcado dos de las casillas, y yo ansiaba desesperadamente la tercera. Ahora que la tenía a mi alcance, temía las consecuencias.

—Quita las manos de mi mujer antes de que te rompa las dos delante de todo tu personal. —La gélida voz de Romeo heló el aire.

—Junior —ronroneó Bruce—. Y nosotros que pensábamos que te habías ido a que Cara te cambiara el pañal y no nos honrarías con tu presencia.

Giré la cabeza para ver a Romeo rodear el helicóptero. Se quitó el abrigo Burberry de cachemira.

Senior se apartó de mí mientras me lo echaba sobre los hombros. Bruce también sabía que no debía interponerse en su camino.

No sabía si me había tapado para que no mostrara mi mercancía a su personal o porque hacía frío, pero la gratitud nadaba en mi interior. No solo gratitud, sino euforia.

Dios, qué jodida estaba. La visión de su rostro reanimó mi corazón, y la idea de no volver a verlo...

Abrochó el abrigo a mi alrededor como si fuera un niño pequeño, asegurándose de que estuviera bien calentito dentro de él. Juré que olía a alcohol y a sangre.

La ira le marcaba una profunda línea entre las cejas, y la dureza de su mandíbula lo hacía inaccesible.

Aun así, tenía que intentarlo.

—Romeo, lo siento mucho...

—No me interesa tu típico “lo siento” que suele seguir a un comportamiento despreciable, por el que nunca asumes las consecuencias.

—Se volvió hacia Cara—. Lleva a mi mujer a nuestra casa y asegúrate de que no se vaya hasta que yo llegue.

Cara apretó las llaves. —Por supuesto.

Parecía obvio ahora que lo había descubierto. Cara sabía lo que había ocurrido entre Morgan y Senior. Después de todo, lo mencionó el día que me trajo mi nuevo vestuario.

Otra cosa obvia: lo mucho que Cara me odiaba por el truco que había hecho hoy. Ni siquiera podía culparla.

Había empezado a detestarme por todo el castigo que le había infligido a su jefe.

Cara me condujo al coche de Jared. Torcí el cuello, desesperada por captar la mirada de Romeo, pero rechazó mi atención.

Mantenía los ojos fijos en su padre. El padre al que no podía pegar un puñetazo ahora mismo, aunque estaría totalmente justificado, ya que competía por el puesto de director general.

Al fondo, unos hombres corpulentos bajaban de los jeeps y corrían hacia la zanja. Menudo desastre.

Y todo era obra mía.

Quise gritar el nombre de Romeo, pero mi voz se apagó en mi garganta.

La oscuridad se filtró en mi interior, atravesando mi carne y mis huesos, directa a mi alma.

La comprensión de que algo terrible le había ocurrido a mi marido —y que se lo había infligido su familia— me atenazó como un demonio de garras oxidadas.

¿Cómo pude estar tan ciega?

Debería haber recordado lo que aprendí en los libros.

Las bestias nunca nacen, se hacen.

49

OLLIE VB: Hostia puta. No me puedo creer que Rom haya ido allí.

ZACH SUN: ¿Quizás no fue él quien lo hizo? ¿Quizás los medios de comunicación dominantes acertaron en algo para variar?

ROMEO COSTA: No fue así.

ZACH SUN: Por eso debería prohibirse el optimismo. Básicamente es publicidad engañosa gratuita.

OLLIE VB: ¿Es cierta la historia?

ROMEO COSTA: Lo es.

OLLIE VB: Esto es genial.

ZACH SUN: ¿Genial para quién? No para la naturaleza y, desde luego, no para la humanidad.

OLLIE VB: PARA ROM. Gracias, Zach, por cagarte en el desfile de tu mejor amigo. Sabes que hay CON en la palabra conciencia, ¿verdad?

ZACH SUN: También hay adorable en ejecutar. ¿Significa eso que el asesinato es adorable?

ROMEO COSTA: @ZachSun, para. Harás que le explote la cabeza.

ZACH SUN: Hablando de asuntos que explotan, por la ciudad se dice que el simulacro de hoy no ha ido fantásticamente.

ROMEO COSTA: Puedes culpar a mi mujer del desastre. Nos ha costado 800.000, sin contar la mano de obra extra.

OLLIE VB: Su talento para quemar dinero es asombroso. ¿Has pensado en inscribirla en *America's Got Talent*?

ZACH SUN: ¿Cómo está Des Moines?

ROMEO COSTA: No me habla.

OLLIE VB: El matrimonio es genial. @ZachSun, pronto en la realidad cerca de ti.

ZACH SUN: Nunca me casaré con una (claramente desequilibrada) completa desconocida.

ROMEO COSTA: Nunca digas nunca.



Romeo

Resistí el impulso de comprobar cómo estaba Galleta a través de las cámaras.

A diferencia de Senior, yo cumplía las promesas y los contratos a los que me comprometía.

Seguí abriendo el cajón de mi escritorio. Cada vez que lo hacía, me enfriaba un poco más.

Dentro había una Glock 19. Descargada. Una especie de manta reconfortante.

Cada vez que Senior me llevaba al borde de la locura, la miraba fijamente y me recordaba que pronto estaría muerto. Nada más que un recuerdo lejano y huesos podridos.

Su muerte inminente me ponía de buen humor, pero al final, mi mente volvía a la visión de él tocando a Dallas.

Si yo hubiera estado allí, no habría ocurrido. Tal como estaban las cosas, me había encerrado en el helicóptero como medida preventiva.

¿Qué estaba evitando precisamente? Cumplir mi amenaza de arrancar los globos oculares a todos los que la hubieran mirado boquiabiertos.

En el helicóptero, bebí un vaso de whisky, aplastándolo con la fuerza contundente de mi puño. El cristal me rebanó la piel. Cara tuvo que coserme cuando regresó de acompañar a Dallas a casa.

En cuanto a Senior, debería haber sabido que no podía evitarlo. No debería haber supuesto que no tenía ningún interés en ella, solo porque había tomado a Morgan como una lección para mí.

Pero Dallas no era Morgan.

Ella era indiscutible e *irrevocablemente* mía.

Una constante absolutamente innegociable en mi vida.

Una por la que llegaría a extremos aterradores para transmitirla.

Incluido, al parecer, llamarla puta.

Pocas palabras me repugnaban. Ésta sí. No existe criatura más débil que un machista, y yo lo había demostrado de forma espectacular.

Hoy era la primera vez que la utilizaba.

Y mi última vez.

Esgrimirla para acosarla fue un acto de rebeldía juvenil. Debía disculparme.

Como nunca me había disculpado con nadie en mi vida, estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que la cagaría. Además, ése parecía ser el tema general de nuestro matrimonio.

Cara entró en el despacho con los documentos que le había pedido. — Olvidé decirte algo. Me pareció entrañable.

Siempre encontraba cosas entrañables en Dallas, aunque siempre que compartían habitación, apenas repartía atenciones positivas.

Cerré de golpe el cajón, aceptando el discurso que había impreso. — Dudo que comparta el sentimiento, pero continúa.

—Se puso el pijama en cuanto puso un pie dentro.

—¿Estás segura de que la palabra que buscabas es entrañable y no perezosa?

—Pero lo que hizo después, cuando pensó que no miraba, fue muy dulce. Arrastró tu abrigo por la casa como si fuera un juguetito mullido, olisqueándolo cuando creía que nadie miraba.

Galleta había empezado a mostrar signos de domesticación. Se podría pensar que eso me complacía. Al fin y al cabo, quería quedármela.

Por desgracia, no me producía ningún placer ver cómo mi ingenua esposa confundía la lujuria con algo más profundo.

Yo no era una criatura adorable.

No fingiría serlo.

Hojeé el discurso, con los labios fruncidos, haciendo cambios rápidos antes de la rueda de prensa urgente que había programado para dentro de una hora. —Gracias, Cara.

—Y si te sirve de algo... —Cara se entretuvo, suspirando—. Parecía muy afectada por lo ocurrido. Creo que se arrepiente. Yo también, Rom.

Odiaba que Cara supiera que Morgan me había engañado con Senior.

Odiaba que me hubiera dado la noticia, solicitando mi presencia urgente en el ático hacía tantos años, porque sabía que necesitaba encontrarlos yo mismo para creérmelo.

—Estoy totalmente desinteresado por el estado mental de mi esposa. —Me puse en pie, entregándole los cambios de discurso mientras chasqueaba el chicle, sorprendido de que mi mandíbula siguiera intacta con lo excesivamente que había masticado hoy—. Ten esto editado, corregido y

devuélvemelo en los próximos veinte minutos. Y tráeme mi corbata dorada. La más adecuada para las cámaras.

Hizo una mueca, aceptando los papeles. —Estás proyectando, Rom. Dallas no es Morgan. Solo es una chica. Una chica salvaje, pero buena. No debería pagar por los pecados de Morgan.

Claro que Dallas no era Morgan.

Nunca estaría en condiciones de hacerme daño.

Mis muros eran demasiado altos, demasiado gruesos, demasiado fríos para que ella pudiera atravesarlos.

Romeo

Si pudiera ver la cara de Madison mientras pronunciaba este discurso, lo enmararía en la galería de Zach.

Tal y como estaban las cosas, contraté a Alan para que lo captara, y por eso había añadido una hora más a la rueda de prensa. El hombre necesitaba tiempo para encontrar el ángulo perfecto.

Me instalé detrás del podio de Costa Industries en la sala de prensa de nuestra sede.

Había ensayado esta cara en el espejo hacía unos minutos, ya que no era una que tuviera experiencia en utilizar. Compungida, dedicada y sombría.

No era difícil, ya que me había pasado la mayor parte de la tarde animándome a no asesinar a mi padre.

Ante mí se sentó un grupo de reporteros, periodistas y fotógrafos de medios de comunicación nacionales e internacionales.

Me tomé deliberadamente mi tiempo, con cuidado de no desatar mi satisfacción en mi rostro. Bueno, la poca satisfacción que poseía.

Galleta había asegurado la ruina total de mi día.

Y de la vida.

—Señoras y señores. Hoy, aproximadamente a las 10:30 de la mañana, hora de la costa este, saltó la noticia de que la corporación Licht Holdings, a la que considerábamos colegas, compañeros y copilotos en el esfuerzo por fortalecer el ejército de Estados Unidos, se deshizo de docenas de sustancias químicas tóxicas PFAS en la corriente de agua de Newsham, Georgia, una pequeña ciudad obrera en la que Licht Holdings fabrica armas.

Hice una pausa, fruncí el ceño y fingí que me importaba lo más mínimo. Lo suficiente para convencer a la gente de que me importaba de

verdad, y para que no sospecharan que estaba informando a los periodistas sobre la historia.

—Tras una investigación detallada, hemos confirmado que esto ha provocado altos índices de cáncer, depresión, suicidio, dificultades de aprendizaje y asma en esta comunidad ya de por sí en apuros.

Otra pausa.

—Aún estamos descubriendo todo el sufrimiento y el dolor que ha infligido esta medida irreflexiva e imprudente de Licht Holdings. Sin embargo, me gustaría asegurarles, aquí y ahora, que Costa Industries condena estas acciones. Estamos, y siempre estaremos, comprometidos a servir a las comunidades de las que formamos parte y no al revés.

Algunos periodistas levantaron la mano. Los fotógrafos hicieron fotos, zumbando de energía.

No se podía contar una historia como ésta sin imágenes, así que había pagado una fuerte suma a las familias afectadas por los productos químicos tóxicos para que compartieran fotos de sus familiares moribundos, pulmones destrozados, miembros infestados y viajes de quimioterapia.

No me sentía ni la mitad de culpable por ello.

Ni por pagar a personas afligidas para que compartieran sus trágicas historias. Ni por sacar esto a la luz, evitando que otras empresas mostraran este comportamiento en el futuro.

—Aunque comparto poco sobre mi vida personal en público, sería negligente no mencionar que mi mujer es georgiana, nacida y criada. Por lo tanto, le tengo un cariño especial.

Una oleada de risitas recorrió la multitud. Al menos, unos completos desconocidos me consideraban un rompecorazones.

Lástima que las palabras de despedida de Galleta fueran una promesa de arrancarme la polla a mordiscos si volvía a acercarme a ella.

—Me he reunido muchas veces con Madison Licht, el hijo del director general de Licht Holdings, Theodore Licht, y lo consideraba un colega en la industria. Los dos Licht tienen profundos lazos con Georgia, así que me asombra, si no me deja completamente pasmado, descubrir que

harían esto a su propia gente, a su propio estado, a sus propios y queridos recursos naturales.

Fui tan directo que me sorprendió que no se me salieran los ojos de las órbitas.

Era hora de terminar antes de que me pasara de la raya.

—Al enfrentarnos a esta nueva era de incertidumbre, trauma y dramática pérdida de vidas preciosas en esta gran nación, me gustaría hacer un voto, en nombre de Costa Industries, para no fallar nunca a la gente de este país. De los estados que nos acogen como fabricantes.

Más manos se alzaron, saludando ahora.

Periodistas. Tan impacientes.

—Además, me gustaría anunciar que, a la luz de los recientes descubrimientos sobre los daños causados por los PFAS, Costa Industries ha donado cincuenta y cinco millones de dólares a los trabajadores y residentes de Newsham, que actualmente sufren las consecuencias de una política catastrófica, una gestión irresponsable y un mal ejemplo de empresa de defensa.

Estallaron aplausos en toda la sala. Algunas personas se pusieron en pie, sobre todo las que yo había plantado entre la multitud para que me apoyaran.

—Gracias por confiar en Costa Industries. Prometemos no traicionar su confianza.

Absorbí los aplausos y dejé que los fotógrafos captaran todos los ángulos antes de salir del escenario.

Nuestra encargada de relaciones públicas subió al escenario con una gran sonrisa en su impecable traje. —El Sr. Costa no responderá a preguntas. Es comprensible que quiera estar hoy con sus seres queridos y asegurarse de mostrar su apoyo a la familia de su esposa.

Los Townsend no vivían cerca de Newsham. Y Shep Townsend era tan obrero como yo una camarera de Hooters, pero llamarle de farol no encajaba en la narrativa de los medios de comunicación.

Cuando marché entre bastidores, Cara y Dylan, mi analista financiero, me siguieron, trotando para igualar mis largos pasos.

—Denme buenas noticias. —Me aflojé la corbata de un tirón y me dirigí al ascensor.

Trabajé mucho para asegurarme de que esta historia llegara a manos de todos los medios de comunicación importantes de Estados Unidos.

—Sus acciones se están hundiendo. —Los ojos de Dylan seguían pegados a su iPad. Se subió las gafas por el puente—. Esto es catastrófico para ellos. Estamos hablando de un recorte del cincuenta por ciento de su valor. Como mínimo. De veras, inaudito. Ni siquiera después de Parkersburg. Y las acciones de Licht estaban tambaleándose desde el principio, ya que acababan de salir a bolsa.

No me dijo nada que yo no supiera.

Éste debería haber sido mi momento para deleitarme con el daño y la miseria que había causado a los Licht, pero lo único que podía sentir era la persistente y molesta punzada de culpabilidad que me picaba como un colibrí.

Dallas.

Siempre se colaba en mi psique.

—¿Señor? ¿Me oye? —Dylan agitó el iPad—. Sus acciones se están desplomando. ¿Por qué no estás contento?

Una pregunta excelente.

Quería la respuesta tanto como él.

Cara contestó al teléfono. —Sí. Se lo diré. Gracias. —No tenía que decirme quién era ni qué quería, pero lo hizo—. Tu padre solicita tu presencia en su despacho. Parece muy complacido.

Casi tan contento como para darme el puesto de director general. Podía sentirlo. Me lo había ganado. Me había hecho pasar por el aro de fuego y, de momento, las llamas no me habían lamido.

—Iré a verle ahora mismo.

La victoria estaba al alcance de la mano, tan potente y dulce que casi podía saborearla.

Dallas

—¿Y qué hace él ahora?

Me tumbé boca arriba, dejando el libro sobre el colchón, con los pies colgando en el aire.

Hettie estaba apoyada junto al marco de la puerta. No sabía exactamente en qué momento la había atraído a mi campamento, pero ya no me preocupaba de qué lado estaba.

A veces parecía que fuéramos compañeras de piso en una residencia de estudiantes. O quizá adolescentes atrapadas en un largo campamento de verano en el extranjero.

Compartimos el parentesco de dos mujeres jóvenes obligadas a enfrentarse a un hombre arduo, que de algún modo se mantuvieron firmes.

Hettie entrecerró los ojos en la franja de espacio entre las bisagras. —Sigue paseándose de un lado a otro, murmurando entre dientes que sabe que estás aquí.

Resoplando, sacudí la cabeza y volví a abrir el libro.

Al cabo de unas páginas, pregunté: —¿Y ahora?

Hettie se inclinó hacia delante y entornó los ojos, con las cejas fruncidas y las manos apretadas contra el panel de madera. —Creo que está intentando llamarte otra vez.

No me molesté en comprobar mi teléfono, que vibraba en la mesilla. La última vez que lo hice, había acumulado dieciséis llamadas sin contestar.

De eso hacía dos horas.

El reloj marcaba las diez de la noche, y Romeo seguía sin mostrar signos de determinación por mi reticencia a verle.

—Puedo verte, Hettie. —Sus palabras se filtraron a través de la puerta —. Si no abres, te despediré.

Hettie se tapó la boca, reprimiendo una risita.

—No harás tal cosa —grité, pasando una página—. Y si lo intentas, volveré a contratarla y le pagaré para que sea mi amiga a tiempo completo.

—¿Con el dinero de quién, te lo ruego?

—Del mío. Ah, olvidé mencionarlo. He vendido un par de tus relojes de diseño para asegurarme de que no me falta dinero. No te importa, ¿verdad?

El silencio al otro lado de la puerta me dijo que estaba empleando hasta la última gota de paciencia disponible para compensar las cortantes palabras que me había dirigido antes.

—Abre la puerta, Galleta.

—Dame una buena razón —desafié, disfrutando del intercambio entre nosotros.

—Así podrás explicarme cómo has conseguido burlar las leyes de la gravedad, y nada menos que en mi casa de once millones de dólares. El techo de mi cuarto de baño está salpicado de verde.

—*¿Esto era lo que le importaba ahora? ¿Mi pequeño accidente de rutina de cuidado de la piel?*

Esperaba que la clorofila líquida fuera tan eficaz para mi cara como decían las revistas, porque era absolutamente eficaz en la preciosa moldura de corona de Romeo.

—Deberías agradecérmelo. Tu casa necesitaba un poco de color. Aquí todo es crema y beige.

—Abre la puerta.

Vaya, sonaba como un disco rayado.

—Primero discúlpate —arrullé.

—¿Por qué? ¿Por manchar mi casa con un vil color verde o por estropear un taladro con un prototipo que costó más de ochocientos mil dólares?

—Señor mío, tan caro, y ni siquiera tiene techo solar.

Aunque quería alargar nuestra disputa hasta el próximo siglo (y quizá hasta el siguiente), sabía que las cosas no eran blancas o negras.

Su padre *me* había intentado seducir hoy. Descaradamente y delante de la gente, faltando al respeto a su hijo honesto, leal y trabajador.

Si mi sospecha era cierta, Romeo había sido objeto de una terrible traición por parte de Morgan y Senior. Sentía una curiosidad rabiosa.

—¿Te parece bien que me vaya? —Hettie se encaró conmigo—. Está claro que dormirá delante de tu puerta si no le abres.

Asentí, cerré el libro y me puse en pie. —Solo asegúrate de que no entre cuando salgas.

—De acuerdo.

Me despedí de Hettie con un abrazo. En cuanto salió, cerré la puerta con llave.

Romeo golpeó la madera desde el otro extremo. *Alguien* estaba llegando al final de su paciencia.

—Tienes exactamente cinco segundos para abrir esta puerta antes de que la eche abajo. Te lo advierto: No volveré a instalarla, y tu intimidad arderá en llamas, junto con tu ropa sexy.

No me sorprendió lo más mínimo que fuera a quemar mis reveladores vestidos. Que hubiera dicho algo que no debía no significaba que pensara que se equivocaba.

Apoyé la frente en la madera, cerré los ojos e inspiré. —Tengo condiciones.

—Tu única condición es insufrible. —Pero la mordacidad había desaparecido de su voz, sustituida por algo diferente, casi persuasivo.

Ignoré sus palabras. —Tienes que disculparte por haberme llamado puta hoy. Y prométeme que nunca jamás volverás a decir eso. No sobre mí. Ni sobre nadie. Es una palabra degradante, diseñada para que las mujeres se sientan avergonzadas por tener las mismas necesidades e impulsos que los hombres.

Un silencio absoluto se interpuso entre nosotros.

Durante unos segundos, pensé que se habría marchado a otra parte. Quizá a buscar una esposa agradable.

—De acuerdo. No debería haber dicho eso. Siento haberlo hecho. No creo que seas una puta, y comparto la idea de que no se debe avergonzar a las mujeres por sus impulsos sexuales.

Aunque nunca se me había ocurrido considerarlo, sus palabras *me* provocaron una oleada de alivio. Al fin y al cabo, estuvimos juntos después de que me escabullera con él a espaldas de Madison.

—No volverá a ocurrir —prometió, sombrío—. Aunque decidas pasearte desnuda. Cosa que, lamentablemente, no puedo descartar a estas alturas, conociéndote.

Una sonrisa rozó mis labios.

Me volví, posando los ojos en la rosa blanca. La rosa que aún sobrevivía. Algo así como nuestra improbable relación.

—¿Cuál es la otra condición? —Un suave golpe me dijo que se había apoyado en el otro lado.

Apoyé la palma de la mano en la madera, donde imaginé que descansaba.

—Tienes que hablarme de Morgan y de tu padre. —Tragué saliva—. Todo.

Las palabras salieron disparadas de mis labios antes de que pudiera acobardarme. Una parte de mí quería retirarlas. Dar marcha atrás y ahorrarle la angustia.

Pero, ¿y *mi* angustia? Mientras me castigara por el pecado de otra persona, nunca encontraría la verdadera felicidad.

El silencio se filtró por la grieta, enredándose en mis tobillos, arraigándose.

Esta vez supe que seguía allí. Oía su respiración agitada. Casi podía sentir los latidos de su corazón golpeando la madera.

Por fin, lo rompió. —¿Por qué?

—Para que pueda ayudarte a curarte. Porque quieres destruir lo poco que queda de la vida de tu padre más de lo que quieras disfrutar de la tuya. Y puesto que mi destino estará para siempre encadenado al tuyo, merezco saber dónde se torció todo. Cuándo decidiste que el odio era más digno que el amor.

—El odio es un impulso más poderoso que el amor.

—Tonterías. —Las yemas de mis dedos recorrieron la madera como si fuera su cara, como si pudiera acariciarla. Tocarlo. Quitarle el dolor—. El amor siempre gana. Después de cada guerra, hay un auge de la natalidad. Después de cada tormenta, llega la primavera y todo florece. Siempre es más oscuro antes del amanecer. El amor es un combustible potente sin esfuerzo. Es más fácil de mantener que el odio. No consume... sino que alimenta. Estás funcionando con la energía equivocada, querido marido.

Otra pausa.

Otra respiración.

Luego sus pasos lo alejaron de mi habitación.

Mi corazón se hundió.

Se había marchado.

Apreté los ojos y golpee la puerta con la frente.

Qué estupidez. Estúpida. Estúpida.

¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué lo obligaste a abrirse cuando estaba claro que no estaba preparado?

El ruido sordo y constante de sus pasos reapareció al cabo de unos minutos, acercándose a mi dormitorio. —Abre la puerta.

Giré la llave muy despacio, sabiendo que lo que me esperaba al otro lado no sería agradable. Estaba ante mí, con los ojos inyectados en sangre, el pelo enmarañado en un desorden desordenado y devastadoramente sensual.

La corbata le colgaba por encima de las solapas del traje de trabajo y los botones de la camisa de vestir estaban medio desabrochados. Los afilados contornos de sus pectorales asomaban.

Sostenía dos vasos de whisky.

Nos miramos fijamente, y supe que nada sería igual entre nosotros después de aquella charla.

Me ofreció un vaso. —Lo que voy a contarte no saldrá de estas paredes.

Me aparté, inclinando la cabeza.

—No soy Morgan, Romeo. Nunca te defraudaré.

Dallas

—Conocí a Morgan en la fiesta de verano de Mónica en nuestra casa de los Hamptons.

Romeo se recostó en el otro extremo de mi alfombra, haciendo girar el sencillo anillo de casado que llevaba en el dedo. Nunca se lo quitaba. Ni una sola vez desde que habíamos intercambiado votos.

Siempre supuse que buscaba las ventajas de su reputación de chico bueno. No lo que tenía delante de mí: Romeo Costa era leal hasta la exageración.

—Era la *au pair* de una pareja de enfrente. Una encantadora bailarina del Medio Oeste. Rubia, guapa, encantadora. Iba a Juilliard con una beca completa, tenía una sonrisa con hoyuelos y unos modales impecables. Y era estupenda con los niños. Muy entrañable.

Levantó el vaso y agitó el líquido leonado. En su interior brillaban motas de oro. Las estudió con el ceño fruncido.

—Yo tenía veintiún años. Ella diecinueve. Yo era rico. Ella... no. Por aquel entonces no me importaba. Ni me importa ahora. Pero en cuanto Senior me sorprendió mirándola, me informó de que la sangre azul no se mezcla bien con la de los simples mortales. *Trátala como al océano, hijo. Unos chapuzones no le harán daño, pero no te sumerjas demasiado.* No le hice caso. Y lo que empezó como llevarla a dar una vuelta a la hora de dormir, se convirtió rápidamente en sexo en mi asiento trasero, baños desnudos en el océano y hablar de la noche a la mañana hasta que se nos secaba la boca.

Los celos me apretaron las tripas, retorciéndolas dolorosamente.

Aquella criatura inalcanzable, más grande que la vida, que había entrado en un salón de baile hacía meses, capaz de elegir a todas las chicas disponibles en el evento, había cortejado infantilmente a una chica ordinaria.

Una cuyo padre no poseía una importante empresa estadounidense y cuyo apellido no le abría puertas.

Dio un sorbo a su bebida, sin dejar de mirar la pared. —Cuando terminó el verano, estaba claro que Morgan y yo no éramos una aventura. Dejó Juilliard para mudarse conmigo mientras yo terminaba la carrera. Un movimiento que Senior había previsto. Afirmaba que las mujeres de su pedigrí nunca podrían medirse con hombres como nosotros. Que Morgan estaba demasiado cegada por mi fortuna para ser mi igual. Me negué a aceptar consejos amorosos de un hombre que había engañado notoriamente a mi madre durante toda mi vida. —La flexión de su mandíbula me dijo que lamentaba no haber escuchado el consejo—. En cualquier caso, Morgan se mudó conmigo y Senior echó humo.

Sabía a dónde iba esto. Metí las piernas bajo mi trasero, engullendo whisky para calmar los nervios.

—Morgan se deslizó sin esfuerzo hacia una vida de lujo. Mientras yo iba a clases, ella salía de compras, se arreglaba el pelo, hacía ejercicio y se metía en el papel de esposa trofeo. Solo que aún no estábamos casados. Ni siquiera comprometidos. Y eso era un problema para ella.

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios, como si recordara algo especialmente desagradable.

—Esperó a que me graduara para decirme que esperaba que le propusiera matrimonio.

—Eras muy joven.

Me lanzó una mirada. —Aún mayor de lo que eres hoy.

En ese momento supe que se arrepentía de haberme tomado contra mi voluntad. Lo cual, por desgracia, solo hizo que se me revolviera aún más el estómago.

No podía imaginarme perderlo, aunque nunca fuera verdaderamente mío.

—Nací para ser esposa y madre. —Me arrastré hacia él, rozándole los nudillos. Aunque no se apartó, tampoco entrelazó sus dedos con los míos como yo deseaba.

—Sé que suena anticuado y de mundo pequeño. Pero no podemos evitar las cosas que deseamos. Por favor, continúa.

Movió la mandíbula y la palpó con la mano libre. —Estaba dispuesto a declararme. Sabía que la amaba, al diablo los desperfectos. Dios sabe que yo también tenía los míos. Cuando le comunique mis intenciones, Senior estalló. Me informó de que quería que me casara. Pero bajo sus condiciones. Con alguien de quien pudiera presumir. Una mujer con un apellido influyente que aportara su propia fortuna y nos hiciera aún más ricos.

Una mujer como yo.

Sabía que nunca fui la elección de mi marido. Que era conveniente porque una vez pertenecí a Madison y ostentaba un linaje aceptable, pero el recordatorio me atravesó con una hoja tan afilada que podía sentir la quemadura en la piel.

—Senior me dijo que era hora de afrontar la realidad. Incluso me sugirió que volviera con ella después de casarme con una chica adecuada. Creo que sus palabras fueron: *Todo el mundo lo hace, Sonny. La monogamia es una creación de la clase alta para oprimir a la clase media. No necesitamos adherirnos a ella.* La propia Mónica procedía de una familia muy rica. Sus padres pagaban la factura siempre que Costa Industries necesitaba capital externo. Para Senior, un matrimonio que no incluyera un contrato comercial carecía de todo sentido.

Solté sus nudillos. —Pero no le hiciste caso.

—Le compré un anillo a Morgan. Yo tenía veintidós años; ella, veinte. No quería comprar el anillo de compromiso con la tarjeta de crédito de mis padres. Me parecía mal, teniendo en cuenta que ambos se oponían a la unión. Mónica con menos firmeza: siempre había visto a Morgan como una cazafortunas, pero me dejaba vivir mi vida. Así que compré el anillo con el dinero que había ahorrado de mi trabajo de asistente social.

No podía ser mucho.

Una corazonada que Romeo confirmó al volver a inclinar el vaso y beberse el resto de la copa.

—Le regalé a Morgan un anillo de diez mil dólares. Se puso lívida.

Un grito ahogado se agolpó en mi garganta. —¿Dijo que no?

Romeo se rió. —Oh, no. Dijo que sí. Pero también dijo otras cosas: que yo no la quería de verdad porque el anillo de compromiso era una vergüenza comparado con los de sus nuevos amigos ricos. Que no podían verla con él en su club de campo. Se quejaba de que yo no iba lo bastante en serio. Que dejó Juilliard por mí. Que dejó toda su vida en suspeso.

—¿Le pediste que hiciera todo eso?

—Ni una sola vez. Pero yo era joven e irreflexivo. Acepté alegramente sus sacrificios sin considerar que ella exigiría una recompensa por cada uno.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos, asintiendo para que continuara.

—Por aquel entonces, Licht Holdings entró en el juego como un competidor serio. Morgan y yo arreglamos las cosas. Me la llevé de vacaciones a las Bahamas. Cuando volvimos, empecé a trabajar para Costa Industries mientras me sacaba el máster.

—Mi primer año en Costa Industries pareció aliviar la tensión de nuestra relación. Ganaba dinero de verdad y ganaba confianza, lo que significaba que ella gastaba mucho más. La llevaba a cenas semanales con mis padres, con la esperanza de que se ganara su corazón. Mónica se descongeló, pero Senior permaneció inquebrantable. Al mismo tiempo, siempre flirteaba con ella en la mesa. Yo no le daba mucha importancia. Casi tres décadas los separaban. Por no mencionar que era mi prometida.

Hice una mueca de dolor, preparándome para lo peor.

—Las cosas se torcieron cuando empecé el máster mientras trabajaba a tiempo completo en Costa Industries. Pasaba poco tiempo con Morgan, y ella se resintió. Empezó a juntarse con la gente de Madison. Los georgianos ricos que inundaron Potomac aparentemente de la noche a la mañana. Le caían bien. El lugar les parecía aburrido y hacían frecuentes viajes a Nueva York. Ella se unía a ellos a menudo. No me importaba, ya que no podía dedicarle el tiempo que necesitaba. Por aquel entonces, Madison y yo éramos amigos.

¿Morgan lo engañó con Senior y Madison?

Romeo me robó el whisky, llevándoselo a la boca. —Cuando terminé el máster, Morgan y yo éramos poco más que compañeros de piso que de

vez en cuando mantenían relaciones sexuales. Mi amor por ella se convirtió en obligación. Me daba cuenta de que me odiaba por centrarme obsesivamente en mi carrera. Pero yo tenía un objetivo.

—¿Derribar Costa Industries?

Si la aventura de Morgan no había desencadenado su búsqueda de venganza, ¿qué lo había hecho?

—Sí. —No dio más detalles—. No puedo negar que fui un prometido desatento, pero también fui fiable, fiel y le di hasta el último céntimo que tenía. Por eso, cuando nos distanciamos, dudé de que el matrimonio pudiera funcionar. Aun así, Morgan siempre me atraía de nuevo a su red. Me sentía lo bastante culpable por haberla arrancado de su existencia anterior como para no seguir adelante.

—El día de mi primer ascenso, Senior me llamó a su despacho y me informó de que había seleccionado posibles novias para mí. Que, si no rompía con Morgan, él lo haría por mí. Tuvimos una discusión desagradable, pero no le di importancia. Pasaron días, luego semanas. Un día, Cara, que habitualmente nos compraba comida, llamó. Yo iba de camino a casa de Zach. Había estado saliendo con él y con Oliver más a menudo, ya que en casa me sentía de todo menos como en casa. Cara me instó a que me dirigiera a mi ático. Dijo que allí había algo que debía ver. Y lo había.

La tormenta que se estaba gestando en sus ojos grises me sumió en un torbellino emocional.

—Encontré a mi padre haciéndole sexo oral a mi prometida, que solo llevaba un par de tacones para él. Ni siquiera se detuvo cuando entré. Simplemente me miró fijamente a los ojos y me dijo que eso era lo que pasaba cuando elegías a una chica de clase obrera en vez de a una chica con clase y capacidad de trabajo. Ella siempre elegiría el dinero antes que a ti. —Hizo una pausa mientras yo luchaba contra las ganas de vomitar—. Y tenía razón. Todo lo que necesitó para abrirse de piernas ante él, para hacerme esto a mí, a mi *madre*, que la alimentaba todos los domingos en su casa, fue una tarjeta negra y una promesa vacía de que se divorciaría por ella.

—Oh, Romeo. —Me tapé la boca.

Ahora comprendía su actitud burlona hacia el matrimonio. Apenas había visto un buen ejemplo. Sus padres eran desgraciados juntos, y su única novia le engañó de la forma más despreciable.

Me devolvió la bebida. —Guarda tus lágrimas para alguien que las merezca. El poder es un gran sustituto del amor. Y yo tengo mucho. La vida es mucho más fácil una vez que aceptas el hecho de que todo el mundo te hará daño.

Me llevé el whisky al pecho, con el corazón martilleándome contra el vaso. Tenía razón, pero también había pasado por alto la parte más importante.

Todo el mundo te hará daño. La clave de la felicidad es encontrar a alguien que merezca la pena soportar el dolor.

—Después de echar a Morgan a deambular desnuda por las calles, observé cómo Senior se arropaba y me di cuenta de que siempre había tenido razón. La novia de la clase trabajadora. La capacidad de salirte con la tuya en absolutamente todo si poseías la suficiente influencia. Podría haberlo molido a palos. Tengo experiencia en ese campo, después de todo.

Se apoyó en el somier. —Pero la venganza es un plato que se sirve frío. Y yo ya había puesto en marcha planes para arruinar lo que más amaba: su negocio. Ése sería mi momento de ajustar cuentas. Eso, y matar a la dinastía Costa con mi último aliento. Después de todo, Senior siempre había planeado tener más hijos para asegurarse una línea sucesoria. No funcionó muy bien.

Una sonrisa amarga apareció en los labios de Romeo. —Así que he jugado a largo plazo. Gané control e influencia para utilizarlos contra él. Estuve de acuerdo en que Morgan era un error. Me senté con él a tomar una copa. Y juré darle lo que quería a su debido tiempo: una novia asquerosamente rica de alto rango.

Engendrar un heredero para Romeo significaba ceder a los deseos de su padre.

Apreté tanto el vaso que su borde dejó una marca en mi piel. —¿Tomaste una copa con tu padre inmediatamente después de descubrir que se acostaba con tu prometida?

—Así es.

—Eso es enfermizo.

Romeo se encogió de hombros. —El amor no existe. El matrimonio es un medio para conseguir un fin. Lo único que lamento es arrastrar a otra persona por este sombrío camino mío. Antes de conocerte, era fácil descartarte como una versión de clase alta de Morgan. Una mujer tonta a la que no le importaba con quién se casara, siempre que su calidad de vida permaneciera inmaculada. No creí que te importara que te robara a Madison. En ese aspecto, no soy mejor que tu padre.

Lo miré con nueva desdicha.

Él se dio la vuelta, sin querer ver lo que tenía untado en la cara.

—¿Por qué odias tanto a Madison? ¿Cuál fue su papel en esto?

Romeo volvió a tragar la mandíbula. Me di cuenta de que no mascaba chicle y comprendí que se sentía incómodo sin él.

—Después de darse cuenta de que mi padre la había engañado, Morgan intentó arrastrarse para volver a caerme en gracia. No lo consiguió, obviamente. Me dejaba mensajes de voz cada hora. Largos. Suplicándome que volviera con ella. Sabía que mi pulcritud no me permitía pasar por alto la alerta roja de mi teléfono. En una de sus divagaciones, mencionó algo así como que “ni siquiera le había contado a Madison nada que pudiera volver a *perjudicarme*”. La muy imbécil se descubrió a sí misma. Descubrí que Madison le pagó los últimos seis meses de nuestra relación para que recopilara información contra Costa Industries a través de mí. Y por eso finalmente la exilié a un lugar donde no pudiera hacerme daño.

Aquello sonaba al Madison que había llegado a conocer y que me disgustaba en Potomac.

También sonaba como si mi ex prometido hubiera sido el primero en iniciar esta guerra entre ellos. El odio ardía con una llama interminable.

—¿Qué descubrió? —Tragué saliva, temiendo la respuesta.

Los ojos de Romeo se encontraron con los míos, muertos y fríos. —No mucho con lo que pudiera trabajar, pero sí mucho para avergonzarme. A Morgan nunca le interesaron mis asuntos. Nunca quiso saber gran cosa de ello. Así que, para hacerse con un buen cheque, recurrió a contarle mis secretos. Mis miedos. Mi... *compleja* infancia. —Sus fosas nasales se dilataron. Una mirada lejana cubrió su rostro—. Hizo algo mucho más feo

que contarle secretos comerciales. Le contó mis debilidades y cómo utilizarlas.

—¿Dónde está ahora? —Una parte de mí no quería saberlo. Era capaz de hacer el viaje y estrangularla yo misma.

—En Noruega. —Su tenor perezoso me dijo que no hiciera más preguntas sobre el por qué y el cómo—. Trabaja en una tienda y no se mete en mis asuntos. No le va muy bien. Sigue soltera. Se gastó el dinero que Madison le dio a las pocas semanas de nuestra ruptura, así que tampoco se hizo ninguna inversión sólida.

—¿Crees que volverás a verla?

Negó con la cabeza. —Está muerta para mí, y lo sabe.

—Entonces, no hay razón para que permanezca allí. Tienes que dejarla volver a América.

—No.

—Sí. Puedes odiar a alguien por todas las razones correctas y seguir haciéndole daño. La venganza es el acto de caer tan bajo como la persona que te hizo daño.

Me miró miserablemente. —Detestarte era mucho más fácil cuando pensaba que eras tonta.

El silencio cubrió la habitación.

Sorprendentemente, no tenía muchas preguntas que hacer. En realidad, solo una.

Todo lo demás estaba muy claro. Sus motivaciones. Sus deseos.

—Todo esto ocurrió hace años —señalé—. ¿Por qué me tomaste como esposa justo ahora?

—Por varias razones. —Me acomodó distraídamente un mechón de pelo detrás de la oreja—. En primer lugar, ahora soy el director financiero de Costa Industries, al alcance del director general. Senior está gravemente enfermo y dimitirá en cualquier momento. Y Madison y tú apenas habían hecho oficial el compromiso ante el público en general. Yo ignoraba tu existencia hasta la semana en que nos conocimos. Además, durante mucho tiempo no pude tolerar la idea de tener a una mujer a mi lado, ni siquiera como decoración. El tiempo embotó la ira, pero no nubló el recuerdo.

Me aparté de él. —¿Que todas las mujeres somos iguales?

Sacudió la cabeza. —No, mi preciosa Galleta. Que una vez roto, un corazón nunca puede repararse. Funcionar, sí. Pero no se puede reparar algo que ya está hecho pedazos.

No estaba de acuerdo con él. Por otra parte, nunca me habían roto el corazón. Aunque, en ese momento, sentía que se acercaba peligrosamente a ese territorio.

—Así que ahora ya lo sabes. —Recogió nuestros vasos y se levantó —. Por qué odié verte desfilar delante de Senior. Por qué te tocó para demostrarme que tú también eras un juego. Por qué nunca tendré hijos.

No dejó lugar a la negociación.

Ni espacio para la reflexión.

Lo estudié desde mi lugar en la alfombra, dándome cuenta de que me había dado exactamente lo que quería —la verdad— y que eso no me acercaba más a descongelar su corazón.

En todo caso, la misión parecía más imposible que nunca.

—Nunca te amaré, Dallas Costa. Por eso, lo siento de veras. Porque sin duda eres digna de amor.

53

ZACH SUN: ¿Soy yo o hace semanas que no vemos a Rom?

OLLIE VB: No eres solo tú. Ha estado ocupado con su amorcito.

¿ZACH SUN: ¿Detroit?

ROMEO COSTA: @ZachSun, eres consciente de que este chiste no tuvo gracia la primera vez, y mucho menos la quincuagésima, ¿verdad?

OLLIE VB: Aquí estás, sol. ¿Dónde has desaparecido?

ROMEO COSTA: La vida es agitada.

OLLIE VB: ¿Demasiado ajetreada para unirte a nuestras vacaciones anuales prenavideñas de *snowboard*?

ROMEO COSTA: Me temo que sí.

OLLIE VB: Mentira. No tienes miedo de nada. Aparte de tomar sensaciones.

ZACH SUN: @OllievB, ¿puedes oír los maullidos?

OLLIE VB: ¿De @RomeoCosta, siendo azotado? Sí.

ZACH SUN: @OllievB, ¿recuerdas cuando Rom tenía pelotas?

OLLIE VB: @ZachSun, sí. Eran preciosas. Cuando corría, chocaban entre sí. Sonaban como campanas de boda.

ROMEO COSTA: Hablando de bodas, ¿cuándo es la tuya, @ZachSun?

ZACH SUN: Nunca.

ROMEO COSTA: Le doy tres meses.

OLLIE VB: Voy a ser generoso y le voy a dar seis meses.

ROMEO COSTA: ¿100.000?

OLLIE VB: Trato hecho. El que más se acerque, gana.

ZACH SUN: Los odio a los dos.

OLLIE VB: Vuelvo a oír campanas de boda.

ROMEO COSTA: Falsa alarma. Solo son las pelotas de Zach temblando.

Romeo

Una semana después de que Galleta se pavoneara con poco más que una nota adhesiva cubriendo sus partes íntimas, invité a Tom Reynolds a cenar en Le Bleu.

Hacía tiempo que debía haberme reunido con él. La última vez, la cancelé después de que Dallas canalizara su *Gran Gatsby* interior y organizara la madre de todas las fiestas en casa.

El orden del día de hoy incluía convencer a Tom de que revocara la decisión del Departamento de Defensa de conceder a Licht Holdings la renovación a la que habíamos renunciado.

Un cauto optimismo se instaló en mis hombros. Licht Holdings se encontraba en medio de un desastre de relaciones públicas. Con demasiados fuegos que apagar para cumplir el monstruoso contrato.

Jared frenó en seco, esquivando por los pelos un Tesla que le cortó el paso.

—*Uf.* —Galleta chocó con mi costado, derramando sidra de manzana espumosa sobre mis Bruno Cucinellis.

Le quité la botella de las manos y la tiré a la basura. —Estamos a unos minutos del restaurante. ¿Es necesario?

—Estoy preparándome.

—Estás *derramando*.

Y eso me llevó al único inconveniente de que Tom invitara a su mujer: Galleta también tenía que venir.

Mi mujer no tenía nada de malo. Impresionante, divertida y dulce como el pecado, era una distracción bienvenida para Casey, que dudaba que quisiera oír hablar de drones, tanques y armas semiautomáticas.

Solo había un problema con Dallas: apenas podía pensar en otra cosa que no fuera enterrarme dentro de ella cada vez que entraba en mi entorno.

Galleta hizo un mohín, tiró de los pañuelos del ceñido corsé de su batín y me limpió los mocasines, ofreciendo una vista sin obstáculos de su generoso escote.

—Dallas.

—¿Hmm?

¿Pero qué podía decir? ¿Aparta las tetas antes de que se me ponga dura como un fusil y haga que Tom desee no haber visto nunca mis armas?

Extendí un pañuelo. —Límpiate.

En lugar de utilizarlo para limpiarse la sidra pegajosa de las manos, Dallas se llevó el cuadrado a la nariz, inhalando mi colonia. —Sabes, que aceptara venir esta noche no significa que apruebe tu trabajo.

Le quité la tela, tomé su pie con tacón y le quité el alcohol con un paño, ignorando sus palabras.

—Quiero decir que no confío en los humanos para cuidar del planeta, y lo único que necesitan es, literalmente, no dar asco. ¿Por qué iba a confiarles la artillería pesada?

—Se supone que no debes confiar a nadie la artillería pesada. Ese es todo su propósito. La guerra que termina más rápido es la que nunca empezó.

—Tan profundo. —Batió las pestañas—. El Premio Nobel de la Paz está en camino. Asegúrate de tener el traje planchado.

Me enfurecía sobremanera que ésta fuera la mujer a la que había confiado mi verdad.

Sabía que mantendría mis secretos a salvo. Eso no me reconfortaba en absoluto, ya que quería señalar, diseccionar y devorar cada uno de sus defectos.

Cualquier cosa que la hiciera menos atractiva para mí.

Y sí que tenía muchos defectos.

Recordé con qué facilidad los había detectado cuando se mudó por primera vez. Pero todo lo que detestaba de ella —su risa ruidosa, su desorden, su asombrosa capacidad para hacerse amiga de todo y de todos, incluidas las macetas— ya no me irritaba.

Es cierto que no era una gran académica, pero se había leído la mitad de la biblioteca local en menos de cuatro meses y soltaba ocurrencias a una velocidad de vértigo.

También hacía alarde de su habilidad con los números, aplastando a Vernon en ajedrez y en Zeus suelto.

Su obsesión por la comida rozaba lo insano, pero sus conocimientos culinarios me fascinaban.

Sobre todo, me decepcionaba que mi mujer no fuera verdaderamente perezosa. Solo estaba esperando a ser madre para poder canalizar toda su energía en sus retoños.

Sin embargo, descubrí una buena razón para estar descontento con ella mientras caminábamos desde el Maybach hasta mi recién adquirido restaurante. Jadeaba como si acabara de terminar un maratón.

—¿Tienes que respirar tan fuerte? Los extraterrestres pueden oírtete desde los planetas vecinos.

—¿Tú también crees en ellos? —Se animó antes de mirarme de reojo, observando mi expresión plana—. Espera, ¿ahora te molesta mi respiración?

Le abrí la puerta. —Eres joven y, por una razón insondable ajena a tu estilo de vida, pareces estar en excelente forma. ¿Por qué respiras con tanta dificultad?

—Respiro con regularidad, Rom. A lo mejor es que estás súper en sintonía conmigo, y por eso me oyes incluso cuando estoy callada.

Rom.

Mi apodo pronunciado por sus labios de capullo de rosa sonaba como la palabra más hermosa de la lengua inglesa. Cuando Oliver y Zach me llamaban así, quería darles un puñetazo.

—Sigue soñando, Galleta. —Le puse una mano en la espalda, guiándola hasta nuestra mesa—. Y mientras lo haces, no olvides ser cortés, amable y educada. Necesito el negocio de Reynolds.

—Uf. Pensaba comer directamente de sus platos, pero ahora que lo has pedido...

Tom y Casey ya nos esperaban en la mesa. No estaban solos. Habían traído a su hijo pequeño.

Así pues, se produjo una oleada de arrullos y besos.

Casey se deshizo en halagos sobre el pelo, el vestido, los ojos y la existencia en general de Dallas.

Mientras tanto, mi mujer tomó físicamente al niño y lo acunó contra su pecho. —¿A quién tenemos aquí?

—A Freida. Su niñera nos plantó en el último momento. —Casey suspiró—. No te importa, ¿verdad?

—¿Importarme? —Por el grado de indignación de Dallas, cualquiera diría que Casey acababa de sugerir un intercambio de parejas—. Los niños son mi pasión, y éste está riquísimo, ¿verdad, cielo?

A pesar de que esa última frase podía hacerla entrar en la lista de vigilancia del FBI, una punzada de orgullo me punzó el pecho.

Estudié a Dallas, viéndola desde los ojos de un extraño. Su belleza seguía siendo incomparable. Sin embargo, más que su aspecto, admiraba su resistencia, su dulzura, su descarada honestidad y su devoción por los niños.

No era tan arrogante como para pensar que se conformaba con lo que compartíamos. Ella quería más. Sentimientos. Romance. Citas. *Herederos*.

También se merecía todas esas cosas. Pero la única forma de concedérselas era dejarla marchar, y me negaba a hacerlo.

La charla sin sentido comenzó en cuanto nos acomodamos en nuestros asientos. La pequeña Freida (de pelo rizado y vestido de cuadros amarillos) se sentó en el regazo de Dallas y comió comida aplastada entre los dedos.

Pregunté por los padres de Tom, su torneo de golf y su afición a volar drones, todo lo cual me importaba un poco menos que la opinión de Kanye West sobre las minorías marginadas.

A través de retazos, oí por casualidad a Dallas y Casey hablar del grave asunto del *lifting* quirúrgico de cejas.

Idiòticamente, y sin otra razón que mi incapacidad para dejar el asunto estar, sintonicé con Tom Reynolds, a quien había hecho la corte durante semanas, escuchando la conversación de Galleta.

Sus respiraciones constantes permanecían en mis oídos, acompañadas de su risa bulliciosa, el crujido de su pan de cortesía y los pequeños tragos que producía su garganta al sorber un martini rosa.

La forma en que insuflaba pedos en el cuello de Freida y acariciaba el hombro de la niña cada vez que se quejaba.

¿Tenía razón? ¿Era simplemente hiperconsciente de ella?

La sola idea me hizo estremecer.

Tardé un rato en pasar al modo de trabajo, pero una vez lo hice, olvidé la existencia de Dallas. Parecía divertir a las hembras Reynolds.

Tomé nota mentalmente de que recompensaría su cooperación follándomela.

Lo haría con inteligencia. Ahora que conocía su ciclo menstrual, me la follaría cuando hubiera pocas probabilidades de dejarla embarazada.

—Voy a ser sincero. Las cosas no pintan bien para Licht Holdings. — Tom expulsó aire, sacudiendo la cabeza una vez que por fin fuimos al grano —. Dudo que puedan cumplir nuestro contrato aunque estuviéramos dispuestos a pasar por alto el clamor público para boicotearlos. Cosa que, debo decir, el Secretario de Defensa no está dispuesto a hacer. Cameron Lyons es georgiano, si recuerdas.

Serví a Tom otra copa de vino. Sus palabras eran silencio para mis oídos alérgicos a la música. —¿Se han reducido significativamente sus producciones?

—No estoy en condiciones de hablar de sus negocios contigo. Lo sabes tan bien como yo, Costa. —Reynolds escrutó a los comensales, muy enjoyados, bajando la voz—. Pero con su base de fabricación de Newsham cerrada y otra en Alabama bajo investigación, no veo cómo pueden conseguirlo sin incumplir el plazo en meses. Estamos hablando de un retraso que podría costar miles de millones al Pentágono.

—Podremos asumir su carga y cumplir el plazo. Tal vez incluso entregar algunos equipos antes de tiempo. Como ya sabrás, acabamos de contratar a quinientos trabajadores en nuestra fábrica de Smethport. Llámalo la Profecía de los Huesos Secos. La resurrección y restauración al volver a tu tierra prometida: Costa Industries.

Si las cosas salían como yo quería —como así había sido históricamente— el Departamento de Defensa y Reynolds no verían cumplida ninguna parte de su contrato. Para entonces, Costa Industries ya habría desaparecido. Debidamente aplastada, liquidada e inactiva.

No me importaba lo más mínimo.

Como a Dallas le encantaba señalar, yo estaba en el negocio de la muerte y la intimidación.

Reynolds asintió, acariciándose la barbilla. Su hija gorjeaba en el fondo. —Hablaré con Lyons. Al principio quería probar con Licht Holdings por sus atractivos precios, pero eso está descartado, así que veré qué podemos hacer...

Un fuerte estallido explotó en mis oídos.

Las puertas dobles de la entrada se derrumbaron en el suelo.

La gente chilló. Los utensilios y las copas de champán se hicieron añicos en una sinfonía de cristales rotos. Los camareros se zambulleron, buscando seguridad bajo las mesas.

Cuatro hombres vestidos con pantalones cargo, Henleys negros y pasamontañas atravesaron el restaurante.

Los reconocí inmediatamente como la banda de atracadores de lujo responsable de aterrorizar Potomac. Seguían sin atraparlos, después de tanto tiempo.

A mi lado, Dallas se llevó a Freida a la espalda sin ninguna consideración por su propia seguridad.

Un atracador señaló al suelo con la punta de una Savage 64F. — Teléfonos en el puto suelo o todos muertos. —Decenas de iPhones saltaron hacia sus pies.

¿Todos muertos?

¿Por un rifle de caza anticuado?

No apostaría por ello.

Y encima interrumpiendo mi reunión.

Irritado, rodeé con un brazo a Galleta, que arropó a Freida contra la pared, deslizando los teléfonos de ambos sobre los tablones de Bocote.

Había leído las noticias. Sabía de qué iban estos imbéciles. Atracaban comedores elegantes y ricos, se llevaban dinero de las cajas registradoras —no mucho, estábamos en el siglo XXI, todo el mundo pagaba con tarjeta— y dejaban a las víctimas escandalizadas pero ilesas.

A diferencia de los locales anteriores que habían asaltado, en cuanto compré Le Bleu, instalé un sistema de seguridad tan avanzado y sofisticado que la policía debió de llegar antes incluso de que los ladrones entraran en el local.

Personal de seguridad externo vigilaba nuestras cámaras las veinticuatro horas del día.

A Galleta se le heló la piel.

Apreté mi agarre a su alrededor, empujando su cabeza bajo mi barbilla. No porque me importara, sino porque quedaba muy bien delante de Tom y Casey. Que, por cierto, parecían horrorizados.

Casey lanzó a Galleta miradas de agradecimiento por esconder a Freida. La niña se estremeció, pero mi mujer hizo muecas divertidas para detener sus lágrimas.

—Manos arriba, todos. —Otro ladrón con una Glock levantó el brazo, disparando al techo. El payaso golpeó la lámpara de araña, que se estrelló a sus pies, haciendo que todo el mundo gritara y llorara.

—Ahora voy a ir a cada mesa con mis amigos de aquí, y van a entregar todo lo que tengan que valga una mierda. Joyas, relojes, dinero en efectivo, putos cupones. Y esperarán con las manos donde yo pueda verlas, joder, hasta que llegue a ustedes o les meta una bala en la cabeza.

Me volví hacia Dallas. —Haz lo que te dice. No te pasará nada malo.

Su garganta se estremeció al tragarse saliva, aunque no sollozó como Casey, que se derrumbó en una histeria que rivalizaba con la de los demás comensales.

Hacía tiempo que sospechaba que mi mujer era lo que la Generación Z denominaba ridículamente una zorra malvada.

Como siempre, tenía razón.

Los atracadores trabajaron con rapidez, cogiendo todo lo de valor y metiéndolo en mochilas. El de la Glock llegó hasta nuestra mesa, mientras

los otros tres se arremolinaban alrededor, vaciando bolsillos y bolsas.

Casey se quitó los anillos, los pendientes, el collar y el bolso Chanel, y se lo deslizó. Tom y yo ofrecimos nuestros anillos de boda, relojes y el poco dinero que llevábamos.

Dallas entregó sus anillos de compromiso y boda, una pulsera y un Birkin. Freida seguía escondida a sus espaldas, lejos de la vista.

Miró al enmascarado como una profesora desaprobadora. Me entró la risa en la garganta. Le estaba echando la bronca a punta de pistola.

Clásico de Galleta.

—Los pendientes también. —El hombre del pasamontaña les apuntó con su pistola.

Galleta tocó el sencillo pendiente de perlas y negó con la cabeza. —No. No puedo hacer eso. Eran de la abuela. Y ella murió...

—Me importa una mierda cómo tu abuela estiró la pata. Entrégame los pendientes, zorra.

¿Qué estaba haciendo?

Siendo sentimental y dulce. Las cosas por las que te burlas de ella tan a menudo.

Apoyó los dedos sobre el mantel. —No te voy a dar mis pendientes.

Freida se echó a llorar. El chillido retumbó en las paredes como una bala.

—Cariño. —No la llamé por su nombre, pues sería una tontería decirles quiénes éramos.

—No. —Metió a la niña debajo de la mesa y miró fijamente a los ojos de aquel imbécil, lanzándole un desafío tácito—: Dispárame siquieres. Pero no te llevarás los pendientes de mi abuela.

Su rostro se retorció de rabia, visible incluso a través de la tela negra. —Te voy a joder.

Levantó la pistola para dispararle. Dallas cerró los ojos de golpe, preparándose para el dolor que nunca llegó. Había bloqueado el cañón a un palmo de su cara.

La empuñé con fuerza. —Voy a hacer un portabolígrafos de tu puto cráneo si tan solo miras en dirección a mi mujer.

Echó la pistola hacia atrás, con el sudor manchándole el pasamontaña.
—¿Quién coño te crees que eres?

—He dicho lo que he dicho. Baja el arma y vete.

Freida gimió con más fuerza.

Francamente, no podía comprender la fascinación de Dallas por los niños. Eran increíblemente ruidosos para su tamaño.

—Dispararé a la zorra si no me da los pendientes.

—Vamos, T. Tenemos que irnos. —Las llamadas urgentes del resto de los atracadores hicieron que “T” se balanceara a derecha e izquierda, presa del pánico.

Sus estimados colegas ya revoloteaban junto a la puerta, con las mochilas colgadas al hombro. Un arsenal de sirenas de policía ululó, asaltando mis oídos y señalando el fin de esta tontería.

—No antes de que me dé los putos pendientes. Le pegaré un tiro a su puta hija.

Pensó que Freida era nuestra.

Eso hizo que Dallas perdiera los nervios. Se apresuró a desabrocharse los pendientes.

—No. —Le puse la mano libre en el brazo—. Tus pendientes se quedan.

—T, ¿qué coño estás haciendo? —gritó un ladrón. Parecía joven.

—No me va a faltar al respeto. —T apuntó con su Glock a Galleta.

Algo extraño ocurrió en mi pecho en ese momento. Un remolino de frenesí. Un apetito intolerable de sangre y violencia.

Salí disparado hacia arriba, impidiéndole ver a Dallas. Retrocedió a trompicones cuando me puse delante de él, empujándolo. Sus amigos huyeron, dejándolo atrás, con la cabeza *gacha*, mientras él luchaba por recuperar el equilibrio.

Le arrebaté la pistola por el cañón.

—¡Alto! —T intentó apartar el arma de un tirón—. Suéltala, joder.

—Te dije que no amenazaras a mi mujer, ¿no? —Empujé la pistola hacia abajo y agarré a T por el cuello con la mano libre, apretando tan fuerte que se le salieron los ojos de las órbitas, rosados y redondos y petrificados—. Juega a juegos estúpidos, gana premios estúpidos. *Nadie* amenaza a mi mujer y vive para contarlo.

Gorgoteó. Le salía espuma de la boca. En el fondo, registré las sirenas acercándose, la gente jadeando y Dallas rogándome que me detuviera.

Pero no podía, aunque lo intentara.

Solo podía pensar en cómo la había apuntado con su maldita pistola, y todo porque ella quería conservar la reliquia de su abuela. Una abuela a la que nunca conocería.

Había tantas cosas sobre ella que no sabía, y este idiota casi me aseguraba que nunca las descubriría. Si le hacía algo... si le hacía daño...

Le apreté tanto la garganta que sentí que los huesos de su interior se tensaban, a punto de romperse.

—¡Oh, Señor! —gritó Dallas, justo cuando el ladrón se desplomó en el suelo bajo mí por falta de oxígeno.

No creí que estuviera muerto.

Daño cerebral, quizá.

No era una gran pérdida, teniendo en cuenta sus acciones poco inteligentes hasta el momento.

—Romeo. —Dallas se abalanzó sobre mí, agarrándome por los hombros.

Le entregó Frieda a Casey cuando vio mi cara.

—¿Estás bien? —Me acarició las mejillas. Le temblaban las manos. Aquellos preciosos ojos color avellana brillaban con lágrimas—. Por favor, por favor, dime que estás bien. Tom ha llamado al 911. La ambulancia está de camino.

—Me importa un bledo ese gamberro. Por mí, puede morirse aquí mismo, en mi piso.

—No por él. Por ti.

¿Por mí?

Primero registré a Dallas.

Brazos. Las piernas. Cuello.

Todo parecía intacto.

Un repentino estallido de dolor me golpeó el brazo izquierdo. El mismo brazo izquierdo que ahora sentía como un peso muerto. Como si ya no perteneciera a mi cuerpo.

Miré hacia abajo y me di cuenta de que estaba en un charco de mi sangre. Mi mirada se dirigió hacia mi brazo. Me habían disparado. Rozado, para ser más exactos.

Esto era un inconveniente.

A medida que la adrenalina disminuía, el dolor empezó a aparecer.

Dallas agitó una mano delante de mis ojos, intentando captar de nuevo mi atención.

—*¿Hola? —Me dio un golpecito en el centro de la frente—. ¿Hay alguien ahí?*

Me arranqué algunos jirones de tela. —Afortunadamente, hay mucha distancia entre el bíceps y el cerebro.

—*Una bala te alcanzó el brazo. —Aduló la piel desgarrada, saltando de un lado a otro como si fuera a desvanecerse en un ángulo diferente—. ¿Cómo puedes estar tan calmado por esto?*

—*¿Correr histéricamente con lágrimas corriendo por mi cara cerraría la herida abierta?*

—*Pruebas tus propios productos o algo así?*

No, pero he sobrevivido a peleas peores.

Docenas de policías irrumpieron en el interior y recogieron al hombre noqueado que teníamos debajo, esposándolo. Un revuelo de gente se arremolinó a mi alrededor, con Reynolds y dos policías intentando apartarlos para dejarme espacio.

Detestaba la atención, sobre todo la de tipo positivo.

Uno de los policías apartó a Dallas. Ella pataleó, gritándole que no la tocara, negándose a dejarme. Un hecho que me sorprendió y alegró.

Con el brazo que no estaba herido, la atraje hacia mí. —Mi mujer se queda.

La ambulancia llegó poco después. Un paramédico me condujo al interior, atravesando mi ropa para alcanzar mi herida. Ambos la examinamos con ojos sobrios.

Galleta estaba de pie junto a las puertas abiertas del compartimento, gruñendo como un perro guardián a cualquier periodista que se acercara.

—Parece una herida poco profunda. Me vendrían bien unos puntos, pero parece un rasguño. —Aparté con un codazo la mano del paramédico —. Puedo hacerlo yo mismo. No tengo tiempo de andar dando vueltas por el hospital durante horas.

Se frotó la herida con un antiséptico. —El protocolo dice que tienes que acompañarnos al hospital.

—A la mierda tu protocolo.

—No puedes...

—¿Vas a llevarme contra mi voluntad?

—No, pero...

—Entonces, puedo.

La cabeza de Dallas giró hacia nosotros. —Deberías hacer que te cosieran esto.

La enorme preocupación que se reflejaba en su voz me emocionó, y así supe que estaba completa y absolutamente jodido.

—Lo haré. Sé lo que hago. —Salté de la ambulancia y me dirigí a nuestro Maybach, donde me esperaba Jared—. Ven, Galleta.

Parecía indecisa entre intentar convencerme de que fuera al hospital y hacer lo que yo decía. Al final, pareció recordar que su marido no respondía ante nadie, ni siquiera ante ella, y se unió a mí.

Cuando entramos y sangré por todo el asiento de cuero, sin camisa, Jared no hizo ninguna pregunta.

Sabía cuál era su lugar.

Callarse y conducir.

Romeo

Parecía que Galleta tenía un hueso que roer.

O, en su caso, romper.

La ignoré y entré en mi habitación, aun sangrando. Siguió las gotas de sangre escarlata, como Hansel y Gretel persiguiendo un rastro de caramelo.

En el cuarto de baño, saqué un botiquín de primeros auxilios y volví a desinfectar la herida. Había sufrido rasguños peores que éste, pero tenía mal aspecto.

Dallas saltó a la encimera junto al lavabo, acunó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas, observando. —¿Necesitas ayuda?

Me sequé la zona con un paño y saqué aguja e hilo, frunciendo el ceño hacia el bíceps que tenía que coser. —¿Sabes coser heridas de bala?

—No.

—Entonces, ¿cómo sugieres ayudarme? ¿Animando desde la barrera, sosteniendo un cartel con mi nombre?

Parpadeó ante mis duras palabras, evidentemente dolida.

Deslizando el hilo por el ojo de la aguja, añadí: —Ya puedes irte. Hoy lo has hecho bien. Creo que hemos salvado el contrato.

—¿Eso es todo lo que te importa?

Me pasé la punta de la aguja por la piel, buscando dónde se había roto. Qué ángulo más malo para coserme.

—Por supuesto que no. También me importa el daño que infligieron a Le Bleu. Cara tendrá que hablar con la compañía de seguros y las autoridades. La burocracia es una verdadera putada.

—Me has salvado la vida.

—Ese payaso no iba a infligir ningún daño grave. Solo era un crío.

Saltó del mostrador, agachó la cabeza por debajo de mí para captar mi mirada y me palmeó la cara. —No, estaba enfadado y fue provocado. Recibiste un balazo por mí, Romeo.

Fruncí el ceño. —No seas dramática.

—Gracias.

Como no había avanzado nada en encontrar el punto de partida para coserme, me aclaré la garganta, dando un paso atrás. —De nada. Ahora vete.

—Te deseo.

Su mano me recorrió el pecho hasta el hombro.

Yo también te deseo, por eso necesito que te vayas de aquí. Ya no me reconozco ni reconozco mis actos en lo que a ti respecta. Te has convertido en un lastre que no puedo permitirme.

En lugar de echarla, dejé la aguja y el hilo en el suelo. —Puedes montarme el muslo.

—Quiero montarte la *polla*. —Se burló del dobladillo corto de su vestido de satén color oliva—. Cuando me obligaste a ir a Le Bleu, ¿no dijiste que me follarías si me portaba bien? Me porté bien.

—Dije que te follaría cuando tuvieras la regla.

—Yo lo interpreté de otra manera.

—No es un libro de Benedicto de Spinoza. No estaba abierto a diferentes interpretaciones.

—Da igual. De todas formas, la última vez no fue tan buena. —Contrariamente a sus palabras, su vestido se subió, coqueteando con el borde de sus bragas de encaje—. Ocurrió hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo gran cosa. ¿Estuve allí? ¿Estuviste tú?

Incitarme no funcionaría.

Por desgracia para ella, yo era más sofisticado que eso.

Continuó sin inmutarse. —Oliver me ha dicho que eres un virgen renacido. Sabes que tu pipí tiene otras funciones, ¿verdad?

—Vete, Dallas.

Pero no se fue.

En lugar de eso, se arrodilló y empezó a desabrocharme el cinturón. Me apoyé en el borde del lavabo, incapaz de detenerla. Mis dedos se enroscaron en la encimera.

—Voy a sangrar por todo el suelo.

Un último esfuerzo para detenerla.

Me sacó la polla pesada e hinchada. Sus dedos la rodearon por completo sin tocarla.

Me encantaba lo pequeña que era en comparación conmigo. Lo improbable que éramos como pareja. Cómo debía de preguntarse la gente cómo encajaba yo en ella.

La deliciosa respuesta, por cierto, era *apenas*.

—Complementará todo el verde que te he salpicado en el techo.

Envolvió mi polla con sus labios, tomándola centímetro a centímetro. Su calor la envolvió.

Me estremecí cuando aplastó su lengua contra mi pene.

Eché la cabeza hacia atrás y gemí. Dallas era una gran chupadora de pollas. Tenía resistencia, ya que se pasaba el día comiendo.

Y era entusiasta.

Me di cuenta de que le encantaba chupármela.

Ya me habían chupado la polla bastantes mujeres que solo lo hacían para entibiar la cama. Me miraban pestañeando, examinándome a través de sus pestañas con lo que creían que eran sonrisas seductoras, chupando suavemente, acariciándome la polla arriba y abajo como si fuera un violonchelo.

Galleta no.

A Galleta le encantaba todo: chupar, escupir, besar, la forma en que mi polla golpeaba el fondo de su garganta cuando la agarraba del pelo y le follaba la cara.

Le encantaban las arcadas y a menudo intentaba meterme hasta la raíz. De hecho, éste parecía ser el único aspecto de la vida de Dallas en el que *no* era perezosa.

Inclinando la barbilla hacia abajo, observé cómo me la chupaba. Gotas carmesí corrían por su pelo brillante, arrastrándose por su frente.

Verla manchada con mi sangre me hizo algo. Me dio un sentimiento de propiedad que normalmente no me permitía contemplar.

Tal vez fuera la pérdida de sangre, pero no quería acabar así. Correrme en su boca no sería suficiente.

Entrelazando su largo pelo castaño en mi puño, la aparté de mi polla. Se echó hacia atrás y me miró expectante.

—¿Quieres que te folle? —Me incliné hacia ella, acercando su cara a la mía para que nuestras narices se aplastaran. Agarré la parte delantera de su vestido, retorciéndola, apretándola contra su piel hasta que la tela empezó a separarse y a rasgarse—. ¿Quieres que te deje embarazada?

—Sí —exhaló—. Sí.

Me dejé caer sobre el mármol, apoyando la espalda contra el tocador. —Pídeme amablemente.

—Por favor.

—Más amable.

Se arrastró hacia mí a cuatro patas, se sentó a horcajadas sobre mi regazo y me agarró la mano, llevándola entre sus piernas. Sus dedos guiaron los míos hacia su coño resbaladizo, dos de los suyos se unieron a los míos dentro de su calor.

Mis labios encontraron su pezón, mordiéndolo a través del vestido. Juntos, le follamos el coño hasta los nudillos, enroscándonos hasta que sus paredes palpitaron.

Vi cómo nuestros dedos desaparecían en su interior. Ella arqueó la espalda, tratando de acomodar todo lo que podía de nosotros.

Sus labios se acercaron a la concha de mi oreja. —Por favor, por favor, *por favor*.

Saqué mis dedos de su interior, rasgué su vestido por la mitad y capturé ambos lados de su cintura, hundiéndola sobre mi polla, hasta la empuñadura.

Su cabeza cayó hacia delante. Me mordió el hombro, sacando sangre, y sus caderas se agitaron.

Estaba tan apretada que parecía que le estaba follando el culo. Sus paredes se estrechaban a mi alrededor, ordeñando mi polla en busca de semen.

La dejé cabalgar sobre mi polla hasta que venció mi impaciencia y la aparté de mí, le di la vuelta y la puse a cuatro patas.

El mármol estaba frío y duro contra sus rodillas. Cómo me gustaba ver a esa mocosa mimada recibiendo toda mi polla, sintiendo la molestia que le producía. Mi ninfa de puntas plateadas.

La penetré por detrás. Ella retrocedió, respondiendo a cada una de mis embestidas.

Mis dedos se enroscaron en su cuello y la condujeron hacia arriba hasta que su espalda se pegó a mi frente. Giró la cabeza y capturó mis labios, deslizando la lengua entre mis dientes.

Arqueó la espalda y se metió los dedos entre las piernas, buscando el clítoris. Los aparté de un manotazo y le di un golpe en el culo.

—Rom —gimió—. Necesito correrme.

—Lo que necesitas es estar jodidamente agradecida. —Mi sangre se hizo sentir, cubriendo cada centímetro de su espalda, brazos y tetas, y apelmazando su pelo.

La solté de la garganta y le acaricié la coronilla, susurrándole alabanzas al oído. —Qué buena chica. —Palabras que nunca pensé que diría. Especialmente a *esta* chica en particular, que era cualquier cosa *menos* buena el doscientos por cien del tiempo—. Ojalá aceptaras tan bien las indicaciones cuando no estás llena de mi polla.

La rodeé con la mano y encontré su clítoris, recompensándola con un solo movimiento. Gritó y cayó hacia delante, de rodillas de nuevo, empujando sobre mi polla.

Más gotas carmesíes salpicaron su espalda. Había reabierto la herida y un rojo fresco pintaba su columna. Hundí un dedo en ella y deletreé mi nombre en los hoyuelos de su espalda.

—¿A quién pertenece tu culo? —gruñí.

—A ti.

—Más alto.

—*A ti.*

—Ahora gatea hacia delante y enséñame tu coño por detrás. Quiero ver si merece mi semen.

Con un gemido renuente, se apartó de mi polla, retorciéndose a medio metro de distancia.

Empezó a girarse cuando siseé: —No quiero verle la cara, señora Costa. Solo el coño que le robé a mi enemigo.

Separó los muslos, dejando al descubierto su coño. Goteaba en el suelo, sus jugos se mezclaban con mi sangre, creando un charco rosado a sus pies.

Me acaricié la polla, impregnada de su humedad, perfumada por la esposa de la que no me saciaba.

Sonreí, y la liberación me hizo cosquillas en el pene. — ¿Avergonzada?

—No. Vacía.

Que me jodan.

No tenía ni idea de cómo esta mujer podía acabar con un cobarde como Madison. Lo convertiría en albóndigas antes de la recepción.

—Sigue mirando al frente. Te follaré cuando lo crea conveniente.

Duré menos de dos minutos antes de martillearla por detrás. Le temblaron los codos y soltó un grito de sorpresa.

Se me apretaron las pelotas.

Gruñí y la penetré hasta el fondo.

Me corrí dentro de ella.

En gruesas e interminables cuerdas, la cabeza de mi polla presionó hasta el fondo.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, todo su cuerpo se tensó. Su coño estalló alrededor de mi polla, untándola con su flujo.

Me deslicé y vi cómo nuestro semen caía en cascada sobre sus labios y el mármol. Se desplomó sobre las baldosas, apoyada de espaldas, con una sonrisa perezosa adornándole la cara.

Alargué dos dedos, recogí el semen que salía de su coño y se lo volví a meter, recordando sus palabras de antes. —¿Es esto lo que tengo que hacer con mi pipí?

Con los brazos extendidos como un ángel de nieve, soltó una risita encantada.

En el medidor de placer, hacerla reír era casi lo segundo más importante que hacerla correrse.

—Te corriste dentro de mí —susurró, casi desconcertada.

—Me corrí.

Y, por desgracia, quería repetirlo.

Y otra vez.

Tantas veces como ella me lo permitiera.

Se estiró, apoyando un pie sobre mi muslo. —Ese corazón de cristal tuyo, Romeo... Un día, voy a romperlo.

—Si alguien puede, Galleta, eres tú.

Podía darle un hijo sin darle mi corazón.

Y eso era lo que pensaba hacer.

Dallas

Romeo y yo tuvimos sexo.

Sexo de verdad.

De hecho, casi parecía aceptar la idea de ampliar nuestra familia. Por no mencionar que me salvó la vida la semana pasada en Le Bleu.

El hombre recibió una bala, literal, por mí. Sin dudarlo siquiera.

Sobre el papel, debería haber estado eufórica.

Entonces, ¿por qué no estaba contenta?

Para empezar, cayeron dos pétalos más de la rosa de Vernon.

Mi rosa.

Cuento más se desprendía, más triste parecía el frágil tallo. Nadaba en un charco de blanco marchito, pues me negaba a desechar una sola corola. Y de algún modo, eso la hacía más desnuda. Un soldado solitario en una guerra olvidada.

Y en segundo lugar, a pesar de todas las concesiones, gestos y devoción de Romeo, seguía manteniéndome a distancia. Aún no me había llevado a una cita en condiciones.

Reconocía la adoración genuina cuando la veía. Shep Townsend podía ser un padre terrible, pero amaba a mi madre con todo lo que tenía.

Mientras tanto, Romeo no me prestaba ninguna atención. Para él, me había convertido en un objeto fijo. Un mueble. Una distracción.

Aquello me destripó. Después de todo, no hay mayor dolor que el amor no correspondido.

Por desgracia, me sentí una tonta explicándoselo a Hettie. Así que, en vez de eso, jugamos al Conecta Cuatro, con la televisión murmurando de fondo.

—Espera. —Me agarré a su antebrazo—. Sube el volumen.

—Dal, no puedes cambiar las reglas cada vez que pierdes.

—No. Las noticias.

—Mierda. —Cogió el mando a distancia y puso a todo volumen la mini pantalla plana de la cocina.

Una alegre reportera se cruzó de brazos sobre la mesa curvada del presentador. —Una fuente anónima informa de que la artillería de demostración de Costa Industries ha explotado en mitad de una prueba de campo, dejando a tres empleados hospitalizados. Los inversores se preguntan si la empresa podrá cumplir con éxito su contrato con el Pentágono, dado este enorme contratiempo de ingeniería. —En la pantalla apareció una infografía—. Como pueden ver, las acciones han caído en picado desde los primeros informes del fiasco.

Esta “filtración” tenía las huellas de mi querido ex prometido. Casi me había olvidado de Madison. Ni siquiera sabía nada de él desde nuestro almuerzo en Le Bleu, y prefería que siguiera así.

Un recorte de la cara sonriente de mi marido en un acto benéfico apareció junto a la reportera. Lo que no esperaba, mientras ella leía en voz alta su comentario oficial, era que dicho marido irrumpiera en la cocina.

El reloj marcaba las dos y media del mediodía. Romeo nunca llegaba a casa antes de las seis.

Hettie se giró hacia mí, sorbiendo el café con huevo vietnamita que habíamos pedido en DoorDash. —Creo que tu marido acaba de entrar en la cocina.

Sacudí la cabeza y me esforcé por no sonrojarme. —No. Deben de ser los hongos que tomamos antes. De ninguna manera se perdería toda la diversión de la oficina.

Nunca tomamos hongos, pero siempre me gustaba mantener a Romeo en vilo, siempre adivinando. Eso hacía que me prestara una pizca de atención y yo, como mendiga que era, me apresuraba a recoger cualquier migaja que me lanzara.

—Dallas. —Ignoró la existencia de Hettie—. Tenemos algo que discutir. Sígueme.

Mi sonrisa se evaporó.

—¿Estaba metida en un lío? Si era así, ¿por qué?

Hacía siglos que no hablaba con Madison. Además, lo que había pasado hoy no tenía nada que ver conmigo.

De fondo, las noticias sobre los crecientes problemas de Costa Industries seguían rodando.

Fingí un bostezo, pero mi corazón galopaba. —Lo que tengas que decir puedes decirlo aquí.

Apoyó un hombro en el marco de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho. Sus músculos sobresalían bajo la camisa de vestir.

Sabía que estaba vendado, con puntos y dolor bajo la manga. Eso me hizo anhelar besar cada centímetro de él para mejorarlo.

—Es un asunto privado.

Hettie se removió en su asiento, deseando claramente estar en cualquier otro sitio que no fuera la posición en la que yo la había colocado. Debajo del mostrador, me pellizcó.

Yo le devolví el pellizco. —Esto ya es bastante privado. Hettie es de la familia.

—No, no lo es. Aunque lo fuera, ésta no debe estar al tanto de todo lo que pasa entre un marido y su mujer.

De nuevo, hablaba como un duque del siglo XIX. No podía negar que me hizo replantearme mi postura respecto al romance histórico.

Aun así, me negué a someterme a él mientras estuviera de mal humor, como era evidente.

—Siento discrepar. —Enderecé la columna—. Lo que necesites de mí, aquí y ahora, es suficiente.

Pasó por alto a Hettie, sin prestarle realmente atención, y se encogió de hombros. —Muy bien.

En dos rápidos pasos, Romeo me levantó, posó mi trasero en la isla de la cocina y empezó a desabrocharse los pantalones entre mis piernas.

Jadeando, me giré para mirar a Hettie detrás de mí. —En nombre del Señor, ¿qué crees que estás haciendo?

Me aplastó contra la encimera. Mi pelo hizo cosquillas en el codo de Hettie cuando me levantó la camisa, dejando al descubierto mi vientre. Su lengua se deslizó hacia arriba, hacia mi pecho.

Violentos escalofríos de placer recorrieron mi cuerpo. En un instante, me humedecí entre los muslos.

—Dijiste que cualquier cosa que necesitara de ti podía ocurrir aquí. Delante de Hettie. Tengo un mal día y necesito un estímulo. Vine hasta aquí para meter crema en el apretado coño de mi mujer y abofetearle un poco las tetas. Hettie puede irse cuando quiera.

Su cabeza desapareció dentro de mi camisa, sus dientes ya me mordisqueaban el pezón a través del sujetador.

—Y Hettie se va ahora mismo, antes de que nunca más pueda mirar a ninguno de los dos a los ojos... —Su silla raspó. En un borrón rubio, Hettie salió corriendo de la cocina.

Vernon, que iba a entrar, también dio media vuelta y murmuró: —Dios santo.

—Esto es antihigiénico —señalé mientras Romeo se deshacía de mi camisa y mi sujetador. Su boca devoró el lateral de mi cuello—. Se supone que la gente come aquí.

—Sí pienso comer aquí. Tu coño.

—Pensé que estabas enojado conmigo. —Me apoyé en los codos, observándolo, fascinada.

Me bajó los vaqueros y las bragas, enterrando la cara entre mis piernas, comiéndome con la urgencia de un hombre hambriento. Su lengua caliente y húmeda me acariciaba las entrañas, su nariz me masajeaba el clítoris.

—¿Por qué iba a estar enojado contigo? —Las palabras fueron murmuradas en mi interior.

—Por la acción... Madis...

—No pronuncies su nombre cuando mi lengua esté lo bastante dentro de tu coño como para alcanzar tu útero.

El familiar ardor de un rubor subió por mi cuello. —Me preocupaba que pensaras que yo tenía algo que ver.

Con mucha reticencia, levantó los ojos, comprendiendo que era necesario intercambiar palabras entre nosotros.

Suspiró, me besó el interior del muslo y se enderezó, mirándome fijamente a los ojos. —Sé que ya no sales con él.

—¿Cómo lo sabes?

De algún modo, estaba segura como el sol de la mañana de que había dejado de hacerme seguir. Romeo cumplía su palabra. Siempre lo hacía.

—Porque tú y yo sabemos que te exiliaría de Potomac y pediría el divorcio si me traicionas después de todo lo que se ha dicho entre nosotros.
—El fuego encendió sus ojos grises glaciales.

A pesar de la malicia que contenían, su mirada me bañó como un rayo de sol, calentándome hasta la punta de los dedos.

Ahora le importaba lo suficiente como para hacerse daño. No era mucho, pero bastaba para que mi cabeza diera vueltas de alegría.

—Ahora. —Hundió dos dedos en mí, enroscándolos mientras el sonido de mis jugos aferrándose a él llenaba el aire—. ¿Puedo tener la amabilidad de comerme a mi mujer, luego follármela y luego volver a comérmela? He cancelado todas mis reuniones de hoy para poder hacerlo.

Retiró los dedos y los chupó hasta dejarlos limpios de mi deseo por él.

Sonreí. —Puedes hacerlo.



Estaba tan satisfecha y agotada que me dolían todos los músculos del cuerpo. Romeo estaba junto a la estufa, calentando leche para mi cacao caliente. Chocolate blanco para beber de *L.A. Burdick*, que había encargado expresamente a Hettie para mí antes del invierno.

Era la primera vez que hacía algo semirromántico por mí.

No significa nada, Dal.

Aun así, no pude hacer caso a mi propia advertencia.

Romeo tamizó dos cucharadas de mezcla Burdick raspada en la olla. —Solía llevarme una taza a clase cada vez que bajaba la temperatura. Incluso cuando estaba en el MIT, donde los sitios más cercanos están en Harvard Square o al otro lado del puente.

Fingí un grito ahogado. —¿Quieres decir que existe algo más allá de las coles de Bruselas y las pechugas de pollo que comes?

Mis ojos se clavaron en su antebrazo nervudo mientras batía la mezcla. Por Dios.

—Lo entenderás cuando lo pruebas.

Para ser sincera, podría saber a estiércol líquido y aun así pediría repetir, aunque sólo fuera por ver en primera fila el porno de su antebrazo mientras lo montaba.

Me deleité con su imagen. Sin camiseta, gloriosamente poderoso y *casi* mío.

Sus músculos tensos se flexionaban cada vez que hacía el menor movimiento. Una fina capa de sudor seguía pegada a su cuerpo bronceado.

Le observé con placer desde mi sitio en la silla que Hettie había ocupado hacía sólo una hora.

—He encargado réplicas de tus anillos de compromiso y de boda. —Romeo vertió el chocolate para beber en mi taza con forma de caldero, llena de hechizos de *Henry Plotkin*—. Deberían llegar a finales de la semana que viene.

Mi estúpido corazón revoloteó en mi pecho. Era tan difícil mantener a raya mis sentimientos cuando lo único que quería era darles rienda suelta. Verlos crecer, desarrollarse y evolucionar.

Fingí aburrimiento. —¿Y qué hay de tu anillo?

Se chupó el pulgar de restos de leche, poniendo la taza delante de mí. Nata montada fresca y virutas de menta. Justo como me gustaba.

¿Había prestado atención?

Romeo se sentó frente a mí. —Mi anillo de boda debería llegar más o menos al mismo tiempo.

Estaba oyendo todo lo que quería oír. ¿Por qué no estaba satisfecha?

—¿Era la rosa que moría lentamente antes de que Romeo tuviera tiempo de enamorarse de mí? —Es que estaba de mal humor? —Hormonal? —Nostálgica?

Di vueltas a la cucharilla en mi chocolate caliente, canalizando en ella toda mi concentración.

—¿Galleta?

Levanté los ojos. —¿Sí?

Frunció el ceño. —¿Por qué estás tan afligida?

Porque aún no sientes nada por mí. Simplemente me aceptas como tuya. Como se acepta a un nuevo colega o vecino. Alguien al azar que entró en tu vida y vino para quedarse.

Intenté tragarme mi frustración, pero no pude.

La idea de meterme en la cama con él esta noche, de compartir mi cuerpo con él sin compartir ni un solo pensamiento, me atormentaba.

Hice un gesto entre nosotros. —Porque esto no es real.

—Explícate.

—Esto. *Lo nuestro*. —Suspiré, apartando el cacao de mí. Las cosas eran serias cuando no tenía ganas de algo dulce—. Compartimos tanto juntos y, sin embargo, nada en absoluto. No me conoces. En realidad, no. Ni siquiera has intentado saber más de mí. Te has abierto a mí, y por eso te estoy agradecida. Pero no sabes nada de mí. Ningún trozo tentador que me haga más entrañable a tus ojos. No sabes cuál es mi color favorito. Mi comida favorita. Cuáles son mis sueños...

—Tu color favorito es el azul.

Señor, ¿podía sonar más desinteresado?

Pero tenía razón.

Y yo me quedé estupefacta.

Se reclinó contra el respaldo, encogiéndose de hombros. —Siempre vas de azul. Complementa tu bronceado. Y gravitas hacia las cosas azules. Desde la funda de tu teléfono *Henry Plotkin* hasta tu bolso favorito de Chanel, todo azul. En cuanto a tu comida favorita, sería el lomo saltado. Con extra de ají verde. —Hasta la más mínima sonrisa suya dirigió rayos de

lujuria directamente a mi torrente sanguíneo—. Lo pides tres veces a la semana. El repartidor prácticamente tiene nuestro código de acceso. Siempre cambias las cosas para variar cuando pides en cualquier otro restaurante. Que no sea peruano.

En el clavo. Otra vez.

Quizá era más transparente de lo que había pensado.

Reprimí una sonrisa, sabiendo que, si la desataba, vería lo estúpidamente enamorada que estaba de él.

Oh, no.

Lo estaba, ¿verdad? Enamorada de Romeo Costa. El hombre más frío y menos compasivo del Planeta Tierra. El Dios de la Guerra.

Toda la humedad huyó de mi boca. La adrenalina de mi cuerpo me despertó de la somnolencia inducida por el orgasmo.

—Pero no sabes nada de mi sueño. Mi verdadero sueño. No de los que bromeo.

Arqueó una ceja. —¿Niños?

Negué con la cabeza. —Eso es un objetivo, no un sueño.

—Entonces, no. No lo tengo. ¿Cuál es tu sueño, Dallas Costa?

Ser Dallas Costa porque es tu elección y no forma parte de tu plan.

Aunque tenía un sueño mucho más antiguo. —Quiero una casa que sea también una biblioteca.

—¿Una biblioteca en tu casa? —corrigió, frunciendo el ceño.

—He dicho lo que he dicho. Quiero una casa desmantelada por dentro y convertida en biblioteca. Cada centímetro de ella. Cada habitación tendría estanterías, de pared a pared, del suelo al techo. No importa por dónde camines. Cocina. Comedor. Cuarto de baño. En todas partes.

Me estudió como si fuera una intrigante obra de arte con la que acababa de tropezar en el museo. Completamente nueva para sus ojos.

Lentamente, asintió con la cabeza, abrió la lata de chicles y se puso un cuadradito en la lengua. —Ahora lo sé.

Bueno, eso fue anticlimático.

Tragué saliva, sintiéndome estúpida e infantil.

Cambié de tema. —Así que hoy te sentías mal y has venido a verme. Cuidado. Podría sospechar que sientes algo por mí.

La broma salió torpe y desacertada. Más acusadora que coqueta.

—Necesitaba un polvo rápido para deshacerme del exceso de rabia contenida. —Alcanzó su botella de agua y bebió un sorbo—. Hazte un favor y no lo interpretes. No me gustaría herir tus sentimientos, Galleta. Son muy valiosos. Y tú también, por cierto.

Fue el cumplido más condescendiente, solapado y terrible que jamás me habían hecho. Y ni siquiera podía decírselo, porque entonces sabría cuánto me había herido.

—¿Eh, Romeo?

—¿Hmm?

—¿Te has dado cuenta de que no has mascado chicle en exceso en los últimos días?

Lo había notado.

Lo notaba todo en él.

Romeo ladeó la cabeza. —Así es. Han pasado unos días.

—Un día de estos vas a tener que contarme por qué te gustan tanto el chicle y el silencio —bromeé, mientras mi pie encontraba el suyo bajo la mesa.

—¿Por qué te fascina tanto?

—Porque nuestros hábitos nos dicen quiénes somos. Tus manías son una parte de ti. —Hice una pausa—. Y quiero recomponerte, Romeo Costa. Si me dejas.

Se levantó de un salto, llevándose el agua embotellada. —Estaré en mi despacho, trabajando. Gracias por el polvo, Galleta.

Romeo

¿Gracias por el polvo, Galleta?

Me merecía que me abofetearan todas las mujeres de la Tierra.

Aun así, lo que había dicho iba en serio.

Aunque sus sentimientos *importaban*, sería un error que Dallas confundiera nuestra cordial relación con una relación romántica.

A decir verdad, Morgan no tenía nada que ver. Hacía tiempo que mi corazón se había deteriorado cuando ella entró en escena.

No. Lo que me alarmaba no era mi corazón muerto.

Era el peligro de lo que mi mujer pudiera hacerle. Quitarle el polvo con su dulce aliento. Enjabonar su lápida con sus hábiles manos. Darle vida con su insoportable e innegable dulzura.

Desde su retrato en mi estudio, Galleta se cernía sobre mí. Sus ojos se aferraban a mi perfil mientras mis mocasines aplastaban la alfombra.

De ida y vuelta.

Seguro que teníamos algo bueno. Confiaba en ella. Incluso disfrutaba de su compañía. Su coño era, con creces, lo más dulce que había probado nunca, quizá como resultado de la cantidad industrial de azúcar que consumía.

Pero nunca habría más que eso. ¿Y cómo iba a mantener a mi mujer ofreciéndole una fracción de lo que ambos sabíamos que se merecía?

Aquella noche no entré en su habitación.

Ni la noche siguiente.

En lugar de eso, conduje hasta la mansión de Oliver con Zach. Acababan de regresar de nuestras vacaciones anuales prenavideñas de snowboard en Colorado, a las que por primera vez había faltado.

En la vida.

Los chicos jugaban al billar mientras yo me tomaba una botella, encaramado a la antigua máquina de comecocos. Una partida de *Commanders* bailaba en el televisor frente a ellos.

En conjunto, una noche agradable.

Debería haber echado de menos estas reuniones con ellos, ahora que pasaba la mayor parte de mi escaso tiempo libre con Galleta.

Sin embargo, de algún modo, no lo hacía.

—¿Cuándo crees que le concederás el divorcio? —Oliver encendió un puro y arrancó un tanga del pliegue de su sofá de piel de cedro, tirándola a la basura.

Dios mío. Había olvidado que su casa era un laboratorio de ETS diseñado para crear nuevas enfermedades.

Me acerqué a la barra, estudiando su impresionante selección. —¿Quién ha dicho que vayamos a divorciarnos?

Zach se rió desde la mesa de billar. —Tú.

—Varias veces, de hecho —añadió Oliver.

—Seis. —Además de ser un genio, Zach parecía poseer la memoria de una manada de elefantes—. Puedo recitártelas si lo deseas, incluyendo fechas y contextos.

Oliver se rascó la sien. —Creo que tus palabras exactas fueron: *El arte rara vez cuelga siempre de la misma pared*.

Abrí la nevera de los licores. —Dallas y yo hemos llegado a un acuerdo mutuo.

—Buen intento. —Oliver se metió un tanga de encaje rojo en el bolsillo, con un remolino de humo escapando de su boca—. Tú y tu mujer apenas si hablan el mismo puto idioma.

Intenté otra táctica. —Si nos divorciamos, será dentro de algún tiempo. No tengo prisa. Ni ella tampoco. Tengo asuntos más urgentes que atender.

Zach y Oliver conocían mis planes para Costa Industries.

Y por qué.

No les ocultaba nada, aparte de mis complejos sentimientos hacia Dallas. Pero eran algo reciente, y no había mucho que contar.

—No tan lejos. —Oliver orbitaba por su sala de prensa, desenterrando piezas de lencería de distintos tamaños, estilos y colores, y arrojándolas a su cubo de basura—. En algún momento querrá tener hijos.

—Le daré eso —espeté, molesto.

Zach falló la bola blanca, golpeando la barandilla lateral. Media docena de sujetadores cayeron de las manos de Oliver. Las cejas de ambos besaron sus entradas.

Zach digirió primero la noticia. —¿Lo harás ahora?

Agarré una botella de cerveza por el cuello, sin leer siquiera la etiqueta, y la desenrosqué. —Necesito un heredero. Ella necesita una afición.

—¿Desde cuándo necesitas un heredero? —Oliver echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada—. La última vez que hablamos del tema, desarrollaste una costra de himen sobre tu polla para evitar tener hijos.

—Alguien tiene que heredar mi fortuna.

Zach volvió a colocar la mesa de billar. —Haz como Gates y MacKenzie Scott. Dona la mayor parte.

—¿Me conoces? —Fruncí el ceño—. Si Filantropía se encontrara conmigo en un callejón oscuro, se haría el muerto, y *aun* así la mataría solo por el deporte sangriento.

Chasqueó la lengua, tizando la punta de su taco de billar.

—Así pues, lo que deduzco de esto es que te estás follando a tu mujer absolutamente, sin duda alguna. —Oliver terminó de fumigar su cueva de ropa interior y se dedicó a recoger del suelo los envoltorios vacíos de los condones. ¿Por qué demonios pensé que este burdel era digno de mi boda? —. Y que da *buenas* mamadas.

—La Hidra de Lerna. —Zach asintió—. Una cabeza no basta para romper el hielo. Creo que cinco, como mínimo.

—Deja de hablar de mi vida sexual —ladré.

Oliver sonrió. —¿Su hermana ya tiene dieciocho años?

Lancé mi cerveza medio llena en su dirección.

Imbécil.



No visité la habitación de Dallas aquella noche.

Principalmente para demostrarme a mí mismo que aún tenía el control sobre el asunto.

Nuestro tiempo juntos no era obligatorio. No me obsesionaba.

Es más, no echaba de menos en absoluto su calor, su coño y sus besos.

No mientras estaba tumbado en mi cama frígida y demasiado grande.

Ni mientras miraba al techo, preguntándome qué nuevo infierno prepararía mañana para Madison Licht.

Romeo

Desde el principio, Dallas programó la Navidad con su familia mientras yo la pasaría con la mía.

Un acuerdo al que habíamos llegado en las escasas veces que habíamos hablado antes de desprendernos de nuestras ropas. Uno que pensábamos que funcionaría bien.

El problema era que me había estado preguntado cómo toleraría cinco días enteros sin Dallas a mi lado.

La inquietante perspectiva me instó a probar un experimento.

Tenía pensado evitar a Galleta durante unos días para probarme a mí mismo que, efectivamente, podía vivir mi vida sin hundir mi polla y mi lengua dentro de ella, como había hecho los treinta y un años anteriores a conocerla.

El primer día, llegué a casa lo bastante tarde como para que ella ya se hubiera dormido.

El segundo, llegué con un invitado. Oliver. Eso seguramente la mantendría a raya.

Para mi sorpresa, Galleta no estaba en la cocina cuando entramos, su hábitat natural. Tampoco estaba en el salón ni en mi estudio.

(En este último, le gustaba leer y dejar migas de bocadillo, solo para recordarme que nunca volvería a tener una casa ordenada).

Oliver se sirvió lo que Hettie había preparado antes, mientras yo fingía no estar desconcertado por el comportamiento de Dallas.

—Hettie —ladré, interrumpiendo su lucha por enfundarse la chaqueta —. ¿Está aquí Galle... Dallas?

Se dio la vuelta, frunciendo el ceño. —¿No es la primera venta oficial del decimocuarto libro de *Henry Plotkin*? Probablemente esté haciendo cola

delante del Barnes & Noble de Potomac Yards, intentando hacerse con una primera edición firmada.

Por supuesto.

Le encantaban esos libros tontos.

Miré hacia fuera, frunciendo el ceño. La nieve se amontonaba en gigantescas rocas blancas. —¿Iba bien abrigada cuando se fue?

Oliver levantó la cabeza del cuenco de sopa de pimiento. Me miró boquiabierto, con la cuchara saliéndosele de los labios.

—Oh, en realidad no la vi marcharse. Estuve de compras de regalos. —Hettie se enrolló tres veces una bufanda alrededor del cuello y se metió las manos en unas manoplas.

Hacía tanto frío que se puso varias capas de ropa para cruzar el césped y llegar a su casa.

Se me encendieron las fosas nasales. —Seguro que llevaba un baby doll y sandalias.

Hettie se rió. —Conociéndola, probablemente. —Nos saludó con la mano a Oliver y a mí antes de marcharse.

Permanecí rígido unos instantes más mientras Oliver me miraba.

Metí la cuchara en el plato y engulló un bocado. —Puedes llamarla, ¿sabes?

Podría.

Pero ella no contestaría.

Sospeché que no le gustaba que hubiera desaparecido los últimos días.

—Voy a buscar un abrigo y una bufanda para que Jared la conduzca. —Sacudí la cabeza, fingiendo exasperación, aunque estaba más preocupado que enfurecido—. Ahora vuelvo.

Mientras subía las escaleras, me recordé a mí mismo que no le debía nada a Dallas. Siempre habíamos sido un arreglo, y ella lo sabía.

—Y qué si llevábamos días sin vernos? Ella tampoco me buscaba.

Cuando llegué a la habitación de Dallas, me sorprendió encontrarla aún dentro. Más aún que estuviera tumbada en la cama.

Galleta no contemplaba el sueño antes de la una de la madrugada. Sin embargo, un siete rojo neón me miraba desde el despertador de su mesilla de noche.

La rosa que había a su lado se había marchitado y sólo le quedaban dos pétalos aferrados a la vida. No entendía por qué no se había deshecho ya de aquella estupidez.

—Déjame adivinar. —Entré en su habitación a trompicones—. Contrataste a alguien para que hiciera cola por ti, así no tendrías que mover tu precioso culo...

El resto de la frase se me quedó en la garganta cuando por fin la vi.

Probablemente por primera vez en su vida, Dallas Costa tenía un aspecto terrible.

Un rubor cereza teñía sus mejillas, pero todo el color se había drenado en otras partes, dejándola tan pálida como su rosa moribunda. Unos copos blancos salpicaban sus labios, desprovistos de humedad, mientras que sus ojos se cubrían de un brillo opaco.

Apoyé la mano en su frente.

Caliente como un horno.

—Jesús. —Me aparté—. Estás ardiendo.

Estaba demasiado narcoléptica para hablar. O para moverse.

¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Estaba así ayer? ¿Había pasado por alto su enfermedad en mi afán por demostrarle a mi cerebro que no era mi polla la que estaba al volante de este tren descarrilado?

Volví a tocarle la frente. Chisporroteó.

—Cariño.

—Vete, por favor. —Las palabras salieron de su garganta.

—Alguien tiene que cuidar de ti.

—Definitivamente, ese alguien no eres tú. Lo has dejado claro estos dos últimos días.

No dije nada.

Tenía razón. No me había molestado en comprobar cómo estaba. Tal vez hubiera deseado que *ella* me buscara a *mí*.

En realidad, ella ya había ido más allá de cualquier expectativa al intentar que funcionara lo que fuera que había entre nosotros.

Mientras tanto, yo la había rechazado. Repetidamente.

—Galleta, deja que te traiga medicinas y té.

—No quiero que me cudes. ¿Me oyes? —Debía de odiar que la viera así. Débil y enferma—. Llama a mamá y a Frankie. Es a ellas a quienes quiero a mi lado.

Tragué saliva, pero no discutí. Comprendí que no quería sentirse humillada. Que la cuidara el hombre que se aseguraba de que comprendiera su insignificancia para él.

¿Cómo no se le quemó el medidor de gilipolleces? ¿Cómo podía pensar que realmente no sentía nada por ella?

—Primero te traeré medicinas, té y agua. Luego llamaré a Hettie para que se quede contigo. *Luego* avisaré a tu madre. —Le subí el edredón hasta la barbilla—. Sin discusiones.

Intentó hacerme señas para que me fuera, gimiendo al menor movimiento. —No importa. Vete ya. No quiero verte la cara.

Le di lo que quería, aunque, como siempre, no de la forma que ella esperaba. La secuencia de acciones no se desarrolló como había prometido.

Primero, me puse en contacto con Cara para que enviara el jet privado a Georgia.

Luego llamé a mi suegra y a Franklin, por separado, exigiendo su presencia.

Sólo entonces entré en la cocina para coger agua, té e ibuprofeno para la fiebre de Galleta.

Naturalmente, como el holgazán crónico que a menudo resulta ser, Oliver seguía sentado en la isla, disfrutando ahora de un trozo extragrande de pastel de tertiopelo rojo que yo estaba bastante seguro de que estaba destinado a ser consumido por Dallas.

—¿Qué haces aquí todavía? —exigí, recogiendo las cosas que necesitaba para ella.

Se rascó la sien con el mango del tenedor, con las cejas fruncidas. —Tú me invitaste. Querías ver un partido de fútbol, ¿recuerdas?

No me acordaba. Ahora mismo ni siquiera recordaba mi propia dirección. —Lárgate.

—¿Y la...?

Le arrebaté el plato de los dedos, admitiendo que me había adentrado en terreno salvaje. —Este pastel no era para que te lo comieras.

—Te has vuelto demente en los diez minutos que has estado ausente. —Oliver me miró boquiabierto—. ¿Qué te pasó? ¿Acaso Durban no se ha hecho con el último libro de *Henry Plotkin* y ha descargado su ira contra ti?

Mierda.

El libro de *Henry Plotkin*.

Empujé a Oliver hacia fuera con el tenedor aún agarrado en su puño mugriento, y marqué a Hettie con la mano libre.

Ella medio bostezó, medio habló. —¿Sí?

—Dallas está enferma. Tienes que venir aquí y cuidar de ella hasta que lleguen mis suegros dentro de unas dos horas.

—¿Ah, sí? —Su energía se multiplicó por diez—. ¿Y qué demonios vas a hacer durante ese tiempo?

—Congelarme las pelotas.



Podría haber enviado a Cara a hacer esto.

No habría sido lo más galante que hubiera hecho en mi vida (Cara estaba en la delgada frontera entre los cincuenta y los sesenta, tenía la espalda destrozada y se merecía unas vacaciones de Navidad), pero tampoco era inaudito.

Diablos, podría haber enviado a cualquiera de mis seis ayudantes de menor categoría.

Pero no lo hice.

Algo me impulsó a unirme a la cola de trescientos que había ante mi Barnes & Noble local para tener la oportunidad de hacerme con el flamante decimocuarto y último libro de la serie Henry Plotkin.

Henry Plotkin y los Fantasmas Cadavéricos.

Y por “oportunidad” me refería a que lo conseguiría definitivamente para Galleta. Aunque tuviera que arrancárselo de las manos a un niño huérfano con una enfermedad terminal.

No tenía reparos en prender fuego a todo el local si eso significaba volver con el preciado libro.

Era lo que ella quería, lo que había planeado hacer con su tiempo esta noche y, por Dios, iba a conseguirlo.

Tenía el ceño fruncido mientras algunos periodistas entrevistaban a la gente en medio de un frío glacial sobre el tiempo que llevaban en la cola (de cuatro a siete horas), cómo pensaban pasar el tiempo hasta que abriera la tienda por la mañana (con bebidas calientes y sacos de dormir) y qué pensaban que pasaría en el libro (no presté atención a esa parte).

Reflexioné sobre cómo había llegado a este nuevo punto bajo en la vida.

Nunca había hecho nada ni remotamente tan incómodo para nadie. Ni siquiera para mi ex prometida, a quien creía haber tolerado.

Morgan solo podía soñar que haría cola una noche entera por ella. Solía enfurecerme cada vez que me mandaba a buscar tampones si eran más de las nueve de la noche.

Tal vez pudiera achacarse a la culpa el hacerme sufrir a veinticinco grados, pero yo no lo creía así.

Por un lado, no tenía conciencia.

Por otra, aunque la tuviera, la pondría a trabajar para obligarla a casarse conmigo, no para dejar de verla durante cuarenta y ocho horas.

De vez en cuando, a intervalos de siete minutos, en punto, enviaba un mensaje a Hettie, exigiendo información actualizada sobre la salud de Dallas.

ROMEO COSTA: ¿Cómo se encuentra?

HETTIE COCINA: No muy bien, pero eso ya lo sabes. Se ha tomado Tylenol y ha bebido agua. Ahora mismo le estoy haciendo sopa de avgolemono.

ROMEO COSTA: ¿Le ha bajado la fiebre?

HETTIE COCINA: ¿Entre hace cinco minutos, cuando me preguntaste por última vez, y ahora? No. La fiebre siempre sube por la noche, así que no te preocupes.

ROMEO COSTA: He llamado al médico. Va a hacerle una visita en los próximos cuarenta minutos.

HETTIE COCINA: ¿Cuarenta minutos? Espero que aguante hasta entonces.

ROMEO COSTA: ???

HETTIE COCINA: ESTOY DE BROMA. SÓLO ESTÁ UN POCO ENFERMA. JESÚS, CALMA.

Estaba tan frío que no sentía la nariz, y mucho menos las pelotas.

ROMEO COSTA: Estás despedida.

La noche se arrastraba, minuto a minuto, negándose a dispersarse en la mañana.

Llegó el médico y determinó que a Dallas había que bajarle la fiebre, ganando en mi cabeza el premio al médico más inútil. Le recetó reposo, líquidos y compresas frías.

Por lo que valía, Hettie estuvo de acuerdo con mi análisis.

HETTIE COCINA: ¿Tenías que contratar al director de Medicina de URGENCIAS del Johns Hopkins? El pobre parecía tan confuso cuando se dio cuenta de que Dal no está en su lecho de muerte.

ROMEO COSTA: ¿Tú también pensabas que era un inútil?

Hettie se marchó cuando llegaron Franklin y Natasha, lo que me obligó a bajar el tono de mis mensajes.

Intenté ser reservado con mi cuñada, ya que Dallas disfrutaba especialmente hablando mal de mí con ella.

ROMEO COSTA: ¿Se encuentra mejor?

FRANKLIN TOWNSEND: Como si te importara.

ROMEO COSTA: Es una pregunta de sí o no.

FRANKLIN TOWNSEND: No ha mejorado.

ROMEO COSTA: Mantenme informado.

FRANKLIN TOWNSEND: No eres mi jefe.

ROMEO COSTA: Dios, eres una malcriada. Me gustaría mucho que Oliver acabara contigo cuando por fin seas mayor de edad.

FRANKLIN TOWNSEND: ¿Qué?

Una década después de que empezara la noche, el sol se abrió paso por fin a través del cielo plateado, pálido y reacio.

La tienda se abrió. La gente entró corriendo.

Tardé quince insopportables minutos en llegar a la caja.

El cajero pre puberto abrió el libro y lo hojeó mientras me pasaba la cuenta. —Estoy impaciente por ver cómo maneja Henry al duque de Hollowfield, ¿eh?

Saqué la tarjeta de la cartera. —Cuidado con el lomo antes de que rompa el tuyo.

Me miró boquiabierto, casi tanteando el libro de tapa dura en su prisa por cerrarlo. —¿Bolsa?

—Dámela. No confío en que no arrugas más el libro. —Lo metí dentro de la bolsa y lo envolví bien.

Mientras Jared serpenteaba por calles arboladas, pasando por delante de mansiones gigantescas, céspedes cuidados y fastuosas decoraciones navideñas, no pude evitar sentirme un poco inestable por mi recién adquirido regalo de Navidad para Dallas.

Originalmente, había comprado un fin de semana en un balneario de Tennessee para que lo disfrutara con Franklin, pero esto parecía mucho más significativo.

No llamaría vértigo a la agitación que me recorría, pero desde luego no me sentía infeliz en aquel momento.

Cuando llegué a la casa, aún era lo bastante temprano como para que Vernon no hubiera llegado. Una Hettie con ojos soñolientos entró a trompicones en la cocina, recuperando la masa de hojaldre que preparaba cada noche para los desayunos de Dallas.

Me detuve junto a la isla, agarrando el libro con fuerza como si corriera el riesgo de que me lo robaran los muebles. —¿Está Dallas en su habitación?

—Estaba dormida cuando entré, pero Frankie me dijo que le había bajado la fiebre.

—¿Cómo se encuentra?

Hettie bostezó, recogiéndose el pelo de puntas rosadas en una coleta alta. —Lo bastante bien como para rechazar todas las marcas de jarabe para la tos que le hemos dado.

—¿Por qué?

—Dice que saben mal.

—Es un medicamento. Se supone que no debe saber bien.

—Es bastante malo. La etiqueta dice que es de uva, pero huele a pepinillos y a spam. —Arrugó la nariz—. Entre Vernon, su familia y varios miembros del personal, hemos buscado pastillas en todas las farmacias del DMV. Agotadas. El farmacéutico dice que hay un bicho asqueroso por ahí.

—Yo me encargo. —Le arrebaté el frasco ofensivo del mostrador—. ¿Están su hermana y su madre con ella?

—Frankie, sí. Natasha se fue a dormir a la habitación de invitados. Supongo que sintió que podía tomarse un descanso porque Dal se encuentra mejor.

Subí las escaleras de dos en dos.

Con cada escalón que subía, se me levantaba el ánimo.

La dulce voz acampanada de Galleta llenaba el pasillo. Silenciosa, pero inconfundiblemente ella.

¿Por qué he tardado tanto en darme cuenta de que me gustaba su voz? ¿Su sonido? ¿Su existencia en general?

Quizá porque era lo único que mis oídos apreciaban que no fuera el silencio absoluto.

Cuando llegué a su puerta, levanté el puño con la intención de llamar. Me moría de ganas de enseñarle el libro.

Me invadió un orgullo infantil. Supuse que era lo que sentían los niños cuando hacían algo que sabían que les otorgaría la aprobación de sus padres.

Yo no lo sabía.

Mis padres rara vez prestaban atención a mi existencia.

—... no puedo creer que no me dijerais que ibas a tener S-E-X-O. — Franklin abrevió la última palabra, susurrando con agitación.

Una risita se alojó en mi garganta.

No me gustaba escuchar a escondidas, pero quedarme unos instantes para oír la respuesta de Dallas no entraría en la lista de las diez mil peores cosas que había hecho en mi vida.

—¿Qué tal el sexo? —preguntó Franklin.

—Está bien, supongo. —Dallas tosió, aún débil—. No estoy sufriendo.

El eufemismo de la generación, cariño.

—¿Significa eso que te gusta? —jadeó Frankie, conteniendo la respiración.

Por una extraña razón, yo hice lo mismo.

No hubo pausa ni vacilación en la respuesta de Dallas.

—Señor mío, Frankie. Por supuesto que no. Ya te he dicho que es la respuesta humana a una inyección de cloruro potásico. Eso no ha cambiado nada.

Me golpeó como un puñetazo directo al estómago.

Tanto que retrocedí un paso.

¿Qué esperabas? ¿Que se enamorara de ti después de que la obligaras a casarse y pasaras meses regañándola?

—Entonces, ¿por qué tienes S-E-X-O con él?

¿Por qué, eh?

—Porque nunca me va a liberar de su acuerdo. Más vale que me divierta un poco, ¿no? —Galleta resopló—. Además, tengo muchas ganas de tener un bebé. Sabes que siempre he querido tener una gran familia, Frankie. Que no me guste mi marido no significa que no pueda formar una familia a la que quiera. De hecho, cuanto antes me quede embarazada, antes podré volver a Chapel Falls. De todos modos, no querrá tenerme cerca cuando esté embarazada. Odia a los niños.

Yo no odiaba a los niños.

Vale, sí los odiaba.

Sólo recientemente (en los últimos días, para ser exactos) había empezado a pensar que no sería tan terrible que Dallas y yo tuviéramos un hijo. Sobre todo, si ese niño heredaba sus ojos avellana exploradores y su risa entrañable.

Excepto que ahora había llegado a descubrir que la única razón por la que mi mujer me había estado montando como si yo fuera su montaña rusa favorita era porque quería huir a Chapel Falls.

—Ese es el plan. —La voz de Dallas se coló en el pasillo—. Seguir viniendo aquí para quedarme preñada y volver corriendo a Georgia hasta que tenga tres o cuatro hijos. Seguro que tampoco me echará de menos.

Mis dedos temblaron, apretándose alrededor de su libro. En mi garganta se agitaba una respiración tensa y entrecortada.

Le había ofrecido el divorcio, ¿por qué no lo aceptaba y se marchaba?

Pero la razón brillaba ante mí con luces de neón. Sería una mujer arruinada, tal como le había dicho.

Tendría que empezar de cero, conformarse con las migajas que le ofreciera Chapel Falls y soportar una terrible reputación el resto de su vida.

Si se quedaba embarazada de mi hijo, podría ir y venir a su antojo. Seguiría siendo la esposa de una de las personas más ricas de América.

Nadie se atrevería a pronunciar una palabra negativa sobre ella. El respeto, la dignidad y la buena reputación de su familia permanecerían intactos.

—Espero que te quedes preñada pronto. —Frankie soltó una risita—. Te echo mucho de menos. Estoy deseando que vuelvas a casa.

—Yo también, Frankie. Créeme.

No debería haberme sentado ni la mitad de mal que encontrarme a Morgan tirada en la mesa del comedor, devorada por mi padre. Sin embargo, fue mil veces peor.

Era como si Dallas hubiera tomado un cuchillo, me hubiera sacado las tripas y se las hubiera dado de comer a los lobos. El nivel de traición era

incomprensible.

Qué irónico que pensara que su deslealtad vendría en forma de Madison Licht, cuando en todo momento Dallas no deseaba a otra persona.

Simplemente, no me quería *a mí*.

Me di la vuelta, atravesé el pasillo y bajé las escaleras, tirando el estúpido libro a una papelera cualquiera al salir por la puerta.

Si no quería saber nada de mí, no tenía por qué decirlo dos veces.

Le daría todo el espacio que necesitara.

Y algo más.

Romeo

Quizás reconociendo que se trataba de un auténtico momento de crisis, Zach se ofreció a dejarme dormir en su casa durante las vacaciones.

En Nochebuena, arrastré mi miserable yo hasta casa de mis padres, sobre todo porque sabía que mi padre tenía ganas de jubilarse.

El puesto de director general nunca había parecido tan al alcance de la mano. A pesar de sentirme como si me hubieran atropellado un millón de veces con nuestro Humvee averiado, decidí terminar obedientemente lo que había empezado y acabar con Costa Industries.

El anticlimático acontecimiento que fue la cena de Navidad consistió en Mónica quejándose de la enfermedad de Dallas (al parecer, le había hecho una visita ese mismo día, informándole de una fiebre tenaz) y Senior estudiando su comida sin apetito.

Zach y sus padres estaban de vacaciones en Plitvice, lo que me dio la oportunidad de quedarme solo en su casa y pensar en la información que mi suegra me había enviado por SMS cuando volví de la mediocre comida.

NATASHA TOWNSEND: Hola, Romeo. Quería mantenerte informado, ya que tu personal está de vacaciones. La fiebre de Dallas es persistente. Según su médico, también ha desarrollado una neumonía. Le ha recetado antibióticos. Franklin y yo nos alojaremos en tus habitaciones de invitados. ¿Tienes pensado visitar a tu mujer en breve?

No se me escapó la agresividad pasiva.

No podía culparla.

Había desaparecido cuando su hija, mi mujer, sufrió una neumonía durante las vacaciones. La personificación de un marido de mierda.

Sin embargo, dudaba que apreciara la respuesta que le tenía preparada.

ROMEO COSTA: Hola, Sra. Townsend. Disculpa mi ausencia. En estos momentos estoy ocupado con la grave tarea de alternar entre beber hasta morir y buscar pelea en los bares para liberar mi rabia, ya que tu hija dejó perfectamente claro que lo que yo creía que era una relación verdadera era en realidad su desesperada cuenta para escapar de mí. Estaré allí en cuanto supere el hecho de que para ella no soy más que una bolsa de dinero y un consolador lleno de esperma.

Mientras me desperezaba en el sofá de cuero minimalista del salón de Zach, acunando un whisky caro, sabía que una cosa era segura: estaba enamorado de Dallas Costa.

Enamorado de ella, del suelo que pisaba, de su risa, de sus pecas, de su obsesión por los libros, de su desorden, de su alegría, de su personalidad sin complejos.

Adoraba cada parte de ella.

No tenía ni idea de en qué momento, exactamente, Galleta me había hechizado. Sólo sabía que estaba impotente e inapropiadamente enamorado de ella cuando no quería estarlo.

De hecho, uno de sus pocos atractivos cuando la tomé como esposa fue la absoluta certeza de que nunca sentiría nada por ella.

Todo lo que antes me parecía raro y poco refinado en ella acabó siendo mi criptonita.

La copa que tenía en la mano se convirtió en tres, que a su vez se convirtieron en cinco y algo más.

Con Jared de vacaciones, acabé en un Uber, con un pañuelo Burberry enrollado tres veces alrededor de la cara para ocultar mi identidad.

Por una razón que desconocía, había elegido Costa Industries como destino.

No había ni un alma en el edificio, aparte del equipo de seguridad, así que me despatarré sobre el mármol del vestíbulo, bebiendo whisky

directamente de la botella.

Solté una carcajada sin gracia.

Recibiste un balazo por ella.

Rompiste tu regla de no tener herederos por ella, o al menos eso pretendías.

Había aceptado sus exigencias, sus defectos, sus pasiones y sus costumbres.

Y aun así, ella no me quería.

No tenía sentido intentar convencerla de lo contrario.

Lo peor era que, aunque detestaba a Dallas por adquirir mi amor, seguía preocupándome por ella. Incluso después de todo lo que le había dicho de mí a Franklin, quería estar a su lado. Sostenerla de la mano. Atenderla.

Me equivocaba.

Nunca había amado a Morgan. Lo que había sentido hacia ella era propiedad y derecho.

Esto. Así era como se sentía el amor. Como si un órgano mío estuviera en manos de otra persona y yo no pudiera recuperarlo, aunque lo intentara.

Odiaba cada momento que pasaba enamorado de Galleta.

Pero eso no lo hacía menos real.



Tropecé con las puertas giratorias de Costa Industries, chocando con el sobrio zoquete con cara de piedra. Por desgracia, no estaba tan borracho como para alucinar, joder.

Sí, era Madison Licht, de pie ante mí, en toda su gloria de metro setenta.

O, mejor dicho, modestia.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —El aire gélido nos azotó a los dos, pero como él compartía la misma palidez que un muñeco de nieve derretido, sus mejillas fueron las únicas que se tiñeron de rojo payaso—. ¿Consiguiendo el espíritu navideño bebiendo en solitario?

—No todo el mundo puede regodearse en el placer de ver cómo su empresa se desmorona hasta convertirse en escombros. Por cierto, ¿cómo va lo de Licht Holdings? —Palpé el teléfono y llamé a un Uber.

Cinco malditos minutos.

—Nos recuperaremos. —Madison rechinó las muelas—. Siempre lo hacemos.

—Se dice por ahí que, además de sus crecientes problemas legales, también han suspendido más auditorías que el Pentágono. Si conocieras a un experto financiero con casi una década de experiencia en Defensa.

—Preferiría morir antes que aceptar tu ayuda.

—Esperaba esa opción. —Tiré la botella de whisky vacía a una papelera cercana—. Procedamos con tu prematura muerte.

—Qué engreído. —Sus orificios nasales se encendieron mientras se burlaba de mí a través de una niebla de furia roja—. Te crees intocable, ¿verdad?

Sabía que había filtrado mi demo fallida a la prensa. Que pensaba que había hecho algo más que entregarme un gigantesco regalo envuelto antes de Navidad.

Solté una carcajada. —Oh, soy tocable. Tu ex prometida me toca todo el tiempo. Por *todas partes*. Está deliciosa. Gracias por eso, por cierto.

Madison avanzó, apretándome con el puño el cuello de la camisa, algo que nunca haría, ni se saldría con la suya, si hubiera estado sobrio.

Su aliento a carpa podrida llovió sobre mis fosas nasales. —No olvides que conozco tu pequeño secreto. Que Morgan me reveló todos tus miedos más profundos y oscuros antes de irse a la mierda.

—Mis secretos no pueden matarme —dije, dándome cuenta por primera vez de que era cierto.

El pasado era sólo eso: pasado. Por insopportable y doloroso que fuera.

Me soltó, se llevó el pulgar al cuello e hizo un gesto como si se lo cortara, manteniendo el contacto visual todo el tiempo.

—Pero yo sí puedo.



Me desperté el día de Navidad con una resaca atroz y un mensaje de Frankie, sin saber cuál de las dos cosas era peor.

FRANKLIN TOWNSEND: Mamá y yo nos vamos mañana. Será mejor que vengas y cudes de tu mujer, o te juro por Dios que no tendrás nada a lo que volver. Voy a destrozar toda tu casa, Costa.

Desde luego, la rabia corría por la sangre de los Townsend.

Seguí bebiendo durante el día, ignorando a las mujeres Townsend mientras intentaban localizarme en mi teléfono, a través de Zach, y en su teléfono fijo.

Obviamente, había dispuesto que Hettie y Vernon llegaran unas horas antes de que Natasha y Franklin embarcaran en un avión de regreso a Georgia. Se ocuparían de Dallas mientras yo me revolvía en el sofá de Zach.

En algún momento, me aburrí de beber y mirar las paredes y me aventuré a salir de su casa. El frío intenso me mordía la cara mientras caminaba por la nieve sin quitar.

Una ciudad fantasma de bares y restaurantes cerrados me esperaba a cada paso. Vagué por las calles hasta que se me congelaron las mejillas, luego volví a casa de Zach y cedí, doblegándome a la voluntad de mi corazón.

ROMEO COSTA: ¿Cómo está?

FRANKLIN TOWNSEND: Ven y compruébalo tú mismo, imbécil.

ROMEO COSTA: Estoy ocupado.

FRANKLIN TOWNSEND: Yo también. No me mandes más mensajes.

Maldita sea.

Una noche en vela siguió al miserable día.

Cuando el sol se ocultó en el cielo y miré el reloj, dándome cuenta de que Frankie y Natasha ya se habían marchado a Georgia, llamé a Hettie.

—¿Estás ahí? —Me paseé por el salón, desgastando la alfombra bajo los calcetines (en casa de los Sun se aplicaba una estricta política de no usar zapatos)—. ¿Está bien?

—Buenos días a ti también. —Oí el crujido de la nieve derretida y el hielo aplastándose bajo sus botas. Su respiración entrecortada cruzó la línea —. La verdad es que estoy atrapada en Nueva York por culpa de este tiempo de mierda. Los autobuses y los trenes no funcionan. Ahora están echando sal en las carreteras, así que...

—¿Y me lo dices ahora? —bramé, corriendo hacia los zapatos y calzándomelos, maldita sea la política. Me los até en un tiempo récord y me puse el abrigo—. Vernon no llegará hasta la tarde. Dallas está sola.

Aquel pensamiento me erizó la piel.

Estaba enferma. Puede que me odiara, me detestara y no quisiera tenerme cerca, pero seguía estando enferma.

Salí corriendo por la puerta de Zach, avanzando hacia su Tesla. Seguramente no le importaría.

Y aún más seguro: no me importaba.

—Bueno, para ser sincera, Romeo, estás literalmente en la ciudad, así que... —Hettie se interrumpió. Creía que me había quedado con mis padres.

—Mueve el culo hasta allí lo antes posible.

Colgué y aceleré tanto para volver a casa que le gané quince minutos a Waze.



Un silencio absoluto y una casa vacía me recibieron cuando llegué.

Me maldije una y mil veces mientras subía corriendo las escaleras hacia la habitación de Galleta. Abrí la puerta sin llamar. Las sutilezas eran un lujo que no podía permitirme.

Un edredón cubría sus suculentas curvas. Sólo cuando me acerqué me fijé en sus ojos cerrados. Manchas rojas salpicaban sus mejillas.

La fiebre debía de persistir.

En su mesilla de noche había pañuelos de papel, un surtido de medicamentos líquidos y agua embotellada.

La gravedad de su enfermedad se abatió sobre mí. Una vez más, el odio a mí mismo me revolvió el estómago.

¿Cómo había podido elegir a mi precioso ego antes que a mi bella esposa?

—Cariño. —Me precipité junto a su cama y le puse una mano en la frente. Caliente como un horno—. ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste?

—Déjame en paz —graznó, con los ojos aún cerrados—. Parece que últimamente se te da bien.

—Lo siento. Lo siento mucho. —Me arrodillé junto a su cama y tomé su mano entre las mías. La sentía sin vida entre mis dedos. Apreté los labios contra ella—. Voy a prepararte un baño.

—No quiero que hagas nada por mí. Hettie llegará pronto.

Prefería esperar a que otro la ayudara.

Dallas giró la cara hacia el otro lado, para que no pudiera verla. Cada vez que pensaba que el cuchillo de mi corazón no podía retorcerse más, ella me demostraba lo contrario.

Entré en su cuarto de baño y le preparé una bañera. De paso, cambié el agua de su rosa, ya que sabía lo mucho que le gustaba esa cosa fea y desnuda, y le preparé té y tostadas con mantequilla de cacahuete.

Me acomodé en su colchón y le di de comer, llevándole la rosquilla a los labios y diciéndole con insistencia. —Sólo un bocado más, cariño. Puedes hacerlo. Sé que puedes. Te compraré toda la comida peruana del mundo si te acabas este pan.

No contestó.

Desde luego, no me dio las gracias.

Se limitó a tragarse pequeños bocados de la tostada sin probarla.

No podía culparla. Independientemente de lo que sintiera por mí, sabía a ciencia cierta que ella me habría cuidado hasta curarme si yo hubiera estado en su lugar.

Era un cobarde. Un tonto infantil por castigarla por no quererme.

Cuando la bañera se llenó, le quité la ropa y la llevé dentro, arrastrando una silla desde su tocador. A juzgar por sus suaves gemidos, deduje que no hacía un trabajo terrible masajeándole el cuero cabelludo con champú.

Después de enjuagarla, enjaboné cada centímetro de su cuerpo con una esponja suave y jabón. Parecía que le dolía sólo respirar.

Buen trabajo, cabrón. ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

En algún momento, el agua se enfrió.

La llevé a la cama, la coloqué sobre una toalla extendida y la sequé a palmaditas, subiéndole las bragas por las piernas. Luego le quité la toalla y le coloqué el edredón sobre los hombros.

—Te has olvidado del resto de mi ropa. —Gimió, demasiado débil para reñirme como es debido.

—No me he olvidado. Vamos a romper tu fiebre.

Espero que antes de que tú me rompas a mí.

Vio con ojos perezosos cómo me desnudaba hasta los calzoncillos, levantaba el edredón y me deslizaba junto a ella. La rodeé con los brazos por detrás para que no pudiera verme.

Con la nariz hundida en su pelo, decidí en ese momento que, si estaba tan loca como para darme otra oportunidad, le daría todo lo que quisiera, sin hacer preguntas, y no exigiría nada a cambio.

Si eso significaba que podía quedármela, soportaría toda una vida en la que me siguiera la corriente, se quedara embarazada, huyera a Chapel Falls y volviera aquí sólo cuando le conviniera.

Galleta tembló en mis brazos. La estreché contra mi pecho, con un nudo en la garganta por todas las palabras que se merecía y que nunca llegué a decirle.

—¿Estás temblando, cariño?

Le temblaban los hombros.

Tras una larga pausa, dijo: —No, estoy triste, idiota.

No supe por qué me hizo reír. —¿Por qué?

—Porque me abandonaste.

—No te abandoné. —Le besé la mandíbula por detrás—. Creí que no querías verme.

Bastante cerca de la verdad, supuse.

—Eres mi marido. ¿A quién más querría ver?

A tu madre y a tu hermana, a quienes declaraste que no me soportabas.

—Ahora estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte. —Le acaricié el pelo.

No podía dejar de besar su mandíbula. Mi cuerpo succionaba la fiebre del suyo, nuestra piel se pegaba, nuestra carne se fundía en una unidad.

—Te odio.

—Lo sé. Yo también me odio.

Inclinándome hacia delante, besé sus mejillas, ausentes de lágrimas.

Me di cuenta de que nunca lloraba, ni siquiera cuando más esperaba que lo hiciera. Otra cosa más por la que nunca le había preguntado. Esperaba que me diera la oportunidad de hacerlo.

Dallas tembló entre mis brazos hasta que su respiración se estabilizó y supe que se había dormido.

Otra cosa que se durmió fue mi brazo bajo su cuerpo, pero no me atreví a moverme ni un centímetro.

Ni siquiera cuando una hora se convirtió en dos, luego en tres, luego en cuatro, y tuve la certeza de que tendría que amputarme todo el miembro cuando se despertara.

De hecho, no le presté demasiada atención a mi brazo, porque por fin, *maldita sea, por fin*, Dallas sudó la gota gorda.

Supe que le había bajado la fiebre cuando las sábanas que teníamos debajo se llenaron de sudor inodoro. Se retorció y gimió mientras la enfermedad escapaba de su cuerpo.

No pude hacer mucho más que acariciarle el pelo húmedo, besarle la nuca y ver cómo recuperaba la salud.

Durante todo el tiempo que la sostuve, me asombraba de lo que sentía.

De cómo era capaz de dar amor a alguien sin esperar que me devolviera ni un gramo.

Me asombraba cómo volví a deslizarme sin sentido en su cama.

El lugar donde mi corazón seguramente se rompería.

Dallas

Volví a la vida en la habitación a oscuras, estirándome entre las sábanas húmedas.

Unas estrellas blancas danzaron sobre mi vista mientras me adentraba en la realidad. Romeo estaba tumbado a mi lado, con su cuerpo musculoso sobre el mío.

Sigue aquí.

Moví los dedos de manos y pies, intentando mantener la calma.

Decidí no decirle que él era el culpable de que mi cuerpo se resistiera a curarse. Pero en el fondo sabía la verdad.

Desde el momento en que salió enfadado de la cocina y me ignoró, un malestar venenoso se deslizó por mis miembros, aferrándose a cada órgano hasta que luché por mantenerme en pie, respirar, *existir*.

Aunque mis conductos lagrimales no parecían entenderlo, el resto de mi cuerpo permanecía en perfecta sincronía con mi alma.

Ambos ansiaban a Romeo.

Y ambos entes testarudos se declararon en huelga hasta que lo consiguieron.

Una vez más, mis libros románticos me dieron la razón. El amor es un accidente. Algo que ocurre completamente fuera de tu control sin tener en cuenta tu seguridad.

Al principio, el deseo de alcanzarme me sedujo. Luego me subió la fiebre y mis huesos descendieron a un dolor interminable.

Cuanto más tiempo pasaba, peor me sentía.

Cuanto peor me sentía, más rabia me daba que ni siquiera hubiera comprobado cómo estaba.

Ahora estaba aquí.

No sabía si era por obligación, por desgana o por auténtica preocupación. No importaba.

La estúpida gratitud alimentaba cada respiración. Ahora me sentía mejor. Como nueva, de hecho. Y ansiosa por volver a ganarme la simpatía de mi marido.

Qué oportuno que estuviéramos los dos desnudos en mi cama. Moví el culo contra su polla, que cobró vida en cuestión de segundos.

Para ser alguien tan contrario a la reproducción, tenía una respuesta muy viril.

Apoyé la espalda en su pecho, recosté la cabeza en su hombro y busqué su polla.

Me agarró la muñeca antes de que yo deslizara los dedos en sus calzoncillos. —No, gracias.

Se me cortó la respiración. La sangre me rugió entre las orejas.

Lo miré a los ojos. Fríos y sin vida, pertenecían al hombre del baile de debutantes. No al que me preparó chocolate caliente y accedió a darme el bebé que anhelaba, a sacrificar sus propios planes y sueños por los míos.

—¿Ya no me quieres? —Intenté sonar despreocupada.

—Te deseo más de lo que deseo mi próxima comida. Mi próximo sueño. Mi próximo aliento. Pero no puedo permitírmelo, Galleta. Ceder ante ti podría matarme.

Sintiendo que se me encendían los ojos, eché la cara hacia atrás. —¿De qué estás hablando?

Se hizo a un lado, balanceó las piernas sobre el borde del colchón y se puso los pantalones dándome la espalda. —¿Estás bien?

—Yo... eh... sí. —Me incorporé, mareada. Me dije que era por el movimiento brusco y no por la dirección de la conversación—. Creo que ya no tengo fiebre.

—No la tienes. —Así que lo había comprobado—. Hettie está aquí. Vernon también. He hablado con el doctor Reuben. Llegará esta noche para hacerte un chequeo. Me ha recomendado una dosis extra de medicamentos para alejar los restos de la enfermedad.

Arrugué la nariz. —Es asqueroso.

—Es medicina. —Cogió el vasito de plástico, lo llenó hasta la línea con jarabe morado para la tos y me lo puso en los labios—. Bébetelo.

Negué con la cabeza, con los labios cerrados.

—Galleta.

Otro movimiento de cabeza.

Sabía que, si abría la boca, me lo metería dentro. No sólo sabía a caducado, sino que además tenía un regusto que duraba horas.

Con la taza aun besándose los labios, Romeo bajó la nariz, recorriéndola por mi cuello, a lo largo de la mandíbula y hasta la oreja.

Solté un gemido, justo a tiempo para que me metiera el medicamento en la garganta y susurrara: —Trágatelo.

El *juego limpio* ni siquiera existía en su diccionario, ¿verdad?

Fruncí el ceño y tragué hasta la última gota. —Es asqueroso.

—Bien. Recuerda el sabor y no vuelvas a ponerte mala.

—No fue culpa mía.

—¿Fuiste o no fuiste a patinar sobre hielo sin llevar abrigo? Y no lo niegues. Dejaste los recibos con la hora de la pista de patinaje en Rockville Town Center en tu tocador. Además, lo confirmé con Hettie.

—Bien. Debería haberme abrigado.

Recogió la cartera y el teléfono y se los metió en el bolsillo.

—¿Te vas? —chillé, viéndole abrocharse la camisa.

Mis ojos lo echaban tanto de menos que no se atrevían a parpadear.

Se metió los pies en los zapatos. —Sí.

Me tembló el labio inferior. —Pero... ¿por qué?

—Porque lo único que quieras es que te deje preñada para poder bailar el vals de vuelta a Chapel Falls. Y lo único que yo quiero es enterrarme dentro de ti y no salir nunca de tu cama. Eres una debilidad. Una adicción. Una distracción.

Me levanté de la cama de un salto. El movimiento brusco hizo que las náuseas me recorrieran las tripas. Me fallaron las rodillas.

Romeo estuvo allí en menos de un segundo, abrazándome. Y aun así, su mirada permaneció plana e implacablemente desapasionada.

Podría deshacerme en un charco de arrepentimiento allí mismo, a los pies de su Bruno Cucinellis.

—Lo que dices no tiene sentido. —Le golpeé el pecho, furiosa—. Ninguna parte de mí quiere ir a Chapel Fa...

—¡Deja de mentir! —Era la primera vez que me levantaba la voz. Jamás. Se separó de mí y se llevó una mano al desordenado pelo negro como la tinta—. Deja de mentirme, Dallas. Te escuché diciéndole a tu hermana lo mucho que me odias. Cómo quieras que te deje embarazada para poder volver a casa.

Oh, no.

No, no, no, no.

No podía creer que lo hubiera oído por casualidad.

Qué desastre.

—Señor. —Eché la cabeza hacia atrás, forzando una carcajada—. Le mentí, Romeo.

—¿Por qué?

—Descubrió que nos acostábamos. Mis sábanas apestan con nuestro olor. Tuve que inventar una excusa para dejarte entrar en mi cama. No se lo había confiado. Nunca le he ocultado un secreto a Frankie. Se sintió engañada y rechazada. Se sintió herida.

Nunca me paré a pensar que él también podría sentirse herido si oía mis palabras. Pero debería haberlo hecho. Ninguna de ellas había sonado verdadera.

Arqueó una ceja. —¿Y decirle que nos llevábamos bien no era una respuesta adecuada?

—No.

—¿Por qué?

Suspiré. —Porque no lo entendería.

—¿No entendería qué?

Que estoy enamorada de ti.

De mi captor. De mi enemigo. Mi bestia.

—Porque somos complicados, y ella no entiende de relaciones. Créeme, Rom, no quiero irme. No quiero volver a Chapel Falls. Mentí a mi hermana, y haré de este error un acierto. Te lo prometo. Pero tienes que creerme.

Aferré las solapas de su camisa. Si se marchaba ahora mismo, sabía que mi vida habría terminado. O al menos, la vida que quería para mí.

Me miró de reojo. Me di cuenta de que no quería creerme. Que sus instintos de autoconservación sobre desarrollados le suplicaban que se protegiera contra otro desengaño amoroso.

No podía creer que le hubiera hecho saborear de nuevo la traición. Aquel pensamiento me ponía enferma.

—No tengo motivos para confiar en ti —dijo por fin. Un silencio sepulcral.

—Lo sé. —Me aferré a él.

Estábamos tan cerca que podía olerle. Quería ahogarme en él y no salir nunca a la superficie.

—Entonces, ¿por qué debería hacerlo?

—Porque yo te lo pido. —Me lamí los labios—. Y porque eso debería bastar.

Sus fosas nasales flamearon. Sabía que no quería darme una oportunidad. También sabía que esa era exactamente la razón por la que me había dejado aquí sola.

Quería alejarse de la intensidad de nuestra relación. Pues yo no quería.

Lo quería a él.

A todo de él.

Le acaricié las mejillas y acerqué su cara a la mía. Nuestras frentes se encontraron. Las puntas de nuestras narices se tocaron.

Respiré con fuerza y mis labios se movieron sobre los suyos. —No eres el único aquí con un rincón oscuro en el alma. Llegaré hasta las últimas consecuencias para asegurarme de que eres mío. Te deseo. Y no renunciaré a ti sólo porque hayas decidido que quieres volver a probar la vida sin mí.

Eso fue todo lo que necesitó para que sus labios se fundieran con los míos.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, me agarró por la parte posterior de los muslos, me levantó mientras mis piernas rodeaban su cintura y me llevó a través de la habitación.

Me pasó la lengua por los labios, besándome profunda y furiosamente.

Gemí en su boca, dándole todo el beso que tenía antes de salir a tomar aire y darme cuenta de que ahora estábamos en el pasillo. —¿Adónde vamos?

Le pellizqué la barbilla y ya estaba desabrochándole la camisa. No podía creer que hubiéramos pasado más de una semana entera sin sexo.

—A mi habitación. —Me chupó el costado de la garganta, apartó las bragas y me metió los dedos con la mano que no me sujetaba contra su cuerpo—. *Nuestra* habitación.

—¿*Nuestra* habitación? —Me aparté, mirándolo fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Me he hartado de pedir permiso para verte todas las noches. Te vas a mudar aquí. A partir de ahora.



A la mañana siguiente, Romeo ya estaba en su estudio cuando me desperté. Era evidente que no hacía puente entre Navidad y Año Nuevo en lo que al trabajo se refería.

Me tiré en su enorme cama (*nuestra* enorme cama) sonriendo para mis adentros. De algún modo, ayer había hecho añicos un muro mental

suyo. Ahora estaba más cerca de convertirme en su esposa, no sólo de nombre, sino de propósito.

Mi estómago gruñó, anunciando a bombo y platillo que volvía a la carga, exigiendo que lo llenara de decadentes pasteles navideños.

Pero el resto de mí tenía asuntos más urgentes que atender. Como trasladar todas mis cosas al dormitorio principal antes de que Romeo cambiara de opinión.

Me apresuré por el pasillo antes de recordar que necesitaba hacer pis. Entré en un cuarto de baño, me agaché en el retrete y me reí para mis adentros.

Por el rabillo del ojo, vi algo en la papelera que había junto al lavabo. Después de limpiar y tirar de la cadena, lo saqué.

¿Una bolsa de Barnes & Noble?

Con el corazón tartamudeando, saqué el objeto que había dentro, aunque ya sabía lo queería.

El nuevo libro de *Henry Plotkin*.

Lo que más deseaba.

Respiré entrecortadamente. Cerré los ojos, apretando el dorso de las manos contra mis mejillas calientes y sensibles.

Fue allí. Romeo. Esperó fuera de la tienda toda la noche para conseguirme el libro que quería, sabiendo que no podría ir yo misma.

Luego volvió por la mañana, solo para oírme hablar mal de él a Frankie...

No me extraña que estuviera tan enfadado. Tan miserable.

Después de abrirse a mí. Despues de compartir su cuerpo y su futuro. Despues de todo.

Y aun así.

Se preocupaba por mí. Se preocupó por mí. Me cuidó, me atendió y me bañó cuando pensó que me sentía peor por él.

No me estaba enamorando de mi marido. Estaba cayendo directamente en brazos de una obsesión enfermiza y frenética.

Si me dejaba ahora, nunca lo superaría.
Sería para siempre mi Romeo perfecto y oscuro.

Dallas

Ni el comportamiento distante de Romeo ni su sed de venganza me perturbaron. Fue su capacidad para distanciarse de todo ser vivo lo que resultó fatal.

Sobre todo, cuando esa lista exhaustiva me incluía a mí.

Todas las noches compartíamos la cama, pero en cuanto el sol cruzaba el horizonte, tomábamos caminos separados.

Evidentemente, su táctica de supervivencia incluía convencerse a sí mismo de que su afecto por mí podía controlarse.

Aunque ansiaba buscar su atención, me abstuve. De algún modo y en algún punto del camino, había antepuesto sus necesidades a las mías. Así supe lo profundamente que había caído.

La abuela tenía razón. El amor es una enfermedad, y el primer síntoma es priorizar su felicidad sobre la tuya.

Al menos tuvimos sexo sin protección.

Al menos pronto albergaría un trozo de él, algo exclusivamente Romeo Costa, dentro de mí.

En mi tiempo libre, acepté invitaciones a galas, actos benéficos e incluso una fiesta de Año Nuevo. Mientras tanto, los paparazzi captaban a mi marido arremolinándose con una atractiva dama en la pista de baile de la fiesta privada de algún multimillonario.

—Tu marido está bueno. —Hettie amplió el clip en el sitio de cotilleos—. También lo está la madre de Zach.

Observé a través de una niebla verde de envidia cómo los ojos de Romeo se arrugaban de risa.

Cuando la sumergió, la señora Sun resplandeció con toda la adoración y el amor de una madre. Un afecto genuino que nunca había visto que Mónica le ofreciera.

A mediados de enero, decidí visitar Chapel Falls.

—Ya es hora. —Metí vestidos y tacones en la boca abierta de mi maleta—. Se suponía que tenía que ir allí por Navidad, de todos modos. Hace tiempo que debería haberlo hecho.

No era una mentira, en sí, pero tampoco era toda la verdad.

Necesitaba escapar.

Recientemente, me había dado cuenta de que miraba el reloj todas las noches, anticipando la llegada de mi marido.

Las largas extremidades de Romeo envolvían el sillón reclinable de la esquina de nuestra habitación.

—Eso está bien. Pero una semana entera es una exageración. —Chasqueó el chicle, desechariendo el *Financial Times* que tenía sobre el regazo. Era el único hombre menor de sesenta años que seguía suscrito a una revista que no incluyera mujeres en topless—. ¿Qué demonios vas a hacer allí durante tanto tiempo? No hay teatros, ni restaurantes con estrellas Michelin, ni cultura.

—Hay mucha cultura. —Cerré la maleta con un aleteo, luchando por abrocharla. Para sorpresa de nadie, no era de las que viajan ligeras de equipaje—. Además, es mi casa. No voy allí por el entretenimiento. Voy allí por mi gente.

Romeo se puso en pie, cerrando la cremallera con facilidad. —Sientes más cariño por una bolsa de Cheetos que por tu padre.

—Para ser justos, una bolsa de Cheetos nunca me hará mal. —Metí unas gomas del pelo en el bolsillo delantero—. Nunca me entregaría a un completo desconocido para casarme. Lo peor que puede hacer es mancharme las yemas de los dedos de naranja.

—Te juro que la próxima vez que lo vea le daré un puñetazo por haberte entregado a mí tan rápido.

Sacudí la cabeza, arrastrando el equipaje de la cama a la alfombra. —¿No ves el fallo de tu propia afirmación?

—Tres días —regateó, impidiéndome salir por la puerta—. Es tiempo de sobra para desenvolver los regalos y fingir que tu hermana es una humana tolerable. Si aún quieres volver, puedes hacerlo después de Pascua.

—¿Por qué insistes tanto en que vuelva pronto? No es que hagamos nada juntos.

Su frente se arrugó. —Hacemos mucho. Tres veces al día, como mínimo. Cinco, si incluyes el sexo oral.

—No hablo sólo de sexo. —*Para variar*. El sexo era lo único en lo que parecía pensar cada vez que se acercaba—. Hablo de citas nocturnas, de ver los mismos programas, de cenar juntos... ya sabes, cosas de pareja.

Por la forma en que sus cejas se alzaron, casi sospeché que no era consciente del concepto.

—Has tenido una prometida antes —señalé, ladeando la cabeza.

—Sí, pero principalmente se gastaba mi dinero y me dejaba a mi aire. Yo trabajaba la mayor parte del tiempo y la llevaba de vacaciones una vez al año.

Vaya.

Su idea del amor era dar cobijo, comida y una tarjeta de crédito a la mujer que tenía a su lado.

—¿Y fueron felices los dos así?

Me lanzó una mirada fulminante.

Uy.

Ya conocía el final de esa película.

Colocando una mano sobre su pecho, me puse de puntillas para besarle la base de la garganta. —¿Te gustaría que hicieramos más cosas juntos cuando vuelva?

Entrecerró los ojos. —¿Cómo qué?

Por primera vez, no era yo la inexperta y torpe de la relación.

La felicidad burbujeó en mi pecho. —Puedes llevarme a una cita. A cenar y luego al cine. *Luego* puedo leer con la cabeza apoyada en tu hombro mientras repasas el periódico sobre dinero.

—Noticias de finanzas. —Llevó mi mano de su pecho a sus labios, besándola distraídamente—. Bien, si lo deseas. Pero sigo pensando que deberías volver al cabo de tres días.

Le rocé la mandíbula y mi sonrisa le hizo cosquillas en la barba incipiente. —¿Por qué? ¿Me echarás de menos?

Frunció los labios. —La añoranza es una invención de Jane Austen premeditada para vender libros.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí tanto que me dolió el estómago. —Sobrevivirás siete días sin mí, maridito. Ya verás.

Romeo

De hecho, no sobreviví ni *dos* días sin ella.

El primer día me enfadé, dando órdenes incoherentes a Cara, Dylan y todos los que estaban cerca.

El segundo día, discutí con Senior, Zach, Oliver y un camarero de Starbucks que me ofreció una pajita (“¿Te gusta cagarte en todo el planeta? ¿Tienes otra escondida en algún sitio que yo deba conocer, para cuando llegue el momento y todo este lugar esté bajo el agua?”).

Al tercero, estaba que me subía por las paredes. *Literalmente*.

Zach apenas levantaba la cabeza de su portátil, en medio de una reunión virtual de accionistas. —Aléjate de mi pared, Costa. Es una casa de techos altos. Será una putada volver a pintarla.

—Tu pared tiene dos tonos distintos. Acabo de darme cuenta. —Beige y blanco cisne.

—Y tú tienes cincuenta tonos de blanco cisne. —En el otro extremo del estudio, Oliver se dedicaba a su pasatiempo favorito, rebuscando en su portátil porno de alta calidad—. Parece como si alguien hubiera matado a tu hámster mascota.

Me paseé por la habitación. —Me aburro.

—Me ofrecería a entretenerte como hace tu mujer, pero mi propósito de Año Nuevo incluye follar sólo con gente que me resulte atractiva.

La alfombra se aplastó bajo mis pies descalzos.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Zach gimió. —Me estás dando dolor de cabeza, Costa.

—Quizá sea tu pared de dos tonos. —Me detuve, frunciendo el ceño por la ventana.

Mis padres vivían enfrente de Zach. A veces, cuando estaba aquí, miraba fuera con la esperanza de ver una ambulancia subiendo la colina hasta la casa de mis padres, sacando a mi padre sin vida de la cama.

Para ser un moribundo, parecía estar aguantando.

¿Cuándo iba a nombrarme director general?

—¿Qué tiempo hace en Georgia en esta época del año? —me pregunté en voz alta.

Zach cerró el portátil. —No lo sé, pero si no te vas para averiguarlo, te arrastraré personalmente de la oreja. Reconoce tu derrota. Te has enamorado. De una menor.

—¿Podemos, por favor, normalizar las relaciones sexuales con mujeres mayores de edad según la ley? —refunfuñó Oliver.

—No —respondimos Zach y yo al unísono.

—Está con su familia. —Las palabras salieron disparadas. Como si lo hubiera pensado.

¿Lo había pensado?

—Ahora formas parte de su familia. —Oliver se fijó en un vídeo de un ama de casa a la que follaban su marido y el hermano de éste.

Compartían el mismo agujero. Incluso desde mi ángulo, al otro lado de la habitación, me di cuenta de que la idea podía ser excitante, pero la ejecución probablemente enviaría al menos a dos de los tres participantes a urgencias.

—¿Y si no quiere verme? —¿Desde cuándo me *importa*?

—Entonces, al menos sabes a qué atenerte. —Zach se puso en pie, avanzando hacia la puerta. La abrió de par en par, esperando a su lado—. Y sea cual sea ese lugar, está muy lejos de mi puta casa. Adiós, Costa.



Volver a Chapel Falls estaba en algún lugar de mi lista de cosas pendientes, por encima de irme a vivir con Oliver von Bismarck y por

debajo de someterme a un trasplante de vello pùbico.

Sin embargo, aquì estaba, a las puertas de la casa de la infancia de Dallas.

Parecía apropiado que ahora hiciera lo que debería haber hecho antes: llevar un ramo de flores con la esperanza de recibir el afecto de la mujer que había elegido para mí.

Al verme, Shep retrocedió dos pasos, con los hombros más firmes. —Dallas dijo que sabías que estaba aquí.

Levantó la cabeza como si se preparara para una bofetada.

Para ser justos, ese pensamiento se me *había* ocurrido una o dos veces, pero, como señaló su hija, yo compartía la culpa de lo ocurrido.

—Evidentemente. Así que aquí estoy.

Recogió los patéticos restos de su columna vertebral e inclinó la cabeza, decidiendo presentar batalla. —Se está divirtiendo. No se lo estropees.

Le pasé por encima con el hombro, como había hecho meses atrás. —No tengo ningún deseo de arruinarle la diversión.

Me siguió, todavía alterado. —Entonces, ¿qué te trae por aquí?

—La extraño.

No podía culpar a Shep por su conmoción.

Después de todo, ni siquiera yo podía creer que hubiera aparecido.

Resulta que no hay razón cuando se trata de amor. Existe para destruir. Incluso la lógica.

Seguí la risa campaneante. La que antes detestaba y ahora, evidentemente, no podía sobrevivir cuarenta y ocho horas sin oír.

Procedía de la cocina. Naturalmente. La habitación favorita de Galleta en cualquier casa en la que entrara, excluidas las bibliotecas.

El pavor acompañó a la expectación que se arremolinaba en mi estómago. Ella se divertía sin mí, mientras que yo era incapaz de hacer lo mismo sin ella.

Recorrió el pasillo y luego me apoyé en el marco de la puerta de la cocina, observando cómo Dallas, Franklin y Natasha preparaban una tarta de manzana.

Galleta extendió las rayas. La harina espolvoreaba su nariz pecosa y sus mejillas. Sus ojos brillaban de felicidad mientras giraba en su sitio, notando mi presencia por primera vez.

Separó los labios. —¿Romeo? ¿Qué haces aquí? ¿Va todo bien en casa? ¿Es Senior?

En casa. ¿De verdad es eso mi mansión para ti?

—Todo va bien. Mi padre sigue deprimentemente vivo. —Clavé mis ojos en ella, negándome a ver a Franklin y a que me recordara las duras palabras que Dallas utilizó para describirme.

No tenía ni idea de si Galleta hacía buenas tartas de manzana, pero hacía unas tartas de humildad condenadamente perfectas.

—¿Qué pasa? —Dejó la masa sobre la encimera y se acercó a mí.

Le puse las rosas blancas en las manos. Las rodeó con el puño, con un millón de preguntas bailando en sus ojos.

—Nada. —Deslicé una mano alrededor de su estrecha cintura, atrayéndola hacia mí, sin importarme un bledo que toda su familia la observara—. Sólo pensé en aceptar tu oferta para la cita.

—Se suponía que la cita tendría lugar cuando volviera de Georgia.

—Esa línea temporal no me sirve.

Arrugó la nariz. —¿Por qué no?

—Porque no puedo estar lejos de ti más de cuarenta y ocho horas.

Por fin parecía complacida por mis palabras.

Por mi presencia.

Me puso una mano en la mejilla y me sonrió. Lancé una rápida mirada a Franklin. Parecía como si acabara de declarar mi intención de comerme mi propio brazo en directo por televisión.

Una vez más, me di cuenta de que no me importaba lo que una adolescente pensara de mis aventuras. Lo único que sabía era que me sentía ridículamente bien abrazando de nuevo a mi mujer.

Dallas me miró. No pude evitarlo. Le quité la salpicadura de harina de la nariz con un beso.

—¿Podemos tenerla ahora, si te parece bien? La cita.

—Ahora es el momento perfecto —confirmé—. Mi agenda está libre.

—Deja que me cambie.

Le besé la frente. —Esperaré.

Para siempre y más allá, si es necesario.

Me miró con los ojos entrecerrados. —La última vez, me cronometraste.

—La última vez fui un imbécil.

Soltó una risita, con estrellas en los ojos. Estrellas que yo había puesto allí. —¿Y qué eres ahora?

Ahora soy un hombre enamorado.

Romeo

Ahora comprendía por qué los hombres llegaban a extremos drásticos para reclamar a una mujer. Por qué los aqueos invadieron Troya por Helena. O, en mi caso, por qué desfilé por una pequeña ciudad provinciana que inducía al coma por Dallas de Chapel Falls.

Galleta sonreía, rebotando a cada paso mientras se apoderaba de nuestra cita.

Nuestro primer destino: la biblioteca pública.

—Aquí es donde tuve mi primera cita con el Sr. Darcy. —Se desmayó sobre un banco de madera desconchada junto a la cafetería—. Y aquí es donde me di mi primer beso: con Lars Sheffield, el quarterback de mi instituto.

—Lástima que lo mencionaras por su nombre. —Entrelacé mis dedos con los tuyos—. Ahora tengo que matarlo.

Soltó una risita. —¿Quieres jugar a un juego?

Naturalmente, mi primer instinto fue decir que no. —Claro.

—Solía jugar a él con Frankie todo el tiempo cuando éramos niñas. Escribíamos temas generales... mamíferos, estaciones, flores, *lo que fuera*, en trozos de papel, doblábamos cada uno, los echábamos a un sombrero y agitábamos, sacando un tema al azar. Gana el primero que encuentre cinco libros del tema.

—¿Qué gana?

Movió las cejas.

Ah. Desde luego había un salto de lógica en el sistema de recompensa, ya que tanto el perdedor como el ganador se beneficiarían de pagar el precio, pero no le vi mucho sentido a llamarle la atención.

Galleta anotó unos cuantos temas, consiguió una gorra de béisbol de un desconocido al azar y seleccionó un tema.

Fruta.

Chilló. —Esta está buena. Nunca la había probado.

Nos aventuramos en busca de portadas y títulos con temas frutales. Tuve que admitir que el juego no era del todo estúpido.

Elegí *Las manzanas no caen*, *Las uvas de la ira* y *Tomates verdes fritos en el Whistle Stop Café*. Los tomates eran una fruta como cualquier otra. Y sí, esa era mi colina para morir.

Hablando de fruta, cada vez tenía más hambre. No había comido antes del viaje en avión hasta aquí, demasiado preocupado para darme cuenta de mi hambre.

—Lo tengo —anunció Galleta en medio de la biblioteca sin tener en cuenta su volumen, con la pila de libros entre los brazos ocultándole la cara.

Una vieja bibliotecaria la hizo callar. Dallas ni siquiera se dio cuenta mientras se apresuraba hacia mí, mostrando sus hallazgos.

—¿Los curiosos encantos de Arthur Pepper? —La fulminé con la mirada—. Eso es una verdura.

—Pero es tan dulce como una fruta.

—Es una interpretación muy laxa de la fruta. Por esa lógica, el vodka es un tipo de pan, ya que ambos contienen cereales.

Me rugió el estómago. Teníamos que dejar de hablar de comida.

—Bueno, quizá sea un tipo de pan. —Dallas me abrazó por los hombros, con la alegría dibujada en su bonita cara—. En cualquier caso, yo gano.

—Genial. Vamos a comer algo y a registrarnos en un hotel donde podamos fingir que soy un desconocido al que has recogido en un bar. —Necesitaba compensar el hecho de que nunca estaría con otro hombre, porque de ninguna manera iba a dejarla marchar.

—¿Tenemos que hacerlo? —La cara de Dallas se descompuso—. Quería que vieras mi lago favorito. Escribí un poema sobre él y lo publicaron en el periódico local.

Llevaba diez horas sin comer.

No es para tanto, me recordé. Eres un adulto. Puedes pasar sin comer.

—Hagámoslo, entonces. —Le di un beso caliente en la mandíbula—. Y luego, me gustaría que me leyeras el poema.

Se iluminó. —¿En serio?

—Desnuda.

Me dio un manotazo en el hombro. —*Cerdo*.

Estupendo. Ahora sólo podía pensar en tocino.

Nos fuimos a su lago favorito, donde descansamos junto a su roble favorito, y Galleta hizo lo que más le gustaba en el mundo: hablar de la comida que quería probar y dónde la probaría. Japón, Tailandia, India e Italia encabezaban su lista.

Pasó una hora, luego otra.

Empezó a dolerme el estómago.

—Tenemos que irnos, cariño. —Me levanté y le ofrecí la mano a Dallas. Si no comía pronto, podría cometer un crimen capital.

Ella se puso en pie, con el rostro ensombrecido. —¿Te arrepientes de haber venido a nuestra cita?

—No. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque desde que empezamos querías irte.

Me sentí como un idiota infantil. —Tengo un poco de hambre, eso es todo.

Entrelazó su brazo con el mío. —Vale, pues vamos a comer.

Por desgracia, los habitantes de Chapel Falls eran tan incompetentes como sentenciosos. Los tres primeros restaurantes que probamos en el centro no tenían disponibilidad.

El cuarto había cerrado temporalmente por remodelación. Cuando nos acomodamos en una mesa pegajosa de un restaurante pequeño y anodino, temblaba de hambre.

Pedí una hamburguesa y Coca-Cola light. Galleta pidió tortitas. Intentó entablar conversación conmigo, mientras yo fingía prestar verdadera

atención.

Veinte minutos después de pedir, la camarera pasó por delante de nuestro reservado, con su hortera uniforme rosa y su inflada melena rubia intactos, y anunció que se habían quedado sin hamburguesas.

—¿Cómo es posible que una hamburguesería se quede sin hamburguesas? —gruñí, con los labios apretados para no rugir.

Ella se encogió de hombros. —Pregúntale al dueño. Yo sólo estoy aquí tomando pedidos.

—Entonces, coge éste, vete a la cocina y tráeme al encargado. Ahora mismo.

Galleta jadeó, girando hacia mí. —Romeo, ¿va todo bien?

—No, nada va bien. —Salí de la cabina y me dirigí a la cocina.

Seguro que tendrían algo de comer. A estas alturas, estaba dispuesto a roerle la pierna a alguien si eso significaba sentirme satisfecho.

Abriendo de golpe las puertas de la taberna, entré en la cocina chisporroteante, pasando por alto a los cocineros y a los lavaplatos, marchando directamente hacia un hombre con un traje barato.

Dallas y la camarera me pisaban los talones.

—¡Eh! —Giró en mi dirección, sosteniendo un portapapeles—. No puedes entrar aquí.

Lo arrinconé contra la pared. El ruido metálico de las sartenes y los gritos apresurados llenaron mis oídos. Odiaba el ruido. El único ruido que toleraba era el que hacía Dallas.

—Te has quedado sin hamburguesas. —Le empuñé la camisa y lo levanté en el aire, estampándolo contra el congelador industrial.

—¡Romeo! —En cuestión de segundos, Dallas se me echó encima—. Suelta al hombre. Por Dios, ¿qué te está pasando?

—A-a-aún tenemos filetes. —Al McManager casi se le salen los ojos de las órbitas—. S-siento lo de las hamburguesas. Antes tuvimos una fiesta en la oficina. Mucha gente la pidió...

—No quiero un filete. Quiero una puta hamburguesa.

—Me encargaré de que alguien vaya al supermercado a comprar más... —Una erupción roja se desplegó por sus mejillas, el sudor le caía a cubos por las sienes—. Mientras tanto, enviaremos a tu mesa aros de cebolla y patatas fritas de cortesía.

Galleta consiguió por fin apartarme. —Romeo, suéltalo.

De mala gana, me desconecté de él.

Se interpuso entre nosotros, con la cara chamuscada de rosa. Su expresión me hizo volver a la tierra.

¿Qué demonios acababa de pasar? Alejándose unos pasos, levanté las manos en el aire, indicando que había terminado de mangonear al personal.

Dallas esbozó una sonrisa de disculpa. —Gracias por la oferta... y por los aros de cebolla, pero iremos a otro sitio.

Me empujó fuera de la cocina y luego del restaurante. Aturdido, dejé que me arrastrara hasta el asiento del copiloto del coche de Natasha.

El sudor frío me picaba en el cuello. Dallas entró en un autoservicio y compró dos hamburguesas enormes con todos los adornos, patatas fritas y refrescos.

Me puso la comida en las manos antes incluso de volver a meter la tarjeta en la cartera. —Come.

—Te esperaré.

—Come ahora mismo o te lo meteré por la garganta, Rom. Lo juro por Dios.

Bueno, *insistió*.

Lo devoré todo en cuestión de minutos. Cuando dimos la vuelta a dos manzanas y llegamos a un parque escondido detrás de un barrio residencial, todo había desaparecido.

Galleta apagó el motor y se volvió hacia mí. —Has tenido un ataque de pánico.

La vergüenza me invadió.

En realidad, nunca se había ido.

Miré fijamente hacia delante, a los toboganes y columpios. Nunca me había permitido pasar más de cuatro horas sin comer. No durante décadas.

Ésa era la razón por la que comía comidas nutritivas y bajas en calorías. Necesitaba consumir alimentos constantemente para mantener a raya la ansiedad.

—Solo tenía hambre.

—Y una mierda. Eres la criatura más meticulosa que he conocido. Nunca habías perdido los nervios. Te desencadenó algo. ¿Qué fue?

¿No estás harta de mis secretos? ¿De mis defectos? ¿De mis flagrantes imperfecciones? ¿Tienes que saber cada cosa espantosa de mí?

Las preguntas debían de estar escritas en mi cara, porque ella asintió.

—Soy tu esposa. Tu refugio seguro. Necesito saberlo todo. Como he dicho antes, nunca te traicionaré.

De acuerdo. Si quería una visión privada de mi alma, la tendría. Aunque nadie debería tener la desgracia de presenciar aquel desastre.

Al mismo tiempo, no podía negarle nada.

Mis secretos. Mis pensamientos. Mi corazón.

Todo allí, en bandeja de plata para que ella lo engullera.

Aquella mujer me tenía tan asfixiado que la seguiría a las fosas del infierno si deseaba disfrutar de su cálido clima.

Recogiendo los envoltorios de hamburguesas y patatas fritas, los arrugué en el puño, evitando el contacto visual. —Como ya dije una vez, Morgan no era el primer rodeo de mi padre en Infidelilandia. Incluso antes de ella, Senior tenía la irritante costumbre de zamparse a todo lo que tuviera un agujero y el más mínimo interés en él.

Sus ojos se pegaron a un lado de mi cara, calentándome la piel.

—Engañaba a Mónica de vez en cuando. El suyo fue un matrimonio arreglado según las normas. Ella nació en la riqueza; él quería tenerla en sus manos. Sus familias eran italianas. Católicas. Ambas ambiciosas. Tenía sentido. Por desgracia, Senior se lo tomó como lo que era: un acuerdo con derecho a roce, mientras que Mónica se enamoró perdidamente de él, exigiendo su lealtad.

El amor era algo terrible. Sacaba lo más feo de la gente. Aunque había empezado a ver que también sacaba la belleza.

Galleta apoyó la mano en mi muslo, apretándolo.

—Mis padres pasaban por ciclos viciosos. Romeo la engañaba. Mónica lo echaba. Luego, con el tiempo, volvía a arrastrarse hasta ella para tener una segunda oportunidad. Siempre queriendo fecundarla de nuevo. Una y otra vez. Excepto que el bebé nunca llegó. Mónica era completamente estéril, salvo por mi afortunado yo.

Una sonrisa amarga apareció en mis labios. Había perdido la cuenta de las veces que había deseado no haber nacido.

—Cuando yo tenía seis años, Mónica descubrió que Romeo era infiel. No sólo eso. Una aventura de verdad. La mujer se mudó a su ático del centro. Mudó su mierda. Con niño incluido.

El mismo ático que había ocupado de vez en cuando mientras Galleta ponía mi mundo patas arriba. El mismo ático que había compartido con Morgan.

Ahora que lo pienso, no podría encontrar un destino más adecuado para dicho ático que ser pasto de las llamas.

—De pequeño, me acostumbré a cuidar de mí mismo mientras mis padres entraban en crisis. Yo mismo me preparaba las duchas, la ropa, la comida y los deberes. Mónica me prestaba poca o ninguna atención, dedicando su tiempo a fallidos complots de seducción e intentos de inseminación. No le importaba que no pudiera cuidar del hijo que ya tenía. Así que, al principio, cuando echó a Senior, me las apañé.

Solté un suspiro y cogí la mano de Galleta, que seguía sobre mi muslo.

—Luego empecé el primer curso. Pronto me di cuenta de que no había adultos en mi vida. Llegaba tarde a la escuela, si es que llegaba... porque el chófer de Mónica solía hacer recados para ella y no le dejaba tiempo para llevarme. Estaba despeinado. Olía mal. Me retrasaba con los deberes. Al final del primer semestre, los servicios sociales llamaron a nuestra puerta.

Los dedos de Galleta se tensaron sobre mi pierna. Estudié el techo solar, negándome a ver la lástima en su rostro.

—La solución natural sería contratar niñeras, pero mis padres ya se habían quemado antes. Las niñeras anteriores rompían constantemente sus acuerdos de confidencialidad, chivándose a la prensa. La madre de Zach se ofreció a cuidarme durante unas semanas, meses... el tiempo que hiciera falta.

Para entonces, Zach y yo nos habíamos convertido en hermanos inseparables.

—Al final, Senior no pudo soportar la vergüenza que supondría para él que la gente supiera que había entregado a su único hijo a unos desconocidos. Estaba amargado y enfadado con Mónica por haber fracasado en su único trabajo: ser madre. Así que encontró una solución. Me envió con su hermana pequeña a Milán.

Sabrina Costa era la definición de desastre. La hija predilecta del privilegio y la estupidez.

La mujer se pasaba el tiempo saltando de una relación tóxica a otra sin tomarse un respiro. Llenaba sus días de fiestas, compras y consumo de cocaína sin que su familia lo supiera.

Su adicción a las drogas la había llevado al otro lado del océano, a algún lugar donde sus padres no pudieran vigilar todos sus movimientos.

Dallas llevó mis manos a su regazo, limpiándolas de grasa de hamburguesa. —¿Te desarraigaron en pleno curso escolar?

Asentí con la cabeza. —Como no hablaba italiano, mis padres decidieron que me educara Sabrina, que dudo que posea más conocimientos que una cajita de música de Little Einstein.

Quizá estaba siendo duro. Seguro que la caja de música sabía más colores y sonidos de animales que mi tía.

—En cuanto llegué a Milán, me di cuenta de adónde se dirigían las cosas. Sabrina no me dedicó ni un solo minuto. Salía constantemente de fiesta y se quedaba con sus novios de turno. Yo estaba solo en su apartamento. Sólo yo y los libros de texto que me dejaba Senior. Una vez a la semana, volvía con una o dos bolsas de comida, pero apenas alcanzaban para dos días de comida.

La mandíbula de Galleta se tensó como si se preparara para un golpe físico.

—Me las arreglé, ¿vale? —Se me escapó una risita hueca—. Siempre encontraba latas de comida por ahí. A veces, sólo comía unas cucharadas de pasta de tomate al día. Pasta seca: no sabía cómo hacerla. Las latas de atún me encantaban. Cada vez que traía alguna, me lo pasaba bomba. Con el tiempo, incluso esas entregas cesaron. Uno de sus novios se hacía cargo.

Dallas se puso rígida a mi lado, con la mojada servilleta apretada en el puño. La oscuridad cubría el parque. De algún modo, nos habíamos perdido la puesta de sol.

—El primer día que lo conocí, me sacó a pasear. Estaba muy contento. Era la primera vez que salía del apartamento desde que había llegado casi un mes antes. Pensé que Sabrina por fin había encontrado a alguien que no era una completa mierda. Gabe me dijo que me llevaría a comer, y así fue, sólo que no fue a un restaurante. Llegamos a una arena de lucha en las afueras de Módena.

Los ojos de Galleta se saquearon al oír la palabra *arena*.

Y aun así, no dijo nada.

—Me condujo a una jaula, me encerró dentro y me dijo que, si quería comer, tenía que ganar. No lo hice. Ni durante los cuatro primeros asaltos. De hecho, ni siquiera luché los dos primeros combates, estaba tan aturdido. Abrieron la jaula y me empujaron al centro de la arena con una picana, donde un huérfano unos años mayor me dio una paliza.

La servilleta mojada se le escapó de la mano, navegando hacia los pedales.

—Más tarde aprendí a luchar con más fuerza contra los huérfanos más pesados. Estaban endurecidos, eran más viciosos, llenos de innumerables victorias, cada una de las cuales era recompensada con una comida. Una comida pequeña, pero la comida era la comida. Hacía días que no comía.

—Después del quinto combate, estallé. Pateé, golpeé, arañé. Cualquier cosa con tal de ganar. Y lo conseguí. Tuvieron que sacarme del niño. Probablemente tenía un año más, siete, pero le había pegado tanto que tuvieron que llevárselo.

—Me dieron mi comida. Lo que Gabe nunca me dijo fue lo buena que estaría. Hacía un mes que no comía nada cocinado. Así que, cuando me

ofrecieron medio plato de risotto, me habría caído al suelo si no estuviera ya en el suelo de mi jaula.

—Gabe me llevó a casa y me dijo que aquel día había recuperado la apuesta. Que, con un poco de práctica, veía grandes cosas en mi futuro. Incluso paró en un mercado para comprarme comida basura. Eso me ayudó a pasar unos días, y yo estaba encantado de complacerlo si eso significaba que podía volver a comer ese risotto.

—Íbamos al estadio todos los fines de semana. Cuando ganaba, los anfitriones me ofrecían comida casera. Gabe me llevaba a casa, me daba propinas de lucha durante todo el camino y me compraba comida. Pero yo nunca quería salir de la arena.

—Quería luchar. Quería *comer*. Berenjenas a la parmesana. Linguini alle vongole. Gnudi de ricotta. Me daban apenas lo suficiente para sobrevivir los días entre mis combates.

—Sentía envidia de los huérfanos, que podían quedarse y luchar todos los días. Los demás, niños como yo y niños pobres con familia, sólo iban los fines de semana.

Tragué saliva y por fin me atreví a mirarla a los ojos. Estaban secos, acompañados de una mandíbula tensa. Se negaba a verme como el caso de caridad que era, y se lo agradecí.

—Con el tiempo, aprendí a llevar un recipiente conmigo. Una pequeña lata en la que vertía mi recompensa para aguantarme mientras esperaba el siguiente combate. —La giré en mi mano. El chicle del interior repiqueteó contra el metal.

—Fueron sólo seis meses. Cuatro de los cuales los pasé con Gabe. Fue la relación más larga de Sabrina. Aún lo es, probablemente. Él la mantenía abastecida, así que ella lo mantenía a él. Pero al final se acabó y no volví a ver a Gabe. El día que se fue, me deseó buena suerte. Que no volvería a visitarme. Me enfadé tanto que le tiré esto —levanté la caja, señalando la pequeña abolladura que tenía—, a la cabeza. Entonces berreé como un puto bebé. Sin él, volví a depender de Sabrina para comer.

No le dije que algunos días no tenía nada que comer. Que mi peso se deterioró hasta parecer un niño de cuatro años. Que los huesos me sobresalían tanto de la piel que me dolía tumbarme en la cama y dormir.

No le dije que se me cayeron dos dientes. Que mi pelo se volvió quebradizo y fino, colgando como una nube sombría sobre mi cabeza.

—Mi tía tenía poca comida en su piso, pero le sobraba chicle. Se le trababa la mandíbula de tanta cocaína que esnifaba, así que almacenaba una buena cantidad. Ayudaba a calmar el hambre. Lo masticaba durante todo el día.

Sólo una vez había cometido el desafortunado error de tragarse chicle para llenar el estómago.

El resultado fue un dolor tan fuerte que me arrastré de un sitio a otro durante dos días enteros. Me recordó que no podía ir al hospital si lo necesitaba. Que tenía que cuidar mi cuerpo y no volver a ponerme en una situación así.

—Por eso estás obsesionado con los chicles. —Galleta tocó el estuche que aún tenía en mis manos, casi con reverencia—. Es tu manta de seguridad. Te ayudó a superar tu peor pesadilla.

—Me ayuda a mantener la calma —admití.

—¿Y el ruido? ¿Por qué odias tanto el ruido?

—Me recuerda a la arena. Al público. Tenían sus favoritos: yo, sobre todo. Yo luchaba más. Ganaba más dinero. Al final, aplaudían cada vez que se abría mi jaula. Cada vez que daba un puñetazo, rompía las costillas de otro chico, lo que fuera, rugían de satisfacción. Sentía como si el ruido me taladrara el cráneo.

—Las cicatrices. —Asintió para sí misma, como si uniera todas mis piezas desordenadas—. Entonces, ¿qué pasó? ¿Quién te llevó de vuelta?

—Senior. —Abrí la puerta para tirar los envoltorios a la basura y luego volví. No tardé más de treinta segundos, pero me proporcionó el aire fresco que necesitaba—. Llegó al final del curso para ver cómo estaba. No le gustó lo que vio, por no decir otra cosa. Me llevó en avión a Potomac, contrató a dos niñeras y advirtió a Mónica de que, si no se recuperaba, se divorciaría de ella y obtendría la custodia completa de mí.

—*Guau* —más que decir la palabra, la pronunció con la boca—. Parece que tuvo un atisbo de darse cuenta de que debía hacer algo mejor por su hijo.

—Más bien se dio cuenta de que Mónica no le daría más herederos y quería mantener vivo al que tenía —gruñí—. Por eso me mantengo bien alimentado cada cuatro horas. Por eso masco chicle. Por eso odio el ruido. Por eso me apresuro a luchar como si fuera un instinto, porque lo es. Busco el control. Todo lo que no sea poder absoluto me resulta insatisfactorio.

Una emoción que no podía precisar surgió en sus facciones. Algo entre la ira y el orgullo.

Se inclinó sobre la consola central y me tomó la cara entre las palmas de las manos. —Has vencido. Mírate. Guapísimo. Exitoso. Realizado.

—*Jodido* —completé, mis labios persiguiendo los suyos, exigiendo ser besados.

Me besó despacio y con firmeza, pero sin pasión.

Cuando se apartó, me acarició el estómago. —Por la presente prometo asegurarme de que tu barriga esté siempre llena. No será difícil, créeme. A mí también me gusta mucho la comida.

Intentaba quitarle importancia.

Lo agradecí, pero no era necesario.

—Ya estoy mejor. —Pasé el pulgar por sus pecas enloquecedoras—. Bueno, casi mejor.

—Seré una buena madre para nuestros hijos. Lo prometo. Los pondré primero, siempre. Y al diablo con su padre.

Le creí. Era una de las cosas que más me gustaban de Dallas. Tenía los instintos de una madre. Su hijo nunca iría sin ropa, hambriento o sucio.

Dallas me agarró por los hombros, apretando su frente contra la mía, respirándome. —Sé que te han herido más allá de las palabras. Las personas que se suponía que debían ser tus protectores, Mónica, Senior, Morgan, te han fallado. Pero si un día tu corazón se abre... espero ser yo quien tenga la llave.

Ya estoy indecentemente enamorado de ti. Sólo que tú nunca podrás saberlo.

Su poder sobre mí sería tan completo, tan destructivo, si alguna vez supiera la fuerza de mis sentimientos hacia ella.

Dallas Costa me asustaba. Ella no era Morgan. No necesitaba la llave de mi corazón.

Ya había derribado la maldita puerta.

Dallas

La idea de separarme de Romeo cuando volviéramos a Potomac me horrorizaba.

Pero tenía un trabajo. Responsabilidades. Una vida más allá de mí.

¿Y yo?

Me sentía como si la gravedad me hubiera abandonado. Como si flotara sobre la Tierra, luchando por asentarme en mi nueva realidad. Una realidad de peleas en la arena de la infancia, relaciones complicadas con la comida y venganzas justificadas.

Quería abrazarlo. Curarlo.

Pero, sobre todo, quería maldecirme a mí misma por juzgarlo. No existían las bestias. Sólo personas cuyo dolor estaba tallado en el exterior.

Cada noche, Romeo se metía en nuestra cama y apoyaba *mi* sueño.

Teníamos sexo. Mucho.

Sin protección. En la cocina. En la sala de cine. En el sauna. Incluso en el gimnasio, cuando me arrastró hasta allí para una clase de spinning con Casey Reynolds, cuyo sentido seguía sin comprender. ¿Por qué alguien se subiría a una bicicleta para ir a ninguna parte?

Una semana después de volver de Chapel Falls, me tumbé en el sofá del salón, rebuscando entre las fotos de la boda con Hettie. Esta vez, mi intención era imprimir una en la que saliera mi marido.

Pasé a la siguiente imagen. —¿Y esta?

—Chica, por quincuagésima vez, los dos salen exageradamente guapos en todas las fotos. Creo que incluso los odio por ello.

—Vale, vale. Podemos dejarlo. Por ahora.

—Gracias a Dios. —Palmeó el mando de la televisión y salió de la aplicación de casting de fotos—. Pongamos otra vez *Friday Night Tykes*.

No hay nada mejor que ver a hombres adultos enfadarse irracionalmente por niños de diez años que persiguen una pelota.

Algo parpadeó en la pantalla antes de que ella cambiara de canal.

—Espera. —Me agarré al brazo de Hettie—. Vuelve atrás.

Pulsó un botón y apareció una noticia de última hora. Un titular apareció en la pantalla: **Las acciones de Licht Holdings vuelven a desplomarse.**

La reportera habló por el micrófono: —Nuestras cámaras están en el suelo, delante de Licht Holdings, mientras el director general Theodore Licht y su hijo Madison son llevados esposados por agentes especiales del Departamento de Justicia de la sección de Fraudes. Nuestras fuentes en el Departamento de Justicia indican que el dúo Licht ha sido detenido por cargos de fraude empresarial. Desaparecidas las posibilidades de que Licht Holdings trabaje alguna vez con un organismo gubernamental, ¿quién ocupará su lugar? Les daremos más detalles esta noche.

Hettie silenció el televisor y se volvió hacia mí. —*Dios mío.*

Inspiré.

Sabía lo que significaba. Y, contrariamente a lo que pudiera pensar, no era nada bueno.

A lo largo de mi estancia en Potomac, me había dado cuenta del nivel de mezquindad que destilaba Madison. Necesitaba tener la última palabra. De ninguna manera sería el final.

Un Madison acorralado era peligroso. De hecho, en nuestro vuelo desde Chapel Falls, Romeo mencionó su encuentro navideño con él.

Mis manos se dirigieron al teléfono. Con dedos inestables, marqué rápidamente a Romeo.

Contestó al primer timbrazo. —¿Gallata?

Hettie despejó la habitación, dejándome espacio.

—He visto las noticias.

—No pareces contenta.

—No lo estoy. Estoy preocupada. —Empecé a pasearme, royéndome las puntas del pelo—. Es una acusación de fraude empresarial. Saldrá bajo

fianza enseguida. Tenemos que lidiar con él vagando por las calles hasta que concluya el juicio. Eso podría llevar años, Romeo.

—He contratado un equipo de seguridad completo. A partir de mañana, cuando salgas de casa, te seguirá un artista marcial entrenado. Prométeme que se lo permitirás.

—No estoy preocupada por mí. Me preocupas tú.

—No lo estés. Costa Industries es el edificio más seguro del condado de Arlington.

—El Pentágono está en el condado de Arlington —señalé.

—He dicho lo que he dicho. —Podía oír la sonrisa en su voz, pero no era capaz de igualar su diversión.

Dejé de caminar.

Separé los labios.

Dos palabras pesaban en la punta de mi lengua.

Quería soltarlas. Lanzarlas al universo. Oírlas responderlas.

Pero no lo hice.

Me parecía una tontería confesarlo ahora, por teléfono, tras la detención de Madison.

Me tragué las palabras.

No era consciente de cuánto llegaría a lamentarlo.

Romeo

Por primera vez en más de una década, existía junto a mi padre sin ganas de darle un puñetazo en la cara.

Al fin y al cabo, necesitaba que su boca funcionara para el anuncio que pensaba hacer en, comprobé mi Rolex, los próximos dieciocho minutos.

Estábamos sentados ante todo el consejo de administración y los principales accionistas durante la reunión anual de accionistas de Costa Industries. No podía haber llegado en mejor momento.

Habíamos pasado colectivamente los primeros treinta minutos regodeándonos en la caída de Licht Holdings, con la foto de Madison y su padre filtrada esta mañana en la pantalla del proyector a mi espalda.

Las cosas se habían puesto en su sitio. Y pronto, tras el breve receso, Senior anunciaría oficialmente su jubilación y me nombraría a mí para ocupar su puesto.

En un rincón, Bruce estaba enfurruñado, apretando en el puño una barra de pan de cortesía.

Era una pena que no obtuviera ningún triunfo, ningún placer, de saber que pronto me anunciarían como director general de Costa Industries. En realidad, no quería el puesto. Solo durante el tiempo necesario para destruir la empresa.

En cuanto a Bruce, nunca había provocado un conflicto genuino en mí. Sabía que en cuanto lo apartara de mi camino, sería poco memorable e insignificante, a pesar de su persistente y agria presencia.

Algo así como un pedo. Pero uno con una nómina gorda.

Comprobé mi chat de grupo cuando zumbó un mensaje de von Bismarck.

OLLIE VB: ¿Cuánto queréis apostar a que la población carcelaria local también considera que la cara de Madison Licht es golpeable?

ROMEO COSTA: Sinceramente, preferiría que la encontraran follable.

ZACH SUN: Eso no importa. ¿Qué pasa con el puesto de director general, Rom?

ROMEO COSTA: Es mío. En cualquier momento. Licht Holdings está fuera de juego. Bruce se está comiendo sus emociones. Mientras yo echaba horas extras, él echaba a la nueva recepcionista. Apenas veintidós años. A Senior no le gustó. Tampoco a su marido, que amenaza con contar todo.

ZACH SUN: Estoy orgulloso de ti. (Finge que me importa lo suficiente como para querer decir lo que acabo de decir).

OLLIE VB: No le hagas caso. Estoy orgulloso de ti. Tu dedicación para arruinar a los demás sólo tiene parangón con la de Stefano DiMera.

ZACH SUN: No me suena este nombre. ¿Político? ¿Figura histórica?

OLLIE VB: Personaje de *Días de Nuestra Vida*.

Supervillano. Hace que Billy el Niño parezca un gatito.

ROMEO COSTA: Una pregunta, @OllievB: ¿por qué?

OLLIE VB: Olvidas que mi vida consiste en respirar y cobrar por ello. La televisión diurna era todo lo que tenía a mi favor antes de que las cadenas de streaming entraran en el juego.

Fruncí el ceño ante el cuadro de texto de mi teléfono, perdiendo tanto el hilo de la conversación como mi paciencia.

OLLIE VB: No lo critiques antes de probarlo. La vez que Marlena fue poseída por el diablo fue salvaje. La escena del exorcismo es de lo mejor que he visto en televisión.

ZACH SUN: Eso es porque el porno amateur abarca la mayor parte de tu tiempo en pantalla.

OLLIE VB: El porno amateur te llega de forma diferente. Puedes suspender tu incredulidad de que estas personas sean realmente hermanastros, ¿sabes? Nunca puedes hacer eso con el porno establecido.

ZACH SUN: ¿Suspender la incredulidad? Acabas de recitar una línea argumental de una telenovela en la que una mujer levita por la habitación sin globos oculares. Sabes que Papá Noel no existe, ¿verdad?

OLLIE VB: Claro que existe. Le vi en el centro comercial estas Navidades.

ZACH SUN: Necesitas desesperadamente un hobby.

OLLIE VB: Lo sé. Pero Rom no me da el número de su cuñada :(

ROMEO COSTA: Es demasiado joven para serlo.

Estaba a punto de informar a Oliver de lo cerca que estaba de ser cancelado por sus amigos de la infancia cuando noté algo desconcertado.

Los susurros se propagaron por la habitación, pasando de un accionista a otro.

Cara corrió hacia mí desde la mesa de los refrescos, guardándose el teléfono por el camino.

Se inclinó hacia mi oído, en voz baja. —Madison y su padre están en libertad bajo fianza.

Mierda.

—¿Ya? Normalmente se necesitan cuarenta y ocho horas para una vista de fianza.

—Sus abogados agilizaron la vista, y bueno, los Licht aún tienen muchos amigos en D.C.

La amenaza de Madison resonó en mi cráneo. El cretino tenía la columna vertebral de un chicle, pero cuando se trataba de Dallas, me negaba a arriesgarme.

Empuñé el teléfono y envié un mensaje a Alan, a quien había vuelto a contratar esta mañana. No reanudaría sus tareas de protección hasta mañana.

ROMEO COSTA: ¿Puedes empezar pronto?

ALAN REECE: ¿Cuándo?

ROMEO COSTA: Ahora temprano.

ALAN REECE: Estoy en un vuelo a Potomac desde Nueva York. Aterrizaré en el BWI dentro de una hora.

Menos mal.

Cara se marchó mientras yo emitía una alerta al equipo de seguridad de mi finca, exigiéndoles que elevaran el nivel de amenaza a amarillo y siguieran el protocolo adecuado.

A mi lado, Senior se levantó, ocupando su lugar ante el micrófono del podio.

—Bienvenidos de nuevo, caballeros.

Entre el público, los labios de Marla Whitmore se entrecerraron. Como única mujer miembro de nuestro consejo, a mi padre le encantaba

fingir que no existía.

Eso hacía mucho más agradable el hecho de que se negara a besarle el culo.

—Al reanudar esta reunión, me gustaría hacer un anuncio. Estoy seguro de que todos lo esperabais desde hace tiempo.

Al borde de la sala, Cara agitó su teléfono, captando de nuevo mi atención. El mío zumbó con un mensaje de texto segundos después.

CARA EVANS: Emergencia.

ROMEO COSTA: ¿Puede esperar? Hará el anuncio en cualquier momento.

Y, efectivamente, Senior lo hizo.

—Con efecto inmediato, me retiro como director general de Costa Industries. Mi último acto como CEO será anunciar a mi candidato como sucesor...

CARA EVANS: Me acaban de informar de que Madison Licht está de camino a tu casa.

Dallas está en casa.

Salí disparado de mi asiento, haciéndolo volar detrás de mí. Chocó con la pared y se rompió la pata.

Mi padre se rió por el micrófono.

—Tranquilo. Aún no he anunciado tu nombre, Romeo. Los niños de hoy en día... —Sacudió la cabeza—. Qué vigorosos.

Unas risas dispersas rebotaron en las paredes. Me dirigí directamente hacia la salida detrás de Senior, provocando que frunciera el ceño entre sus mejillas hundidas.

—¿Adónde vas, hijo? —Sus palabras viajaron por el micrófono a todos los altavoces de la sala.

No le contesté.

Hizo un gesto a los de seguridad para que me cerraran el paso. Cuatro hombres trajeados me rodearon, formando un semicírculo.

Podía con ellos. Tenía amplia experiencia en la lucha y la urgencia del pánico alimentaba mis células.

Pero en aras del tiempo, me volví hacia Senior. —Madison Licht está en libertad bajo fianza y se dirige hacia mi casa. Hacia mi *mujer*.

—Avisa a tu seguridad.

—Ya lo he hecho.

A nuestro alrededor, los susurros de los accionistas ganaron volumen.

Bruce asomó la cabeza desde la bandeja de pasteles en la que había descargado sus emociones, viendo asomar el sol entre las nubes por primera vez desde que mi padre le informó de su decisión.

Senior se aclaró la garganta, poco acostumbrado a que cuestionaran su autoridad de forma tan pública. —No puedes hacer nada más. La junta anual de accionistas sólo se celebra una vez al año. Siéntate.

Me dirigí a sus lacayos, ignorando a mi padre. —Un millón de dólares para cada uno de ustedes si se apartan.

Se miraron unos a otros, intentando calibrar si cumpliría la promesa.

—La oferta se reduce en cien mil a cada segundo que pasa. Uno...

Se dispersaron por la puerta.

Desde el estrado, Senior aún no había captado que destruir Costa Industries significaba una mierda comparado con Dallas.

—Siéntate, Romeo Costa hijo, o no volverás a pisar esta sala, y mucho menos como director general de Costa Industries.

Salí corriendo por la puerta sin mirar atrás.

Romeo

Mi Maybach se paró en la acera cuando salí del edificio. Cara debió de alertar a Jared.

Me apresuré a entrar en el asiento trasero y saqué el teléfono del bolsillo.

—¿Adónde, jefe? —Jared me examinó por el retrovisor, bajándose el sombrero.

Una vez Dallas me insistió en que le quitara el uniforme. Decía que debía de sentirse como un mono de circo con él puesto.

Dallas.

La próxima vez que me hiciera una sugerencia, aunque fuera donar mis dos riñones a la ciencia, la cumpliría sin demora.

Si es que había una próxima vez.

—A casa. —Conseguí no gritar—. Tan rápido como puedas.

Jared asintió bruscamente y tomó una botella de agua de la mini nevera que tenía al lado y me la dio, como hacía siempre.

No tenía tiempo para sus rutinas.

Me la metí bajo el brazo y envíe un mensaje a Zach y Oliver.

ROMEO COSTA: @ZachSun ¿Qué tan rápido puedes rastrear la ubicación de Madison Licht?

OLLIE: ¿Cárcel del condado de VB? ¿Instalación de detención del FBI? ¿O, si hay un dios, un sitio negro de la CIA?

Sorbí el agua, esforzándome por no perder la compostura mientras esperaba una respuesta real.

Llegaría a tiempo.

Tenía que hacerlo.

ROMEO COSTA: Está en libertad bajo fianza.

OLLIE VB: Mierda.

ZACH SUN: Si lleva el teléfono encima, un momento. Espera.

ROMEO COSTA: @ZachSun, ¿has acabado? Ha pasado un puto minu...

Un escalofrío recorrió mi piel, erizando cada pelo de mi cuerpo. Como si me hubieran electrocutado.

Debe de ser la fricción estática.

Pero no pude terminar de escribir la frase.

Un rollo de náuseas se estrelló contra mis entrañas como un puño. Un gruñido gutural escapó de mis labios. Levanté la botella de agua, con la intención de dar otro sorbo, y noté que me temblaban las manos.

Nunca me temblaban las manos.

Hice inventario de mis síntomas.

Manos temblorosas. Respiración lenta. Visión confusa.

Todo mi cuerpo se retorcía al revés, como si en él se deslizaran serpientes.

Los ojos de Jared se cruzaron con los míos por el retrovisor antes de volver rápido a la carretera. Reconocía la culpa cuando la veía.

Y podía saborear la traición a miles de kilómetros de distancia.

Me habían envenenado.

¿Madison o Bruce?

Ni siquiera tuve que pensarlo dos veces.

Madison, por supuesto.

Bruce era intrigante pero demasiado convencional para asesinar. El hombre era tan borde como una pelota de softball.

Madison debía de haber pagado a mi chófer para que me matara. El problema era que no tenía ni idea de lo que había metido en el agua. No tenía forma de saber lo grave que era mi situación ni cuál podía ser el antídoto.

Dudaba que Jared lo supiera.

Una cosa era cierta: decírselo ahora, cuando estaba demasiado débil para respirar correctamente, sería un error.

Volví a prestar atención al teléfono y escribí una palabra.

ROMEO COSTA: Envenenado.

Al cabo de medio segundo, el nombre de Zach parpadeó en mi pantalla.

Acepté la llamada, demasiado enfermo para hablar. Menos mal, porque Zach no quería mi conversación. Necesitaba mi ubicación a través de su aplicación GPS.

—Estoy impaciente por llegar a casa —dije entre dientes, para que pudiera oír adónde me dirigía. A juzgar por el paisaje, llegaría en cuatro minutos.

Los mensajes de texto aparecieron en mi pantalla.

OLLIE VB: He enviado una ambulancia a tu casa. Voy para allá. Nota al margen: me encanta que insistieras en poner un punto después de la palabra *envenenado*, incluso en tu lecho de muerte. Tu pasión por la buena gramática es encomiable. Ah, y guarda contigo lo que hayas bebido o comido, para que podamos hacer una comprobación y ver qué hay ahí.

Me sentí agradecido de que mis amigos, a pesar de mostrar la edad mental de trece años normalmente, fueran ingeniosos cuando se requería.

Sentí alivio cuando me di cuenta de que Madison probablemente dejaría en paz a Galleta. No tenía sentido hacerle daño sin que yo estuviera

vivo para presenciarlo.

Los hombros de Jared temblaban de nervios. Me lanzaba miradas a través del retrovisor, agarrando el volante con fuerza, dejando marcas de sudor en la cubierta de cuero afelpado.

O esperaba que me cayera muerto y se preguntaba por qué seguía sentado, con aspecto tranquilo y sereno, o se lo estaba pensando mejor.

No hay ninguna posibilidad de que te deje salir de ésta.

Si salgo vivo de ésta.

Nunca me había gustado mucho la vida. Al crecer, había pasado incontables días deseando no haber nacido.

Así que el pánico extraño que se apoderó de mi pecho me sorprendió.

Y con él, llegó una comprensión inquietante: no quería morir.

Quería pasar más tiempo con Dallas “Galleta” Costa.

Con mi mujer.

Quería oír su risa. Probar comida nueva con ella. Bailar juntos en salones de baile, esta vez porque ella quería dármelos, no por la presión de la sociedad.

Quería seducirla y dejarme seducir por ella. Quería repetir nuestra luna de miel parisina.

Demonios, una parte de mí quería ver a nuestro hijo.

¿Sería niño o niña? ¿De ojos avellana o grises? ¿Con su carácter? ¿O con mi seco sentido del humor? ¿Y su risa? ¿Ya estaba embarazada?

Joder, ¿y si lo estaba?

No estaba preparado para despedirme.

El coche se detuvo delante de mi mansión. Se me pasó por la cabeza que bien podría ser la última vez que saludara a Dallas en nuestra casa. Si es que seguía allí.

Empujando la puerta, salí a trompicones, zigzagueando hacia la puerta.

Jared salió volando por el lado del conductor, pisándome los talones.
—Jefe, no tienes buen aspecto. ¿Debería...?

Irrumpí en la entrada y caí de rodillas.

Mi cuerpo se estaba apagando. Un órgano cada vez. Arrastrándome hacia la escalera, me crucé con Hettie, que venía de la cocina con una bolsa de naranjas entre los brazos.

—Mantén a Jared fuera de casa —murmuré.

No preguntó qué pasaba. Hizo lo que le dije y bloqueó al conductor con su esbelto cuerpo.

El trayecto por la escalera de caracol fue insoportable. Cada escalón parecía costarme un año de vida. El sudor rodaba por cada centímetro de piel. El blanco salpicaba mi vista.

Finalmente, llegué al dormitorio de Dallas. Aunque últimamente dormía en la nuestra, seguía adorando la habitación que ocupó por primera vez cuando se mudó aquí.

Estaba llena de sus libros. De su olor. De su dulce existencia.

Pasaba la mayor parte de las tardes leyendo en el alféizar de la ventana.

El alivio que sentí al verla acurrucada frente a la ventana, con un libro de bolsillo en el regazo, fue inmediato. Al menos, podría decirle lo que quería decirle.

Parecía un cuadro tan único, tan especial, que ni siquiera Zach sería capaz de ponerle las manos encima. Con un vestido turquesa pálido. Su telón de fondo era un reino invernal de nieve nacarada.

Unos mechones de pelo se escapaban de su moño desordenado. Me maldije por todas las veces que quise colocárselos detrás de las orejas, pero no lo hice.

La vida era demasiado corta para no estar locamente enamorado de la chica que te agotaba.

La mirada de Galleta pasó de las páginas del libro a mí. Su mandíbula se aflojó.

El cielo caía a través del reflejo de sus ojos. Aunque nunca la oyera responder a las palabras que estaba a punto de decir, sabía que eso era suficiente.

—¡Rom! —Tiró el libro a un lado. Rebotó en el suelo.

Me llenó de satisfacción que se deshiciera de su libro por mí. Sus libros eran todo su mundo.

Corrió hacia mí y me cogió en brazos. Se agachó y me levantó la cabeza, acunándola.

Deduje que mi aspecto era tan espantoso como me sentía, porque le temblaban tanto los dedos que me dejó caer sobre su regazo con un golpe seco.

—¿Qué está pasando? —Sus pupilas bailaban histéricas en sus órbitas
—. ¿Por qué estás tan pálido?

—Veneno. —Ni siquiera tuve fuerzas para añadir lo demás.

Aspiró y sacó el teléfono, llamando al 911. De algún modo levanté una mano, haciéndola retroceder. No podía sentir su tacto. Su calor.

Sentía como si me hubiera envuelto en un algodón sin temperatura.

—Ambulancia en camino.

—Voy a matarlo. —Me enterró la nariz en el hombro. No podía oler su pelo perfumado de rosas—. Madison. Él te hizo esto.

Se me cerraron los párpados. Coseché cada gramo de fuerza que me quedaba. Sólo tendría una oportunidad para decir esto. Tenía que ser firme. Conciso.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Tengo algo que decir.

Por extraño que parezca, estaba más ocupado diciéndole lo que había venido a decirle que furioso con Madison.

Resultó que, después de todo, Dallas había tenido razón.

El amor triunfó sobre el odio. El bien venció al mal. Cuando exhalabas tu último aliento, no pensabas en la gente que detestabas. Pensabas en los que amabas.

—Esto es muy importante, Galleta. ¿Me estás escuchando?

Aunque no podía sentir su cuerpo, podía sentir su dolor. Parecía desgarrada. Igual que la noche que la conocí en el baile de debutantes.

Joder. Incluso entonces, me sentía impotente ante ella, ¿verdad?

Desde el momento en que la vi en aquel salón de baile, en su propio pequeño universo, rodeada de dulces y con la cabeza llena de lejanas tierras de ficción, la deseé.

—Sí. —Ella tembló y me agarró las mejillas con más fuerza. Nuestros rostros se fundieron—. Te escucho, Rom.

—Estoy enamorado de ti, Dallas Costa. Amo cada parte de ti. Cada célula. Cada aliento. Cada risa. Me has hechizado, y no quiero dejar este mundo pensando que no sabes cuánto me has cambiado.

—No, Rom. No.

Dallas apoyó la cabeza en el suelo. Me di cuenta de que había perdido el control absoluto sobre mi cuerpo.

Me desabrochó la camisa en un intento desesperado por salvarme. Sus ojos recorrieron mi piel, buscando una señal reveladora. Una mordedura. Cualquier cosa con la que pudiera trabajar.

Por primera vez desde que la conocí (y conociéndola, tal vez desde hacía una década), una lágrima brotó del rabillo de su ojo.

Se deslizó por su mejilla, pasando por su barbilla. Sólo una lágrima, pero esa lágrima me produjo la mayor alegría que había sentido en mi vida.

Resultó que mi desafiante esposa de corazón robusto *podía* llorar.

Y sólo hizo falta que me muriera para que ocurriera.

De repente, las lágrimas bañaron sus mejillas, salpicando desde su barbilla hasta la mía. Sus cejas se fruncieron al ver el líquido resbalando por mi mandíbula.

Catalogó mis ojos antes de darse cuenta de que no había salido de mí. Con mano insegura, se llevó la punta de un dedo a la mejilla, recogiendo una lágrima.

Dallas la estudió, casi desconcertada. —Estoy llorando.

Yo también te amo, Galleta.

Las sirenas de las ambulancias llenaron la habitación con sus gritos histéricos. Cerré los ojos, preguntándome por qué ni siquiera podía morir en

jodida paz en brazos de la mujer de la que estaba enamorado a regañadientes.

—Vienen a salvarte. Por favor, aguanta. —Dallas me besó la mejilla. La frente. La punta de la nariz. Los párpados.

¿Cuándo había cerrado los ojos?

No podía recordarlo, pero ocurrió, porque ya no podía verla.

Necesitaba verla.

Sólo una vez más.

—Por favor, Rom, mantente despierto. *Por favor.* ¿Por mí?

—Haré cualquier cosa por ti —me oí decir, antes de que el mundo se volviera negro y las ambulancias dejaran de gemir—. Eres mi giro argumental favorito.

Dallas

Así que, esto era lo que sentía al llorar.

Como si la muerte me estrangulara en sus manos crueles, y yo luchara en su agarre a pesar de anhelar unirme a ella.

Pesadas lágrimas cayeron por mis mejillas. La culpa me consumía como un monstruo sediento de sangre, dándose un festín con mis órganos.

Tú le hiciste esto. Es culpa tuya.

Mientras Romeo yacía inmóvil en mis brazos, no pude evitar preguntarme dónde estaría la cosa que lo había envenenado y cómo podría hacerme con ella para unirme a él en el sueño eterno.

El deseo que había pedido se negaba a dejar de resonar en mis oídos.

Mi único deseo es que mueras en mis brazos, Romeo Costa. Quiero verte cuando exhales tu último aliento. Sentir cómo tu piel se vuelve fría y sin vida bajo mis dedos. Mi deseo es presenciar cómo tus fosas nasales luchan por moverse mientras consumes oxígeno por última vez. Quiero verte sufrir por todo el sufrimiento que me provocaste. Y no hay nada ni nadie que desee más en esta vida.

Mi fantasía se convirtió en mi realidad, y mi realidad en mi pesadilla.

Me mecía de un lado a otro, temblando con sollozos que me desgarraban como cuchillos afilados.

—No puedes dejarme. No ahora. No cuando por fin me amas. No puedes morir. Has sobrevivido demasiado.

Acaricié su mejilla, tan pálida y helada bajo las yemas de mis dedos. —Mi oscuro Romeo. Mi bestia incomprendida. Eres más fuerte que el veneno, que la mortalidad, que la muerte. Nunca llegué a decirte que te amo. Despierta y te prometo devolvértelo.

No se movió. No parpadeó. No respiró.

El tiempo es el arma preferida del arrepentimiento. Y esta vez me golpeó tan fuerte que supe que nunca me recuperaría.

Apreté nuestras frentes, rogándole que tomara su frío y lo cambiara por mi calor. —Por favor, vuelve a mí. Te quiero más de lo que quiero a todo en esta vida junto: a mi familia, a mis amigos, a mis libros, a mí misma.

Incliné la cabeza hacia arriba y atrapé un pétalo de rosa mientras flotaba hacia abajo, aterrizando en la mesilla de noche.

Cayó el último pétalo.

Justo cuando Romeo me dijo que me amaba. Mucho después de haberme enamorado de él. Y seguiría cayendo. Cayendo en picado por las infinitas profundidades de mi amor por él.

Pero el nuestro no sería un cuento de hadas con final feliz. En lugar de eso, lo mío fue un cuento con moraleja.

Lo abracé con más fuerza, incluso cuando sentí que me apoyaban una mano en la espalda.

—Vamos, Dallas. —Era Zach, con su voz aterciopelada. El hombre podía anunciar el Apocalipsis en la televisión nacional y seguir sonando como si te estuviera engatusando para que te acostaras con él—. Han llegado los paramédicos.

Tuvo que emplear su suave fuerza para soltarme de los brazos de mi marido, mientras los paramédicos rodeaban a Romeo y lo subían a una camilla.

Me quedé flácida y sin huesos en los brazos de Zach. Intentó ponerme de pie, pero me desplomé en el suelo como un feto.

Se puso las manos en la cintura y me miró desde arriba. —El suyo es el matrimonio de conveniencia más zafio que he presenciado jamás.

—Lo amo. —Gemí contra mi pecho, con un charco de lágrimas acumulándose en mi cuello—. Lo amo tanto. No puedo vivir sin él.

Zach dio un paso atrás, como si los sentimientos fueran una enfermedad contagiosa. Oliver entró con fuerza en la habitación mientras hacían salir a Romeo.

Sabía que debería haber perseguido a los paramédicos por el pasillo. Haberme unido a ellos en el trayecto al hospital. Hacer preguntas.

Cualquier cosa que no fuera quedarme aquí.

Pero me sentía demasiado vacía para moverme.

Oliver ladeó la cabeza. —Ajá. ¿Qué tenemos aquí?

—Una Julieta angustiada. Dice que no puede vivir sin él. —El tono de Zach parecía el de un anuncio farmacéutico. La voz que enumeraba los desagradables efectos secundarios del fármaco anunciado.

Sacó desinfectante de manos del bolsillo y se echó una buena cantidad en la palma de la mano.

—¿Y su forma de demostrarlo es echarse una siesta en el suelo?

—No voy a echarme una siesta en el suelo, pendejo. —Me puse en pie de un salto. Una rabia fresca chisporroteó por mi torrente sanguíneo—. Voy a luchar por él. Tengo que demostrarle lo que significa para mí.

No sabía por qué les había dicho esto.

Quizá necesitaba verbalizármelo a mí misma.

Oliver hizo girar las llaves alrededor de su dedo. —La llevaré al hospital.

Zach asintió. —Y yo buscaré a Jared, lo llevaré a la policía y les pondré al corriente de las gilipolleces de Madison.

Quizá lo hacían por mi bien, pero su absoluta calma casi me hizo olvidar la última vez que había abrazado a Romeo. Estaba tan frío como el suelo de mármol del salón de baile donde nos conocimos.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —Me aferré a las solapas de Zach.

Tenía la sensación de que no se podía confiar en la lengua de Oliver, ni con sus palabras ni con el placer que provocaba en las mujeres.

Zach apartó la mirada y me sacó de la habitación cogiéndome por la parte baja de la espalda. —Vamos.

Me volví, mirando fijamente el lugar donde había retenido a Romeo por última vez.

Hasta ahora no me había dado cuenta. Que el matrimonio es un espejo, que te muestra exactamente dónde están tus partes vacías antes de llenarlas.

Y si Romeo me dejaba, me quedaría vacía para siempre.

Dallas

No abandoné la cabecera de su cama en el hospital.

Ni para comer. Ni para beber. Ni para ducharme.

Frankie, mamá y Mónica corrieron a mi lado en cuanto se supo la noticia.

Se turnaban para traerme comida y ropa limpia, pero sólo conseguían persuadirme para que hiciera pausas para ir al baño. Incluso entonces, me ocupaba de mis asuntos rápidamente.

Los días se comían unos a otros.

El tiempo no era mi amigo, se me escurría entre los dedos como arenas movedizas. Un minuto estaba extasiada de que Romeo no estuviera muerto, de que su corazón aún latiera, de que hubiera resistido, luchando por cada aliento. Al otro, me derrumbaba en la más absoluta desesperación.

No mejoraba.

Existía como una estatua gloriosa. Inmóvil pero hermosa.

La puerta giratoria nunca terminaba.

Zach. Oliver. La señora Sun.

Cara. Mónica. Senior.

Mamá. Frankie.

Cada día llegaban cientos de arreglos florales y ofrendas de comida de colegas y amigos. Los doné todos. Me hacían sentir como si Romeo ya no estuviera vivo.

Sólo pensar lo me daban ganas de tirarme por la ventana.

Al cuarto día del coma inducido médicaamente de Romeo, llegó su abogado, junto con Senior. Jasper Hayward. Le reconocí del día en que había firmado un acuerdo prenupcial.

Mi columna se enderezó. Me enjugué las lágrimas y las telarañas de los ojos.

—¿Qué hacen aquí? —Me puse en pie de un salto, mirando entre los hombres—. No hay motivo para que le hagan una visita. Su estado no ha cambiado y los médicos no han hablado de desconectarlo del soporte vital, así que no hay ninguna posibilidad...

—Dallas. —Senior me puso una mano en el hombro. Me aparté de un tirón, dando un paso atrás—. No te preocupes tanto. El señor Hayward está aquí para revisar unos documentos. Eso es todo.

Documentos, una mierda.

Confiaba en Jasper Hayward como en el método “lo sacaré” como anticonceptivo.

Y confiaba aún menos en Senior.

Había visto el vídeo filtrado de la junta de accionistas. En cuanto Romeo abandonó la sala para salvarme, su padre había cumplido su amenaza y había anunciado a Bruce como su sustituto.

Mi mirada cautelosa viajó entre sus rostros. —Que sea rápido. Voy a estar aquí todo el tiempo.

Senior me parpadeó. —Lo quieras de verdad, ¿verdad, niña?

Enfoqué su mirada con la mía. —*Mataría* por él, señor.

Tras el incómodo silencio que siguió a mi exagerada, pero sincera declaración, Jasper se arrastró hacia la cama de Romeo, echándole un vistazo.

Mis dedos se crisparon. Resistí el impulso de impedirle ver a mi marido en una posición tan vulnerable. No recordaba que nunca hubiera tenido el aspecto de un emperador intocable.

Aquella visión no dejaba de perturbarme, ni siquiera cuatro días después.

Jasper abrió su maletín, rebuscando entre algunos documentos. —Obviamente, todos esperamos y rezamos por la rápida recuperación de Romeo Jr. Mientras tanto, sin embargo, me gustaría informarte de que, en caso de que el Sr. Costa empeorara, dejó claro lo que deseaba para su

patrimonio y sus bienes. Y aunque no hay acuerdo prenupcial, hay testamento.

Parpadeé lentamente con los ojos tan hinchados que apenas veía nada a través de ellos, y negué con la cabeza. —No. Se equivoca. Hay un acuerdo prenupcial. Lo firmé yo misma. Delante de usted.

Aquello parecía haber ocurrido hacia décadas, pero sabía que mi memoria no me fallaba.

Jasper Hayward frunció el ceño. —Señora Costa, creía que su marido se lo había dicho.

—¿Que me había dicho qué?

—Que pasó por mi despacho hace unas semanas, hizo trizas el acuerdo prenupcial y, en su lugar, dictó un testamento. Te dejó todo lo que tiene. Cada cosa.

Me tambaleé hacia atrás, casi desmayándome. Me mantuve en pie de milagro. —¿Habla en serio?

—Me pagan demasiado para bromear con esas cosas.

Romeo me lo dejó todo.

Su dinero. Su mansión. Sus coches.

Todo.

Sabía el porqué. Me lo había dicho, segundos antes de perder el conocimiento.

La cuestión era: ¿cuándo escribió su testamento? ¿En qué momento decidió que me quería?

—¿Cuándo fue eso? —pregunté, aferrándome a esta nueva información como si tuviera peso. Como si pudiera traerlo de vuelta a mí—. ¿Cuándo acudió? ¿Qué día? ¿En qué fecha?

Jasper abrió la boca para responder, justo cuando mi sonido favorito en todo el mundo llenó la habitación.

—¿Galleta?



Está en coma inducido médicaamente. Es imposible que oyeras su voz.

Aun así, sonaba tan real.

Tan desgarradoramente perfecta.

Me di la vuelta lentamente, preocupada por si ahora estaba alucinando además de sufrir un colapso mental. Sólo dormía una hora al día.

Pero cuando miré hacia la cama de Romeo, estaba *dentro* de sí, mirándome fijamente con sus ojos pálidos que nunca parecían apagarse, ni siquiera bajo la dura luz del hospital.

—Oh, Señor. —Caí de rodillas, cogiendo su mano entre las mías—. Por favor, dime que no es producto de mi imaginación y que realmente estás despierto. Soy demasiado copo de nieve para una decepción aplastante.

Una risita ronca retumbó en su pecho.

Intentó enroscar sus dedos en los míos. —No es tu imaginación hiperactiva.

Detrás de mí, Senior se acercó a la cama. —Hijo.

Romeo ni siquiera levantó la vista de mi cara cuando dijo: —¿Sénior? ¿Jasper? Lárguense de una puta vez. Ahora mismo.

Huyeron en cuestión de segundos. Le acaricié la mejilla, con las cejas entrecerradas, y unas deliciosas chispas electrizaron las yemas de mis dedos.

¿No debería preocuparme al menos *un poco* que mi marido desafiará las leyes de la ciencia?

—Creía... creía que te habían inducido un coma. —Apoyé la barbilla en el borde de su colchón, enorgullecíndome de mi autocontrol. Aún no me había abalanzado sobre él a besos—. Sí, lo hicieron. Durante los últimos cuatro días. Tus sistemas estaban en parada total. Apenas funcionaban en algún momento.

—Menudos modales tiene mi mujer. —Me miró lentamente. No pude evitar reírme, con los hombros temblorosos—. No llores.

—Yo nunca lloro.

Pero no era verdad. Ya no.

Una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios. —Lloraste por mí. Aunque aprecio el sentimiento, si vuelves a hacerlo, mis sistemas sufrirán otro colapso masivo.

—Ayer firmaste un formulario para sacarlo del coma inducido médicaamente. —Oliver entró sin llamar, como si fuera el dueño del lugar—. Debes de haberlo olvidado, ya que has estado funcionando a base de café, arrebatos de ira y el muñeco de vudú de Madison Licht apuñalado a conciencia que Frankie te cosió.

Miré el sofá que había ocupado los últimos cuatro días y el alfiletero de una muñeca vudú que Frankie me había hecho a ganchillo. Parecía un muñeco de trapo con la raya del pelo amarilla y una sonrisa bobalicona dibujada con Sharpie.

Romeo entrelazó sus dedos con los míos. —Oliver.

Batió las pestañas. —¿Sí, cariño?

—Vete.

—No antes de que me des el número de Frankie.

—Antes te daré un puñetazo en la cara —le advertí.

No se me ocurría un candidato más inadecuado para mi hermana.

Cuando Oliver se marchó, volví a centrarme en mi marido. Romeo levantó la mano, metiéndose un mechón de pelo que se me escapaba de la coleta detrás de la oreja con una sonrisa ladina.

—¿Rom?

—¿Sí?

—¿Cuándo reescribiste tu testamento? ¿Cancelaste tu acuerdo prenupcial? —Quería saber cuándo se dio cuenta por primera vez de que me amaba.

—El día después de que organizaras una fiesta en mi mansión y me obligaras a mudarme de nuevo.

Fruncí el ceño. —Entonces me odiabas.

—Cariño. —Me acarició la mejilla—. Nunca te odié. Pasé de la indiferencia, a estar petrificada por lo que pudieras hacerle a mi corazón, a estar tan asquerosamente enamorado que casi deseaba que me dejaras sólo para poder decirme a mí mismo “*te lo dije*”.

—La noche después de la fiesta. —Le apreté la mano, tarareando—. Vaya. ¿De verdad chupo la polla tan bien?

Se rió, aunque me di cuenta de que le dolía, atrayéndome a un beso.
—Es difícil de decir. ¿Serías tan amable de recordármelo?

EPILOGO

Dallas

—Por última vez, te prometo que Franklin Tabitha Townsend no ha estado poseída en su vida. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Me detengo justo antes de levantar las manos, sin querer distraer a Romeo de la carretera. Con Jared (y Madison) en prisión, a la espera de juicio, no ha encontrado sustituto.

Romeo insiste en que se *alegra* de haber sido envenenado, ya que los cargos de intento de asesinato significan que Madison se pudrirá en un centro de máxima seguridad, y no en una cómoda instalación con pistas de tenis, masajes suecos y domingos de Wagyu.

Romeo acciona la señal izquierda. —¿Se cayó de cabeza?

—No que yo sepa.

—¿Alguna vez arrancó pintura de plomo de las paredes y se la comió de bebé?

—No... —Me detengo. No miento a Romeo, y como eso suena a algo que habría hecho un Frankie bebé...—. ¿Cómo voy a saberlo? Entonces yo era un bebé.

—No va a vivir con nosotros, Galleta. Puede quedarse con el ático de D.C., pero de ninguna manera tendré a ese *gremlin* marchando por los pasillos del lugar donde espero dormir seguro por las noches.

—De acuerdo. Trato hecho.

Me reclino en el asiento del copiloto, satisfecha de que haya ofrecido la solución que Frankie buscaba en primer lugar. Romeo dijo que quería *destruir* el lugar.

No se me ocurre mejor presagio de destrucción que Franklin Townsend.

—Es sólo por unos meses. —Saco un bocadillo de la guantera—. Hasta que papá se calme y la universidad la eche. —Shep vuelve a ser

papá. Por ahora.

—¿Cómo ha podido inundar todo un edificio de dormitorios? —Romeo gira a la derecha, saliendo a la autopista desde el aeropuerto privado —. ¿Cómo es posible?

Como una vez derramé clorofila en nuestro techo, no estoy en condiciones de juzgar. De hecho, las motas verdes siguen ahí. Dispersas entre la iluminación como un cuadro de Rorschach.

En cuanto a papá, se enfadó mucho cuando el colegio envió una factura de veintitrés millones de dólares por los daños. Lo sacó directamente de la herencia de Frankie para darle una lección, que sin duda no aprenderá.

—¿Acaso importa? —Subo las piernas al salpicadero, mascando palitos de Pocky—. Comparto parte de culpa en esto.

—No eres tú quien ha inundado todo un edificio de dormitorios universitarios en plena semana de exámenes finales.

—Claro, pero *soy* la razón por la que papá le da tanta libertad a Frankie.

La versión de papá de una disculpa hacia mí.

En algún momento de este año, le dio a Frankie toda la libertad que nunca me dio a mí para demostrar que había cambiado. Aunque me alegra por ella, también temo las consecuencias.

Ya han ocurrido la debacle de Home Depot, el fiasco del viaje de esquí a Suiza y el incidente casi internacional de Dubai.

Romeo se detiene en el semáforo y se vuelve hacia mí. —O tu padre puede ser un hombre y pedirte disculpas con palabras. Entonces podremos pasar todos al siguiente capítulo de nuestras vidas. Uno en el que Frankie no sea expulsada de su casa para que aprenda responsabilidad por las malas.

Hago caso omiso de sus palabras. —Hablando de seguir adelante, ¿cuándo vas a contratar a un chófer?

Seis meses después de la detención de Jared, *aún* no ha terminado de comprobar a fondo los antecedentes de los nuevos aspirantes. Para ser justos, su antiguo chófer intentó *matarlo*.

No se puede culpar a un hombre envenenado por ser meticuloso.

—Cara me ha enviado por correo electrónico las comprobaciones de antecedentes esta mañana.

Ah. Cara. El único vestigio de Costa Industries en la vida de Romeo. Cuando él se fue (vale, fue despedido), ella también se fue. Él recompensó su lealtad con un enorme aumento de sueldo.

Resulta que a mi marido se le da mejor vender acciones que, bueno, *accionar*.

Romeo atraviesa nuestras puertas de hierro, sube los 400 metros de la entrada y pasa junto a una carretilla elevadora.

—¿Por qué hay una carretilla elevadora en nuestra propiedad? —Giro la cabeza para mirar a esa cosa detestable mientras pasamos zumbando—. ¿Hay obras en la casa? No rompí nada antes de irnos. Esta vez no.

Frunce el ceño. —Tenían que haberse ido anoche. Les pagué un millón más para que estuvieran terminadas para cuando llegáramos.

—¿De cuánto trabajo estamos hablando? Sólo han pasado tres meses desde que salimos de gira gastronómica.

Tres meses de felicidad. Saltando de país en país, comiendo todo lo que podíamos, desde comida callejera hasta restaurantes de alto nivel con estrellas Michelin.

No sólo recordó todos los países de mi lista de cosas que comer de nuestra cita en Chapel Falls, sino que preparó un itinerario gastronómico para cada uno de ellos.

Ayuda el hecho de que Romeo esté actualmente en paro. Vale, de acuerdo. Comercia con acciones. (Jura que es un trabajo. Le tomo la palabra).

—He contratado a un equipo para rehacer la casa.

Prácticamente se me desenaja la mandíbula. —¿Toda?

¿Sin consultarme?

Romeo apaga el motor delante de la puerta y entrega las llaves a un Vernon que espera.

Hettie abre la puerta de golpe y se ríe cuando me lanza a sus brazos. —Estoy deseando que lo veas. Es increíble.

Lanzo una mirada acusadora a Romeo. —¿Todo el mundo sabía lo de las reformas menos yo?

Hettie enlaza un brazo con el mío, guiándome hacia la entrada. —Te vas a derretir en un charco de chocolate. Es todo lo que siempre quisiste... —Al ver la expresión de Romeo, sus palabras mueren.

—Fuera. —Le quita el brazo del mío y señala con la cabeza en dirección a las dependencias del personal, detrás de la casa principal—. Antes de que arruines la sorpresa.

—Vale, vale.

Es demasiado tarde.

Ya estoy corriendo hacia las puertas dobles, abriéndolas de un empujón.

Sé lo que hay dentro, porque conozco a mi marido. El hombre está empeñado en hacerme feliz.

Tal como esperaba, ha convertido nuestra casa en una biblioteca. Cada centímetro de pared está cubierto de estanterías del suelo al techo.

El salón. Los pasillos. La sala de cine.

Incluso su estudio.

Mis piernas me llevan de una habitación a otra a la velocidad de la luz. Aunque me doy prisa, mis ojos no se pierden nada.

Como lo catalogaba todo por géneros, por lomos, exactamente como yo lo imaginaba. Terror y misterio en el estudio. Viajes y cocina en la cocina. Romance y erótica en el dormitorio.

Giro hacia Romeo, que por fin me ha alcanzado, y me lanzo sobre él, llenándole la cara de besos. —Gracias, gracias, gracias.

—Ya me estoy arrepintiendo —me informa mientras me sube por las escaleras y me lleva a nuestro dormitorio—. Los libros de la ducha probablemente se enmohezcan.

—Los impermeabilizaré.

—Los de la cocina pueden incendiarse.

—Los impermeabilizaré.

Me da un beso en la punta de la nariz. —¿Es exactamente como lo querías?

—Incluso mejor.

UN AÑO MÁS TARDE

Romeo

ROMEO COSTA: Cheque de lluvia para esta noche. Por alguna razón, mi mujer se ha encerrado en su sala de lectura con tres pintas de helado de crema de huevo de Morgenstern.

ZACH SUN: ¿Quizá echa de menos su casa?

ROMEO COSTA: Quizá su cerebro eche de menos su hogar. ESTE ES SU HOGAR.

OLLIE VB: Lleva a Daytona a comer KFC. Se animará enseguida.

ROMEO COSTA: Es de Georgia, no de Kentucky, bufón inculto.

ZACH SUN: ¿Hay realmente alguna diferencia?

OLLIE VB: KFC = Pollo Frito Coreano. Bufón inculto.

Me meto el teléfono en el bolsillo y avanzo a grandes zancadas hacia el antiguo dormitorio de Dallas. Unos fuertes lamentos se filtran en el pasillo desde la rendija que hay bajo las puertas dobles.

Mi mujer, que sólo ha llorado cuando *casi me muero*, está berreando.

—¿Dallas? —Mis palmas chocan con la madera, cerrándose de golpe —. Abre.

No hay respuesta.

—Dallas.

Todavía nada.

Mis puños golpean con más fuerza, pero sus gritos los ahogan.

—Dallas Maryanne Costa.

Un pánico miserable navega por mi garganta, hundiéndose en mis entrañas como un ancla sobredimensionada.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Y *todavía*.

No hay respuesta.

—Maldita sea, Dallas. Echaré esta puerta abajo si no me abres ahora mismo.

No lo hace.

Fiel a mi palabra, levanto la pierna y le doy una patada en la costura, astillando la madera en pedazos.

Desparramada por el suelo, rodeada por un círculo espiritista de tarrinas de helado, Dallas se aferra a una caja expositora de cristal transparente. La que contiene el decimocuarto libro de *Henry Plotkin*.

Suele guardarla en el lado opuesto de la habitación, colgada junto al cuadro de pétalos prensados que Vernon hizo con los restos de su rosa blanca.

Hojas de lágrimas pasan disparadas por sus mejillas y rebotan en el mármol nacarado, donde se sumergen en un océano de sus iguales.

Vale, en realidad no.

Pero mis piernas no se enteran y se tambalean al ver tres pequeñas lágrimas persiguiéndose por su mejilla.

Le quito la caja, la dejo a un lado y la subo a mi regazo, con las piernas a ambos lados de mis muslos. —¿Qué ha pasado, bebé?

—Sí.

¿*Eh*?

Le paso un mechón de pelo por detrás de la oreja. —Sí, ¿qué?

—Exactamente.

—Dallas, lo que dices no tiene sentido.

Como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí, chilla y me echa los brazos al cuello, casi estrangulándome. —Un *bebé*. Vamos a tener un bebé.

—¿Un qué?

—Estoy embarazada, Romeo. *Embarazada*.

—Pero acabamos de empezar a intentarlo hace tres semanas.

Reiniciado, más bien.

Después de que me envenenaran, Galleta y yo decidimos que aún no estábamos preparados para ampliar nuestra familia y que queríamos disfrutar el uno del otro un poco más antes de dedicarnos a otra persona.

—Ya lo sé. ¿No es maravilloso? —Se inclina y me acaricia la polla, hablándole directamente—. Gracias por tu maravillosa contribución a esta familia. —Echa la cabeza hacia atrás, dirigiéndose esta vez al techo—. No puedo creer que hayan funcionado.

El pavor se me revuelve en las tripas. —¿*Quiénes*?

Pero es demasiado tarde.

Mi agente personal del caos ya está corriendo por los pasillos hacia nuestro dormitorio. Me paso una mano por la cara, un poco preocupado por lo ajetreada que estará esta casa/biblioteca/lo que sea dentro de nueve meses si mi hijo sale a su madre.

Sigo atónito.

Debió de ocurrir durante nuestra sexta luna de miel, la de París. El shock pronto se transforma en excitación.

Galleta va a ser madre. Yo voy a ser padre.

En cuestión de minutos, estoy en FaceTime con Oliver y Zach, que ha iniciado la llamada.

Miro a Zach con el ceño fruncido. —¿Cómo lo sabías ya?

—Decatur llamó para dar las gracias a mamá. —Zach está en Corea por negocios, lavándose los dientes en su lujosa habitación de hotel.

—¿Por?

—Mamá llevó a Davenport a un templo para conseguir talismanes de Guan Yin. —Ante mi expresión inexpresiva, añade—: Talismanes de fertilidad.

Claro que sí.

Oliver, tan servicial como siempre, interviene: —Si es un niño, deberías llamarle Romeo Costa Tercero.

—Por favor, vete a tomar por el culo.

—Buena idea. Hace dieciséis horas que no toco la vela de jamón.

¿Está hablando en inglés?

Zach se hunde en un sofá, la cámara tiembla con el movimiento. —Al menos esta vez nos hemos enterado en un plazo razonable.

—En realidad, tres segundos no es razonable —señalo.

Me ignoran, todavía resentidos por lo que pasó hace unos meses.

De hecho, Zach va directo al grano. —¿Hay alguna razón por la que nos enteramos de que tu padre murió en las noticias de las seis?

—¿No era suficientemente noticiable para el ciclo de las nueve?

Oliver se rasca la sien. —Zach, ¿nunca te preocupa que Romeo sea un sociópata?

—No soy un sociópata.

¿Por qué estoy hablando con esta gente en vez de estar con mi mujer embarazada ahora mismo?

Oh. Por eso.

Porque la oigo a ella y a Hettie hablando a borbotones abajo y sé que pasarán al menos diez minutos antes de que pueda acercarme a ella sin peligro.

—Discutible. —Zach deja el teléfono en el suelo y hunde de golpe el cepillo de dientes eléctrico en un vaso de cristal—. ¿Recuerdas lo que dijiste cuando vinimos a darte el pésame?

—Apenas recuerdo el color de tu pelo.

—Vaya. *Unas veces se gana y otras se pierde.* —Me imita hasta el timbre de mi voz—. Y yo acabo de ganar algo. ¿Dónde está mi

felicitación?

—Un “me alegro por ti” habría estado bien.

En todo caso, fui suave con Senior durante su vida, por el bien de Dallas. Abandoné mis planes de venganza. Eso fue suficientemente generoso.

Incluso Morgan consiguió un pase libre para volver a América.

Lo último que supe es que vive en una comuna en los Apalaches.

Oliver ladea la cabeza. —Cuando muera, ¿darás mi discurso fúnebre? Necesito a alguien lo bastante carente de emociones como para formar palabras tras mi muerte. Los demás estarán demasiado ocupados berreando.

—Querrás decir jugando a los bolos. —Zach apaga las luces de su habitación de hotel. Detrás de él, se vislumbra una amplia vista de la Torre Namsan—. Habrá fiesta al cien por cien.

Esa es mi señal para colgar.

Pulso el botón de finalización, pensando que Dallas ha tenido tiempo suficiente para hacer lo que tuviera que hacer con Hettie.

Cuando entro en la habitación, está sentada en un mar de papel amarillo brillante, con el brazo metido debajo del colchón, sacando más y más. Siguen saliendo como el pañuelo de un payaso sin final a la vista.

Sostiene uno a la luz como si fuera dinero cuya autenticidad necesita comprobar. —Estos bebés deben de haber funcionado bien en cuanto los conseguí. Quizá demasiado bien. ¿Y si tenemos gemelos? ¿Trillizos?

Me apoyo en la puerta, observando la existencia de mi mujer.

Ruidosamente. Desordenadamente. Sin disculpas.

Tal y como debe florecer una mujer amada.

Como una rosa en primavera.

fin

The Book Lounge



TRADUCCIÓN NO OFICIAL. HECHA DE FANS PARA FANS, SIN ÁNIMO DE LUCRO ALGUNO. SI LOS LIBROS DE ESTAS AUTORAS LLEGAN A TU PAÍS, COMPRÁLOS COMO MUESTRA DE AGRADECIMIENTO.

Notes

[← 1]

Las banshees forman parte del folclore irlandés desde el siglo VIII. Son espíritus femeninos que, según la leyenda, se aparecen a una persona para anunciar con sus llantos o gritos la muerte de un pariente cercano. Son consideradas verdes hadas y mensajeras del otro mundo.

[← 2]

El shortbread es un tipo de galleta tradicional, típica de Escocia en Reino Unido.

[← 3]

Cinturón bíblico o Cinturón de la Biblia es un término coloquial utilizado para referirse a una extensa región de los Estados Unidos donde el cristianismo evangélico tiene un profundo arraigo social, circunstancia que se manifiesta nítidamente en la forma de vida de la población, en la moral y en la política.

[← 4]

La dinastía Zhōu fue una dinastía china que gobernó entre los 1046-256 a. C.

[← 5]

Judenrat es el nombre que recibían los consejos judíos de gobierno de los guetos establecidos por los nazis en varios lugares.

[← 6]

El efecto Fata Morgana recibe su nombre del italiano «fata Morgana», en referencia a Morgan le Fay, la hermanastra del rey Arturo, quien, según las leyendas artúricas, era un hada cambiante. Es un espejismo o ilusión óptica que se debe a una inversión de temperatura.

[← 7]

La Boda Roja fue una masacre acaecida en Los Gemelos en 299 d.C. durante la Guerra de los Cinco Reyes, en la cual el Rey en el Norte, Robb Stark, su madre, Catelyn Tully, y la mayoría de sus 3.500 vasallos fueron asesinados.

[← 8]

El bánh mì es un bocadillo típico de la cocina vietnamita elaborado con una baguette de pan blanco y harina de arroz.

[← 9]

La sigla en inglés M.V.P. puede significar Most Valuable Player (Jugador más valioso o Jugador mejor valorado).